

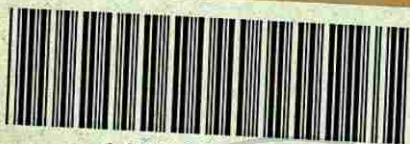
J. OHNET

EL VENDEDORES
DE VENENO

PQ2378

.03

V48



1020026740



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL VENDEDOR DE VENENO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas	N
Núm. Autor	Oh 38v
Núm. Adg.	30653
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasificó	29
Catalogó	

JORGE OHNET

El Vendedor de Veneno

TRADUCCIÓN

DE

F. SARMIENTO



FERNANDO FÉ

2, CARRERA DE SAN JERÓNIMO

MADRID

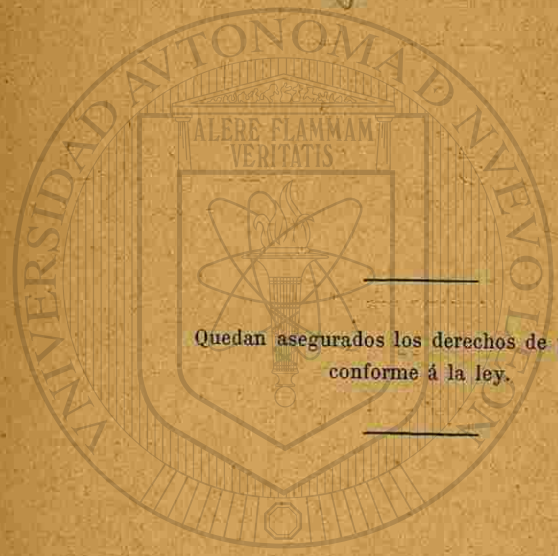
1903

85839

30653

843
0.

PQ 2378
.03
V48



Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme a la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE

EL VENDEDOR DE VENENO

PRIMERA PARTE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO

I

En la calle de Châteaudun y en la fachada de uno de los inmuebles con jardín, últimos vestigios de las moradas señoriales en que habitaron Talleyrand y la reina Hortensia, se lee esta inscripción en una plancha de mármol : *Banco de la alimentación Vernier-Mareuil*. Esta casa, altamente apreciada en el comercio por la solidez de su crédito y la probidad de sus dueños, lleva los nombres de dos personas muy conocidas en la sociedad parisiense por su rápida llegada á la más opulenta fortuna. Vernier y su cuñado Mareuil, que no eran nada, habían llegado en veinte años á conquistar un puesto preponderante en la Bolsa y los Bancos más sólidos estaban obligados á contar con ellos. Por medio de la alimentación, los dos socios extienden su influencia al comercio de vinos, de aguardientes y de licores y enlazan el Mediodía entero en una gigantesca

red de la que tienen los extremos en sus oficinas de la calle de Châteaudun. Para luchar contra la depreciación de los vinos, han establecido un sistema de préstamos sobre grandes partidas que pone en sus manos á todos los viticultores de Francia enredados en sus negocios. Justo es decir que los dos socios no abusan de su formidable poder, que no le ejercen sino en provecho de sus comitentes y que se limitan, en lo que les concierne, á procurarse en condiciones ventajosas los alcoholes que necesitan para fabricar los aperitivos célebres con cuya venta empezaron á hacer fortuna. En la Bolsa del Comercio Bernier-Mareuil es tan ventajosamente conocido y tratado con tanta deferencia como Rothschild en la de los valores. Los dos hermanos políticos son unos verdaderos potentados desde el punto de vista de la alimentación. Cuando se dice en una especulación : « Los Vernier-Mareuil toman parte un ella » no hay más que inclinarse ante el éxito seguro. Después de hacer el servicio militar como Dios quiso en un regimiento de Infantería, en Courbevoie, Vernier entró, á los veinticuatro años, en casa de un tratante en vinos del muelle de Bercy, que le inició en todos los misterios de la ciencia vinícola. Durante muchos meses manejó el campeche y el ácido tártrico y fabricó toneladas de vino en el que el agua del Sena entraba en mucho mayores proporciones que el jugo de las viñas. El comercio le pareció tan fácil y tan sencillo, que soñó ejercerle por su propia cuenta. Entonces alquiló una tiendecilla en la avenida de Tourville, cerca de la Escuela militar, y se puso á practicar la falsificación de las bebidas con tanta inteligencia como éxito. Pero pronto la venta del vino sin vino le pareció desprovista de interés ; se propuso dotar á la borchera nacional de un producto propio, y como

sus estudios en el arte de falsificar los líquidos le habían dado ciertas nociones de química, se decidió á crear un aperitivo. Al principio su producto no fué más que una especie de mixtura con base de alcohol á noventa grados, que hacía poner los cabellos de punta á todo hombre sano, pero que producía una dulce sensación de calor en la garganta de todo borracho inveterado. Pero Vernier no trabajaba más que para ellos. Había comprendido prontamente que no tenía nada que hacer con las personas sobrias y que la sociedad, alterada por el socialismo y enloquecida por el odio á todo lo respetable, como la religión, la moral y la patria, estaba madura para el golpe de gracia de la borchera triunfante. En sus momentos de ocio, leía los periódicos y sabía que un alcohólico engendra un alcohólico. Así pues, cultivaba la decadencia de la raza con metódico cuidado y cada billete de mil francos que guardaba preciosamente en su caja, representaba para él la razón, la laboriosidad y acaso el genio de los desgraciados á quienes había intoxicado. Pero nuestro hombre no tenía remordimientos. « Si yo no les vendo lo que les gusta beber, decía en los momentos en que razonaba para sus adentros, se lo venderá el vecino de enfrente y yo no sacaré el beneficio. No se impide que beba el que tiene sed. ¿Qué importa que sea uno ú otro el que se aproveche? Vernier no entraba en explicaciones sobre la cuestión de los venenos que formaban la base de sus bebidas y daba como cosa corriente que todos los comerciantes se entregan á los mismos procedimientos de fabricación. No tenía, pues, para qué ocuparse de la moralidad del negocio que, era infame por su misma esencia, pero pasó, sin embargo, por algunas molestias que debieron abrirle los ojos sobre la regu-

laridad de sus operaciones si él no hubiera estado decidido á prescindir de todo escrúpulo. Hacía unas semanas que volvían al cuartel de la Escuela tantos soldados en un estado de embrutecimiento ó de furor de carácter tan alarmante, que el médico mayor, á pesar de no distinguirse habitualmente por su celo, lo echó de ver y creyó que debía hacer averiguaciones sobre las tiendas de vinos que frecuentaban los hombres atacados de tales síntomas de envenenamiento alcohólico. Los sargentos interrogados estuvieron todos de acuerdo para designar la taberna de la avenida de Tourville en la que se exhibía Vernier en mangas de camisa y con su delantal negro en el vientre. El médico se hizo llevar una botella del líquido de nombre simpático y apariencia inofensiva que en tal estado ponía los cerebros de los hombres del reemplazo, y desconfiando de sus propias facultades de análisis, envió sencillamente el líquido al laboratorio municipal, con dos letras del coronel. El informe del experto no se hizo esperar y fué fulminante como el licor. Las substancias más nocivas estaban mezcladas en el líquido Vernier con una audacia que se parecía al candor. Con un producto menos complicado se podía precipitar en poco tiempo un hombre sano y vigoroso en la más completa epilepsia. Había exageración en el envenenamiento. La policía hizo una visita á la cueva en que el buen hombre confeccionaba su licor y encontró en ella un material muy sencillo : un escalfador de hierro fundido, un alambique, un hornillo, alcohol y pólvora. Todo ello no llenó una pequeña carretilla, pero había ya en Santa Ana más locos debidos á Vernier que los decigramos que pesaba su material. Encausado ante la policía correccional, el delincuente dió pruebas de tal

dulzura y expresó tal sentimiento, que los jueces creyeron en su inconsciencia. Como en el resto de su vida, aun en las horas más difíciles, Vernier produjo la mejor impresión, pues había recibido del cielo la fisonomía de un hombre honrado y una voz persuasiva, y no hace falta más en estos tiempos, en que la virtud es rara, para llegar con las acciones más abominables sobre la conciencia á las más altas posiciones. En aquel primer encuentro con la justicia de su país, Vernier no fué condenado más que á quinientos francos de multa y á poner la sentencia en la puerta de su establecimiento, pero él dió un suspiro de satisfacción. Su abogado, pues se había hecho defender y esto fué sin duda lo que hizo que le condenaran, le había anunciado seis meses de cárcel y Vernier volvió á la avenida de Tourville con la tranquilidad de un hombre que se cree absuelto porque no le han metido en la cárcel. El licorista protestó de la pureza de sus intenciones para con el ejército francés y dejó entender que el médico mayor era un asno, pero cambió de mixtura, suprimió la pólvora y aumentó el grado del alcohol. La clientela se duplicó. No parecía sino que desde que se había averiguado que Vernier asesinaba á los parroquianos, había aumentado la afición por su licor, como si los bebedores se precipitasen á sabiendas á la demencia y á la muerte. En vano el médico mayor, cuyo rencor estaba ya despierto, obtuvo nuevas muestras de los licores ; no se encontró en ellos nada nocivo más que un alcohol que corroía el cinc de las mesas y quemaba el paño de los uniformes. Pero esta era una producción corriente y no había nada que hacer. Vernier entre tanto, veía prosperar su comercio y parecía bendecido por la Providencia como si no hiciese más que

bien. Su orgullo no aumentó, pero nuestro comerciante pensaba en el medio de acrecentar sus capitales. Entonces fué cuando se puso en relación con el hombre que debía dar á su industria mortífera toda la extensión que debía tomar, para desgracia de la humanidad. Vernier encontró á Mareuil. Era el tal un bohemio que corría continuamente las calles de París en busca de los diez francos que necesitaba para vivir con su hermana en un cuartito de *Batignolles*. Flaco, moreno, hablador como buen meridional, había probado de todo, hasta la literatura, sin conseguir ningún empleo. No rehusaba ninguna tarea con tal de que fuese retribuída. Era honrado y no se hubiera quedado con un céntimo del prójimo como no fuese tratando algún negocio, pues entonces le parecía el primero de los deberes y hasta una necesidad profesional el engañar á la parte contraria. Era sobrio, duro y obstinado como un jumento. No quería á nadie en el mundo más que á su hermana Felicidad ni tenía más que un objeto : el de asegurarle un porvenir tranquilo. La hermana costaba en blanco muy miserablemente en su casita, mientras Mareuil buscaba la fortuna por las calles de París. Se estaba ocupando en buscar clientes para una empresa de anuncios cuando sus eternos paseos le condujeron á la avenida de Tourville. Entró en la taberna de Vernier y con motivo del ofrecimiento de éste, que le dió á probar su famoso aperitivo, entró en conversación con él. Vernier le ponderó su licor y Mareuil se asombró de que no le hubiera ocurrido hacer celebrar sus méritos por la prensa.

— El reclamo, amigo mio, le dijo, es la más poderosa, la única palanca de esta época. Con el reclamo, se hace pasar un idiota por hombre de talento á los ojos

de los electores y se le impulsa al ministerio... Es muy sencillo... Yo le publico á usted un anuncio semanal en los periódicos, durante un mes, y no le cuesta á usted nada...

— ¿Nada? exclamó Vernier, halagado por esa declaración. ¿Qué va usted ganando entonces?

— Va usted á comprender el mecanismo de la operación... Yo le adelanto á usted mi publicidad, y usted me paga diez céntimos por cada botella de su licor que venda fuera del establecimiento.

Vernier, que nunca había vendido el licor más que en su casa, miró á su interlocutor con aire burlón y pensó : « Tú quieres engañarme, no sé cómo. Pero el engañado vas á ser tú. ¿Qué es lo que arriesgo? Si no vendo, no pago nada. Y si por casualidad el reclamo hace efecto... ¡Si vendiera!... »

Y una llama de orgullo subió al cerebro de Vernier, que se vió ya comerciante al por mayor, expidiendo cajones de licor á todos los cafés de provincia y ¿quién sabe? acaso á los de París.

— Convenido, dijo. Vengan esos cinco. Pero comerá usted conmigo para que hablemos de nuestro negocio.

¡ Ya se trataba de « nuestro negocio » ! Los dos cómplices comieron bien en la trastienda y Mareuil redactó, á los postres, el anuncio cuya publicación gratuita esperaba obtener de su principal. Era, poco más ó menos, el anuncio tan honradamente llamativo que sirvió más tarde para lanzar el célebre *Royal-Vernier-Mareuil-Cordon* amarillo. En este anuncio se hablaba ya de los *cognacs* superiores recolectados por Vernier en sus propiedades de Regnac, en la Charente, aquel buen Vernier, que compraba un alcohol capaz de resucitar á un muerto... ¡ Sus propiedades de Regnac ! Sería preciso procurárselas en los días de prosperidad y bauti-

zarladas así, para poner á salvo la verdad de las exageraciones anteriores. Mareuil se fué á las diez de la noche de la avenida de Tourville, provisto de un frasco de aperitivo que ofreció á su principal á cambio de las líneas del primer reclamo. Pero Mareuil no contaba con la excelencia del licor ni con la publicidad de la prensa sino con su acción personal. El aperitivo Vernier depositado por Mareuil en casa de un gran almacenista, fué vendido á cajones desde la primer quincena gracias á una añagaza del agente de anuncios. Mareuil tenía compañeros y convino con ellos en representar una comedia en todos los cafés del *boulevard*. Mareuil entraba y cuando el mozo le preguntaba: « ¿Qué va á ser? » contestaba con aplomo:

— Un *Vernier* y agua helada.

El mozo, naturalmente, respondía:

— ¿*Vernier*?... No tenemos eso...

— ¡Ah! ¿No tienen ustedes eso? Pues cuando lo tengan volveré.

Y se marchaba. La señora del mostrador llamaba al mozo para informarse y la explicación de éste introducía la inquietud en el ánimo de la cajera. En el mismo día unos cuantos amigos de Mareuil pedían *Vernier*, y la consecuencia obligada era la compra de un cajón del aperitivo. Una vez comprado, había que venderle, y entonces empezaba otra comedia; la de los mozos, empeñados en hacer tomar á los clientes el *Vernier* que la casa tenía sobre sus espaldas. La táctica de Mareuil tuvo tal éxito, que en seis meses cobró de comisión más de mil quinientos francos y Vernier empezó la fabricación en grande escala, para lo cual instaló un depósito decente en la calle de Montmartre. Y como hacía falta una persona de confianza para llevar las cuentas, Felicidad Mareuil pasó de la lencería á la

contabilidad. Vernier le tomó grande aprecio. Era rubia, dulce, y tímida, y en el momento en que el tabernero vendió su establecimiento de la avenida de Tourville para establecerse como destilador en Aubervilliers, se casó con la hermana de Mareuil, el cual se había convertido en su socio. La unión de aquellos tres seres era ejemplar, pues sólo vivían para el trabajo. Vernier destilaba, trasvasaba y embalaba. Mareuil recorría la Francia y el extranjero para colocar el *Royal-Cordon* amarillo. Felicidad llevaba la caja, que se llenaba á medida que los almacenes de la fábrica se vaciaban de sus pilas de cajones para distribuir el embrutecimiento, la locura y la muerte por el mundo entero. Jamás personas más honradamente laboriosas ni más escrupulosamente concienzudas concurrieron á una obra tan malsana. Se les podía haber dado un premio á la virtud por la aplicación y la probidad con que dirigían su comercio, pero considerando los estragos causados por su fabricación, había que echarlos á presidio. Eran unos virtuosos asesinos que hacían fortuna honradamente envenenando á la humanidad. Vernier quiso progresar y no se atuvo á la fabricación de su aperitivo, sino que la emprendió con el ajeno y pensó en lanzar un licor de ciruelas del que esperaba maravillas. La fábrica de Aubervilliers se agrandaba y aquello era una sucesión de tuberías de cobre que destilaban venenos variados, para verterlos en cubas y pasarlos después á los talleres de saturación, en los que se les incorporaban los diversos aromas que constituían los secretos de la fabricación. El establecimiento tenía como anejo un laboratorio de química, y allí, en un severo despacho, recibía Vernier con magistral serenidad á los representantes de la administración encargados de intervenir en las entradas y salidas de alcohol. En su casa

todo se practicaba á la luz del día, y Vernier sabía que podía meter en las botellas todo lo que quisiera, con tal de que no cometiese fraude alguno contra el fisco. ¿No tenía como cómplice al Estado, que resultaba ser su mejor cliente? Cuantos más licores vendía, más derechos pagaba al Estado. La Francia entera podía, pues, caer en epilepsia. ¿Qué importaba, puesto que los intereses del Estado estaban á salvo?... Una sombra, sin embargo, vino á oscurecer la espléndida serenidad con que Vernier trabajaba para hacer una fortuna degenerando la raza francesa. Tenía agregado al laboratorio un catador encargado de cuidar de la igualdad de las dosis en cada producto, á fin de que los licores no presentasen nunca la menor diferencia. Este catador vivía en un pabelloncito próximo á la administración y no hacía más que probar las muestras que se sacaban para él de la fábrica. No las tragaba nunca, á fin, según decía riéndose, de no estar borracho todos los días antes de las diez de la mañana. Á los dos años, aquel hombre, sólido en apariencia, murió, y fué reemplazado por otro que no duró más que seis meses. El tercero estuvo un año y se puso tísico. Era un muchacho de veintidós años que mantenía á su madre, y dió en toser y en ponerse pálido. La madre, enloquecida, fué á ver á Vernier y le rogó que cambiase á su hijo de servicio. El buen Vernier consintió en ello, pero el enfermo estaba ya herido muy profundamente y murió como su antecesor. La madre, entonces, en una crisis de desesperación, fué, después del entierro, á dar un escándalo horrible á Vernier y á acusarle de la muerte de su hijo. La pobre mujer, deshecha en lágrimas, gritaba:

— ¡Las infamias que usted le ha hecho beber son las que le han matado! Bien me lo decía: « Á la décima

catadura parece que tengo en la boca plomo derretido... » Su pecho no ha resistido... y ha muerto para que usted amontone á cientos los miles de francos... ¡Pero esto le traerá á usted la desgracia!

En vano trató Mareuil, que estaba presente, de hacer entrar en razón á aquella mujer, á la que deslizó en la mano, con disimulo, unos cuantos billetes de banco. La madre los rechazó con indignación.

— ¿Cree usted pagarme mi hijo con dinero? Es imposible valorar el daño que ustedes me han hecho. ¡Me han robado ustedes el corazón!...

La mujer de Vernier, que estaba embarazada, apareció á su vez para ver si calmaba el dolor de aquella madre enfurecida, pero ésta continuó con vehemencia:

— ¡Ustedes serán castigados en su hijo! ¡Sí, si el cielo es justo, su hijo de ustedes les hará expiar todo el mal que han hecho á las familias!...

La de Vernier se volvió á sus habitaciones consternada y llena de terror por las imprecaciones de aquella mujer enlutada. Se sintió dominada por un presentimiento y se encerró desde entonces en un sombrío silencio. Vernier no sabía qué decirle para borrar la deplorable impresión que aquella escena había producido en su mujer, y se confió al doctor Angogne, muy conocido como ginecólogo y preparado á prestar sus servicios á la señora de Vernier. El joven doctor escuchó pensativo y dijo con gran firmeza:

— Es indiscutible que la industria que usted ejerce, y con la que hace fortuna, es pernicioso. Me responderá usted que los fabricantes de cerillas, que hacen manejar el fósforo á sus obreros, y los fabricantes de espejos, que los ponen en contacto con el azogue, y los comerciantes en colores, que les procuran cólicos de

plomo, y tantos otros que viven del deterioro humano, no son menos peligrosos ni menos culpables. No digo lo contrario, pero las cerillas, los espejos y los colores son indispensables para las necesidades de la vida, mientras que no lo es el beber alcohol. La borrachera es un vicio y un acto abominable en sí mismo.

— No puede usted, sin embargo, aconsejarme que cierre mi fábrica y renuncie á una industria que es para mí tan ventajosa.

— Desde el punto de vista de la moral absoluta, no debía dudar. Pero en la práctica y con el término medio de tolerancia que exige la imperfección humana, le diré que trate de hacer sus productos lo menos nocivos que sea posible. El ideal sería no fabricarlos, pero ya que lo hace usted, trate de que no sean peligrosos. ¿Pero hay alguna bebida alcohólica que no lo sea?

— ¡Qué desolación! gimió Vernier. Si tomase al pie de la letra lo que usted me dice, tendría que considerarme como un criminal, y soy un hombre honrado, que trata de no perjudicar á nadie en un céntimo, que procura ser útil á sus semejantes en todo lo posible y que no rehúsa jamás un socorro á los desgraciados... Mi mujer...

— Es un ángel, le interrumpió el doctor. Sé todo el bien que hace en nombre de usted. Pero esto no redime aquello. Es malo vivir de la muerte. Su fortuna de usted, que ahora empieza y llegará á ser considerable, se levanta sobre tumbas. Está usted edificando en un cementerio con los huesos de sus víctimas. Debe usted pensar que un país de imaginación, como Francia, que da en beber alcohol, está perdido en veinte años. La raza se empobrece, las fuentes de la generación se agotan, la inteligencia se obscurece y allí donde triunfaban la cordura, el orden y la paciencia, se desencade-

nan la necesidad, la incoherencia y el furor. Esto es lo que hace el alcohol de un pueblo valiente, altivo y espiritual; un bruto feroz y repulsivo. Todos los gobiernos extranjeros han dictado leyes para contener los progresos del alcoholismo. En todos los países del norte está prohibida la venta del aguardiente y un borracho es considerado como un enfermo. De este modo se levantan las razas y se vuelven enérgicas y emprendedoras, mientras la Francia pasa á la primera fila del alcoholismo y va á su cabeza, botella en mano. ¿Por qué? Porque el Estado tiene interés en que se propague la borrachera, porque el alcohol es para él un medio de dominación y porque, gracias á miles de tabernas, ha extendido por Francia una red electoral de la que no quiere dejarla salir. El alcoholismo y la democracia se dan la mano en este país y por eso caemos en el último rango de las naciones civilizadas. Para trabajar y combatir hay que tener sangre en las venas y el alcohol tan sólo crea linfa. Así, pues, una nación que bebe está perdida y el industrial que fabrica la bebida y el Estado que permite venderla son unos criminales.

Vernier, consternado, miró con gusto marcharse al intransigente Angogne y se fué á su despacho, donde contó á Mareuil la escena que acababa de ocurrir.

— Déjale decir lo que quiera, exclamó el antiguo agente de anuncios. ¿Te vas á alterar la bilis por esas declaraciones humanitarias que no tienen más que un alcance científico? Ese doctor es un hombre de laboratorio que te ha hecho una conferencia sobre un asunto abstracto, con desarrollos acaso ciertos en teoría, pero que no lo son en la práctica. No es sólo ahora cuando se fabrican aguardientes, pues nuestros antepasados, los galos, lo bebían á boca llena. El *Vernier-Mareuil* de aquellos tiempos se llamaba hipocrás é hidromel, y con

esas bebidas groseras se achispaban tan bien como con nuestros licores escogidos, lo que no quita que hayan existido Carlomagno, Enrique IV, Luis XIV y Napoleón. Esos médicos son todos iguales. Se vuelven locos con sus manías y fuera de sus prescripciones no hay, según ellos, salvación posible. Hace veinte años dieron en prohibir el vino tinto y en aconsejar el blanco. Después proscribieron el vino, blanco ó tinto, y ordenaron la cerveza, como si no pudiera también degenerar las razas... Ahora no es ya la cerveza lo que recomiendan, sino el agua pura, sin tener en cuenta que no existe. Así, para esa gente los que venden vino no tienen más que cerrar sus tiendas, pues lo que ahora triunfa son los caldos de cultivo para microbios variados que se venden con la denominación de aguas minerales... ¡Y nosotros, que no propagamos la fiebre tifoidea, debemos prescindir de nuestro comercio! Espera un poco... Todos los médicos son unos farsantes que no tienen inconveniente en administrar á sus clientes polvos de matar ratones en pildoras, en sellos y en frasquitos. No te ocupes de su opinión. Te llaman comerciante de veneno porque temen tu concurrencia, pero en cuanto seas millonario todo el mundo dirá que tienes razón.

La facundia de Mareuil reanimó á Vernier, que pensaba en el fondo como su cuñado, pero en algunos momentos se dejaba vencer por los escrúpulos. Vernier redobló su actividad, triplicó los anuncios y decupló la venta, y cuando su mujer echó al mundo al pequeño Cristián, la fortuna de la casa estaba ya en buen camino. Pero las siniestras maldiciones de la madre del catador tísico acudían sin cesar á la mente de la joven. Las imprecaciones de aquella mujer habían entrado en ella como un veneno y no podía desembarazarse de él. Á medida que crecía la prosperidad de Vernier disminuía

la salud de su mujer; pero el destilador, absorbido por el cuidado de sus negocios, prestaba poca atención al estado físico de su mujer. Mientras Mareuil recorría la Europa para propagar la venta de los licores de la casa, Vernier inventó un modelo de botellas completamente original y que llamaba la atención. Todo el mundo compraba el licor para tener el recipiente. Vernier acababa de comprar por un pedazo de pan una vasta propiedad cerca de Fontainebleau, en la orilla del Sena, con un castillo del tiempo de Francisco I^o, en medio de un parque admirable. Al principio hizo poco caso del castillo, en el que no vió más que la facilidad de instalar una fábrica con un muelle de embarque en el río y una comunicación con el ferrocarril Paris-Lyón que le pondría en relación con la Borgoña para los vinos y con el Mediodía para el alcohol. Pero cuando visitó con su mujer el magnífico castillo de Gourneville, ésta manifestó el deseo de instalarse en él para pasar el verano. Vernier, que estaba trabajando en la construcción de sus talleres, aprobó el proyecto y la pobre mujer enferma pasó seis meses con el pequeño Cristián, que tenía dos años, en aquel lugar pacífico y encantador. Aquel fué el último momento bueno de su vida, pues en el aire sano y vivificador de los bosques pareció recobrar un poco de energía y de salud. Cuando volvió á Auberwilliers, cayó en cama y murió. Vernier, que no había previsto la catástrofe, se quedó aturdido. Pero no era un sentimental ni había sentido por su mujer una de esas ternuras que llenan el corazón de un hombre y le dejan inconsolable cuando se ve privado bruscamente de ellas. Vernier había apreciado la abnegación y la dulzura de Felicidad, que le había ayudado á asentar las primeras bases de su fortuna, y la lloró como á un fiel auxiliar. En la vida privada no la echaba de menos,

pero sí en la existencia comercial. Sin embargo, las personas muy ocupadas no tienen tiempo para sentir penas prolongadas. El destilador, pues, se puso de luto y se entregó en cuerpo y alma al trabajo. Aquel año decidió del porvenir de la casa y un hábil é incesante reclamó en los periódicos del mundo entero lanzó definitivamente el licor Vernier-Mareuil. La cifra de la venta llegó á ser enorme y los millones empezaron á entrar en caja. Vernier imaginó entonces una combinación que le llevó naturalmente á ejercer la banca. Estaba en relación con los grandes viticultores del Mediodía á quienes compraba torrentes de alcohol para su fabricación, y con frecuencia se ponía en contacto con propietarios en apuro que le ofrecían cosechas enteras de las que no tenía necesidad, pero sobre las cuales prestaba dinero. Hizo construir almacenes en Moret y trabajó en grandes partidas con todos los productores de la Charente. Pronto echó de ver que el comercio del dinero era más productivo que el de los alcoholes y su sistema de adelantos sobre mercancías se convirtió en poco tiempo en una colosal empresa de agiotaje que le hizo dueño y regulador del mercado de aguardientes. Y como los negocios aumentaban en proporciones imprevistas, se instaló en París, en la calle de Châteaudun, en un piso bajo, que pronto tuvo que extenderse al entresuelo y al primer piso. Mareuil entonces fué de una preciosa utilidad. Aquel antiguo agente de reclamos que había recorrido durante tanto tiempo las aceras de París, lleno de barro, para ganar diez francos al día, se reveló como un hombre de negocios de largas miras. Extendió la especulación de Vernier á los aceites y á las harinas, fundó establecimientos en todo el Levante para los granos y acaparó la producción de los olivares en toda la Sicilia, hasta llevar la influencia de

la casa Vernier-Mareuil á las Indias inglesas y al Oriente. La fábrica de licores no era ya más que uno de los negocios, acaso el menos importante, de los negocios que se hacían en la casa; pero Vernier conservaba por esta primera industria, base de su prosperidad, una verdadera predilección. De vez en cuando visitaba con particular placer el laboratorio de Aubervilliers y sólo entonces se podía recordar en él al hombre de la avenida de Tourville, pues Vernier estaba todo lo cambiado que un hombre puede estarlo, tanto en lo físico como en lo moral. El Vernier de barba roja y cabello rizado que, en mangas de camisa, bebía con sus parroquianos, se había convertido en un *gentleman* correcto y frío que tenía á la gente á cierta distancia y no se familiarizaba más que cuando le convenía. Desde que era viudo, había adquirido costumbres de círculo y poco á poco se le habían impuesto las necesidades del lujo. Tenía hermosos caballos, una magnífica casa en los Campos Elíseos y se le conocía una querida muy costosa. No hacía falta más para lanzar á un hombre, y Vernier-Mareuil — pues se había tomado la costumbre de llamarle por su razón social — tuvo que adaptarse á las exigencias de la sociedad en que vivía. Contrajo algunas amistades muy dispendiosas, pues con frecuencia los brillantes *clubmen* tienen grandes necesidades y pocos recursos. Pero Vernier-Mareuil tenía el billete de mil francos sonriente y llevaba á sus camaradas á las carreras en un automóvil de cuarenta mil francos. En fin, había montado en Gourneville un coto de caza de mil quinientas hectáreas en el que se cobraban quinientas piezas cada vez que se hacía una cacería. En semejantes condiciones de existencia, un hombre que no es ni tonto, ni repugnante, ni insolente ni inmoral, encuentra siempre más comensales de los que puede

desear. Vernier-Mareuil estaba, pues, en excelente situación social cuando encontró á la señorita de Vernecourt-des-Essarts. Esta joven no tenía más que madre, una señora más orgullosa que si descendiera de los grandes de la Lorena, y con la cual acababa de roer la escasa herencia del padre, muerto siendo diputado de la Mayenne y jefe de las oficinas de MONSEÑOR el conde de París. Aquella familia era de lo más puro que se puede soñar como *faubourg Saint-Germain*. Vernier conoció á aquellas señoras en un viaje que hizo á Deauville y vió que su vida interior era modesta, pero su apariencia exterior muy brillante. Durante el mes de agosto no se separaban de las personas más aristocráticas de Deauville, que las trataban como si viesen en ellas el magnífico reflejo del poder real. Se decía como cosa corriente: Casarse con la señorita de Vernecourt es tener seguro un gran puesto el día en que vuelva el rey. Pero como, á despecho de sus partidarios, el rey no volvía ni tenía siquiera trazas de intentarlo, los pretendientes á su mano eran escasos y la encantadora Emmelina de Venecourt permanecía soltera, su cutis empezaba á ajarse y sus facciones á endurecerse. Emmelina era todavía joven, pero estaba á punto de dejar de serlo cuando conoció á Vernier-Mareuil por medio de un hombre admirable que ha comprendido en estos tiempos la misión de San Vicente de Paúl y se ha consagrado al alivio de los dolores humanos. El señor Rampín estaba organizando una lotería para su obra de la Protección de la Infancia y había ido á implorar la caridad de sus aristocráticos clientes de Deauville, cuando Vernier-Mareuil, á quien conocía por las importantes sumas que le sacaba todos los años, llegó para pasar la semana de las carreras. Rampín le alistó en seguida en su comité, haciéndole ver que se encontra-

ría en él en compañía de las duquesas y de las marquesas más auténticas. Vernier-Mareuil se resignó y entre las hermosas damas de la aristocracia que se esforzaban por colocar billetes entre sus amigos conoció á la señorita de Vernecourt. Pronto circuló entre las vendedoras una verdadera palabra de orden. Era preciso casar á Emmelina con Vernier-Mareuil. El novio era sin duda plebeyo, pero llevaba un nombre doble, lo que le daba cierto airecillo de nobleza, y, además, allí estaba el Santo Padre, para conceder un título á un buen millonario que daba garantías á la buena causa casándose con una noble en el infortunio. Vernier, acosado y perseguido y seducido por su parte por la novedad de la situación, se dejó tentar y emprendió la aventura. Á los cuarenta y cinco años se casó con Emmelina de Vernecourt des Essarts, que tenía veintiséis, pero de esos que se cuentan dobles como los de campaña. Además tenía su madre, pero él tenía un hijo, el pequeño Cristián, que acababa de terminar sus estudios y entraba en la vida con ideas muy diferentes de las de su padre sobre casi todos los puntos. Cristián era un producto de la nueva educación gimnástica que ha desintelectualizado á la juventud. En el curso de sus estudios había aprendido menos latín que gimnasia y si era flojo en versiones griegas, resultaba un campeón en el *foot-bal*. El *tennis*, el *polo*, el ciclismo y el automovilismo se habían repartido sus favores, y había salido de la Escuela de altos estudios con una nota conveniente, gracias á sus conocimientos en las lenguas alemana é inglesa. Pasó su año de servicio militar en un regimiento de caballería, donde conoció á Longin, Vertemousse y Fabrequier, hijos de familia ricos y sin vocación que estaban pasando con mil trabajos y llenos de aburrimiento sus meses de servicio, y en aquella com-

pañía, Cristián, que siempre había sido sobrio, adquirió costumbres de intemperancia á las que su nombre contribuyó en no pequeña escala. En todos los cafés de la ciudad triunfaba el *Vernier-Mareuil*, y cuando el soldado Cristián aparecía en un establecimiento, era recibido en él como Rothschild en casa de un cambista. Halagado en su vanidad, se hacía servir, para él y para sus compañeros, todas las variedades de licóres que el capricho de los clientes imponía á los cafeteros. Se probaba, se comparaba y generalmente era el *Royal-Cordon* amarillo el que triunfaba de los diversos venenos que habían circulado.

— ¡ Papá es siempre el más *chic*!...

— ¡ Se debe de estar poniendo las botas, con el consumo que se hace de sus frascos!

— Y todo para este diablo de Cristián... Aunque quisiera beberse su herencia, no podría.

— Dime, amigo, ¿ por qué no haces que tu familia te envíe unas cuantas cajas de botellas?

— ¿ Y el sargento? ¡ Vaya una gresca que armaría!

— Todo sería convencerle á fuerza de tragos...

— Pero eso le haría estallar el cinturón...

En medio de las botellas aparecían pronto las cartas y el juego acababa lo que había empezado el ajenjo, hasta que aquellos jóvenes volvían al cuartel embrutecidos por la borrachera. Cristián no estaba mal visto á pesar del mal servicio que hacía. En una ocasión sacó de apuros al sargento furriel, el cual se había comido los fondos del escuadrón por los bellos ojos de una muchacha de café concierto. Había que encontrar mil trescientos francos en veinticuatro horas para salvar á aquel desgraciado del consejo de guerra, y Cristián los dió en el momento. Todo el escuadrón conocía el negocio. Los oficiales hicieron la vista gorda, el sargento

fué trasladado, y Cristián aprovechó las consecuencias de su buena acción, que había salvado de un mal paso al honor militar. Logró, pues, pasar sin crisis graves ni castigos serios el año de servicio y volvió á París para asistir á la boda de su padre con la señorita de Vernecourt, importante modificación en la existencia paternal que no le colmó de gozo. Además de que el modo de ser de la joven respecto de Vernier-Mareuil no le parecía indicar una ternura impresionante, encontraba inútil que un hombre llegado á la edad madura y que tenía toda clase de facilidades para distraerse, se echase encima el cuidado de una mujer legítima. Así se explicaba con sus amigos, sin consideración alguna hacia el autor de sus días :

— Papá se ha dejado « colocar » un desecho de la aristocracia... La pequeña Vernecourt se iba á quedar para vestir imágenes, pues la madre, con sus penachos, sus pretensiones y sus medias llenas de puntos había desanimado á los pretendientes... Se han arrojado como fieras sobre Vernier-Mareuil y los nobles amigos de mi padre han contribuído á pescarle... Lo que han hecho no está bien, pero cuando se trata de enderezar á uno de los suyos caído en la miseria, esos hijos de los cruzados serían capaces de volver á poner á Dios en la cruz... Papá no ha sabido sacudirse y heme aquí con una madrastra que tiene todas las trazas de estar dispuesta á colorear lamentablemente la frente venerable de mi padre. Ya verá Vernier-Mareuil lo que le cuesta el haber metido la nariz en la nobleza de Francia... Pero, después de todo, allá él... Ya es mayor y sabe lo que hace...

Este modo de apreciar la conducta de su padre da idea de la cordialidad que reinó en las relaciones de la joven señora de Vernier-Mareuil con el hijo de la casa.

Ambos vivieron en un sistema de paz armada hasta el día en que la madrastra encontró la ocasión de prestar á Cristián un buen servicio que introdujo entre ellos la confianza. Como la fortuna de la casa había sido posterior á la muerte de su madre, Cristián había heredado de ella poca cosa y sólo gozaba de unos treinta mil francos de renta, que su padre duplicaba con liberalidades suplementarias. El joven llegaba apenas á cubrir sus gastos con los cinco mil francos mensuales y cuando el juego le era adverso ó las mujeres exigentes, tenía que hacer pequeñas visitas á la caja, que producían debates tempestuosos entre el padre y el hijo. Mareuil, el tío, era todavía más terrible que Vernier y no comprendía los gastos inútiles y suntuarios. Vivía en su oficina de la calle de Chateaudun, ocupado en los negocios de la casa; no salía más que para meterse en su casa del *boulevard Haussmann*, y, excepto una partida diaria de *bridge* en el círculo de los Ferrocarriles, no conocía más placer que el de firmar letras de cambio para el cobro de las ventas hechas en las cinco partes del mundo. La situación financiera de Cristián, que nunca fué buena, llegó á ser un día completamente mala, cuando conoció á Étienne Dhoriot, una hermosa muchacha que pasaba por tener la más linda garganta de París y que la enseñaba para que todo el mundo se convenciera. Había representado los papeles de *horizontal* en un teatro del boulevard y descubierto de pronto que tenía una voz de *mezzo-soprano* que estaba educando con gran interés. Era una joven muy inteligente, viciosa como un caballo de alquiler y capaz de un crimen para llegar á sus fines. Había sido lanzada por Clamirón, el príncipe de los guasones parisienses, tan conocido por sus extravagancias como Sarah Bernhardt por su talento y Drumont por su fa-

natismo. Se jactaba de no saber lo que era el amor. Para ella un hombre era un capital explotable al que arrojaba implacablemente cuando ya no respondía á sus exigencias. Ruinosa por principio, no admitía que nadie se escapase de entre sus manos sin dejarse en ellas todas las plumas. Comerció con la galantería como los ingleses comercian con la guerra, por el beneficio. Cristián Vernier representó para ella desde el primer momento una magnífica presa, pues tenía detrás de él la casa de banca Vernier-Mareuil y todo el *Royal-Cordon* amarillo, cuya prosperidad proclamaban los carteles pegados en todas las ciudades de Europa. Se anunciaban los millones de litros vendidos cada año y Mareuil había imaginado un reclamo admirable para el producto de la casa: le llamaba el licor laico, para demostrar que era el que convenía á todos los estómagos en vez de los licores fabricados por los frailes, con botellas llenas de cruces. La encantadora Étienne encontró medio de hacer firmar á Cristián, en tres meses, doscientos veinte mil francos de pagarés, pero, hecho sorprendente, se enamoró de él, y por primera vez supo lo que era el placer, pero no moderó por eso sus pretensiones. Consintió en amarle, pero no de balde. Vernier, entre tanto, al ver presentar los pagarés de Cristián, montó en cólera de tal modo, que los ecos de su furor llegaron hasta su mujer, la cual, muy indiferente en cuestiones de dinero y sin darle más importancia que la de los placeres que proporcionaba, se hizo explicar el caso del hijo de su marido y, con gran asombro de éste, dió la razón á Cristián.

— ¿Para qué sirve tu fortuna, dijo, si gritas como un pequeño burgués porque tu hijo ha hecho una calaverada un poco viva? Trata de portarte como un hombre de tu posición... Cristián es tu hijo, lo que no es

lo mismo que ser el hijo de tu padre. Ha tomado costumbres, necesidades é ideas que tú no comprendes siquiera, y en vez de guardarle rencor porque hace rodar tu dinero, debías alegrarte. ¿Quieres que se rebaje atesorando dinero? ¡El hijo de Vernier-Mareuil maldito por su padre porque ha contraído deudas por una mujer!... ¡Debes evitarte ese ridículo! No esperes que te de la razón en este caso. Me humillas al obrar como un espíritu pequeño y, para hablar claro, como un hombre de nada...

— ¡Es que he salido de la nada y no quiero volver á ella! exclamó Vernier, rabioso al verse maltratado cuando esperaba que se le compadeciese. ¡Si dejo hacer á ese muchacho, me va á arruinar!

— No digas tonterías. Ya sabes que eso es imposible. Aunque tú mismo dieras en mantener Étiennettes, lo que te costaría más caro que á Cristián, no conseguirías comerte tus beneficios. Además, esa muchacha es linda... Tu hijo tiene buen gusto...

— ¿Cómo la conoces? gruñó Vernier.

— ¿Cómo no he de conocerla? Tenemos la misma modista. La encuentro en el Bosque, en el teatro, en las carreras. Este año estaba en Deauville y allí ha debido conocerla Cristián. Clamirón le llevó á su casa con otros amigos de la misma calaña...

— ¿Ese perdido?

— Sí; la individua era demasiado costosa para él y se la endosó á Cristián... Dicen que está loca por él.

— ¡El imbécil! ¿Por qué paga entonces?

— No querrás que tu hijo se haga mantener por ella...

— En fin, parece que crees que lo que ha hecho es natural...

— No veo en ello nada exorbitante. Las locuras de

un hijo deben estar en proporción con los medios de su padre.

— Eres de una inmoralidad inconcebible. Con semejantes principios, me extraña que...

Emmelina no dejó acabar á su marido. Le interrumpió con un gesto de desdén y replicó con su voz más agria:

— Te agradeceré que no te extrañes de nada de lo que me concierne... Yo te evito mis asombros, que son diarios y sobre toda clase de asuntos... Te declaro que cada vez que pienso en lo ordinario, en lo torpe, en lo tonto que eres...

— ¡Ah! basta, te lo ruego, exclamó Vernier rojo como la escarlata.

— Tengo para tí una indulgencia perfecta. Me arreglo para paliar tus torpezas y tus ordinariíces, y ni lo agradeces ni lo ves... ¡Pero no seas impertinente, porque eso no lo tolero!

— Pero, querida mía... dijo Vernier, muy contrariado por el sesgo que tomaba la conversación.

— Eres pueblo de la cabeza á las pies. Te gusta lo brutal y lo vulgar y haces sonar tu oro con ostentación en el bolsillo para hacerte el sordo cuando te lo piden...

— Pero, en fin, dijo Vernier, que quería salir de aquel atolladero, ¿qué me aconsejas que haga?

— Hace una hora que te lo estoy diciendo: pagar, y sobre todo, pagar decentemente y sin historias.

— No querrás que dé á ese perdido doscientos mil francos sin hacerle una observación... El mes que viene volvería á empezar.

— Así lo hará si le agrada. No serás tú quien pueda impedirselo.

— Sí, porque le ataré corto y no pagaré.

— Recurrirá á los usureros y será peor.

Vernier, vencido por esa implacable lógica, dejó caer los brazos con desolación y Emmelina, viéndole vencido, le dijo:

— ¡Vaya! Envíame tu hijo. Voy á sermonearle como conviene y á hacerle oír lo que él no querría escuchar de ti... Y yo te haré saber sus disposiciones...

— Si, sí, y te doy las gracias, dijo Vernier como si se viera libre de un peso. De ti, que eres tan superior á él, aceptará consejos y reprimendas...

— Sobre todo si le devuelvo sus pagarés...

— Los tendrás dentro de un instante.

— Entonces, cuenta con mi celo.

Á consecuencia de esta negociación las relaciones entre la joven madrastra y Cristián se dulcificaron y hasta se hicieron amistosas. Emmelina no era mala persona, siempre que se le dejara hacer cuanto quisiera, y procuraba llevar convenientemente el nombre de Vernier-Mareuil. Á los dos años de matrimonio había empezado á engañar á su marido con un guapo mozo, auditor del Tribunal de Cuentas, llamado barón de Templier. Raimundo Templier era un amigo de Cristián, de un poco más edad que él y muy rico. Aquellas relaciones fueron aprobadas en el gran mundo, que encontró la elección de la joven extremadamente juiciosa. Si el mismo Vernier la hubiera conocido, no hubiera podido hacer más que ratificarla. Su mujer, aun en medio de su mal proceder para con él, le guardaba todavía consideraciones. ¿Se le podía pedir más, á no ser faltando á todas las reglas del buen gusto? Pero Vernier lo ignoraba todo y había tomado un gran cariño al barón de Templier y le martirizaba con sus atenciones hasta el punto de que si no le veía su lado, iba á hacerle escenas de celos.

Vernier sufría la influencia del barón de un modo casi irresistible. Había momentos en que el banquero no hubiera dudado en preferirle á Cristián. Quería al amante de su mujer como á un hijo y hubiera sido capaz de todo por complacerle. Cuando en la casa había que obtener de Vernier algo enteramente contrario á sus ideas y hasta á sus gustos, se encargaba á Raimundo de la negociación, y sea por habilidad particular ó por una especie de fascinación física, lograba siempre lo que se proponía. Vernier tenía un desprecio innato hacia todo lo concerniente al mundo hípico y no daba á un caballo más precio que el que suponían sus servicios. Raimundo le decidió á tener una cuadra de carreras y le hizo interesarse en la educación de sus potros, lo que le costaba horriblemente caro, pues no ganaba casi nunca. Pero iba á los hipódromos con un antejo y volvía radiante cuando había visto triunfar sus colores. Templier hizo más aún y obtuvo que Vernier tuviera un yate para que Emmelina realizase el capricho de ir á visitar los mares de Noruega para ver el sol de media noche. Vernier, que se mareaba, consintió en pasar una enfermedad para complacer á Raimundo, sólo porque éste le prometió ser de la expedición. Justo es decir que nadie se mostró jamás más atento ni más deferente con el marido de su querida. El mismo Mareuil, que al principio de las relaciones tomó la cosa por lo trágico y estuvo para advertir á su cuñado, acabó por someterse también y aceptó á Templier como de la familia. El socio de Vernier se explicó de este modo con su amigo el doctor Angogne:

— Evidentemente, no es esto el colmo de la regularidad. Pero, ahí tiene usted, querido, entre esta clase de gente y con la diferencia de edad que existe entre Vernier y su mujer, era seguro que ésta le engañaría.

Pues bien, ese diablo de hombre tiene tal suerte que resulta favorecido aun en lo malo que le sucede. Nunca hubiera podido creer que daría con un muchacho más encantador, más discreto ni más sociable. ¡ No puede usted figurarse el tacto de ese joven! Jamás comete una torpeza ni una falta contra el buen gusto. Es para mí más cariñoso y más deferente que mi sobrino. ¡ Y riquísimo!... Con él no hay miedo de un desastre, como los que son tan frecuentes en el gran mundo... No juega á la Bolsa, no corre detrás de las mujerzuelas, es sobrio, es arreglado...

— En fin, dijo riéndose el doctor, si tuviera usted una hija, se la daría...

— Sin vacilar.

— ¿ Y no se la daría usted á Cristián?

— No, por cierto.

— ¿ No se ha cansado todavía de esa muchacha rubia con la que se le encuentra en todas partes?

— No es tan tonta que se deje abandonar. ¡ El hijo de Vernier-Mareuil! Es el mejor bocado de Paris...

— ¿ Qué edad tiene Cristián?

— Veinticuatro años.

— Pues bien, le quedan tres todavía para hacer tonterías, dijo el doctor. Después le casarán ustedes y se pondrá á fabricar ese horrible *Royal-Cordon* amarillo.

— ¿ Horrible? Está usted fresco. ¡ Ochocientos mil francos de beneficio en el último semestre!...

— Y dos millones de franceses embrutecidos, desequilibrados y maduros para el hospital, si no es para el presidio... Porque, desengañese usted, amigo mío, son ustedes los más temibles agentes de descomposición que existen.

— ¡ Bah! El *Royal-Cordon* es tónico, estimulante, reconstituyente...

— No me repita usted las frases de su prospecto, que es mentiroso como todos los reclamos. Lo que no miente es nuestra estadística y ésta prueba que, en este momento, la Francia está á la cabeza del movimiento europeo...

— ¿ Por la inteligencia?

— Por la borrachera. Y usted y todos los que envenenan y rebajan la raza, son unos criminales. Si yo fuera el Estado...

— ¿ Qué haría usted?

— Impondría sobre el alcohol derechos tan formidables que no se pudiera beber una copa de licor por menos de diez francos.

— El Estado, entonces, tendría que empezar por no ser la hechura de los taberneros. ¡ Me hace usted reír!... ¡ La Cámara poniendo á ración á sus grandes electores, que son los vendedores de alcohol de toda Francia! ¿ El suicidio entonces? No, querido doctor, no estamos en esa corriente de ideas. ¡ El alcohol es el rey! Créame usted, en vez de denigrar nuestras grandes marcas, fabricadas con tanto cuidado, debía usted recomendar-selas á sus clientes. El *Royal-Cordon* amarillo es sincero y leal. Se sabe lo que contiene...

— Veneno, como la bala rasa á un franco. La locura, el crimen, la muerte... Amigo Mareuil, deseo que ninguno de los suyos sea atacado por el mal terrible de la embriaguez. Entonces comprendería usted que hay industrias criminales contrarias á la moral y que sería preciso prohibir como se ha prohibido la trata de negros, que era, sin embargo, un comercio muy lucrativo. Especular con el vicio es una mala acción que se castiga tarde ó temprano...

— ¡ Diablo! Se vuelve usted loco con su antialcoholismo. No beba usted, si le parece tan dañoso, pero deje beber á los que les gusta.

— Adiós, corruptor.

— Hasta más ver, filántropo.

Y se separaron con un apretón de manos. Así acababan siempre todas sus querellas. Entre tanto la venta de los productos de la casa Vernier-Mareuil y los beneficios de la banca habían tomado tales proporciones, que Vernier se hizo construir en la plaza de Malesherbes un hotel señorial y acabó por considerar como absolutamente insignificantes los gastos que hacía su mujer en casa de los *modistos* más caros de París y las deudas que contraía Cristián por los lindos ojos de Etiennette Dhoriel.

II

Una de las criaturas más peligrosas que pudiera encontrar un hijo de familia era la encantadora rubia que se había apoderado de Cristián. Etiennette empezó por ser maniquí en casa de Doucet y allí dió vueltas y paseos delante de los clientes para hacer admirar los modelos nuevos. Un capricho por un actor de Variedades, de cara simiesca y que, sin embargo, hacía asombrosas conquistas, condujo á la joven al teatro, y allí su belleza, su gracia y el esplendor de su cabellera de un rubio rojizo sedujeron al joven Golsdcheider, que la puso una lujosa casa y la lanzó. En un año, Etiennette había hecho gastar al joven barón tales sumas, que la caja de su padre, sólida sin embargo, llegó á resentirse. La hermosa, salida de un departamento de la calle Pasquier y de un coche alquilado, llegó en doce meses á tener un hotel propio en la avenida del Bosque y un salón amueblado con el famoso mobiliario del príncipe Thuirigny que costó ciento quince mil francos en casa de Wertheimer. Sus carruajes y sus caballos rivalizaban con los de las más brillantes cuadras de la capital, y tenía á su servicio al picador de lord Bloodberry, que

— Adiós, corruptor.

— Hasta más ver, filántropo.

Y se separaron con un apretón de manos. Así acababan siempre todas sus querellas. Entre tanto la venta de los productos de la casa Vernier-Mareuil y los beneficios de la banca habían tomado tales proporciones, que Vernier se hizo construir en la plaza de Malesherbes un hotel señorial y acabó por considerar como absolutamente insignificantes los gastos que hacía su mujer en casa de los *modistos* más caros de París y las deudas que contraía Cristián por los lindos ojos de Etiennette Dhoriel.

II

Una de las criaturas más peligrosas que pudiera encontrar un hijo de familia era la encantadora rubia que se había apoderado de Cristián. Etiennette empezó por ser maniquí en casa de Doucet y allí dió vueltas y paseos delante de los clientes para hacer admirar los modelos nuevos. Un capricho por un actor de Variedades, de cara simiesca y que, sin embargo, hacía asombrosas conquistas, condujo á la joven al teatro, y allí su belleza, su gracia y el esplendor de su cabellera de un rubio rojizo sedujeron al joven Golsdcheider, que la puso una lujosa casa y la lanzó. En un año, Etiennette había hecho gastar al joven barón tales sumas, que la caja de su padre, sólida sin embargo, llegó á resentirse. La hermosa, salida de un departamento de la calle Pasquier y de un coche alquilado, llegó en doce meses á tener un hotel propio en la avenida del Bosque y un salón amueblado con el famoso mobiliario del príncipe Thuirigny que costó ciento quince mil francos en casa de Wertheimer. Sus carruajes y sus caballos rivalizaban con los de las más brillantes cuadras de la capital, y tenía á su servicio al picador de lord Bloodberry, que

este gran señor había encontrado demasiado caro. Esta mujer, que tan hábilmente hacía pagar á los hombres, poseía en el mismo grado la habilidad de constituirse rentas. En la marcha de su casa daba muestras de una economía inteligente que dejando á su lujo un brillo incomparable, le permitía hacer todos los meses serias colocaciones de dinero. De Golscheider pasó á Pierre Thuraux, el fabricante de fideos millonario, que no duró más que seis meses. Después pudo echar mano á sir Julius Harvey, que dirigía en París el *trust* del caucho para el mundo entero. El profundo aburrimiento que le producían sus relaciones con el riquísimo americano la condujo á un capricho por el salado Clamirón, pero los caprichos de Etiennette no eran jamás gratuitos y Clamirón fué enganchado á la limonera en el carro de la bella mientras Harvey tiraba de él en la lanza. Después del actor de Variedades, nunca Etiennette amó á un hombre lo bastante para no hacerle contribuir á su presupuesto. La joven manifestaba su ternura por la mayor ó menor confianza que permitía á sus amantes. Nunca toleró que Harvey la tutease en público, pero Clamirón podía decirselo todo y él abusaba del permiso. Sin embargo, el día en que le fué presentado Cristián en las carreras de Deauville, experimentó una especie de emoción. Aquel guapo mozo moreno, de cara pálida iluminada por grandes ojos azules, le gustó singularmente. Si el heredero de los Vernier-Mareuil hubiera estado pobre, acaso Etiennette hubiera sido capaz de una pasión desinteresada, pero, desgraciadamente para él, Cristián era uno de los más ricos herederos que se paseaban por el Bosque, y estando á punto de ser tratado excepcionalmente, hizo lo que todos sus antecesores : pagó. Un día que á Etiennette le dió por ser franca, le contó sus vacilaciones y acabó por decirle :

— Tú no hubieras querido que te tuviera de balde... Hubiera sido humillante para el crédito de tu padre...

Cristián no quería ser humillado y pagaba á manos llenas. Jamás tan hermosa cascada de oro cayó ruidosamente de las manos de un vividor. En aquel momento preciso fué cuando Vernier intervino é hizo á su heredero severas amonestaciones. Pero éste estaba demasiado bien atado para recobrar fácilmente la libertad, pues Etiennette ponía todo su orgullo en no ser una de esas mujeres á quienes se abandona. Siempre había puesto en la puerta á sus amantes, y ni uno tan sólo se había marchado por sí mismo. La vida que Cristián llevaba con ella era, por otra parte, incompatible con toda independencia. Aquella mujer endiablada, chispeante de ingenio y rica en fantasía, dominaba completamente á los hombres.

El fastidio, esa plaga de la gente ociosa, no existía para los que vivían á su lado, y para obtener ese resultado explotaba el vicio bajo todas sus formas. Su especialidad consistía en infundir malas costumbres á los que no las tenían. Á Clamirón le hizo jugador y á Bloodberry morfínomano. Y en sus manos y bajo su influencia, el desgraciado Cristián aprendió á beber. En los grandes *restaurants* se entregaron á la pasión de los vinos y Etiennette, como una gran dama á lo Luis XV, hacía frente á Cristián en aquellas alegres orgías. Desde entonces el cuidado constante de la joven fué ofrecer á Cristián esas mismas distracciones á domicilio é inició una serie de fiestas á las que eran invitados Clamirón, Vertemousse, Longin, Marieta de Bernay y Juana Buzancy. Hubo en aquella casa congresos culinarios y Cristián no se desdeñó de bajar con Clamirón á las cocinas para confeccionar platos á su modo. Entonces empezaron los aperitivos antes de

comer, las largas series de botellas vaciadas durante las comidas y el desencadenamiento de los más bajos apetitos materiales. Cuando Cristián, con las piernas vacilantes, se levantaba de la mesa sin pensar más que en dormir, era aquella para Etiennette una economía de ternura y un saludable aumento de reposo. Durante más de un año la familia de Cristián no observó aquella horrible costumbre del joven, que había ya incubado su embriaguez de la noche anterior cuando se presentaba á almorzar con sus padres. Pero una casualidad trajo el descubrimiento de la verdad. Una noche en que Vernier y su mujer fueron á Variedades á ver la comedia nueva, vieron entrar en un palco platea, ya empezada la función, á Etiennette y Juana Buzency escoltadas por Vertemousse y Cristián, los cuales hicieron tal estrépito al entrar, que el público, indignado, se volvió hacia el palco y los actores suspendieron un momento la representación. En el mismo momento y como para responder á las protestas, Cristián se levantó en el fondo del palco y su padre le vió livido, con los ojos turbios, la mirada vaga y ofreciendo en toda su persona la imagen lamentable de la embriaguez. Aquel movimiento pareció haber agotado sus fuerzas, pues el joven volvió á caer en su asiento y no se le vió más. Vernier y Emmelina, estupefactos ante aquella aparición, se miraron sin atreverse á hablar, tan penoso les parecía lo que tenían que decirse. Después, por una reacción de su carácter enérgico, Vernier prorrumpió en una violenta exclamación y se levantó.

— ¿Á dónde vas? dijo Emmelina.

— Á traerme de una oreja á ese vicioso, exclamó Vernier rojo de cólera.

— No vaya usted, dijo Templier. Usted no puede po-

nerse en contacto con las muchachas á quienes acompaña Cristián. Yo iré si usted quiere...

— Sí, se lo ruego á usted, amigo mío.

— ¿Y qué debo hacer?

— Traerme inmediatamente á Cristián. Quiero hablar con él...

— ¿Y si se niega á seguirme?

— Entonces, veremos.

Raimundo fué acogido en el palco con estas aclamaciones:

— ¡ Ah! Aquí tenemos al amigo de la casa. ¿ Qué vienes á hacer aquí? Vente con nosotros, querido barón...

El aire de compunción de Templier suspendió aquella efervescencia:

— ¿ Qué tienes? dijo Cristián. ¿ Hay alguien enfermo?

— No, pero tu padre está en el teatro con su mujer y me envía á rogarte que vayas á hablarle.

— ¿ Qué le ocurre?

El joven se levantó, pero le flaquearon las piernas y tuvo que sentarse.

— ¡ En qué estado te encuentro, desgraciado! dijo Templier con pena.

— No comprendo qué me pasa. Debe de ser el calor del teatro. Al llegar estaba fresco como una rosa. En fin, cuenta qué sucede.

— Sucede que tu padre te ha visto, como todo el mundo, y no ha podido menos de observar el estado en que te encuentras... Puedes figurarte el efecto que le has producido... Quería venir á buscarte él mismo... Y si no es por mí...

— ¡ Ah! ¡ Escenas de familia en público! ¿ Eh? Etiennette, la maldición paternal en un palco de Varie-

dades... Sería cosa de revista... ¿Concibes á mi padre representando los Lassouche?... No creo que sacaría para los gastos...

Cristián prorrumpió en una carcajada, de la que no participaron sus amigos, molestados por aquel diálogo. Vertemousse creyó que debía decir :

— Es un diablo que tus padres estén aquí precisamente esta noche... Vas á tener historias...

La mirada de Cristián se encendió y sus labios se crisparon.

— Sería un poco fuerte que mi padre me fastidiase por una pequeña calaverada. Yo le dejo hacer lo que él quiere ¿verdad? Pues que no se meta en mis operaciones.

— ¡ Pero, querido !... respondió el buen Templier.

— Oye, pequeño, dijo brutalmente Cristián, debías comprender que si hay alguien que tenga que hacer observaciones sobre las conveniencias ó sobre la moral, ese no eres tú... En fin, basta de historias ¿sabes? He venido á divertirme y no quiero que me molesten.

— Está bien, dijo Raimundo con frialdad glacial. Después se levantó, saludó á las mujeres y se dispuso á salir ; pero Étiennette era demasiado lista para dejar que el barón se marchase enfadado con Cristián é intervino con su autoridad habitual :

— Mi querido Templier, no se incomode usted. Cristián es un imbécil...

— ¡ Hombre ! Está bien... Tienes gracia al decirme...

La joven le interrumpió :

— Eres un imbécil, perfectamente. Primero porque recibes mal á un amigo que viene á hacerte un favor, y después porque faltando al respeto á tu padre arriesgas el incomodarle... Además...

— Basta, gruñó Cristián. Hagamos las paces, barón. Di á mi padre que irá á verle á su despacho mañana... Esta noche, realmente, estoy un poco alterado para hablar con él...

— Entonces, buenas noches.

Después de esta semisatisfacción, Raimundo estrechó á todos las manos sonriendo y se marchó.

Por la mañana, á las once, estaba Vernier en su despacho de la calle de Chateaudun, muy ocupado en abrir una numerosa correspondencia, enfrente de Mareuil, cuando entró Cristián sin llamar. El joven tenía muy buena cara, la vista viva y la boca sonriente. Una noche tranquila le había repuesto por completo. Se dirigió á su tío, le besó como un niño y quiso hacer lo mismo con su padre, pero Vernier le contuvo con un ademán enérgico y dijo mirándole con frialdad :

— Cerebro, caballero, el ver que ha tomado usted posesión de sí mismo...

Cristián dejó caer los brazos con desaliento y su cara expresó la más completa desanimación.

— ¡ Me hablas de usted y me llamas « caballero ! » ¡ Ah, papá !

Vernier se puso como la grana y exclamó dando un puñetazo en la mesa :

— Un joven que se conduce de ese modo es un extraño para mí... ¡ Cómo ! ¡ Dejarse ver en público en un estado tan repugnante ! Eso es la locura más que la mala conducta.

Cristián se dejó caer en una butaca y bajó los ojos, resignado á sufrir la indignación paternal. Y mientras Vernier se desataba en periodos violentos tomando por testigo á Mareuil, que aprobaba con la cabeza, Cristián pensaba : He aquí una reprimenda que dejará memoria. Tengo, lo menos, para tres cuartos de hora de

moral á alta presión y durante ocho días cara de palo en el almuerzo, si tengo la imprudencia de presentarme á él. Y todo por una pequeña *juerga* con unos amigos. Papá me hace pagar caro el dinero que me da... ¡Y no cesa!... ¡Es Cicerón! Me está fastidiando resueltamente...

El joven hizo un gesto de protesta al ver que su padre sacaba de un cajón un voluminoso paquete de papeles y le ponía en la mesa. Era el estado de las sumas entregadas á Cristián y nada horrorizaba al joven tanto como la exposición de sus asuntos financieros. Cristián tuvo la fuerza de exclamar :

— ¡ Ah, no ! ¡ Nada de cuentas ! Me las sacas á relucir continuamente. Eso se acabó ; está pagado y no tienes para qué echarme en cara esas viejas historias. Si me has hecho venir para no decirme más que cosas desagradables, prefiero marcharme. Volveré dentro de ocho días, cuando hayas tenido tiempo de calmarte.

— Me estás faltando al respeto, exclamó Vernier exasperado.

— No te falto al respeto, pero encuentro que me tratas como á un vagabundo que comparece ante la policía correccional. Todo esto es desproporcionado. Gritas como un tendero de comestibles al que su heredero hubiera hecho un gasto de trescientos francos. ¡ Es humillante !

— No se trata del dinero que me cuestas, replicó Vernier con fuerza, sino de tus costumbres, que son deplorables. Vives con una cuadrilla de malvados que te conducirán á los peores excesos.

— ¡ Malvados ! Clamirón es tan conocido en París como Yvette Guilbert. Vertemousse frecuenta las cárceles de los príncipes. Y Longin es hijo de un hombre tan rico como tú... Si alguna vez esta gente detiene á

los transeuntes después de medía noche, se puede asegurar que no será para quitarles el dinero, sino para dárselo.

— En fin, supongo que no defenderás á la mala mujer que te está perdiendo. Desde que la tratas cometes toda clase de locuras...

— ¿ Étienne ? No es peor que las demás.

— Es la mujer más peligrosa de París. Tengo noticias sobre ella. ¡ Ah ! ¡ Si tú las supieras !

La cara de Cristián recobró la animación y el joven dijo con viva curiosidad.

— ¡ Cuenta ! ¡ Cuenta !

Vernier sacó del cajón una cubierta azul y la puso en la mesa al lado del legajo de Cristián.

— En primer lugar, está inscrita en la prefectura de policía... La cogieron en noviembre de 1894 en un hotel del *faubourg Montmartre*, la llevaron á la prefectura y le dieron la cartilla... El año siguiente, estuvo entretenida por un agredado á la embajada de Turquía, Fuad-Effendi, á quien engañaba con un dependiente de la casa Belvern. Ese desgraciado se vió reducido por ella á robar la caja de su principal y le condenaron á cinco años de prisión. Étienne entró después en casa de Rousset como maniquí y allí conoció á la baronesa de Rodeville, con la que trabó relaciones íntimas... La baronesa gastaba con ella sumas importantes y el marido la arrojó un día por la escalera y fué recogida por el portero con la cabeza ensangrentada...

— Le he visto las cicatrices. Ella dice que son de un accidente de carruaje.

— ¡ Mentira ! Es una lesbiana y recibe dinero de las mujeres lo mismo que de los hombres.

— ¡ Nunca hubiera sospechado tal cosa ! ¡ Es asombrosa esa Étienne ! ¡ Qué naturaleza !

Vernier volvió á montar en cólera.

— ¿ Ese es todo el efecto que te producen tales revelaciones? Estás tan corrompido que los vicios más repugnantes no te producen más que extrañeza y casi admiración...

— Esa mujer es única en su género. Nunca acaba uno de conocerla y te concedo que es de lo más vicioso que existe. Pero con ella no hay medio de aburrirse un minuto.

— Si trabajaras, no te aburrirías.

Cristián respondió en tono burlón :

— Si yo trabajase ¿ qué harías tú?

— Hay aquí empleo para ti, dijo Mareuil, viendo que las cosas se iban á echar á perder de nuevo entre el padre y el hijo. Si vinieras á pasar los días á la oficina en vez de arrastrarte por sitios sucios ó malsanos, todo iría mejor para ti el primero.

— Esa infecta mujer con quien te degradas, continuó Vernier, cifra toda su gloria en probar que estás á su discreción. Yo le haré ver lo que cuesta el ponerse enfrente de mí... Voy á ver al prefecto de policía y á hacer que la meta en *Saint-Lazare*, como la última de las perdidas...

— No hagas tal cosa, porque no tendrías más que disgustos. Está muy relacionada en el mundo oficial y tres ó cuatro diputados comen en su casa. El prefecto daría un salto si fueras á pedirle que se metiera con Etiennette Dhoriel. Se le echaría encima la prensa y sabe muy bien que le costaría caro.

— ¿ Qué puede temer el prefecto de esa individuoa?

— Le haría saltar como un tapón de *champagne*.

— ¡ Mira! ¡ Cállate ó acabarás por hacerme montar en cólera!

— No te apeas de ella hace una hora.

Vernier se puso á pasear con agitación.

— ¡ Vamos á ver! Seamos prácticos y claros... Me contraría tu modo de portarte en este momento. Veo que no conseguiré que trabajes como un muchacho serio... Hay, pues, que atacar la causa para suprimir el efecto. París no te conviene. ¿ Quieres viajar?

— ¡ Ah, no!

— Una hermosa expedición con tus amigos, á bordo del yate...

— Me mareo...

— Á recorrer las costas del Mediterráneo...

— ¿ Á Monte-Carlo?

— ¡ No! Esa perdida iría á buscarte.

— No querrás, sin embargo, que yo haga voto de castidad...

— Lo que quiero es que no destruyas tu salud y que no te vuelvas un idiota.

El padre se entremeció, fué á Cristián, se sentó á su lado y cogiéndole en sus brazos le dijo con los ojos llenos de lágrimas :

— Vamos á ver, hijo mío, tú no eres malo y no querrás causarme pena. Reflexiona un poco sobre la situación en que me pones. No tengo á nadie más que á ti. Si tu pobre madre viviera ¿ querrías atormentarla? Pues bien, por su memoria, no te dejes llevar del vicio más crapuloso... Prométeme ser razonable... Te daré cuanto quieras si me pruebas tu buena voluntad. No nos separemos enfadados. Me obedecerás ¿ verdad? Deja á esa Dhoriel, que es tu mal genio. ¡ Qué diablo! No faltan mujeres en París. No te obstines en permanecer con la más peligrosa. En el fondo no tienes empeño alguno... Aprovecha una buena ocasión y... Adiós...

— No te apures por tan poco, papá. Todo se arre-

30653

glará... ; Dios mío ! ; Cuánto ruido por una Etienne... Si no me hablaras tanto de ella, hace mucho tiempo que la hubiera plantado... Se acabó ¿ eh ?

Dió un beso á su padre, estrechó la mano á Mareuil y se marchó.

Desde aquel día, Vernier hizo vigilar discretamente á Etienne y á Cristián, y lo que supo no fué para agradarle. Sus sospechas no eran nada al lado de la realidad. Cristián y sus amigos se iban todas las noches, sin Etienne, á los *bars* de los alrededores de la Opera y allí, encaramados en altos taburetes, tomaban con pajas líquidos variados, alternados con cigarros fumados silenciosamente. La marca particular de aquellas fiestas era el ser mortalmente tristes. Á las altas horas de la noche se levantaban pesadamente y con las piernas vacilantes se iban á sus casas. Aquella miserable existencia pasada entre mujeres públicas y borrachos había alojado en Cristián los resortes de la voluntad, y el joven no salía de aquella rutina lamentable más que para entregarse á excentricidades que revelaban un principio de delirio alcohólico y que le exponían á tener que habérselas con la justicia. Una noche, en un *bar* americano apostó con una mujer á que ésta no se bebía un litro de ajeno en una hora. La desgraciada se empeñó en ganar la suma apostada y á los tres cuartos de hora cayó al suelo abrasada. Otra vez incitó uno contra otro á dos músicos húngaros, enamorados de Etienne, los hizo beber y corrió la sangre, por lo que se formó una causa que llevó á Cristián ante el juez de instrucción. Gracias á esas excesivas fantasías, el heredero de Mareuil se hizo poco á poco una reputación execrable y, con la ayuda de la prensa, llegó á ser catalogado en la categoría de los tipos « genuinamente parisienses », triste notoriedad

que le valió las irónicas citaciones de los cronistas de fiestas nocturnas y el entristecido desdén de las personas sensatas. Pero el más positivo resultado de tales excesos fué un desarreglo en la salud del desgraciado, que se desmejoraba á ojos vistas. Su talle empezaba á encorvarse, sus mejillas se hundían y sus ojos vagos acentuaban la estupidez de su sonrisa. Solamente el alcohol le daba un poco de animación por las noches, como si por una horrible ironía el tóxico abominable quisiera vivificar al mismo á quien destruía. Etienne le veía hundirse más cada día en su mortal embriaguez, sin sentir por él la menor piedad y dispuesta á explotarle hasta la muerte. El desprecio de la humanidad que la había hecho víctima de sus caprichos y cuyos vicios veía, la había llevado á un cinismo feroz. Tenía una sola confidente á la que decía su pensamiento sin reservas. Era su manicura, la señora Mauduit, una mujercilla de cincuenta años, provista siempre de un saco en el que llevaba dinero para prestarlo, alhajas de ocasión para venderlas, papel sellado para hacer pagarés y las señas de todos los hombres que se divierten en París. Cuando una de sus clientes necesitaba dinero, le daba metálico ó alhajas, según sus garantías. El metálico le producía siempre el sesenta por ciento al año, ó sea el cinco al mes, y las alhajas eran empeñadas en el Monte por la misma señora Mauduit, que se guardaba la papeleta, en cambio de lo cual se encargaba de indicar un cliente masculino que recogiese los pagarés ó diese el precio de la joya empeñada por la mitad de su valor real. Etienne había hecho negocios en su juventud con aquella mujer y no le había ido mal. Ambas se tuteaban y hablaban á medias palabras de personas y de cosas que solamente ellas conocían y que les interesaban apasiona-

damente, pues no acababan nunca de tratar esos asuntos, en los que figuraban términos de germanía de los más canallescós, cuando no eran criminales.

Cristián estaba convencido de que Etiennette era una individua con la que no había que andarse en juegos y de que en su vida pasada pululaban misteriosos personajes capaces de hacer uso del puñal y del revólver con peligrosa facilidad. Hacía dos años que el desgraciado joven estaba en poder de aquella bribona y todos los días descendía un poco en la degradación física y en la debilidad intelectual, cuando la circunstancia más imprevista echó por tierra los planes de Etiennette y pareció asegurar la salvación de Cristián. Etiennette manifestó el deseo, como todos los años, de ir á pasar julio y agosto en la orilla del mar y Cristián se puso en busca de una villa para alquilarla. Un agente le indicó una vasta y lujosa propiedad, entre Deauville y Villers, que tenía numerosas habitaciones, lo que facilitaba la estancia de los amigos de Etiennette y de Cristián. Las dependencias eran bastante grandes para instalar los caballos, los coches y los indispensables automóviles. Vernier-Mareuil vivía en Deauville, lo que no parecía importar á su hijo ni á Etiennette. Las primeras semanas transcurrieron con bastante tranquilidad y Cristián, reanimado por el aire del mar, recobró una parte de sus fuerzas recorriendo los caminos en su faetón de veinte caballos de vapor, casi siempre solo con su *chauffeur*, pues la joven había echado de ver que el impulso del aire le irritaba la cara y no era ella mujer de sacrificar su higiene á un capricho de Cristián. Poseído entonces por el vértigo de la velocidad, el joven recorría las anchas carreteras de Normandía á sesenta kilómetros por hora y pasaba como un huracán por las aldeas dejando detrás de él

una nube de polvo, los mugidos de la trompa y la infección del petróleo. Al pasar un día por un camino de travesía, en los alrededores de Pont-l'Eveque, Cristián, que había acortado la marcha, pero llevaba todavía buena velocidad, llegó de repente á una encrucijada rodeada de setos y libre solamente por el lado de una pradera cuya valla, afortunadamente, estaba abierta. Cristián entró por ella resueltamente y recorrió todavía veinticinco metros por la hierba, pero encontró una zanja abierta para dejar correr las aguas y su automóvil cayó de costado con gran ruido de hierros y maquinarias. El *chauffeur* dió un salto y cayó de pie, pero Cristián, que no había querido abandonar la manivela, rodó al suelo y se quedó con la pierna derecha cogida debajo del coche que gruñía, soplabá y se agitaba sobre el costado como una bestia en la agonía.

— ¡ Está herido el señor ! exclamó el criado acudiendo á ayudar á Cristián.

— No puedo menearme, dijo el joven... Pero me duele horriblemente la pierna... ¡ Pronto ! Venga usted á sacarme... Temo que estalle el coche...

El hombre cogió el carruaje y trató de levantarlo, pero no pudo lograrlo y, por precaución, vació el depósito de esencia. Estaba haciendo esfuerzos desesperados, cuando de una habitación, medio oculta entre la arboleda, llegaron socorros ; dos hombres y una joven.

— ¡ Pronto ! dijo á su compañero el de más edad de los dos, coja usted la viga de la valla... Así... Póngala usted, como una palanca, debajo del coche y una piedra como punto de apoyo... Usted, *chauffeur*, ánimo, levante usted... En cuanto esté usted libre, amigo, échese hacia atrás... ¿ Está?... ¡ Dios mío ! ¡ Se ha desmayado !...

En la intentona que acababa de hacer para sacar la

pierna de debajo del coche, Cristián había sentido tal dolor, que dió un gemido y se quedó inerte en el suelo.

— Anda, hija mía, tira de él... Nosotros no podemos dejar la palanca... ¡ Pronto ! ¡ Despáchate ! ¡ Así !...

Cristián, ya libre, se quedó echado en la hierba y rodeado por los tres hombres y la joven. Cuando volvió en sí y el criado trató de palparle, dió un grito horroroso y suplicó que no le tocaran.

— Tengo la pierna rota... Lo conozco... No me muevan ustedes...

— No podemos dejarle á usted, sin embargo, en esta pradera, dijo el dueño de la propiedad... Hija mía, vete á casa con Claudio, haz que traigan un colchón y di á tu madre que prepare una cama... Y usted, Claudio, tráigase una escalera que servirá de camilla...

Una hora después, Cristián estaba instalado en un cuarto del piso bajo de una cómoda casa normanda y enviaba á su criado á buscar al doctor Angogne, que justamente se encontraba en Trouville pasando una temporada en casa de Vernier. La casa en que un azar acababa de hacer entrar tan desgraciadamente á Cristián pertenecía á la familia Harvay, padre, madre é hija que pasaban en ella sencillamente y en completo retiro los dos meses del año en que se paralizan los negocios. Sebastián Harvay, comisionista en mercancías, se quedaba libre durante los meses de julio y agosto y sólo iba á Paris una vez á la semana para vigilar á sus empleados. Por otra parte, sus comisiones no iban bien hacía algunos años y la casa Harvay, que era una de las más fuertes en tiempo del padre de Sebastián, había venido á menos poco á poco, á causa de repetidas quiebras en la América del Sur. El crédito de Harvay, que había sido de los más sólidos, no ofrecía ya garantías

absolutas y las transacciones habían disminuído como la confianza. Sebastián asistía con profunda amargura á la ruina de su casa y decía :

— Los negocios se han hecho imposibles. El gobierno no ofrece ninguna seguridad y ni siquiera es capaz de concluir tratados de comercio ventajosos con las naciones extranjeras. Todos los años anuncia á los rentistas que se les van á imponer nuevas contribuciones, y á los capitalistas que dentro de poco la propiedad no será ya transmisible, y así no hay confianza posible. Su mujer, más inteligente que él, aconsejaba la liquidación de la casa. Marchándose á la América del Sur debía ser fácil cobrar muchas de las deudas atrasadas, cosa imposible por cartas, tratándose de personas interesadas en no responder. Con eso y con la venta de la casa, se podría vivir modestamente. Pero Harvay se empeñaba en luchar contra la corriente y eran de temer los peores reveses. Genoveva Harvay era la dulzura y el encanto personificados. Tenía diez y siete años y una blancura nacarada de rubia con cabello de pálida seda. Sus ojos negros iluminaban una cara delicada animada deliciosamente por sonrisas y rojos labios. Era de mediana estatura y esbelta al mismo tiempo que robusta, como una muchacha que vive al aire libre de los bosques. Sencilla, animosa y franca, Genoveva animaba la casa con sus alegres risas. Se parecía un poco á su padre en la obstinación y cuando se trataba de la liquidación de la casa, la joven opinaba por continuar la lucha. Su padre decía de ella con un poco de orgullo : Genoveva es una verdadera Harvay. Se parece á su abuelo. En aquella familia de buenas personas fué donde Cristián cayó como un bólido. Hacía cuatro horas que el joven estaba sudando de angustia entre las sábanas, cuando Ver-

nier y el doctor Angogne se apearon de un coche delante de la verja. Un criado bajó del pescante una caja que contenía los instrumentos necesarios para una operación y todo lo que podía servir para una cura. Vernier entró anhelante y rojo, conducido por la señora de Harvay, y al ver á su heredero que, con la cabeza en la almohada, le acogía con una pálida sonrisa, dijo gruñendo como entrada en materia :

— ¡ Bueno va ! ¡ Estás arreglado ! Ya te ha hecho pedazos tu estúpida máquina... No vas á parar hasta que me dejes solo en la tierra ¿ no es eso ?

Después de haber desahogado así su descontento, se decidió á abrazar á Cristián, le tocó las manos, que estaban ardientes, y dijo al doctor :

— Por fin, no está muerto... Algo es algo...

Angogne, sin decir palabra, levantó las ropas y se puso á examinar al herido, en el que descubrió un equimosis insignificante en el lado izquierdo, una rozadura en la cadera derecha y una gran hinchazón en la pierna. El doctor la examinó con delicadeza, arancó un grito á Cristián y dijo muy tranquilo :

— ¡ Vamos ! No ha salido mal librado. Sólo tiene una fractura simple... Querido amigo, tiene usted para cuarenta días, pero por esta vez no habrá que cortarle nada. No vuelva usted, sin embargo, á las andadas, pues no siempre tendrá la suerte de recibir un peso de dos mil kilos en la pierna sin que se le haga astillas...

El médico procedió á la reducción de la fractura, vendó la pierna, ordenó el mayor reposo y anunció que volvería al día siguiente. Durante ese tiempo Vernier se paseaba con la familia Harvay en un jardinillo florido que adornaba la fachada principal de la casa y les daba las gracias por la acogida que habían hecho á su hijo. Vernier estaba, no obstante, preocupado por

saber si aquella familia le conocía, para lo cual aventuró algunas alusiones á su estancia anual en Trouville y manifestó extrañeza de no conocer el encantador paraje en que habitaba Harvay.

— Este es un sitio apartado de los excursionistas, dijo Sebastián. Estamos aquí en pleno campo, como unos salvajes... Sin embargo, vamos algunas veces á pasar el día á la orilla del mar...

— Si van ustedes á Trouville, excuso decirles que me darán un placer aceptando mi casa... La señora de Vernier-Mareuil tendrá mucho gusto en recibirles...

Por fin había logrado decir su nombre y quedó contento del efecto que produjo, Harvay levantó la cabeza para mirarle con más atención, su mujer le echó una mirada de interés y Genoveva dijo alegremente :

— He visto con frecuencia su nombre de usted en unos hermosos carteles que representan una mujer con alas y con un cuerno de la abundancia en la mano, del que cae una lluvia de botellitas de *Royal-Cordon*... Cuando yo era pequeña me quedaba extasiada delante de aquellas botellas y quería probar lo que había dentro...

— No son precisamente licores para señoritas, dijo Vernier, pero hacemos, sin embargo, un licor de cerezas del que me permitirá usted que le envíe unas muestras...

— ¡ Ves, Genoveva ? dijo la mujer de Harvay en tono de protesta.

— ¡ Oh ! señora, dijo Vernier, no regañe usted á esta linda niña por su encantadora franqueza. Es usted muy feliz de tener una hija que dice lo que piensa, lo que va siendo muy raro.

La conversación recayó entonces sobre la educación de los hijos y Vernier vituperó amargamente el modo

de ser de las generaciones nuevas, sin ideas serias, sin aplicación al trabajo, sin deferencia por la voluntad de los padres. En pocos minutos encontró medio de enterar indirectamente á la familia Harvay de la conducta de Cristián, al hacer aquel proceso de la juventud. Omitió, sin embargo, á causa de la presencia de Genoveva, el hacer alusión á las numerosas Etiennettes que hacen estragos en los hijos de familia. El doctor fué á interrumpir la conversación diciendo á Vernier que su hijo quería hablarle. El tiempo había transcurrido y caía la tarde en la frescura de los bosques. Una ligera neblina subía de los prados, caldeados todo el día por el sol, y en el cielo, de un pálido azul, se dejaba ver ya una delgada luna menguante mientras que detrás de la arboleda se encendían los rojos colores del sol poniente. La familia Harvay volvió lentamente hacia la casa con Vernier y el médico, que sentían una misma impresión de plácida calma.

— Ruego á usted, caballero, que no se preocupe por su hijo, dijo á Vernier la mujer de Harvay. No nos causa molestia alguna y le tendremos aquí mientras lo exija su estado...

— Acepte usted, querido, dijo el doctor, al menos por una semana... Ese buen mozo podría ser trasladado mañana mismo, pero por mil razones que usted sabe como yo, está aquí mucho mejor que en ninguna otra parte. Solamente, es preciso que se le deje quieto...

Vernier hizo á su amigo una seña que quería decir: esté usted tranquilo, yo me encargo de eso. Y estrechando la mano de la excelente señora que ofrecía tan cordialmente su hospitalidad al herido, respondió:

— Doy á usted mil gracias, señora, y puesto que el doctor me anima á ello, llevaré la indiscreción hasta aprovecharme largamente de la buena voluntad de us-

ted... Ese galopín ha sido más favorecido en su desgracia de lo que merecía su imprudencia.

Vernier entró en la casa con el doctor y un cuarto de hora después dejaba á Cristián tranquilo, sonriente y dispuesto á dormirse, y tomaba el camino de Trouville. Su primer cuidado aquella noche, en cuanto acabó de comer, fué hacerse llevar á Tourgeville, á casa de Etiennette Dhoriel. Había prometido á Cristián hacerla avisar de su accidente y creía que nadie mejor que él mismo podría llenar aquella misión. Hacía tiempo que tenía gana de encontrarse con aquella famosa mujer y la ocasión era admirable. La amiga de Cristián no tenía fama de carecer de aplomo. Se la había visto en circunstancias difíciles portarse con la seguridad y la firmeza de una persona superior. La joven se quedó, sin embargo, muy conmovida cuando la doncella le presentó en el salón la tarjeta de Vernier-Mareuil.

Estaba jugando al *besique* chino con Marieta de Fontenay, mientras Clamirón dormía boca arriba en una butaca. Etiennette arrojó su juego, hizo un gesto de asombro y dijo:

— ¡Cáspita, cáspita!

— ¿Qué? preguntó Marieta, ¿qué sucede?

— El padre de Cristián, que se presenta...

— ¿Dónde está tu galán?

— Se marchó esta mañana de paseo, solo con su *chauffeur*...

— ¿Será que te deja?

Etiennette dejó ver una sonrisa de orgullo.

— Sería el primero...

— Alguno lo ha de ser...

— Pero no él.

— ¿Entonces?

— Vamos á ver.

Y dijo á la doncella :

— ¿Dónde has hecho entrar al señor Vernier-Mareuil?

— En el saloncillo de la señora.

— Bueno. Dile que voy...

Clamirón exclamó en tono de burla, sin moverse de subutaca :

— *Dama de las Camelias*, acto tercero, escena del papá Duval... ¡Magnífico!

— ¿Qué? ¿No sigues roncando?

— He abierto los ojos para asistir á tu entusiasmo... Te veo en el colmo de la dicha...

Etiennette se miró en el espejo y se vió muy pálida.

— ¿Seré estúpida? dijo. ¿Qué tengo yo que temer de ese viejo chocho? No me va á comer.

— Es que es muy rico, dijo Marieta, y eso siempre impresiona.

Etiennette hizo un gesto de desdén.

— No soy mujer de asombrarme por tan poco. Me las he tenido tiesas con otros más fuertes... Esperadme; vuelvo dentro de cinco minutos...

La joven estaba inquieta en el fondo. Abrió la puerta con mano nerviosa y entró con aire altanero, mirando de frente á su visitante, que estaba en pie, delante de la chimenea. Vernier no pareció en modo alguno impresionado por el aspecto majestuoso de Etiennette, la saludó con un ademán familiar y dijo redondamente y en voz baja :

— Tengo el sentimiento de traer á usted malas noticias de mi hijo. Su automóvil volcó esta mañana y Cristian tiene una pierna rota.

— ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Dónde está?

— Tranquilícese usted. Ha sido recogido por unas buenas personas, en cuya casa está perfectamente cui-

dado. Le he visto antes de comer, la fractura ha sido reducida y todo va lo mejor posible.

— ¡Pero voy á hacerle transportar aquí!

— Lo ha prohibido el médico.

— Entonces iré á cuidarle...

— ¿Qué está usted diciendo? Está en casa de personas regulares y no creo que tenga usted allí su puesto...

Etiennette se estremeció al oír esa declaración formulada claramente, pero sin acritud. Era el primer golpe que le asestaba su adversario y se sentía herida. Pero se irguió para responder.

— Pero, señor mío, el afecto que me une con su hijo de usted me da, supongo, algunos derechos...

— Vernier la interrumpió con un gesto seco y dijo :

— Ningún derecho. Si fueran necesarios más cuidados, yo estaría allí para prestárselos. Cristian no es huérfano; es para mí una satisfacción el decírselo á usted. Ruego á usted que no trate de reemplazarme ni á mí ni á los míos... He tenido ya que soportar muchas intrusiones por parte de usted, pero en esta ocasión no tolero ninguna...

Etiennette vió la oportunidad de cambiar de terreno, al ver que aquel no le era favorable. Inclino entonces la cabeza con tristeza y dijo con voz temblorosa :

— ¿Ha venido usted á mi casa para hacerme oír tan duras palabras?

— Nada de eso. He venido á advertir á usted que Cristian no volvería esta noche. Hubiera podido enviar un telegrama, pero he querido dulcificar por mí mismo el golpe que esta noticia debía producir á usted...

Etiennette cerró los puños y bajó los ojos para que Vernier no viera el brillo de su mirada. La joven pensó :
« ¡Ah! viejo canalla. ¡Te estás burlando de mí por

añadidura! ¡ Tú me las pagarás! ¿ Quieres guasa? Pues guaseemos...

Etiennette dejó ver una sonrisa de angustia y dijo:

— Agradezco á usted mucho, caballero, tanta bondad. Usted no duda de la pena que siento... ¡ Gracias de todo corazón! ¿ Querrá usted hacerme saber todos los días cómo se encuentra Cristián, puesto que no puedo ir á cuidarle?

— Él mismo informará á usted; estoy seguro.

Vernier dió dos pasos hacia la puerta con tranquila seguridad, y Etiennette le asestó al azar su más irresistible sonrisa, con una de esas miradas á las que pocos hombres pueden resistir. Pero Vernier hizo un gesto desdeñoso, la miró con indiferencia por encima del hombro y dijo saludando con la cabeza como al entrar:

— Señorita, saludo á usted.

Y se fué sin volverse y como si saliera de un sitio público. Etiennette hizo un brusco movimiento de rabia, dió un violento puntapié á una banquetta bordada, y exclamó con toda su habitual entonación canallesca:

— ¡ Ah! viejo monstruo... ¡ Sacó de millones! ¡ Yo te enseñaré á insolentarte conmigo! Me casaré con tu hijo para que sepas con quién te las has! ¡ Y os dejaré á todos en cueros! ¡ Vaya un viejo insolente! ¡ Y cornudo hasta más no poder, y públicamente!... ¡ Espera un poco!

Cuando entró en el salón, donde la estaban esperando Marieta y Clamirón, iba todavía echando venablos.

— ¡ Cómo! dijo el amigo de Cristián; tienes un aspecto rabioso... ¿ Te ha hecho proposiciones deshonestas el papá Vernier?

— ¡ En seguida! Me ha venido á decir que Cristián se ha roto una pata esta mañana y que le están cuidando en el campo.

— ¡ Pobre muchacho! exclamó Clamirón.

— ¡ Bah! dijo Marieta. Mira no te secuestren tu conquista... El joven Cristián vale caro...

— ¡ Quia! La que á mí me le quite, no ha nacido todavía...

La joven se sentó á la mesa de juego y dijo afectando gran libertad de espíritu:

— ¿ En qué estábamos?

Marieta levantó las cartas y respondió mientras barajaba:

— Yo iba á hacer quinientos y me los apunto... Eres mi bella.

Clamirón dijo con voz nasal desde el fondo de su butaca:

— Me lo temo...

— Eso, lo veremos, respondió Etiennette.

y cuando esté usted curado, se volverá á romper la pierna, si quiere... Pero ante todo es preciso que yo se la compongá.

— No me voy á eternizar aquí... Debo estar incomodando terriblemente á esta familia.

— No lo parece...

— Son excelentes personas... Pero yo tengo mi casa... y me esperan...

— Ya «tendrán» paciencia. Y si no la «tienen» será lo mismo. Su padre de usted fué á avisar ayer mismo.

— ¿Vió á Etienne?

— Ayer noche.

— ¡Es admirable! ¿Y cómo la encontró?

— Muy ordinaria.

— ¡Cómo!

— Eso me dijo. Y añadió: «No comprendo cómo Cristián hace tantas tonterías por una mujer tan vulgarota... Por menos dinero se puede tener cosa mejor.

Cristián pareció estupefacto.

— Bien, pero cuando habló con ella cambiaría de opinión...

— No, por cierto. La encontró estúpida. Primero se quedó la muchacha como petrificada en su presencia. Después estuvo demasiado amable y le guiñó el ojo.

— ¿Etienne?

— La misma, en persona. ¡Ah! Es que su padre de usted sería mucho más ventajoso que usted mismo... Pero Vernier no es de la madera de los que mantienen «horizontales.»

— ¡Esa Etienne es única en su especie!... ¿Hase visto? ¡Tratar de seducir á papá! No se encuentran con frecuencia mujeres como ella. Puede usted estar seguro de que lo hizo por amor propio. Si papá llega á ablandarse, le pone en la puerta...

El día siguiente, el doctor Angogne despertó á Cristián al entrar en su cuarto! El sol doraba el follaje de los manzanos y las vacas pastaban perezosamente las frescas hierbas. La ventana abierta dejaba entrar un aire tibio y el perfume de las flores. Hacía muchas noches que el hijo de Vernier no había dormido tanto ni tan bien. Cristián tenía buen color y la cara descansada.

— Le sienta á usted bien tener la pierna rota, dijo el doctor á su enfermo. Hacía mucho tiempo que no le había visto tan buen color. Si su padre de usted le viera, se sorprendería agradablemente...

— ¿Qué hora es?

— Las diez. Los caballos del señor Vernier andan bien. He salido de Trouville á las ocho y media y aquí estoy... Vamos á ver esa pierna. No va mal... La hinchazón ha desaparecido y vamos á poder poner un aparato...

— ¿Con él que podré andar?

— No vayamos tan de prisa. No tiene usted nada que hacer ¿verdad?... He oído decir que dispone usted de algunos momentos desocupados. Empléelos en cuidarse,

- ¡ No es seguro!
- ¡ Ah! No la conoce usted, doctor.
- Y me doy mil parabienes.
- ¿ Cuándo cree usted que podré marcharme de aquí?
- Ya se lo diré á usted oportunamente.
- Pero me voy á aburrir con esta familia dulzarrona...
- Amigo mío, habría que haberse arreglado de modo de no coger una liebre semejante...
- ¿ Me darán, al menos, todo lo que yo pida?
- Todo lo que me parezca compatible con el estado de usted.
- Ante todo, tengo sed...
- Aquí debe de haber excelente leche... Estoy viendo unas vacas en la pradera...
- ¿ Se burla usted de mí, doctor?
- De ningún modo. Quiero cuidarle á usted, amigo mío, y lo primero es privarle de todas las porquerías que acostumbra beber antes, durante y después de las comidas... Tenga usted entendido que va á seguir un régimen muy severo. Hace tiempo que deseaba encontrar ocasión de experimentar en usted un procedimiento antialcohólico que creo infalible...
- Doctor, exclamó Cristián furioso, no estamos en el hospital y no obedeceré sus fantasías...
- Entonces empiece usted por estarse quieto y no grite ni pida nada, ó le trato sin la menor consideración... ¿ Estamos de acuerdo?
- Cristián se dejó caer en la almohada y dijo con desaliento:
- ¡ Puesto que no hay otro remedio!...
- Mientras hacía la cura, el doctor siguió hablando de su asunto favorito, del alcoholismo y de los estragos que causa en la raza francesa, bien que el veneno se

administre en costosos y delicados licores, bien en los vitriolos del pueblo...

Cristián, muy aburrido, aprovechó un momento en que el doctor tomaba aliento, para decirle:

— Cuéntele usted todo eso á mi padre, que falta le hace...

— No tengo inconveniente en decirselo á todas horas...

— ¡ Qué agradable debe de ser para él!

El doctor miró tristemente al joven.

— ¡ Ah! En otro tiempo se burlaba de mí... Pero desde que le ha visto á usted atacado por el contagio, no está lejos de participar de mi opinión. Mientras las víctimas eran los hijos de los demás, hacía la vista gorda ante la verdad. Pero ahora que el suyo está en peligro...

— ¡ Bah! ¡ Qué exageración!

— Amigo mío, no hay medios alcohólicos, recuerde usted bien esto. No los hay más que completos. El que toca al veneno, está perdido, á no ser que, por un esfuerzo de voluntad, haga una renuncia absoluta. Pero ¿ qué placer encuentra usted en beber?

— ¡ Ah! doctor, es un estado delicioso, en el que se siente uno más vigoroso, más lúcido y como desprendido de los lazos materiales. El que estaba triste, atónico y sin gusto ni para el placer, recobra bruscamente la vida y el pensamiento. El filtro ha obrado y la metamorfosis se ha realizado. ¿ Cómo no procurar obtenerla de nuevo?

— ¿ Hasta si se le dice á usted que ese filtro es un veneno mortal?

— Pero, doctor, en la vida todo es mortal. No damos ni un paso que no nos aproxime á nuestro fin y si se escuchase á los higienistas se llegaría á no poder res-

pirar por miedo á la congestión pulmonar, y á no tener una emoción por miedo á las enfermedades cardíacas. Todo es amenaza y todo es peligro. Lo que importa es elegir entre esas amenazas las menos fastidiosas y entre esos peligros los que procuren más placer. Usted habla de la embriaguez con un horror enteramente profesional, pero déjeme decirle que conozco personas que no han hecho más que beber como mosquitos desde su primera juventud y han llegado á una edad que los bebedores de agua no alcanzarán probablemente.

— Pero, desgraciado, ¿no ve usted que, independientemente de los desarreglos orgánicos que se proporciona, se hace usted un daño inmenso desde el punto de vista social? ¿Cree usted que se ignoran sus excesos? ¿Y cómo quiere usted que se justifiquen? Usted no tiene la excusa del cansancio, que puede exigir, en apariencia, el estímulo que da el alcohol. Usted no necesita olvidar sus miserias, puesto que es rico y dichoso. Es usted un *dilettante* del vicio y bebe por la baja satisfacción que acaba de describirme, lo que es abominable. Usted, y todos los que le imitan, rebajan la raza francesa y preparan el triunfo de nuestros enemigos...

— ¡Eh! doctor, yo no tengo á mi cargo la salvación de la Francia. Sé que si estuviera bien gobernada, saldría del paso á pesar del alcohol que consume. Usted lo achaca todo á los bebedores y yo los creo menos peligrosos, aquí, entre nosotros, que los colectivistas, que quieren despojar á sus conciudadanos de todo lo que poseen, y que los anarquistas, que sueñan con la supresión de toda autoridad... ¡Vamos, doctor! Hay en usted un poco de manía... No ve usted más que alcohólicos, como otros médicos no ven más que alienados... Desde que Noé tomó la primera chispa en las viñas, se usa el zumo de los racimos, á pesar de lo cual la hu-

manidad se ha desarrollado y ha hecho grandes cosas. Entre los bebedores célebres hay filósofos, poetas, sabios, guerreros, hombres de Estado y de Iglesia y hasta médicos...

— ¡Médicos jamás!

— ¡Vaya! Ustedes practican admirablemente el *sic vos non vobis*... y se permiten á sí mismos los excesos que prohíben á los clientes... No sea usted más rigorista de lo necesario... Y tranquilícese usted, todo tiene su tiempo... Probablemente seré sobrio el día menos pensado...

— Sí, si no por Pascua, por Trinidad...

— Pero entre tanto, deme usted de beber, porque con lo que me ha hecho hablar, tengo seco el gazaate...

— ¿Quiere usted tisana?

— No, un *grog*...

— ¿Muy ligero entonces?

— Americano.

— Ahí tiene usted á la señora de la casa... Pídale usted á ella lo que quiera.

La mujer de Harvay entraba en el cuarto, con la sonrisa en los labios, y detrás de ella, aparecía su marido en el pasillo.

— ¿Ha dormido usted bien? preguntó la señora á su huésped.

— Admirablemente...

— Aquí tiene usted su desayuno.

La criada traía en una bandeja un humeante chocolate, tostadas y manteca. La señora de Harvay colocó al lado del enfermo una mesilla y la cubrió con una servilleta de deslumbradora blancura. Las narices de Cristián percibieron un olor apetitoso y su estómago, perezoso de ordinario, tuvo una repentina contracción. Todo era agradable en aquel desayuno cuidadosamente

preparado. El chocolate mostraba su espuma en la taza, el pan tostado olía bien y la manteca ofrecía sus rosquillas adornadas de arabescos. Cristián vió con satisfacción y con asombro que tenía hambre y que comería con placer. Fué á hacer un movimiento para incorporarse, pero la señora de Harvay le detuvo :

— No se mueva usted. Voy á servirle.

Y cogió delicadamente las tostadas, les puso manteca y con afable gracia ató una servilleta al cuello de Cristián. Después empezó á darle de comer, mojando las tostadas en el chocolate y llevándolas á la boca del enfermo. En la cara de Cristián se veía alguna emoción. El joven recordó con tristeza los cuidados de que su madre rodeaba su infancia. Así era como le daba de comer cuando era pequeño y estaba enfermo. Cerró los ojos para procurarse la ilusión de que era ella y siguió dejándose mimar afectuosamente por aquella buena señora que le daba la impresión de sus tiempos de inocencia. Harvay y el doctor Angogne miraban con satisfacción aquel cuadro.

Al día siguiente, el médico encontró á su enfermo en tan buenas condiciones, que le puso un aparato gracias al cual pudo salir de la cama y pasar una parte del día en el jardín, y allí fué donde volvió á ver por primera vez á Genoveva después del accidente. La joven, que venía por la pradera con un cesto en el brazo lleno de rosadas setas, se aproximó con desembarazo á Cristián y le pidió noticias de su salud. Estaba encarnada y fresca y sus rubios cabellos, un poco desordenados bajo el sombrero de paja, caían en suaves rizos por la espalda.

— Parece usted otro hombre que el día en que le recogimos en la pradera, dijo alegremente á Cristián, ¡ Buen susto nos dió usted! El automóvil está compuesto... El carretero de la aldea, que es un obrero

muy hábil, ha comprendido muy bien lo que pedía su *chauffeur* de usted.

— Desgraciadamente, será más largo el componer mi pierna... Pero también el doctor Angogne es un hábil obrero...

— Ayer nos dijo que si es usted juicioso durante una semana, no cojearía usted... ¡ Hay que estarse quieto!

— ¡ Y yo que quería marcharme mañana!...

— Sería una atroz imprudencia... Á no ser que le llevaran á usted en una camilla, y hay diez leguas de aquí á Trouville... Además, entonces no probará usted mis setas.

Y al decir esto le mostró la cesta y removi6 con la mano los rosados hongos.

— ¿ No las encuentra usted apetitosas?

— ¿ Pero no teme usted envenenarse? Dicen que eso es peligroso.

La joven se echó á reír.

— No, señor, no lo temo, ni tampoco nadie de mi familia... Todos los años nos atracamos de setas y no nos hemos muerto... Pero también usted las comerá ó creeré que tiene miedo...

— Las comeré, no lo dude usted, y si no tuviese ya otras buenas razones para quedarme, me bastaría esa.

La mujer de Harvay, oyendo á su hija hablar con Cristián debajo de la ventana, fué al jardín á reunirse con ellos y allí pasó el tiempo con tal rapidez, que al acabar el día el joven no había tenido un solo momento de fastidio. Sentía un agradable cansancio producido por el aire libre y la calma adormecedora de las grandes llanuras y de los bosques silenciosos. Se dejó llevar á la cama, comió alegremente y se durmió temprano, lo que no le impidió dormir hasta el día.

Cuando despertó y vió que el alba blanqueaba las ventanas, sintió un momento de satisfacción. El insomnio que tanto temía, parecía haber huido de él. Cristián acogió la visita de su padre y de Angogne con tan vivo placer, que Vernier tuvo una verdadera alegría. El médico seguía con reflexiva atención la evolución que se efectuaba en el estado general del enfermo. La crisis que esperaba por la supresión total y brusca del alcohol, no se había producido, y en su lugar sólo veía un sopor saludable y una sonriente resignación. Cristián se conformaba con el régimen que se le imponía y no reclamaba más excitantes. Ya no hablaba de marcharse. Para todos estos sorprendentes efectos había una causa física y moral. El médico la buscó y no tardó en descubrirla. Cristián no disfrutaba de un equilibrio completo más que cuando estaba á su lado Geneveva. Cuando ésta se ausentaba, el joven se ponía inquieto, nervioso y casi irritable y la señora de Harvay no podía sacar de él más que monosílabos. Era visible que el padre le molestaba vivamente. Pero en cuanto Geneveva se acercaba á la garita de mimbres en que Cristián pasaba los días con la pierna extendida en un escabel, la cara del enfermo se ponía radiante de satisfacción. Cristián hacía interminables partidas de cartas con el señor Harvay para complacer á su hija, pero era preciso que ésta estuviese allí con la labor en la falda ó hablando con su madre. El doctor Angogne quiso saber á qué atenerse y á los quince días dijo al enfermo.

Querido amigo, tiene usted la paciencia de un ángel. Pero las más duras obligaciones tienen un límite y creo que puedo devolverle su libertad. Tiene usted la pierna en yeso, y por consecuencia nada le impide ir en coche. Cuando usted quiera volver á Tourgeville, puede disponerlo...

Cristián acogió esta noticia con una frialdad muy marcada. Su cara se ensombreció y el joven dijo al cabo de un instante :

— Creo que se exagera usted mucho mi estado... No me siento tan bien como usted supone y ayer mismo sentí dolores en el tobillo... Podría, sin duda, volver á Tourgeville, pero ¿qué figura haría de inválido y andando con muletas?... Más vale seguir aquí, donde me curaré más pronto y mejor.

— Sí, sin duda, pero la discreción... Esta familia...

— ¡ Bah ! Son unas excelentes personas y no me pondrán en la puerta, dijo Cristian con viveza nerviosa. Yo sé lo que piensan... Me verían partir con pena y yo no tengo gana de dejarlos... Para ser discreto no quiero mostrarme ingrato.

— ¡ Bueno ! ¡ bueno ! á su gusto de usted. Eso es negocio suyo y de su padre de usted. Siempre hay medio de corresponder con la gente. Y con un buen regalo...

Esta vez Cristián montó resueltamente en cólera.

— ¡ Usted bromea !... ¡ Un regalo para pagar tales cuidados y semejante bondad ! ¿ Somos algunos pelagatos ?

El doctor Angogne movió la cabeza.

— Querido, la familia Harvay no está nadando en oro. He tomado informes y los negocios del padre son difíciles, por lo cual la presencia de usted en su casa es una dura carga... Por usted se hacen extraordinarios y en vez de vivir con economía se tiene cierto lujo...

— ¡ No sospechaba yo eso ! exclamó Cristián con emoción. Por eso, sin duda, Geneveva se arregla los vestidos y trabaja con tanta actividad... ¡ Y yo, que no hago más que pedir cosas costosas ! ¿ Seré estúpido ? ¿ Por qué no me lo ha advertido usted antes ?

— Porque no lo sabía. Me lo dijo ayer un amigo de París.

— Y bien, dígame usted lo que sepa...

— No hace mucho tiempo, en poco estuvo que Harvay tuviera que suspender los pagos. Los créditos que posee contra algunas casas de la América del Sur son incobrables y en este momento los negocios están enteramente suspendidos... Viven en el campo con la renta de la escasa fortuna de señora de Harvay, pero muy modestamente.

— ¡Quién había de decirlo! ¡Y yo que les creía bien acomodados?

— Las mujeres son muy hábiles para aparentar cuando se toman esa molestia...

— Ahora que conozco su situación, voy á hablar á mi padre... Es imposible que no haya medio de ayudar á Harvay á salir de apuros...

El doctor Angogne se frotó las manos.

— Es cierto que si la poderosa casa Vernier-Mareuil quiere interesarse en el negocio del señor Harvay, se acabaron las dificultades... Bastará que se sepa que su padre de usted le patrocina para que encuentre crédito en todas partes.

— Sin duda esas dificultades son causa de su mal humor. Su mujer y su hija no están siempre alegres á su lado...

— Por eso tiene mérito que muestren tal igualdad de carácter.

— La verdad es que son deliciosas y que un hombre debe ser dichoso viviendo rodeado de una ternura semejante.

— ¿Qué le pasa á usted? exclamó el doctor. ¿Es usted el que me dice tales cosas? ¿Qué diría el brillante Clamirón si le oyera?

— ¡Clamirón es un idiota!

— ¿Y qué diría la deliciosa Etienne si viera en usted ideas tan burguesas? ¡Cómo! ¡Ideas de familia!

Cristián se puso sombrío, permaneció un momento callado y dijo después con desusada gravedad:

— Se está usted burlando de mí, querido doctor, y lo merezco, pues todo lo que pienso está en completo desacuerdo con lo que antes pensaba. ¿Cuándo estoy en un error? Yo creo que era cuando llevaba una vida endiablada con unos compañeros tan locos como yo, y no hoy, que comprendo las ventajas de ser dulce, adicto y sencillo al ver estas dos mujeres que son la virtud misma. ¿Hay, pues, tales criaturas en el mundo? ¿Cómo he sido tan desgraciado que no lo he comprendido hasta ahora? Ya sabe usted qué gente me rodea. ¿Cómo iba yo á tomar el gusto á la modestia y á la bondad? No veo más que personas que persiguen encarnadamente y por todos los medios la fortuna, ni conozco más que seres egoístas hasta la ferocidad. Los hombres y las mujeres se matan en los negocios y en los placeres como en una batalla, y los placeres mismos toman un aspecto de lucro y de traición. Los amigos y las queridas le explotan á uno, sin perjuicio de abandonarle cuando ya no les ofrece la suma de satisfacciones que desean. Por todas partes se ve la doblez y la concupiscencia y la atmósfera en que se vive está envenenada de hipocresía y de odio. Por eso, por el deseo de aturdirse para no ver tanta infamia y tanto lodo, se arroja uno en la embriaguez, que hace olvidar, y no se sabe ya escapar de esta costumbre, hasta llegar á ser un nuevo naufrago arrastrado por la corriente del vicio. Así estaba yo no hace quince días y un azar me ha abierto los ojos. Usted tenía razón. Yo era un insensato que desolaba á mi padre, repugnaba á las perso-

nas razonables y corría á la locura. Pero se acabó. Estoy en disposición de establecer la diferencia entre lo que he hecho hasta ahora y lo que debo hacer en adelante. Era verdaderamente tiempo de que me rompiera la pierna, porque si llego á vivir un año más entre los Clamirón y las Etiennettes, estaba perdido.

El doctor pareció estupefacto al oír tal discurso y miró á su enfermo con inquietud.

— ¿Pero cómo va usted á hacer para romper con ellos?

— ¿Cómo? Del modo más sencillo. Daré dinero á Etiennette y pondré en la puerta á Clamirón. La primera me engaña por horas y por carreras en cuanto le pagan su precio, y el segundo vive á mis expensas y me detesta de todo corazón. ¡ Si cree usted que me voy á andar en miramientos con ellos!

— ¿Pero está usted bien decidido?

— Sí no, no hubiera hablado como acabo de hacerlo. Desde que estoy aquí reflexiono, lo que no me sucedía hacía muchos años. No veo por qué he de seguir mirando mi salud, disgustando á mi padre y escandalizando al mundo, por el gusto de crear rentas á una bribona y atiforrar á un gorrón. Estoy harto de esa gente y vuelvo la hoja.

— ¿Y qué va usted á hacer?

— Cualquiera cosa, siempre que no sea lo mismo. Entre tanto, ruegue usted á mi padre que venga á verme mañana para ponernos de acuerdo sobre lo que conviene hacer en favor de Harvay.

La conversación terminó. La señora de Harvay y su hija llegaron en un carricoche de mimbre tirado por un viejo caballo y único carruaje de la casa. El joven, ayudado por el doctor, tomó asiento al lado de las dos señoras y Genoveva cogió las riendas y fustigó al ca-

ballo, que tomó un trote resignado. Los tres se fueron por los caminos plantados de árboles, en la frescura de la tarde, á dar su paseo cotidiano.

Á todo esto, en Tourgeville empezaba á alterarse la calma con que Etiennette había acogido la noticia del accidente de Cristián. La visita de Vernier fué objeto de las conversaciones en la villa durante dos días. Un lacayo enviado á caballo para pedir noticias del herido, con una carta muy tierna de Etiennette, volvió con esta lacónica respuesta verbal: « La mejoría continúa ». El lacayo dió además las noticias siguientes: « La propiedad en que estaba Cristián se llamaba San Jorge, y había que llegar hasta ella por horribles caminos. No era extraño que el señor Vernier hubiera hecho pedazos su automóvil en semejantes derrumbaderos. Y había que ver la habitación. Dos pisos y un tejado y ni siquiera un patio de entrada. Había que llegar por un cercado en el que se paseaban en libertad los cerdos, las gallinas y las vacas. Como personal, una cocinera y una doncella. El jardinero cuidaba al caballo, un penco moribundo por el que no se sacarían sesenta francos. Las señoras llevaban unos trajes que no querían para sí las doncellas de una buena casa... » Estas noticias pusieron á Longín y á Vertemousse en el colmo de la curiosidad y les decidieron á tomar un ómnibus y á marcharse á sorprender á Cristián en su miseria. Era el octavo día después del accidente, y se convino que los dos amigos volverían á comer en Tourgeville para comunicar á Etiennette sus impresiones, las cuales fueron tan diferentes de las del lacayo, que tuvieron el privilegio de irritar extraordinariamente á la joven. Los dos elegantes habían encontrado á Cristián echado debajo de los árboles, rodeado de flores, y su llegada había hecho marcharse á una linda joven

rubia, que estaba leyendo en voz alta al herido. Cristián había parecido contrariado al verlos. No los recibió mal; después de un viaje de diez leguas á través de los campos, hubiera sido duro... Pero le había faltado poco. El joven los había tranquilizado sobre su estado, que, en efecto, parecía excelente, y si no hubiera sido por una buena señora que se presentó, era probable que los hubiera dejado marcharse sin darles un vaso de agua. La propiedad era preciosa, aunque modesta, y sus habitantes parecían personas de la clase media de París, que estaban veraneando. La joven parecía hija de aquella señora y Cristián no mostraba gran deseo de volver á lugares menos agrestes. Estas noticias pusieron pensativa á Etiennette, que adivinó que allí había gató encerrado, y transportada de furor ante la idea de ser engañada por Cristián, se dispuso á intervenir de la manera más enérgica. Bastaba que Vernier le hubiera prohibido el presentarse en San Jorge, para que se sintiera muy dispuesta á ir. Era evidente que el padre tenía interés en impedir toda aproximación entre ella y su hijo, pero á ella le interesaba el ver á Cristián. ¿Cómo arreglarse? ¿Llegar allí, sencillamente, en su coche ó en uno de alquiler como Vertemousse y Longin? Su presencia haría sensación, sólo por su aspecto, y todas las puertas se le cerrarían. La joven era demasiado vistosa, aun cuando quería ser sencilla, y le era muy difícil pasar inadvertida. ¿Cómo, pues, forzar la consigna, sorprender á Cristián, hablar despacio con él y llevárselo de grado ó por fuerza? Etiennette, que había sido actriz, imaginó un medio de teatro. Compró en Trouville un traje de muchacho y se decidió á ir disfrazada en busca de su amante.

Cristián, sereno y pacífico, no sospechaba los proyectos formados contra su regeneración. Su padre, avisado

por el doctor, había llevado con él esta vez á su mujer y al indispensable barón Templier. La elegancia y la belleza de Emmelina habían producido su efecto en la mujer de Harvay, que había expresado lo mucho que sentía no haber sido avisada á tiempo de esa visita. Genoveva hizo los honores de su casa con su gracia natural é improvisó una merienda con hermosas fresas y espumosa leche. Durante ese tiempo Cristián se explicó con su padre y el resultado de su conversación no se hizo esperar. Vernier, encantado al oír á Cristián hablar cuerdamente, oyó con especial favor la exposición que le hizo su hijo sobre la situación embarazosa de Harvay. Pero en sus resoluciones dominaba siempre el sentido de los negocios y en seguida dijo al joven que puesto que Harvay no había administrado bien su comercio cuando estaba acomodado, menos lo haría ahora estando sin dinero. Poner fondos en su casa de comisión era como arrojarlos á un pozo... Y al ver que Cristián le reprochaba el ser demasiado positivo, le respondió sonriendo:

— Hay algo mejor que hacer. No quiero dar á Harvay el medio de vegetar, sino el de hacer fortuna. Le encargo de la representación de la casa Vernier-Mareuil en todos los países de América. Harvay conoce el país y tiene en él corresponsales. La casa tiene allí grandes ventas en las que le interesaré, y habrá salido del mal paso.

— Bueno; habla con él de ese proyecto, pero toma precauciones, pues es hombre susceptible, como todos los que no son favorecidos por el éxito...

— Puedes estar tranquilo. ¿Pero tú, qué piensas hacer? ¿Vas á estar aquí mucho tiempo?

— Todo lo más que pueda. La estancia en esta casa es excelente para mí. Como y duermo como no lo hacía desde hace mucho tiempo. El aire de los campos me

sienta bien y me pregunto si no habré nacido para agricultor...

— Y bien, ¿qué te detiene? No tienes más que irte á Moret y ponerte al frente de la granja...

— ¿Á Moret? No... Aquí acaso... ¿Quién sabe? Y puede que no por mucho tiempo...

Vernier vió que la cara de Cristián se ensombrecía y no insistió. La metamorfosis de su hijo era tan extraordinaria, que no quiso medir exactamente su alcance y se dió por satisfecho con el resultado obtenido, pensando que el tiempo se encargaría de poner en claro la situación. Vernier veía claramente la influencia de la joven que les había hecho tan encantadora acogida, y, muy prudentemente, decidió dejar trabajar á la inocencia y á la juventud en una cura tan prodigiosa. Se despidió, pues, de la familia Harvay encargando al padre que fuese á verle á Trouville para hablar de unos negocios de exportación sobre los cuales quería saber su parecer. Cristián vió con gusto que se marchaban su padre, su madrastra y el amigo de ésta. Todo lo que turbaba ahora su monótona y deliciosa quietud le parecía insoportable. Empezaba á poder andar solo, apoyado en un bastón y aprovechaba esta libertad para ir por las tardes á sentarse en un bosquecillo de encinas, en un banco de musgo, donde se estaba fumando y soñando. Una zanja, que había resultado practicable por el desprendimiento de tierras, separaba el jardín del camino, por el que pasaba muy poca gente. El día siguiente al de la visita de Vernier, Cristián se fué, como de costumbre, á instalarse en su fresco y silencioso retiro y se puso á leer distraidamente un periódico oyendo el canto de los grillos en la hierba. El calor era violento y el aire vibraba como abrasado por el sol. De repente Cristián recibió en el periódico una

chinita, levantó los ojos y al otro lado de la zanja vió un joven apoyado en una bicicleta y que le saludaba riendo. El herido se quedó asombrado y el otro se decidió á hablar con voz alegre:

— ¡Cómo! ¿No me conoces? ¿Te has vuelto miope en el campo?

Cristián frunció el ceño. Tenía delante de él á Etienne.

— ¿Por dónde se entra cuando se quiere hablar contigo? La intimidación, con ese foso entre los dos, no me parece fácil. ¿Y si le saltara? Si lo encuentran mal, tú me excusarás.

La joven apoyó la bicicleta en un árbol y franqueó el obstáculo de un salto. Cristián, á pesar de su descontento, no pudo menos de reconocer que Etienne tenía en aquel traje masculino la más preciosa figura imaginable. Parecía alta de puro bien proporcionada, y su cara tenía una expresión de deliciosa malicia. La joven cogió á Cristián por los hombros, le besó en las dos mejillas y le dijo, sentándose á su lado:

— Y bien, querido, ya te veo repuesto... Figúrate la gana que tenía de verte... Pero dime, no has apreciado gran cosa mi correspondencia. Bien podías haberme respondido, pues no era el brazo lo que te habías roto... Pero no hablemos de esto. Ahora que estás en pie, hablemos. Supongo que no te vas á eternizar aquí. Tus amigos y yo estamos contrariados. Dauville ha perdido, sin ti, todo su brillo y el casino no tiene ya atractivos. ¡Hasta el mar se ha puesto amarillento! Vamos, querido, vente con nosotros. La época de las carreras se aproxima; es el momento de que te presentes.

Etienne se reía al pronunciarle su discurso y poco á poco se puso sobre sus rodillas, le rodeó el cuello con los brazos y le envolvió en el perfume que

le recordaba tantas horas de voluptuosidad. El joven no la rechazó, pero le dijo con voz tranquila :

— Querida amiga, hubiera preferido que no vinieras. Así te lo había rogado por mi padre, pero veo que eres siempre la misma y que basta que se te prohíba algo para que lo hagas.

— ¡Diablo! Ponte en mi lugar.

— Eres tú la que debías ponerte en el mío. Estoy en casa de unas personas tranquilas y timoratas. Supón el efecto que les haría si vinieran á sorprender nuestra entrevista. Tú saltarías el fosó y te irías con viento fresco, pero yo me quedaría obligado á mil fastidiosas explicaciones... Lo prudente era haberte quedado en Tourgeville á esperar mi curación completa.

— ¡Cómo! le interrumpió Etiennette; ¿querías que yo me aburriese allí mientras tú estás aquí sometido al régimen de la leche?... Te burlas de mí, querido.

— Créé que el cuidado de mi salud te impondría un poco de paciencia.

— No veo qué va á ganar tu salud con que te estés aquí... Estás fresco como una rosa. Andas ya con un bastón y andarás mejor cuando te apoyes en mi brazo. Si no tienes más que razones de higiene para estarte aquí, me comprometo á ponerte en iguales condiciones en Tourgeville.

— ¿Qué razones quieres que tenga? exclamó Cristián con una irritación creciente.

Ambos se miraron fijamente; ella, rabiosa y él muy decidido. Etiennette encontraba en él por primera vez resistencia á sus caprichos y tuvo la sensación muy clara de que Cristián se le escapaba. Pero, dueña de sí misma, adoptó un tono cariñoso y dulce.

— ¡Ah! querido, ¿quién sabe? Con los hombres no hay nada imposible, sobre todo cuando son tan busca-

cados como tú á causa de su amabilidad. No te extrañará que sea un poco celosa.

Cristián se echó á reir.

— ¿Tú? Mira, hija mía, no recurras á los grandes medios. Sé á qué atenerme sobre tus sentimientos respecto de mí. Jamás te he pedido fidelidad, así es que no puedo inquietarme por tus celos. Yo soy hombre productivo, es cierto, pero, hija mía, no estamos casados y no necesitamos divorciarnos para recobrar los dos nuestra libertad. Tranquilízate, sin embargo; no tengo intención de dejarte sucitamente. Tendré en cuenta tus necesidades y sabré hacer bien las cosas.

La joven no discutió. Sus ojos se pusieron negros bajo las cejas fruncidas y obligando á Cristián á volverse hacia ella, le dijo con voz áspera :

— Así pues, era verdad que estabas aquí haciendo el amor por lo fino á una cursi... ¡Ah! Están buenas estas señoritas que se presentan con una cataplasma en una mano y una taza de tisana en la otra... Conocen su oficio y saben fingir la pureza y el candor. ¡Y este imbécil se deja impresionar por ese decorado como un colegial en su primera aventura! ¿No ves que te representan la comedia del amor puro, pero que la muchacha aspira á tus millones como si no hubiera hecho otra cosa en la vida?...

Cristián dejó pasar ese chaparrón de palabras y preguntó tranquilamente :

— ¿Has acabado?

La joven se puso roja de cólera y exclamó :

— ¡No! Ahora impiezo...

— Pues bien, prefiero, entonces, decirte en seguida que no sabes lo que dices. No me han representado ninguna comedia ni sospecho ningún proyecto, y tú eres la primera que aludes á unos sentimientos que,

si existen, están cuidadosamente ocultos. La casualidad lo ha hecho todo obligándome á estarme quieto durante unos días y á reflexionar. Es muy probable que si hubiera continuado embruteciéndome en la sociedad en que vivía, no hubiera pensado nunca en separarme de ti. Pero ahora he visto claramente que seguía un mal camino y he resuelto detenerme. No encuentro útil desolar á mi familia y escandalizar á mis amigos por los escasos placeres que tú has tenido la habilidad de hacerme pasar como el colmo de la dicha. Todo eso se acabó y yo cambio de programa. Voy á tratar de ser razonable. He estado tan loco hasta ahora, que con poca razón que muestre estoy seguro de producir un gran efecto.

En los ojos de Etiennette apareció un destello de amenaza.

— ¿ Me dejas, entonces ?

— No habrías creído que íbamos á estar siempre juntos. No he sido el primero ni seré el último.

— ¿ Qué sabes tú ?

— ¡ Oh ! No me tengo por irremplazable. Otros hay.

— Yo te prefiero á ti.

— ¡ Tanto honor !...

La joven se puso lívida é hizo un gesto violento.

— ¡ Cuidado !...

— ¿ Me amenazas ? Es el colmo de la ternura. ¿ Crees intimidarme ?

Etiennette cambió de actitud y de fisonomía.

— ¡ Ah ! ¡ Qué malo eres conmigo ! Demasiado sabes que soy incapaz de hacerte daño... ¿ Es posible. Cristián, después de lo que te he querido ?

Y rompió á sollozar, cayó á los pies del joven y se quedó con la cabeza apoyada en sus rodillas, dejando

ver el desarrollo armonioso de sus caderas y sus finas piernas sobre las cuales relucía la seda de las medias negras. Pero no tenía ya acción sobre los sentidos de Cristián, que se quedó frío ante sus gracias y muy contrariado por el giro de sensiblería que había tomado la conversación. Hubiera preferido las amenazas á las lágrimas y querido hacer marcharse á Etiennette aunque le costara cien mil francos. La joven comprendió su embarazo y su silencio, y dijo levantando hacia él una cara inundada de lágrimas :

— ¡ Nunca has sabido cuánto te amaba ! ¡ Qué duro eres conmigo ! Me castigas por haber cedido á todos tus caprichos. La vida que has hecho ha sido la que tú preferías ; yo no he tratado más que de complacerte. ¡ Y hoy me acusas por ello !... Pero está bien. Lo acepto todo de ti y te probaré por mi sacrificio la sinceridad de mis sentimientos. Eres libre de abandonarme. No haré ni diré nada que te pueda contrariar. Ni siquiera me quejaré. Y sin embargo, ya ves cuánta es mi pena...

Tuvo una nueva crisis de sollozos y esta vez ocultó la cara en el cuello de Cristián y se puso á besarle con locura. El joven trató de rechazarla diciendo :

— ¡ Pero Etiennette ! ¡ Vamos á ver ! ¡ Sé razonable ! Me has conmovido con tus últimas palabras... No lo echemos á perder. No pido otra cosa por mi parte... ¿ Eh ?

La joven se levantó y se puso risueña como por encanto. Su cara expresó la alegría y muy encarnada, con las lágrimas temblando todavía en las pestañas, estaba verdaderamente deliciosa. Pero la hora del triunfo había pasado para ella. Demasiado inteligente para no comprender que no podía esperar nada de las astucias del amor, se resignó á disimular á fin de prepararse un desquite.

— ¿Seremos amigos? ¿Será posible? ¿No te perderé por completo?

— ¿Lo quieres así?

Etiennette movió la cabeza y su cara se puso triste instantáneamente.

— ¡ Ah, Cristián! Si es preciso... Por complacerte... ¡ Pero qué diferencia! ¿ Cómo podré resignarme? No, mejor es separarnos por completo... Mi corazón se desgarraría si estuvieras á mi lado sin amarme...

Se levantó y dijo con un gesto de desesperación :

— ¡ Todo se acabó para mí! ¡ Adiós!

Entonces fué él quien la detuvo.

— Etiennette, no te vayas así. Te aseguro que me das pena...

— ¡ Pequeña pena! murmuró la joven con una melancólica sonrisa. Pero no me quejo ni querría verte sufrir. ¡ Bastante es que yo sufra!

La cortesana tuvo la habilidad de comprender que aquel era el momento de desaparecer para dejar á Cristián en una impresión excelente. Sin intentar acercarse á él, se dirigió á la zanja, la saltó con agilidad y ya al otro lado se puso los dedos en la boca y le arrojó un beso de adiós con una lánguida mirada de sus ojos azules. En seguida montó en la bicicleta y desapareció entre los árboles. Se oyó á lo lejos el ruido del cascabel, que fué disminuyendo poco á poco y cesó... Á Cristián le pareció entonces que todos los lazos que le unían á su pasado acababan de romperse. Aprestó el oído para percibir el ruido lejano del cascabel, no lo oyó y se creyó desembarazado de Etiennette para siempre.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

Quando Cristián volvió á Trouville fué acompañado por la familia Harvay, á la que Vernier quiso devolver su hospitalidad. El antiguo licorista había ido el día antes á hacer una visita á Etiennette Dhoriel y le había entregado un cheque que, según él, debía apaciguar enteramente su dolor, á cambio de lo cual había exigido que la linda muchacha se marchase á París. La joven accedió sin hacer la menor observación. El terreno estaba, pues, perfectamente limpio de todo obstáculo. Quando el convaleciente apareció en casa de su padre, hacía veinticuatro horas que había llegado su tío Mareuil, pues Vernier había querido conocer la opinión de su cuñado sobre la familia Harvay. Vernier estaba convencido de que el cambio feliz de Cristián era debido á la influencia de Genoveva y pensaba sacar partido de esa influencia para conseguir la conversión definitiva de su hijo. ¿ Pero cómo? Emmelina, que planteaba siempre claramente las situaciones, le dijo de un modo terminante : « Si á nuestro Cristián le gusta esa pequeña, dásela sin vacilar. No tiene un céntimo, pero ¿ qué te importa eso? Los padres son per-

— ¿Seremos amigos? ¿Será posible? ¿No te perderé por completo?

— ¿Lo quieres así?

Etiennette movió la cabeza y su cara se puso triste instantáneamente.

— ¡ Ah, Cristián! Si es preciso... Por complacerte... ¡ Pero qué diferencia! ¿ Cómo podré resignarme? No, mejor es separarnos por completo... Mi corazón se desgarraría si estuvieras á mi lado sin amarme...

Se levantó y dijo con un gesto de desesperación :

— ¡ Todo se acabó para mí! ¡ Adiós!

Entonces fué él quien la detuvo.

— Etiennette, no te vayas así. Te aseguro que me das pena...

— ¡ Pequeña pena! murmuró la joven con una melancólica sonrisa. Pero no me quejo ni querría verte sufrir. ¡ Bastante es que yo sufra!

La cortesana tuvo la habilidad de comprender que aquel era el momento de desaparecer para dejar á Cristián en una impresión excelente. Sin intentar acercarse á él, se dirigió á la zanja, la saltó con agilidad y ya al otro lado se puso los dedos en la boca y le arrojó un beso de adiós con una lánguida mirada de sus ojos azules. En seguida montó en la bicicleta y desapareció entre los árboles. Se oyó á lo lejos el ruido del cascabel, que fué disminuyendo poco á poco y cesó... Á Cristián le pareció entonces que todos los lazos que le unían á su pasado acababan de romperse. Aprestó el oído para percibir el ruido lejano del cascabel, no lo oyó y se creyó desembarazado de Etiennette para siempre.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

Quando Cristián volvió á Trouville fué acompañado por la familia Harvay, á la que Vernier quiso devolver su hospitalidad. El antiguo licorista había ido el día antes á hacer una visita á Etiennette Dhoriel y le había entregado un cheque que, según él, debía apaciguar enteramente su dolor, á cambio de lo cual había exigido que la linda muchacha se marchase á París. La joven accedió sin hacer la menor observación. El terreno estaba, pues, perfectamente limpio de todo obstáculo. Quando el convaleciente apareció en casa de su padre, hacía veinticuatro horas que había llegado su tío Mareuil, pues Vernier había querido conocer la opinión de su cuñado sobre la familia Harvay. Vernier estaba convencido de que el cambio feliz de Cristián era debido á la influencia de Genoveva y pensaba sacar partido de esa influencia para conseguir la conversión definitiva de su hijo. ¿ Pero cómo? Emmelina, que planteaba siempre claramente las situaciones, le dijo de un modo terminante : « Si á nuestro Cristián le gusta esa pequeña, dásela sin vacilar. No tiene un céntimo, pero ¿ qué te importa eso? Los padres son per-

sonas honradas y debe bastarte. Una mujer que no aporte fortuna á tu hijo, pero que le impida disipar estúpidamente la tuya, es seguramente un partido muy ventajoso. Lo que sucede es inesperado y tal como Cristián se presentaba, todo era de temer. De repente se ha detenido en la pendiente; aprovecha la parada y retén á la que te la procura. Quiera el cielo que esa parada sea seria y que casando á tu hijo con esa niña no la condenes á la más espantosa desgracia.

— ¿Qué temes pues?

— Me atengo al refrán popular que dice: « El que ha bebido, beberá ».

— Eres muy pesimista, lo cual es una forma de opinión muy cómoda, pues permite aparentar que se ha previsto todo lo malo, conservando el derecho de regocijarse por lo bueno.

— Exprese un temor y nada más. Si tienes alguna probabilidad de sacar á Cristián del lodazal en que se hunde, es casándole. Y con la reputación que tiene, no va á ser fácil.

— ¡ Ah! Es verdad que ha hecho muchas tonterías y que se amolda como á placer á las malas personas. Y, sin embargo, conoce jóvenes perfectos, como ese querido Templier...

Emmelina hizo un gesto de descontento.

— Déjate de comparaciones. El barón tiene sus defectos como cualquiera otro.

— Á fe mía, eres severa. Yo no se los conozco. Es arreglado, sobrio, fino...

— Convenido. Tiene todas las cualidades... ¡ Como es tu amigo !...

— ¿ Vas á tomarle ojeriza? No puedo hablar de él sin que le ataques, y el otro día me has dicho que no debía mostrarme tanto con él en público. ¿ Por qué? pre-

gunto yo. Tiene todos mis gustos y todas mis opiniones. Nunca estamos en desacuerdo y me agrada el ir con él. ¿ Estás celosa de nuestra intimidad?

— ¡ Bah! Puedes hacer lo que gustes, pero si se burlan de ti por ir siempre con personas que no son de tu edad, no será porque no te lo he prevenido.

— Que se burle quien quiera. Raimundo me es agradable. ¡ Quisiera tener un hijo como él! Pero ya me ha dado excelentes consejos y también se los dará á Cristián...

— ¡ Risueña perspectiva! He ahí un joven que no sospecha su felicidad.

Estaba, pues, reconocido antes de que Genoveva llegase á casa de Vernier, que era ventajoso el casarla con el heredero de los Vernier-Mareuil. La joven no suponía que estaba destinada á tan brillante como temible fortuna. Ni una sola vez había cruzado por su mente la idea de que aquel extraño, recogido por sus padres, dejase de ser un indiferente para ella. Sabía que era muy rico y que ella era muy pobre y no podía suponer un casamiento entre los dos. No podía tampoco descubrir la razón misteriosa que hacía desear aquel enlace á los mismos que, en otras circunstancias, se hubieran opuesto á él. Si la hubiera conocido sin reservas y en todo su egoísmo, se hubiera horrorizado y en vez de marchar á Trouville con cándida alegría, se hubiera quedado en su tranquila casa de San Jorge. Pero no veía más que el orgullo de su padre, encantado de ir á pasar unos días con el gran industrial que le había hecho entrever una pronta restauración de su fortuna, y la alegría de su madre, aliviada de sus inquietudes para el porvenir. Y acaso también, en su sencillo corazón, veía la satisfacción de no dejar de pronto al interesante enfermo á quien había contribuido á curar.

Una vez agotadas las curiosidades de la llegada á la soberbia quinta Vernier-Mareuil, Cristián tuvo un placer en guiar á Geneveva por el magnífico jardín que cubre la pendiente bastante rápida de la colina con sus suntuosos cuadros de flores. Desde allí se disfruta la espléndida vista del mar, se domina la desembocadura del Sena y se extiende la vista hasta el Havre, cuyos grandes navíos animan el horizonte. Los dos se sentaron, pues el andar cansaba todavía á Cristián, y contemplaron el panorama que se desarrollaba delante de ellos.

— Esto no es ya San Jorge, con su tranquilidad y su silencio, dijo la joven sonriendo. Ya ha vuelto usted á su vida elegante y pronto va á olvidar aquellos días pasados en el jardín, á la sombra del gran tilo...

— Más de una vez los echaré de menos. Han sido, acaso, los mejores de mi vida.

— Se burla usted. Ahora que conozco su casa y el lujo á que está acostumbrado, me cuesta trabajo comprender cómo se contentó tan fácilmente con nuestra sencilla vida.

— Hubiera sido muy ingrato. Sus padres de usted me ofrecían una cordial hospitalidad que ha sido muy favorable para mí... Pero usted no puede saber...

Se calló y su cara tomó una expresión de gravedad como si examinase interiormente una situación cuya importancia no conocía Geneveva. Después dijo con alguna tristeza:

— Ahora, como usted dice, todo ha cambiado y va á haber que tomar de nuevo las costumbres del mundo rico... ¡Es lástima!

Geneveva le miró asombrada.

— Si no le gustan á usted ¿quién le obliga á observarlas?

— Nadie, sin duda. Pero entonces ¿en qué voy á ocuparme?

— Me parece que, en su lugar de usted, no me apuraría esa cuestión. ¿No tiene usted la elección de las ocupaciones? Su padre de usted, que es tan bueno, no debe pensar más que en agradarle y le facilitaría todas las carreras...

— ¡Ah! Es que creo que no sirvo para nada.

— ¿Cómo es posible? Usted es muy inteligente.

— Y usted muy amable... Pero es que soy también muy perezoso...

— Con buena voluntad se corregirá usted.

— Es que tengo también muy poca voluntad.

— Me parece que se calumnia usted... No creeré nunca que no tenga usted el valor de imponerse una regla de conducta y seguirla.

— Y sin embargo es la verdad. No hay carácter más débil ni más indeciso que el mío. La lucha me cansa y la resistencia me vence.

— Ha sido usted horrorosamente mimado, dijo Geneveva con una sonrisa.

— ¡No! Perdí á mi madre muy joven y mi padre, ocupado en sus negocios, no ha tenido tiempo que dedicarme. He sido educado por extraños y entregado muy pronto á mí mismo con mucho dinero en el bolsillo. Por eso he prescindido de la existencia de trabajo para dedicarme á la del placer. Así es que, se lo aseguro á usted, no valgo gran cosa.

— Puesto que se da usted cuenta de ello, es tiempo aún de cambiar.

— ¡Cómo se ve que usted no me conoce!

La joven le miró con más seriedad.

— Está usted pintándome un personaje nuevo para mí y que yo no podía sospechar en el joven fácil, dulce

y agradecido que he visto en mi casa durante tres semanas. ¿Es usted un hipócrita ó tiene bastante talento de actor para dar la ilusión de lo que no existe?

— Nada de eso. He sido natural en su casa de usted y no he pronunciado una palabra que no pensase. Es cuestión de circunstancias. La ausencia de voluntad me ha permitido adaptarme á aquel medio y vivir en él con profunda satisfacción. También ha contribuido al placer que experimentaba el contraste con mi existencia ordinaria.

— ¡Dios mío! Me asusta usted. Á creerle, es usted una especie de diablo, á quien un accidente obligó á hacerse ermitaño, y que vuelve á su infierno.

— Algo hay de eso, y ese diablo echará de menos con frecuencia la ermita.

Genoveva se rió un poco nerviosamente.

— Entonces que conserve su cogulla y que rechace las tentaciones. Las quejas platónicas y las aspiraciones sin efecto me parecen la peor de las falsedades. Se sabe lo que se quiere y se trata de hacerlo. Pero desear una cosa y hacer otra, lo repito, es incomprensible para mí.

Cristián movió la cabeza con desanimación.

— ¡Ah! Si yo estuviese sostenido, aconsejado...

— Los apoyos y los consejos no pueden faltar á usted.

— ¿De quién voy á esperarlos?

— De su familia, naturalmente, de sus amigos...

— Se ve bien que no los conoce usted todavía. Ciertamente, mi padre me quiere, pero no puede hacer hoy por mí lo que no ha hecho en mi niñez. Es un hombre á quien el manejo de sus millones tiene siempre ocupado. Y cuando ha acabado de trabajar para enriquecerse, trabaja para divertirse. Y sepa usted que no es esta floja tarea. Se ha casado con una mujer joven y

encantadora, que tiene todas las costumbres de la clase social con quien siempre ha vivido. Y mi padre se ve obligado á seguirla. Tiene aquí veinte caballos en las cuadras y diez criados en la antecámara. En París se prepara todos los días la comida para quince personas y aunque no haya más que dos, mi padre y su mujer, se come siempre de frac y con vestido escotado. Pero siempre hay gente. Después de comer, se va al teatro, á una reunión literaria ó un sarao cualquiera; y luego á cenar. Por la mañana, á las ocho, mi padre está en su despacho como si nada ocurriera y allí recibe á medio mundo que va á hablarle de sus negocios. Llega la hora del almuerzo y en seguida se va á las carreras, si las hay, y si no á Moret, en automóvil, á inspeccionar la fábrica. De tiempo en tiempo mi madrastra tiene exigencias y hay que llevarla á recepciones, aunque ella tiene sus amigos particulares que la rodean y la acompañan. Todo es para mi padre un exceso de trabajo que él resiste gracias á su salud de hierro. ¿Cómo quiere usted que tenga tiempo para ocuparse de su hijo? De este modo he tenido desde niño una libertad de la que he abusado, como dirá á usted todo el mundo. ¿Por qué milagro podría cambiar mi existencia sin que cambiasen sus condiciones? Soy una víctima social. Estoy cogido en el engranaje de la vasta máquina mundana y tengo que dar vueltas en ella. Ya ve usted, por lo poco que le he dicho de mi vida, que no tengo grandes probabilidades para parar en bien.

Genoveva se quedó un momento absorta ante lo que acababa de oír, y después dijo:

— Tengo poca experiencia de la vida para permitirme razonar sobre lo que usted me expone. ¿Cómo aconsejarle á usted? ¿Y con qué título? Usted me trata en cierto modo como á una hermana al manifestarme

tanta confianza, pero yo no puedo olvidar que soy una extraña y que no tengo derecho para hablarle severamente. Ese es, sin embargo, el deber que yo tendría que cumplir.

Cristián la interrumpió con extraña viveza :

— ¡Oh! Se lo ruego; no se imponga usted ninguna reserva. Dígame con toda franqueza lo que piensa.

Genoveva agitó la cabeza con aire triste.

— No. Tendría que hacer oír á usted un lenguaje desagradable. ¿Para qué?

— Para indicarme lo que debo hacer. De usted aceptaría todos los consejos.

La joven sonrió.

— Porque sería la última que habría hablado. Con usted el consejero de la hora presente es siempre el que tiene razón. ¡Aceptaría usted mis consejos! ¿Pero los seguiría? Eso es lo que no ha dicho usted. Detrás de mí vendría otro y destruiría el efecto de mi moral; un amigo cualquiera, que se reiría con usted de la pobre muchacha que había tomado aires de reformadora. No, amigo mío. No cuente usted con que yo desempeñe ese papel. Si usted quiere ser razonable, ya encontrará medio de serlo sin que yo intervenga.

Cristián no era hombre de largos esfuerzos y estaba escaso de argumentos. Su sensibilidad se había ya mostrado de un modo anormal, y dijo en tono burlón :

— Usted es como los demás. Me invita á reformarme, pero en cuanto á ayudarme, no hay tu tía...

— Pero vamos á ver. ¿Tiene usted unas exigencias! He contribuído á componerle á usted la pierna; ¿es eso una razón para que le componga también el carácter?

— Y ahora se burla usted de mí por añadidura, gimió Cristián. No conocía á usted bajo ese aspecto. Siempre

se ha mostrado usted á mí como una buena y amable persona.

— Y un poco simple ¿verdad?

— ¡Ah! no, pero tan clara como el agua de un manantial... Y cuando uno se quiere mirar en ella, la enturbia usted y su superficie no ofrece más que ondas en las que nadie se puede ver... ¿Es usted mala, acaso? Confíeselo.

Genoveva se levantó un poco bruscamente, pues la conversación tomaba un sesgo que no le convenía, y dijo redondamente :

— Su confesión de usted bastará, si á usted la parece, y nos pasaremos sin la mía.

Desconcertado por el tono y la actitud de la joven, Cristián se puso trabajosamente en pie, al mismo tiempo que llegaban Vernier y los Harvay. La conversación cesó por sí misma y ya en todo el día los dos jóvenes no tuvieron ocasión de verse solos. El nuevo aspecto bajo el cual se había mostrado la joven picaba vivamente la curiosidad de Cristián. La joven dulce y sencilla que tanto le gustaba se había convertido en una persona reflexiva y firme que le encantaba más todavía. Durante todo el día la estuvo observando y descubrió en ella una porción de particularidades que no había visto, sin duda porque en aquel medio elegante se iluminaban como las facetas de un brillante al contacto de la luz. Después de comer llegaron los amigos de Cristián y Genoveva tuvo el placer de contemplar en toda su correcta elegancia á Clamirón, Longín y Vertemousse. Este último había ganado aquel día el premio internacional en el tiro de pichón y se presentaba cubierto de gloria. Pero se quedó sorprendido al ver el efecto que producía en los huéspedes de Vernier. Genoveva no le dejó ignorar que encontraba repugnante

aquella matanza de inocentes volátiles y se desconceptuó para siempre en la opinión del *sporstman*. Las excentricidades calculadas de Clamirón no obtuvieron éxito alguno y el mismo Cristián permaneció helado al verlas. Á las once y media se levantaron para ir á alegrarse por medio de unos cuantos *cocktails* y trataron de llevarse con ellos á su amigo, pero él declaró que había tomado la costumbre de acostarse antes de las doce y le iba muy bien. Ante esa declaración de principios, los tres elegantes sacudieron las manos de todos los presentes levantando el codo á la altura de la oreja, lo que era enteramente *chic*, y se marcharon como habían venido. Cristián encontró entonces la transición que buscaba para reanudar la conversación de por la mañana con Genoveva. Se acercó á ella y le dijo :

— Así era yo antes de llegar á San Jorge ; un cuarto ejemplar del simpático y lindo modelo de esos buenos mozos. Y lo más fuerte es que, realmente, me gustaba su compañía y la sociedad en que viven. Esto es lo que no puedo comprender. Ahora me fastidian y me repugnan. ¿Qué ha pasado, pues, en mi ánimo ?

— ¡ Caprichos ! replicó Genoveva. Dentro de quince días habrá usted recobrado sus antiguas costumbres y no podrá comprender cómo ha prescindido de ellas tanto tiempo.

— ¡ Cómo me desprecia usted ! exclamó Cristián con sincera emoción.

— De ningún modo, respondió con firmeza Genoveva, pero después de sus confidencias de esta mañana, no puedo creerle ya sin pruebas. Cuando haya usted dado garantías de conversión seria, podrá pretender mi confianza. Hasta entonces, no extrañe usted el encontrarme escéptica.

— Pues bien, yo daré esas pruebas.

— Conste que es usted el que lo ofrece y que yo no le pido nada. No tengo ningún derecho, ni el de juzgarle á usted, aunque me lo pidiera con insistencia.

— Es que usted es la persona cuya opinión me importa más.

Genoveva rompió otra vez el coloquio y dijo levantándose :

— Veo que tiene usted necesidad de dormir. Está usted esta noche un poco agitado. Mañana estará más tranquilo.

Le dió la mano con una franca y clara sonrisa y se retiró con su madre. Por la mañana tuvo una sorpresa. Antes de almorzar, su padre la llamó aparte, muy agitado, y le dijo sin ninguna preparación :

— Acaba de sucederme una aventura fantástica. Vernier me ha llevado á su despacho para hablar de nuestros negocios comerciales, y á los pocos minutos ha cambiado de asunto y de conversación y me ha preguntado á quemarropa si tú estarías dispuesta á casarte y qué pensarías de una unión con su hijo. ¿ Comprendes ? Con Cristián Vernier, el único heredero de la casa Vernier-Mareuil... Estoy todavía aturdido... ¿ Qué puede valernos una fortuna semejante ? Es preciso que ese joven te haya hecho la corte y que esté enamorado de ti como un loco... ¡ Ah ! ¿ Qué va á decir tu madre cuando le dé esta noticia ?

— Pero, ante todo, querría saber qué has respondido al señor Vernier.

— Naturalmente, que os consultaría á tu madre y á ti... La proposición es magnífica, pero hay que tener en cuenta la opinión de tu madre y, sobre todo, tu voluntad. Creo que no tienes idea preconcebida. Has vivido retirada desde que empezaron nuestras desgra-

cias y no has podido amar á nadie. Tu corazón está libre, ¿verdad, hija mía?

Harvay temblaba de inquietud al hablar así, de tal modo temía encontrar obstáculos para la realización de un proyecto tan hermoso. Pero pronto se tranquilizó, pues Genoveva dijo:

— Sí, mi corazón está libre.

Entonces Harvay dió rienda suelta á la alegría.

— ¡ Ah! ¿ Quién hubiera previsto suerte semejante? ¡ La primera casa de Francia para la fabricación de licores! ¡ Y unos negocios de banca importantísimos!... ¡ Y yo que dudaba del porvenir!

Su hija le calmó con una palabra.

— Pero el que yo sea libre de aceptar la proposición no quiere decir que no la rehuse.

— ¿Qué estás diciendo, desgraciada? No envenenes los últimos días de tu padre rechazando semejante partido... Piensa en lo que haría de ti un matrimonio con Cristián Vernier...

— ¡ Acaso una mujer muy desgraciada!

— ¿Por qué? ¿Cómo se es desgraciada cuando no se tiene nada que desear?

— Lo primero que desea una mujer es tener un buen marido.

— ¿Y supones que Cristián lo sería malo?

— Estoy casi segura.

— ¡ Oh! exclamó Harvay consternado. ¿Quién te ha informado de un modo tan lamentable?

— El mismo Cristián.

— ¿Qué me estás ahí contando?

— La verdad. Ayer, poseído de un acceso de franqueza sentimental, ese joven encontró útil hacerme una clara exposición de su vida pasada y de todo lo que hay en ella irregular y vituperable. Ahora com-

prendo á qué venían aquellas extrañas confianzas. Con una franqueza que aprecio, Cristián quería darme el medio de juzgarle. De todas sus acciones que conozco, esta es la que más le favorece. Pero el resto, querido papá, el resto... ¡ Ah! ¡ Qué contraste entre su riqueza material, que tanto te entusiasma, y su miseria moral!

— ¿Pero qué ha hecho? preguntó Harvay espantado.

— No muchas cosas malas, pero ninguna buena. Cristián representa la nefasta inutilidad de una juventud ociosa, con todo lo que viene detrás. No ha cometido la inconveniencia de contármelo, pero yo lo he comprendido.

— ¡ Desgraciada niña! exclamó Harvay. ¿Qué doble vista inesperada posees tú para haber adivinado cosas que á mí se me han escapado y que no ha visto tu madre? Durante tres semanas hemos tenido á ese muchacho bajo nuestro techo, le hemos visto encantador, amable y fácil, y, de pronto, se convierte en un ser maléfico y temible... Hija mía, tienes un defecto inmenso; eres exagerada. Abultas las cosas con preocupaciones imaginarias. Creo que ni tu madre ni yo somos unos imbéciles; pues bien, nosotros no tenemos esos temores. Si te casas con el hijo de Vernier, podremos contemplar el porvenir sin ningún temor y ese será un gran alivio para nosotros...

— Puedes creer, papá, que haré todo lo que pueda para contentarte, sin llegar á comprometer mi seguridad.

— Está bien y no pido más. Por otra parte, tendrás tiempo para reflexionar y consultar.

— Esa es mi intención.

— ¿Pero á quién? No conocemos á nadie de las personas que rodean á la familia Vernier.

— ¡ Bah! La cosa será muy fácil. Á las primeras pre-

guntas que hagas, te darán los informes más severos y acaso más exagerados. Debemos esperar los elogios más completos y las más atroces calumnias. No se es tan rico impunemente en la sociedad actual.

— ¿Pero cómo has adquirido esa experiencia? preguntó Harvay lleno de asombro, mirando á su hija. Tú, que no hablabas nunca en casa, te pones ahora á enfi-
lar frases, y bien. Es asombroso. Las muchachas están llenas de malicia. Las creemos ocupadas en sus bordados y están observando y haciendo sus juicios.

— Lo que te pido es que no des ningún paso sin que yo haya hablado con la señora de Vernier.

— ¡Cómo! ¿Quieres?...

— Sin duda. Es la madrastra de Cristián y no tendrá la cariñosa ceguera de una madre. Además, entre mujeres se acaba siempre por entenderse cuando se trata de un hombre. Es cuestión de espíritu de cuerpo.

La joven se refa con tranquilidad y su padre la consideraba lleno de espanto, como si creyendo acariciar á una dulce oveja, se hubiese encontrado con una temible leona. Y al mismo tiempo se sentía dominado por la clara inteligencia y la firme voluntad de su hija á que reconocía como superior á él mismo.

— Me conformaré con tus deseos, dijo. Pero ¿qué es preciso que yo haga?

— Tú, querido papá, vas á pedir al señor Vernier que te autorice para hablar con el médico de la familia...

— ¿Y si ese médico se encierra en el secreto profesional?

— Entonces sabrás á qué atenerte sobre la salud de Cristián y eso te bastará.

— ¡Qué de prisa vas! ¿Quién te ha inspirado esas ideas?

— Tú mismo. Te he oído veinte veces, criticar á los padres que no toman los informes más minuciosos

cuando casan á sus hijos. Sólo te pido que hagas lo mismo que exiges de los demás.

— Está convenido. Pero prométeme que no te dejarás influir por ningún prejuicio. Me parece que estás muy mal dispuesta ..

Genoveva sonrió y abrazó á su padre con ternura.

— No temas nada. Aunque no estuviere más que medio asegurada, me decidiría sin vacilar para no darte un disgusto.

— ¡Qué buena eres!

De este modo, con la inconsciencia habitual de los padres de familia hipnotizados por los esplendores de un rico casamiento, Harvay aceptaba ya con entusiasmo el semisacrificio que su hija pensaba hacerle de sus probabilidades de dicha. Vernier, consultado por el padre de Genoveva, hizo un gesto que hubiera sido una revelación para cualquiera cuando oyó que le pedían el derecho á la franqueza absoluta para el doctor Angogne, pero se precavió contra toda revelación inoportuna insinuando que los sabios son sistemáticos y que es preciso poner en cuarentena lo que dicen. La preocupación especial de aquel buen doctor Angogne era el alcoholismo, y no estaba lejos de acusar como de un crimen á los Vernier-Mareuil por la extensión considerable de su industria. Pero él sabía que Harvay era un hombre de negocios inteligente y no daría á las opiniones del doctor más importancia que la justa.

Harvay encontró inconcebibles, con toda la sinceridad de su admiración por Vernier, las críticas del doctor Angogne.

— ¡Cómo! ¿No era el alcohol un producto del suelo, y de los más productivos para la riqueza de Francia? ¿Qué sería de todo el Mediodía sin la destilación de los vinos? ¿Con qué derecho se quería privar al obrero de

un reconstituyente saludable de sus energías? ¿No era una locura atacar á la casa Vernier-Mareuil, que contribuía tan útilmente á la expansión nacional?

Vernier, viendo á Harvay en semejante grado de lirismo, le creyó en estado de soportar todas las confidencias del doctor Angogne y le dió una carta para él, rogándole que se pusiera á la disposición del dador y respondiese á todas sus preguntas. Harvay, que no quería retardar ni una hora la conclusión de un negocio que le parecía tan magnífico, se fué á casa del doctor Angogne y le encontró en su despacho con un muchachón moreno y barbudo, con ojos claros que le daban una gran expresión de dulzura. Los dos hombres se levantaron y el doctor dijo en tono de satisfacción:

— Mi hijo el doctor Luis Angogne.

Harvay se inclinó y respondió con deferencia:

— Estoy encantado de conocer á usted... En seguida, iniciando el asunto que allí le llevaba, añadió: Traigo para usted, doctor, una carta del señor Vernier... que le explicará el objeto de mi visita y la prisa que me he dado en venir.

Cuando el doctor acabó de leer, pareció contrariado por tener que separarse de su hijo.

— Luis, le dijo, vete un momento al comedor... Se trata de cosas confidenciales... Pero no, quédate... Tengo que ir á ver un enfermo y el señor Harvay me acompañará para que hablemos por el camino... ¿Le conviene á usted, caballero?

— Como usted guste, doctor.

En aquel momento se hubiera podido pedir á Harvay cuanto se hubiera querido, pues dominado por sus sueños de opulencia no conocía los obstáculos. El doctor cogió el bastón y el sombrero, dió la mano á su hijo y salió con Harvay.

— Mi hijo acaba de llegar de la Indo-China, dijo al echar á andar, y hacía diez y ocho meses que no le veía... Es un buen mozo ¿verdad?

— Ciertamente, dijo en tono evasivo Harvay, que se cuidaba muy poco del hijo del doctor y tenía gran prisa de recibir informes sobre Cristián. ¿Y qué me dice usted del hijo de Vernier?

— ¡ Ah! El hijo de Vernier... ¡ Guapo muchacho! ¡ Guapo muchacho!...

— Bueno, eso se ve... pero, su salud... ¿Es buena su salud?

Harvay pareció acechar la respuesta en los labios del médico, temblando que no fuera satisfactoria, y al ver que el doctor parecía reflexionar, añadió:

— Puede usted hablar, pues está dispensado del secreto profesional... La salud de Cristián es excelente ¿verdad?

Harvay había ya convertido la salud del joven de buena en excelente. Sacudió el brazo del médico y dijo con impaciencia:

— No le pido á usted una consulta, sino un sí ó un no. Dígalo usted y le dispense de lo demás.

— Evidentemente, su salud no es mala, se decidió á decir el doctor. Es preciso que tenga una buena naturaleza para haber resistido todas las tonterías que le he visto cometer...

— Cosas de jóvenes, dijo Harvay. Sabemos lo que es esto. No se tiene simple el cabello gris.

— ¡ Diablos! Es que hay cosas...

— Pero, en fin, ¿su salud está averiada?

— No, pero tiene costumbres deplorables, que podrían producir consecuencias funestas en el porvenir de ese muchacho...

— ¿Qué costumbres? Vamos á los hechos.

— Pues yo quisiera que fuese más sobrio en el beber...

— No bebe agua sola, eso es sabido. Pero si todo el mundo bebiese agua ¿qué sería de la viticultura?

— Eso, querido amigo, me es indiferente, dijo con tranquilidad Angogne. No soy viticultor, sino médico. Estoy aterrado por los estragos que hace todos los días el alcoholismo, y...

— ¡ Ah! Ya pareció aquello... Yo, doctor, no soy médico, sino padre de familia y no me ocupo en otra cosa que en casar bien á mi hija. Lo que sea de la humanidad me interesa infinitamente menos que lo que sea de Cristián Vernier. ¿ Pretende usted que el estado de su salud le impida el casarse?

— No digo eso.

— ¿ Qué dice usted entonces?

— Digo, caballero, que Cristián hace una vida del diablo, que ha abusado de todo y que á los veintiséis años está más gastado que un hombre de cincuenta...

Harvay miró severamente á Angogne.

— Yo creí que era usted amigo de su padre.

— ¿ Me pide usted un testimonio de complacencia ó de verdad?

— De verdad, ciertamente, exclamó Harvay, impresionado por la actitud del doctor.

— Sírvase usted hacerme una pregunta precisa y responderé.

Harvay comprendió que en aquel instante iba á decidirse el porvenir de su hija. De un lado la fortuna y del otro la felicidad. Había que elegir. El doctor parecía decidido á no tener consideración alguna; todo dependía, pues, del modo de plantear la pregunta, y á pesar suyo, Harvay redujo á una sencilla condición de

salud actual las exigencias que tenía el derecho de manifestar.

— ¿ Puede usted afirmarme que en el día de hoy el estado de salud de Cristián es satisfactorio?

Angogne respondió en tono de mal humor :

— El mes pasado tenía una pierna rota y yo se la compuse. No tose, digiere bien y no tiene el hígado enfermo. Ha sido declarado útil para el servicio militar. ¿ Le basta á usted esto?

— Perfectamente...

— Pues bien, caballero, tengo el honor de saludar á usted. He llegado á casa de mi cliente :

— Hasta la vista, doctor, y muchas gracias.

— No hay de qué, respondió el doctor entrando en la casa. Y añadió por lo bajo :

— ¡ Al diablo el bueno del hombre que interroga con el ardiente deseo de no saber nada! Después de todo, si quiere casar á su hija con ese frenético de Cristián, allá él. Me tiene sin cuidado.

El doctor se dedicó á sus visitas y trató de pensar en otra cosa, pero le preocupaba el sentimiento de su responsabilidad y no podía menos de compadecer á la muchacha que iba á intentar la peligrosa aventura de casarse con Cristián. El buen doctor Angogne se fué paseando hacia Dauville y allí se le ofreció toda una fase del problema, tan impresionante, que se quedó como absorto. Había visto las dificultades que iba á encontrar Genoveva, pero había desconocido los servicios que la joven podía prestar. Era cierto que jugaría una partida terrible, cuya prenda era su dicha. Pero ¿ quién sabía si en vez de perder la suya, ganaría la de Cristián? ¿ Qué influencia podía ejercer una mujer amada y prudente en el espíritu de aquel muchacho en vías de perderse? Al mirarla bajo ese aspecto, la cuestión to-

maba una grandeza interesante de humanidad. ¿Sería un crimen dejarlos unirse ó tratar de separarlos? El doctor dudaba ya, con toda la sinceridad de su conciencia, y volvió á su casa con la frente inclinada, preguntándose dónde estaba la verdad y encontrando buenas razones para una y otra solución. Le pareció que una precaución suprema conciliaría todos los motivos contrarios de prudencia y de generosidad y se decidió á hablar á Genoveva. Aquel día comía en casa de Vernier con su hijo, que era amigo de la niñez del barón Templier. El padre y el hijo fueron bien recibidos por Emmelina, por tratarse de un amigo de Raimundo, y acaparados en seguida por Vernier, que quería conocer el resultado de la entrevista de Angogne con el padre de Genoveva. La hija de Harvay, vestida muy sencillamente, estaba sentada al lado de la mujer de Vernier, y la modestia de su atavío daba un valor particular á la gracia de su cara. La más hábil coqueta no hubiera combinado mejor el efecto de su sencillez. Desde el primer momento atrajo las miradas de Luis Angogne y mientras su padre hablaba con Vernier en la terraza, se formó un grupo compuesto de Cristián, Emmelina, el joven médico y Raimundo. El centro de ese grupo era Genoveva y su principal atractivo. La de Vernier hizo preguntas á Luis Angogne sobre su campaña de Indo-China y él respondió con perfecta reserva atribuyendo todo el mérito á su jefe.

— Todos los discípulos de Pasteur son ustedes así, dijo Templier. Su nota caracterfstica es la modestia. Como su ilustre maestro, no piensan nunca más que en los demás ni trabajan sino por el bien de la humanidad.

— ¿No es ese el fin que todo trabajador debe proponerse? replicó el joven médico con repentino calor.

¿Qué es la ciencia si no se la subordina á la utilidad social? La misión más envidiable es la de sacrificarse por sus semejantes.

— ¡ Y la más difícil, dijo Emmelina.

— ¿ Por qué? No hay más que querer.

— En querer y poder consiste la superioridad.

— Y poder sin querer, dijo Genoveva con voz grave, mirando á Cristián, es prueba de baja.

Cristián se ruborizó y dijo á la joven :

— ¡ Cuántos esfuerzos han sido estériles y cuántas tentativas han sido infructuosas por falta de ayuda material ó de apoyo moral! Es fácil acusar. ¿ Pero sabe nadie lo que él mismo haría si se encontrara con las mismas dificultades?

— La verdad es, dijo Luis Angogne sin comprender el sentido oculto de esas palabras, que se debe predicar siempre con el ejemplo. Así, en el Junnan, teníamos que hacernos nosotros mismos inyecciones de *serum* para decidir á los indígenas refractarios.

La conversación fué interrumpida por la aparición de Vernier y Angogne muy animados. El dueño de la casa, con su decisión habitual, dijo á Genoveva ofreciéndole el brazo :

— Venga usted conmigo un instante, querida niña.

Vernier condujo á Genoveva á uno de los anchos balcones que daban á la terraza y le dijo mostrándole el médico que parecía esperarla :

— Nuestro amigo el doctor Angogne quiere hablar unos instantes con usted. Se trata de un proyecto que acariciamos y cuya realización sólo de usted depende. Escuche lo que le va á ser confiado, mida su alcance y consulte en seguida su razón y sus sentimientos.

— ¡ Qué principio tan impresionante! dijo Genoveva

un poco pálida y esforzándose por sonreír. ¿ Soy árbitra de los destinos de alguien?

— No sabe usted qué verdad dice, respondió Vernier con mucha seriedad.

Saludó á la joven y la dejó sola con el médico para ir á reunirse con Harvay, que estaba impaciente esperando los acontecimientos. El sol se sumergía en el mar ó incendiaba con sus últimos rayos la superficie de las olas. El jardín exhalaba un aire delicioso cargado del aroma de las rosas. La vida resultaba dulce y la joven aspiró con alegría aquella suave y perfumada brisa. El doctor, muy conmovido, la miraba con disimulo, y Genoveva le dijo con la resolución que caracterizaba á todas sus acciones:

— Y bien, doctor, estoy pronta á escuchar á usted. Se trata, sin duda, de Cristián, pues mi padre fué á hablar á usted de él esta mañana. ¿ No se lo dijo usted todo y guardó para mí un suplemento de información?

— Sí, querida, niña, eso es. Y estoy muy perplejo á pesar de mi costumbre de hablar en público. Pero nunca creo haber tratado una tesis tan delicada.

— ¿ Quiere usted que yo le ayude? ¿ Está enfermo Cristián?

— De ningún modo. Tiene, por el contrario, una buena salud. Físicamente, su estado es ahora enteramente normal. Pero en lo moral no le pasa lo mismo, por desgracia, y de ahí viene todo el daño.

Genoveva fijó en el médico sus ojos perspicaces.

— Cristián hizo ayer conmigo un examen de conciencia, sin que yo me diese cuenta de las razones á que obedecía. Ahora comprendo que quería prepararme á recibir confidencias desagradables sobre su conducta. Era eso ¿ verdad?

Angogne bajó la cabeza en silencio.

— Pues bien, continuó la joven, ese modo de obrar no es de un hombre sin inteligencia y sin corazón.

— No, y debo hacer constar que bajo la influencia de los sentimientos que usted le ha inspirado, se ha corregido notablemente y parece que quiere continuar. ¿ Pero podrá? Sería admirable...

— ¿ De qué vicios tiene que corregirse? preguntó Genoveva con inquietud.

— De uno solo, pero el más terrible de todos.

La joven y el médico se miraron, dudando el uno hablar y la otra preguntar, como si la revelación de que se trataba les hubiera parecido demasiado penosa. Genoveva fué, sin embargo, la que dió prueba de energía al decir:

— ¡ Vamos!... Nada de rodeos ni de atenuaciones... ¿ Cuál es el vicio?

— ¡ La embriaguez!

Genoveva hizo un gesto de repugnancia y su cara expresó el espanto. El médico prosiguió sin dureza y hasta con lástima:

— Sí, ese joven desgraciado ha caído en los mayores excesos por la ociosidad y arrastrado por las malas compañías. Bebe y se emborracha como un infeliz de la más baja condición, y cuando está en ese estado no retrocede ante ninguna violencia ni ante ninguna excentricidad. Le he visto volver cubierto de sangre y con la ropa desgarrada por haberse batido en las tabernas del puerto con unos pescadores, beodos como él. El año pasado aplastó á un niño con su automóvil, impotente para contenerlo. Cuando está dominado por el alcohol no conoce edades, sexos ni condiciones y golpearía á una mujer ó ultrajaría á su padre... Después, cuando recobra la razón, llora de arrepentimiento, se humilla é implora, sin perjuicio de volver á

las andadas aquella misma noche si á ello le incitan sus compañeros de disipación...

El médico se calló y Genoveva echó á andar al lado suyo, con la frente inclinada, como bajo el peso de aquellas terribles revelaciones. Por fin se detuvo y dijo con mucha calma :

— ¿ Le ha autorizado á usted su padre para decirme esas cosas ?

— Si no, no hubiera yo hablado.

— ¿ Por qué ha sido usted el encargado de decirme las ?

— Porque yo podía, mejor que nadie, informar á usted de las consecuencias fisiológicas de ese vicio horroroso.

— ¿ Tiene, entonces, una repercusión en el estado físico ?

— Muy grave para aquel que lo padece, pero más todavía para los hijos que proceden de él. Un alcohólico, sépalo usted, da el ser á unos pobres inocentes que pueden volverse tuberculosos, locos ó criminales, pues son, ellos también, alcohólicos de nacimiento.

— ¡ Dios mío ! ¿ Qué espantosas consecuencias !

— Eso es lo que nunca se enseñará bastante, hija mía, porque nadie quiere creerlo. Todos los desgraciados que van á los cafés ó á las tabernas á beber tranquilamente, casi con inocencia, licores alcohólicos, se envenenan y envenenan por adelantado á sus hijos ..

— ¿ Pero no es posible curarlos ?

— No hay nada más difícil.

— Usted dice, sin embargo, que Cristián se ha cogregido seriamente desde que fué á San Jorge.

— Sí, es evidente su intención de modificar sus costumbres. ¿ Pero podrá ?

Genoveva levantó la cabeza y dijo :

— Su hijo de usted decía hace un momento, que querer es poder.

— Es que, precisamente, esa funesta pasión destruye la voluntad. He visto muchos desgraciados que juraban no beber más y al día siguiente corrían á satisfacer su vicio.

— ¿ Tenían razones imperiosas para abstenerse ?

— Razones de vida ó muerte. ¡ Nada podía contenerlos !

— ¿ Ni siquiera el cariño de una mujer adicta ?

El doctor miró con sincera angustia á la joven y dijo en tono muy bajo, como si hiciera una confesión dolorosa :

— Ni la afección más tierna y más ilustrada. Esos hombres se escapaban como malhechores, mentían y llegaban á ser capaces de todo. He visto algunos á quienes se ha encerrado y que se emborrachaban con agua de Colonia, con elixir dentífrico y hasta con charrol de calzado.

— ¡ Eran locos !

— ¡ Eran alcohólicos !

— ¿ No hay entonces remedio ? Usted lucha, sin embargo... Sé que es usted uno de los promotores de la liga contra esa plaga social.

— Sí, luchamos con la palabra y con la pluma, en conferencias, folletos y periódicos. ¡ Pero qué escasos resultados obtenemos ! Recurrir á la razón humana... ¡ Qué quimera ! Para desarraigar el alcoholismo hay que cerrar todas las tabernas de Francia, las ricas y lujosas, como las pobres y mugrientas. Pero sería preciso para eso promulgar una ley que prohibiera la venta del alcohol como veneno. De otro modo los hospitales estarán siempre llenos, así como los presidios.

Genoveva, que había escuchado con suma atención

las calurosas palabras del médico, dijo moviendo la cabeza :

— Una palabra, doctor. Á la edad de Cristián ¿ es todavía capaz el organismo de arrojar los gérmenes funestos que se han introducido en él? En otros términos ¿ es aún tiempo de salvarle ?

— Ciertamente.

— ¿ Qué habría que hacer para lograrlo ?

— Imponerle una experiencia de abstención absoluta durante tres meses.

— ¿ Qué llama usted abstención absoluta ?

— Beber agua. Si durante tres meses observa ese régimen sin una infracción, se podrá esperar su curación física y moral.

La joven ofreció la mano al doctor, que la cogió con tierno respeto.

— Temo, hija mía, que engañada por su generosidad, entable usted una lucha muy peligrosa.

Genoveva respondió con gravedad :

— ¿ Se consigue algo sin trabajo? ¡ Y qué alegría la de lograr lo que uno se propone! Sobre todo, cuando se trata de salvar á alguien que está á punto de perderse...

La joven hizo un gracioso movimiento de cabeza y continuó :

— Doy á usted las gracias, doctor, por todo lo que me ha dicho y procuraré sacar partido de ello. Veremos lo que piensa usted de mi tentativa dentro de tres meses.

Y volvió á entrar, sonriente, en el salón.

Etiennette Dhoriel estaba en su soberbio tocador ocupada en echarse las cartas, cuando entró como en su casa la Mauduit, vestida como una burguesa entonada y con un saco negro en la mano.

— Buenos días, hijita, dijo poniendo el saco encima de un canapé Louis XVI con molduras doradas. ¿ Cómo estás hoy ?

— No muy bien. Tengo un maldito rey de bastos que no quiere marchar en mi juego.

— ¡ Bah! Siempre el joven Cristián... Te traigo noticias más seguras y más frescas que las que puedan darte las cartas...

— ¡ Dilas!

— Antes, di que me den un bizcocho y un vaso de Oporto. Tengo el estómago en los talones... He corrido hoy todo París...

— Abre aquel mueble... Allí encontrarás lo que quieres...

La Mauduit abrió las puertas de un delicioso mueblecillo de marquetería y en vez de recado de escribir halló una bandeja de cristal de Bohemia con dulces secos

las calurosas palabras del médico, dijo moviendo la cabeza :

— Una palabra, doctor. Á la edad de Cristián ¿ es todavía capaz el organismo de arrojar los gérmenes funestos que se han introducido en él? En otros términos ¿ es aún tiempo de salvarle ?

— Ciertamente.

— ¿ Qué habría que hacer para lograrlo ?

— Imponerle una experiencia de abstención absoluta durante tres meses.

— ¿ Qué llama usted abstención absoluta ?

— Beber agua. Si durante tres meses observa ese régimen sin una infracción, se podrá esperar su curación física y moral.

La joven ofreció la mano al doctor, que la cogió con tierno respeto.

— Temo, hija mía, que engañada por su generosidad, entable usted una lucha muy peligrosa.

Genoveva respondió con gravedad :

— ¿ Se consigue algo sin trabajo? ¡ Y qué alegría la de lograr lo que uno se propone! Sobre todo, cuando se trata de salvar á alguien que está á punto de perderse...

La joven hizo un gracioso movimiento de cabeza y continuó :

— Doy á usted las gracias, doctor, por todo lo que me ha dicho y procuraré sacar partido de ello. Veremos lo que piensa usted de mi tentativa dentro de tres meses.

Y volvió á entrar, sonriente, en el salón.

V

Etiennette Dhoriel estaba en su soberbio tocador ocupada en echarse las cartas, cuando entró como en su casa la Mauduit, vestida como una burguesa entonada y con un saco negro en la mano.

— Buenos días, hijita, dijo poniendo el saco encima de un canapé Louis XVI con molduras doradas. ¿ Cómo estás hoy ?

— No muy bien. Tengo un maldito rey de bastos que no quiere marchar en mi juego.

— ¡ Bah! Siempre el joven Cristián... Te traigo noticias más seguras y más frescas que las que puedan darte las cartas...

— ¡ Dilas!

— Antes, di que me den un bizcocho y un vaso de Oporto. Tengo el estómago en los talones... He corrido hoy todo París...

— Abre aquel mueble... Allí encontrarás lo que quieres...

La Mauduit abrió las puertas de un delicioso mueblecillo de marquetería y en vez de recado de escribir halló una bandeja de cristal de Bohemia con dulces secos

y unos jarros de vino de España. Cogió dos vasos, los llenó, ofreció uno á Etiennette, que le dejó en la mesa sin tocarle, y después de haber bebido y comido, dijo:

— He visto esta mañana á Pavé en casa de Elisa Tau-pín... y me ha dado noticias muy seguras sobre tu fugi-tivo... Parece que se ha vuelto enteramente virtuoso...

¡ Un santito !

Etiennette dijo solamente :

— ¡ Ah !

Pero esa exclamación fué un chasquido como el del gatillo de una pistola al montarla.

— Es una buena cura que ha hecho la cursilona que te ha quitado tu hombre... ¡ Esa muchacha es un *sanatorium!* Yo no creí que hubiera otra como tú... Pero ahí la tienes, aunque en sentido inverso.

La joven se calló, pero sus mandíbulas se apretaron y se pusieron angulosas como las de un animal feroz. La Mauduit continuó :

— Nuestro buen Cristián se acuesta á las once, juega al *bridge* con su papá, no va más que á la Comedia francesa y sólo bebe agua en las comidas. Y entre tanto, nada ; casto como una imagen... Pavé está malo de indignación.

— ¿ Eso es todo lo que sabe hacer ese estúpido ? ¿ Qué influencia tiene sobre Cristián ?

— Ninguna. Nadie la tiene sobre nuestro pequeño Vernier más que la rubia que le lleva de un cordón, como á un faldero.

Etiennette se quedó pensativa y dijo con amargura :

— Si ha sido para contarme esas cosas para lo que has venido á beberme mi Oporto, podías haberte ido á tu casa.

— No te enfades, chiquita. Hay que saber oír la verdad, aunque no sea más que para sacar partido. ¿ Te

vas á desesperar por tan poco ? Eso no sería digno de tí. ¡ Cómo ! La mujer que ha puesto á todos sus aman-tes en la puerta, se va á conformar con que la pongan á ella... ¿ No piensas vengarte ?

— ¡ No pienso más que en eso !

— En hora buena.

— La rubia no se ha puesto todavía el traje de boda. Tienes tiempo de trabajar... Imagínate que Clamirón me ha contado las condiciones que la casta niña ha impuesto á nuestro Cristián... ! Son fuertes, y es preciso que esté bien cogido para haberlas aceptado !...

— ¿ Cuáles son ?

— Durante tres meses tiene que vivir en casa de su padre, como un santito ; y si en ese tiempo hace alguna de las suyas y se sabe, es plantado sin remisión. La prueba es dura... Una especie de licenciatura en buenas costumbres...

Etiennette se quedó un momento pensativa y la Mau-duit lo aprovechó para beberse la copa de Oporto que había echado para su amiga. Ya bien restaurada, tomó un cigarrillo de una copa de bronce de un espléndido trabajo italiano y lo encendió. La bella Dhoriel sonrió de pronto ante una idea que se le acababa de ocurrir. Tomó otro cigarrillo y dijo en tono casi indiferente :

— ¡ Ah ! Ese pobre Pavé está tan pesaroso de asistir á la conservión de Cristián... Pues bien, dile que venga á verme y yo le enseñaré la resignación.

— ¿ Tú ?

— Yo misma, dijo Etiennette sonriendo.

— Hija mía, exclamó la Mauduit, tú has debido tener una buena idea ; no tienes la misma cara que hace un momento... ¿ Qué estás ahí maquinando ? Dímelo...

— Eres muy curiosa. Ya lo sabrás á su tiempo. Va-mos á ver, ¿ qué me traes hoy ?

— ¡ Cosas preciosas!

La Mauduit se levantó, cogió del canapé el saco negro y sacó un estuche en el que brillaban dos gruesas perlas como avellanas, de un oriente admirable y de una redondez perfecta.

— Pero esos son los pendientes de Maud Gray...

— Los mismos.

— ¿ Se deshace de ellos?

— Los empeña. Necesita treinta mil francos.

— ¿ Para Poivrier?

— No, para el marquesito de Aubanerolles...

— ¡ Qué! ¿ Está chiflada por ese chulo?

— No, pero le ha prometido casarse con ella á la muerte de su padre, el duque de Candare.

— ¿ Entonces necesita mil quinientos lises? ¿ Para qué?

— Para pagar una deuda de juego del marqués.

— ¡ Ahí es nada!

Etiennette cogió las perlas, las manejó como un joyero, las aspiró como si quisiera gozar por el tacto, por la vista y por el olfato de aquella magnífica alhaja, y dijo volviéndolas al estuche :

— Valen cincuenta mil, muy por lo bajo.

— Ya lo creo; no hay otros en París. Boucherón los tomaría en seguida. Pero Maud no quiere venderlos y el Monte no paga más que veinte mil... Da en prenda las perlas por seis meses, con tres mil francos de comisión... Si á los seis meses no paga, el empeño se convierte en venta, dando cinco mil francos más...

— Tres mil por seis meses, hacen el 20 por 100. Puede pasar... Pero eso de los cinco mil... Si no paga los treinta mil y los tres mil más, nos quedaremos con las perlas.

— Te las guardarás tú, Etiennette.

— No, serán tuyas, mediante el 10 por 100 de costumbre. Yo no hago negocios.

— Convenido. ¿ Dónde está el dinero?

— Aquí.

Abrió un mueble precioso y puso al descubierto una caja de hierro. Sacó de un cajón treinta mil francos en billetes, volvió á cerrar la caja y puso la suma en la mesa. Después dijo :

— ¿ No tienes más?

— ¡ No! Solamente unos encajes antiguos, de punto de Venecia.

— Tengo demasiados encajes. Vendería si se quisiera...

— Estos son muy ventajosos.

— Lo mismo me da.

— ¿ Quieres entonces un cuadro de Van Dyck? Procede del conde de Confians... Es el retrato de lord Somerset siendo niño. Una obra maestra.

— ¿ Dónde se puede ver?

— Yo te lo enviaré.

La Mauduit sacó sus instrumentos, sus frascos y sus limas.

— ¿ Vamos á ocuparnos de tus manos?

— ¿ Tienes prisa?...

— No, es para dejarte libre.

— Hoy no salgo. Tengo que cortar los cupones de mi renta rusa...

— ¿ Quieres que te ayude?

— Con mucho gusto. Comerás conmigo.

— Dame las tijeras.

Etiennette sacó un enorme fajo de títulos y las dos mujeres se pusieron á cortar las pequeñas tiras de papel. Á consecuencia de aquella conversación, Clamirón, que no había visto á su amigo desde la conversión

de Cristián, se presentó en su casa una mañana y le encontró en su saloncillo de fumar muy ocupado en examinar unas cifras en las que aparecían enlazadas una H y una V. Cristián recibió á Clamirón como si le hubiera visto el día antes y le consultó sus cifras. Pavé recobró pronto su familiaridad y en tono burlón consultó á su amigo sobre su estado de ánimo.

— Y bien, mi querido Cristián, ¿estás decidido á cubrirte con el manto de la familia? Es un hermoso ejemplo para tus camaradas. Mi padre llora de admiración todas las noches á la hora de la sopa, que sigue siendo un alimento de primera necesidad para ese antiguo albañil enriquecido... ¡Bien me fastidia con tu conversión! Pero dime, ¿cómo te encuentras? ¿Pone eso muy enfermo?

— Al contrario, le pone á uno muy bueno.

— Es verdad que tienes mejor cara que en tiempo de nuestras *juergas*. ¡Buenas las hemos corrido juntos! Yo continúo, pero si vieras cuánto te echo de menos...

— ¡Bah! Ya me reemplazarás. Otros hay...

— ¡No como tú!... Oye, acabo de comprarme un Panhard y Levassor de treinta caballos... Lo tengo en la puerta. ¿Quieres verlo?

— Con mucho gusto.

— Coge tu pelliza y una gorra é iremos á dar una vuelta.

Cristián dió un paso hacia atrás é indicó claramente su voluntad de resistir la tentación.

— Imposible. Me espera mi padre dentro de una hora en la oficina de la calle de Chateaudun.

— Yo te llevaré.

— No, tengo pedido el coche. Muchas gracias.

— ¡Ah! Desconfías de mí... dijo Pavé con una ex-

presión llena de reproches, ¡Mi querido amigo! ¿Qué es lo que temes?

— Nada absolutamente. Pero tengo que hacer y no puedo irme de paseo.

— ¡Qué cambiado estás! ¿Qué te han hecho? ¡Si se supiera!

— Es inútil hablar de eso, replicó Cristián con repentina viveza.

— Bueno, no se hablará. Se cuidará tu renombre. Pero, dime; con tus nuevas ideas, puede que no te guste recibirme... Si te molesto, dílo...

— Nada de eso. Tengo gusto en verte, por el contrario.

Aquella misma noche, después de haber comido juntas las dos familias Vernier y Harvay, Cristián contó la visita de Clamirón y dijo que pensaba arreglarse de modo de no volverle á ver. Su padre aprobó la determinación y opinó por hacerla extensiva á todos los antiguos compañeros de su hijo. Pero Genoveva dijo:

— Acaso sería preferible separarse de ellos poco á poco. Toda medida de rigor puede parecer dictada por la familia de Cristián, y como no es así, pues todo procede de su iniciativa, sería mejor no romper bruscamente. Además, parecería que Cristián temía el contacto de sus antiguos amigos... No tiene nada que temer y puede arriesgar la aventura si le place.

Y Genoveva se inclinó hacia Cristián y añadió este comentario:

— ¿No está usted bastante seguro de sí mismo para afrontar á sus compañeros de locuras? En eso se verá si está usted verdaderamente curado ó es capaz de una recaída. ¿Tiene usted miedo de que su Clamirón le arrastre á hacer algo malo? ¿Qué garantía tengo entonces yo de que no incurrirá usted en sus antiguas

faltas? Es preciso ver á todos los amigos. Su trato será la piedra de toque de su conversión de usted. Sin eso, la experiencia no será completa.

Cristián escuchó sonriendo y respondió:

— En su compañía temo más el fastidio que la tentación. Por fortuna mía, veo la diferencia entre los goces antiguos y las satisfacciones de hoy. No afligiré á Clamirón cerrándole la puerta, pero me repugna hacerme ver en público con él. Tiene una especie de gracia que ya no me gusta. Parece que no hablamos la misma lengua.

— ¿Eh, Cristián? exclamó Mareuil... ¿Quién había de pensar que hablarías así de tus inseparables? ¡Ah! La vida ofrece unas sorpresas... ¡Ha hecho usted una buena cura, querida niña!...

Ló que acababa de decir el viejo solterón era lo que pensaba toda la familia. Vernier había dado en querer á su futura nuera, la mimaba de todos modos y estaba dispuesto á colmarla de beneficios. Había encargado á Emmelina que eligiese la canastilla de boda y la mujer de Vernier tenía un exquisito buen gusto para tirar el dinero por la ventana. Genoveva, de un carácter viril y poco sensible á las seducciones del lujo, veía con relativa indiferencia los espléndidos adornos que se le ofrecían y no observaba con un interés real más que la actitud de Cristián ni atendía más que á sus palabras. Le apasionaba la empresa que había intentado y su victoria moral le interesaba mucho más que su triunfo mundano. Mientras tanto, la joven era objeto de todos los comentarios y de todas las envidias por parte de las madres de familia con hijas casaderas. En el repertorio de los ricos herederos de Francia, Cristián era cotizado como uno de los más brillantes partidos. Vicioso y todo, el hijo de Vernier estaba en estudio por

todas las casamenteras de París, y su proyectada boda con la hija de Harvay había causado una decepción profunda en la alta banca y en la aristocracia. Etienne Dhoriel se había hecho casi simpática. La amiga de Cristián se había hecho enclaustrado desde su separación para incubar su cólera. No había publicado la cuantía de la indemnización enorme dada por Vernier á la viuda ilegítima de su hijo, y se las echaba de víctima. Había quien la compadecía, tanto más cuanto que había rechazado las proposiciones de un ruso muy enamorado de ella y que ponía á sus pies el producto de sus exacciones en el gobierno de una provincia limítrofe de la China. Etienne desempeñaba su papel con una habilidad extremada y pasaba realmente por inconsolable en el mundo de la galantería. Todas estas historias, contadas por Clamirón, divertían á Cristián y hasta excitaban su vanidad. No era ordinario el inspirar tal sentimiento á una mujer tan positivista como Etienne, y, aun estando decidido á no verla más, el joven no podía menos de sentir un poco de ternura, muy humana, por la abandonada.

— ¿Quién diablos iba á creer que era tan sensible? le decía á Clamirón ¡Ella que se jactaba de no conocer la piedad y de haber dejado al pobre Kennedy saltarse la tapa de los sesos en Monte-Carlo!

— Kennedy estaba arruinado, ya lo sabes, y Etienne no ha tenido jamás consideración por la gente sin un céntimo! ¡Mientras que tú!... Pero hago mal en comparar. Por ti es el corazón el que habla. ¡Ah, querido! Se está volviendo estúpida. Me ha encargado que te pregunte si consentirías en darle el último adiós antes de casarte...

— ¡De ningún modo! ¡Vaya una idea! Hemos acabado; permanezcamos como estamos.

— ¡Qué fuerza de voluntad tienes! Cuando ella misma me puso en la puerta para tomarte, no pude resignarme á no verla más y volví á su casa como amigo.

— Y como otra cosa...

— ¡No! ¡Jamás! Te lo juro...

— ¡Si crees que me importa ya!... Nunca me he hecho ilusiones sobre Etiennette y sé que me ha engañado cuanto ha podido. Sólo seguía con ella porque lograba distraerme. Con esa mujer no hay medio de aburrirse un segundo. Y eso es capital.

— Y ahora, insinuó Clamirón, ¿te diviertes?

— No me divierto, dijo Cristián con tranquilidad: soy feliz.

— ¡Es asombroso! Tú, Cristián, ¿eres feliz en las condiciones en que vives?

— Sí, amigo mío, bien puedes decirlo.

Poco á poco y por medio de esas entrevistas, en las que Clamirón, con habilidad bien inspirada, halagaba á Cristián, los dos antiguos camaradas volvieron á salir juntos. Pavé había decidido á su amigo á probar el famoso automóvil de treinta caballos y había llevado triunfalmente á su amigo al Pabellón *Bleu*, donde habían encontrado á Vertemousse, Longín y Fabreguier. Toda la cuadrilla montó y se fueron hasta Versailles á ochenta kilómetros por hora. Por la noche Clamirón dejó á Cristián en su casa, á la hora de comer, sin accidente ni encuentro inoportuno. Esta expedición devolvió la confianza á Cristián, que ya no temió ver á sus amigos y volvió al círculo, ya seguro de sí mismo. Hacía cerca de tres meses que duraba la prueba impuesta por Genoveva y el joven observaba una sobriedad perfecta, asistía á la oficina, iba á Moret á inspeccionar la fábrica y hacía restaurar al mismo tiempo

en el castillo el departamento de su madre, en el que pensaba pasar la luna de miel. Acababan de publicarse las amonestaciones, cuando un día Clamirón dijo á Cristián:

— Esta vez es cosa hecha; te perdemos. No tenemos más que ponernos el frac para servirte de padrinos...

— ¡Dios me libre! exclamó Cristián. Nadie te tomaría en serio y todo el mundo esperaría de ti alguna bufonada. No, amigo mío, son unos primitos de corta edad los que harán ese oficio... Vosotros os reservaréis para dar dinero á la colecta...

— ¿Y no vas, al menos, á convidarnos á comer para enterrar tu vida de soltero?

— No pienso tal cosa.

— ¡Cómo! ¿Tendrás alma para dejarnos así, en seco? ¡Después de haberte divertido tanto con nosotros!...

— Precisamente por eso creo inútil el hacerlo una vez más.

— ¡Te estás haciendo económico, compadre!

— No es por el dinero... Os obsequiaré si queréis, pero á condición de no parecer más que á los postres...

— Algo es algo... Pero no eres largo en tus favores...

No hablaron más de aquella idea, pero las palabras de Clamirón hicieron su camino en el ánimo de Cristián. ¿Qué arriesgaba convidando á sus amigos en un salón del café de París para despedirse de ellos? ¿No iba con ellos á almorzar en el *chalet du Cycle* y en el pabellón de Madrid, sin que resultase ningún inconveniente? El mismo haría las invitaciones, no irían más que hombres y en esas condiciones no correría gran peligro. No decidió nada, sin embargo. Su pensamiento abrigaba cierta incertidumbre, pues le ocurría que iba á hacer una cosa por lo menos inútil. Estaba

en estas vacilaciones cuando Clamirón se encargó de resolverlas diciéndole una mañana en tono de triunfo :

— Amigo mío, los camaradas son mas *chic* que tú. Ya que no querías pagarles una comida de despedida, ellos te la ofrecen. No será por la noche, puesto que te da miedo, sino un almuerzo... ¿Te conviene ?

— Y bien, sí, exclamó Cristián. ¿Qué día ?

— La víspera del matrimonio civil.

— Hay velada de contrato en casa de mi padre.

— Almorzaremos á las doce en casa de *Joseph* y á las dos estarás libre. Nos dejarás acabar llorando nuestros cigarros y tú te irás á llenar de flores los floreros para tu novia.

— Convenido.

— ¡ Enhorabuena !

Una especie de inquietud persistía, sin embargo, en el ánimo de Cristián, que desconfiaba de Clamirón y sobre todo de sí mismo. Á pesar de la prueba victoriosamente soportada hasta entonces, sabía que fácilmente excitables eran sus nervios. Había prometido, sin embargo, y le era imposible desdecirse sin exponerse á mil bromas. No quiso afrontarlas, pero se propuso vigilarse con sumo cuidado, no beber más que un solo vino y hablar con extremada reserva. Vea que en aquellas circunstancias el peligro era más serio de lo que había pensado. El mismo día en que Cristián aceptó la invitación de Clamirón, éste fué á casa de *Etiennette* y encontró á la joven de gran gala y con el sombrero puesto. Clamirón dijo sin sentarse :

— ¿ Vas á salir ?

— Sí, voy al estreno del *Palais-Royal*. Pero tengo tiempo. Habla.

— Pues bien. Es un negocio concluído. Cristián irá.

— ¿ De veras ?

— Como lo estás oyendo.

— ¿ Cómo lo has conseguido ?

— Asegurándole que se burlarían de él si no iba. Ya conoces su amor propio.

— ¿ Y dónde es ?

— En casa de *Joseph*, el lunes. Hombres solos, pero escogidos. ¡ Y bebedores ! Ya los conoces... La cuenta será formidable.

— Bueno. Tomarás para mí el gabinete próximo. No voy á encargarle yo misma por temor á las indiscreciones...

— Sí, pero dime ; si Cristián sabe que yo he arreglado el asunto, me guardará rencor...

— ¿ Le tienes miedo ?

— No temo á nadie. Pero el proceder...

— ¡ Bah ! Una broma como otras ciento que has dado en tu bella carrera... ¿ Eres Pavé ó no lo eres ? Si lo eres, da honor á tu nombre.

— Sí, tienes razón... ¿ Pero si eso hiciera fracasar la boda ?...

— ¿ Porque Cristián se haya despedido de sus amigos y se haya achispado á su salud ? Y después ¿ quién dice que se achispará ?

— ¡ Yo lo digo ! ¡ Pardiez ! Si no pierde los estribos no seremos nosotros los *juerguistas* que todo París conoce...

— Y admira.

— Es preciso que la partida sea completa, triunfal, homérica...

— Y yo estaré allí para coronar al héroe en el momento de la apoteosis...

— ¡ Qué sorpresa la suya !

— Si se encuentra en estado de tenerla...

— ¡ Cuidado ! Si está á medios pelos, que no se en-

fade. Entonces todo se echa á perder y nos quedamos corridos.

— De eso yo me encargo.

— Entonces, hasta el lunes. Cuento contigo. Ven á dejarme en el coche.

La semana se pasó en preparativos para Cristián, que apenas tuvo tiempo para pensar en la fiesta proyectada por sus amigos ni se separó de Genoveva, cuyo padre, ya en posesión de sus nuevas atribuciones en la casa Vernier, no cabía en sí de gozo ni cesaba de elogiar á su futuro yerno y á toda la familia. El domingo por la noche, sin embargo, Cristián dijo á su prometida :

— Mañana almuerzo con mis amigos, que han querido reunirse para enterrar mi vida de soltero. Me contraría mucho, pero no he podido rehusar...

— Ha hecho usted bien. Diviértase; lo encuentro muy natural. Además, supongo que el barón Templier será de la partida...

— ¡Oh! no; tiene horror á los alegres jóvenes que asistirán al almuerzo... Él es un hombre formal.

Genoveva frunció ligeramente las cejas, pero continuó sonriendo :

— Hubiera preferido que fuese, pero no creo que necesite usted ser acompañado ni vigilado. No tiene usted mejor censor que usted mismo.

— Me conmueve esa confianza, dijo Cristián con repentina emoción, y procuraré merecerla... Cuente usted con mi cordura...

La joven no respondió, pero le estrechó la mano. Cristián sintió una viva alegría y dijo :

— Guardado moralmente por usted, pues su recuerdo va siempre conmigo, no tengo nada que temer.

El lunes por la mañana, á las once y media, Clamirón fué á recoger á Cristián en su automóvil, llegaron al

restaurant y, conducidos por los mozos, entraron en el salón donde debía verificarse el almuerzo. La mesa estaba cubierta de flores blancas, como para una novia; anchos lazos de muaré blanco ceñían los candelabros y la araña estaba adornada con capullos de azahar. Cristián fué acogido con una gran aclamación y Clamirón le presentó á los amigos como para una ceremonia solemne y le hizo sentarse en medio de la mesa. Después se sentó junto á él y volviéndose hacia el *maitre d'hôtel*, exclamó :

— ¡Que dé principio la fiesta!

Eran doce, todos conocidos en París, y el más viejo tenía treinta años. En ese número había ya dos divorciados y cinco estaban sometidos á consejos judiciales, lo que no les impedía arruinarse, pues se echaban en brazos de los usureros. Casi ninguno de aquellos brillantes señores había hecho locuras por las mujeres. Las pasiones amorosas no rezaban con ellos. Se dedicaban á los *sports* y comían y bebían sólidamente, pero despreciaban el amor, que les parecía debilitante. La mayor parte eran jugadores que se dejaban el dinero en las mesas de los círculos ó en las barracas de apuestas mutuas de las carreras de caballos; generación muy particular y nueva en Francia, que no tenía nada de la fogosa espontaneidad de sus años, muy práctica, muy fría, muy avisada, y de una indecible ferocidad de egoísmo. Todos aquellos mozos eran incapaces de ir á comprar en casa de un joyero un aderezo ó una pulsera para una guapa mujer, pero no se desdeñaban de ofrecerse á sí mismos botones de camisa de piedras preciosas, suntuosos alfileres de corbata, cadenas de reloj para todas las circunstancias de la vida y refulgentes sortijas para todos los dedos. Curiosos de sensaciones nuevas hasta la manía, realizaban en toda su integridad

el tipo del *snob*, lleno de admiraciones ficticias y que corre á las diversiones de moda mientras es de buen tono el disfrutarlas. Raza malsana, que ha contribuido á pervertir el gusto por la bajeza instintiva de sus tendencias y por su propensión á todo lo que es exagerado en su vulgaridad. Aquella reunión de doce jóvenes sin mujeres, en un salón de *restaurant*, era sintomática de ese estado moral y físico que impulsa á toda una generación á una castidad casi vergonzosa. El almuerzo había sido cuidadosamente dispuesto por Clamirón y el cocinero había estado á la altura de su misión. Cristián, que hacía honor al almuerzo, no había todavía tocado á los vinos. Clamirón le dijo al oído :

— Te vas á atragantar. Bebe al menos agua, ya que no bebas vino... ¿ Temés que te envenenen ?

Cristián sonrió y dijo tomando la copa de *champagne* :

— No, voy á brindar por todos vosotros :

Se levantó y, dirigiéndose á sus compañeros con sonriente ironía, dijo :

— Mis queridos amigos, agradezco el pensamiento afectuoso que os ha reunido á mi alrededor. Hemos hecho juntos muchas locuras y no haremos más en lo sucesivo, pues pienso volverme tan serio como antes era poco razonable. La cosa no es tan difícil como podéis creer. Es una costumbre que hay que tomar y después no hay más que seguirla. Se cree que es fastidioso ocuparse en cosas que no sean estúpidas ó ruinosas, ó ambas cosas á la vez, y se está en un completo error. Tanto interés inspira el ganar el dinero como el gastarle, y hasta creo poder afirmar que, en cierto momento de la vida, el ganar dinero resulta una necesidad y el no gastarlo, una pasión...

No pudo seguir porque se levantó en torno suyo una tempestad de gritos.

— ¡ Viva Cristián ! ¡ Se está quedando con nosotros ! ¡ Vaya un aplomo, querido ! ¡ Nos está dando un curso de buenas costumbres ! ¡ Á tu salud ! ¡ Á la salud de tus futuros hijos !...

El joven, sin desconcertarse, levantó la copa, la vació de un trago y se volvió á sentar en medio del alboroto general. La voz penetrante de Clamirón consiguió dominar el tumulto :

— Señores, el joven recipiendario ha hablado bien. Se le pueden abrir las puertas de la institución matrimonial. Es digno de entrar en ella. Su futura es, por lo demás, encantadora. ¡ Brindo á la salud de Genoveva de Harvay !

Llenó la copa de Cristián y le dijo con calor :

— ¡ Choquemos nuestros vasos, querido amigo, y de todo corazón !

Cristián lo hizo sin vacilar. Un ligero calor subió á sus pómulos y una excitación repentina corrió por sus nervios. Clamirón le había vuelto á llenar la copa y el joven, sin que nadie le invitase á hacerlo, se la bebió de una vez y dijo en medio del ruido del cristal al chocar de las copas :

— ¡ Os deseo á todos una novia semejante !

Sus ojos se encendieron como una lámpara al atizar la mecha y en su cerebro, purificado por una abstinencia prolongada, se manifestó una repentina turbación. Maquinalmente, y como si no hubiera perdido las costumbres antiguas, bebió de nuevo, y en medio del estrépito y entre las interpelaciones que se cruzaban en el calor de aquella pieza llena de los olores de los platos y de los vinos, Cristián tuvo el presentimiento de que se estaba dejando arrastrar á un peligro cierto. Miró á su alrededor con aire de desafío y no vió más que caras sonrientes y ojos benévolos. No había allí el menor

proyecto de hacerle daño y sí, sólo, el deseo de divertirse tranquilamente. Los póstres estaban servidos y el helado circulaba al rededor de la mesa. Vertemousse había encendido ya un cigarrillo y fumaba contando sus hazañas cinegéticas. Cristián se tranquilizó, pero ya su cabeza estaba más cargada de lo conveniente.

— Di que me den un vaso de agua, dijo á Clamirón.

Pavé llamó al *maitre d'hôtel* y le habló en voz baja, y éste puso en la mesa una botella que tenía la forma y el color de las de agua de Evián. Cristián cogió la botella, se llenó él mismo el vaso y distraídamente se bebió las tres cuartas partes. El joven, entonces, lanzó un juramento, dejó el vaso en la mesa con tal fuerza que le rompió y exclamó furioso:

— Pero, *maitre d'hôtel* ¿está usted loco?... ¡Es kirsch lo que me ha dado usted!

Una larga exclamación ahogó su voz y Cristián, como á través de una niebla, vió á sus amigos en pie, con las manos llenas de flores y avanzando hacia él. Quiso resistirse, pero ya el alcohol se había apoderado de él. Clamirón le coronó con una guirnalda de azahar descolgada de la araña. Cristián sintió renacer todos sus instintos, y poseído de una especie de frenesí, se puso en pie y exclamó:

— ¡Ya que es mi última fiesta, que sea memorable! Y con mano mal segura se bebió el vino contenido en las copas intactas desde el principio del almuerzo.

Sus amigos prorrumpieron en gritos de entusiasmo.

— ¡Ah! querido, tu serás siempre nuestro jefe.

— Y además ¿qué temes? Son las dos, y hasta la noche tienes tiempo de tomar el aire.

— En lugar de enterrar su vida de soltero, vamos á quemarla... ¡Venga ponche!

— ¡Una bonita incineración?

En la atmósfera azulada por el humo de los cigarros, danzaron y se retorcieron hasta extinguirse las llamas del ron. Pero Cristián, como poseído de furor, vertió el ron encendido en el mantel que se prendió fuego. Los mozos tuvieron que intervenir para impedir que se encendieran los cortinajes, y el dueño del *restaurant* echó una mirada inquieta por la puerta entornada. Cristián parecía presa de las extravagancias de sus más profundas borracheras y daba rienda suelta á su brutalidad. Vertemousse quiso hacerle reflexiones y recibió un bottellazo que apenas pudo evitar y que rompió un espejo detrás de él. Al mismo tiempo Cristián prorrumpió en una interminable carcajada nerviosa que contraía su cara y le daba la expresión del delirio alcohólico.

— ¡Va á hacer alguna que sea sonada! exclamó Longín.

— ¡Acabemos con él! dijo cínicamente Clamirón. Cuando esté encima de la mesa no tratará de matarnos. Y cogiendo el cucharón del ponche, llenó un vaso y lo puso delante de Cristián, que bebía con mano temblorosa, sombrío y silencioso, cuanto le ponían á su alcance. Sus amigos, espantados por su crimen, estaban al rededor de él, sin decir palabra. De repente gritó:

— ¡Y bien! ¡Hatajo de *juerguistas*! ¡Pareceis imbeciles, mirándome como á un fenómeno!... ¿Me habéis puesto en el disparadero y os quedáis en el camino? ¡Vaya unos mozos! No hemos empezado todavía los licores... ¡Que traigan *Vernier-Cordón* amarillo! ¡No estaría bien que no figurasen en esta mesa los productos de la casa! ¿No oye usted, *maitre d'hôtel*?

El mozo, inquieto, permanecía inmóvil, pero Cristián gritó:

— ¿Estás dormido? Espera, voy á despertarte.

Cogió dos platos y los rompió el uno contra el otro.

Después hizo añicos sus vasos con el cucharón del ponche y se preparaba á derribar la mesa sobre los convidados, cuando las fuerzas le faltaron y se dejó caer sobre el respaldo de la silla, con los ojos extraviados por la embriaguez, balanceando la cabeza á uno y otro lado, inconsciente, perdido. En el mismo momento, la puerta del salón se abrió y, envuelta en un largo traje negro, un poco pálida, pero llena de firmeza, apareció Etiennette Dhoriel.

— ¡ Ah ! No faltaba más que usted en la fiesta, dijo amargamente Longín á la hermosa mujer. ¡ Vea usted en qué estado se ha puesto este desgraciado !

— Está maduro para el matrimonio, me parece, dijo Etiennette con irónica sonrisa. ¿ Qué vaís á hacer de este brillante novio ?

— Que el diablo me lleve si lo sabemos, dijo Vertemousse. No se le puede dejar aquí ni llevarle á su casa... ¡ Estamos lucidos !

— Nos divertimos entre nosotros y el que más y el que menos está un poco chispo, añadió Clamirón ; pero este animal se carga hasta estallar.

— Voy á desembarazaros de él, dijo Etiennette. Bajadle á mi coche ; le llevaré á mi casa, le cuidaré y le haré volver en sí...

— ¡ Ah ! Usted es una verdadera amiga !

— ¿ Verdad que sí ? De este modo me vengo yo de las suciedades que Cristián me ha hecho.

En las miradas de la abandonada brillaba un fulgor diabólico.

Voy delante, dijo, para advertir á mi cochero... Seguidme. Si después de esto la familia no está agradecida, será para curarse de toda abnegación...

— ¡ Qué ángel ! murmuró Clamirón.

Entre él y Longín cogieron á Cristián por debajo de

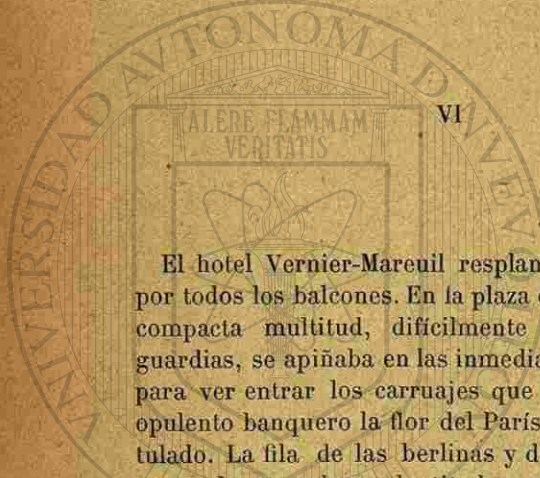
los brazos y consiguieron ponerle en pie. Vertemousse le colocó el sombrero en la cabeza, y llevando casi en viló á aquel cadáver viviente que andaba mecánicamente, las piernas temblorosas, lívido y desencajado, bajaron hasta el portal, atravesaron la acera y empujaron á Cristián en la berlina de Etiennette. Aquel brusco movimiento pareció sacar al borracho de su sopor, pues abrió los pesados párpados, echó una mirada al rededor de él y balbució con voz sorda :

— ¡ Vamos andando !... ¿ Una mujer ahora ?... ¿ Qué quieren que haga de ella ?...

Y acurrucándose en el rincón del coche, se durmió al lado de Etiennette sin haberla siquiera conocido.

La hermosa muchacha se inclinó hacia Longín y Clamirón, les dirigió una sonrisa y dijo al cochero :

— Á casa.



El hotel Vernier-Mareuil resplandecía en la noche por todos los balcones. En la plaza de Malesherbes una compacta multitud, difícilmente contenida por los guardias, se apiñaba en las inmediaciones de la puerta para ver entrar los carruajes que llevaban á casa del opulento banquero la flor del París elegante, rico y titulado. La fila de las berlinas y de las carretelas iba entrando con solemne lentitud en el patio florido y radiante de luz eléctrica como una apoteosis de comedia de magia. Á los dos lados de la escalinata y bajo una dorada cubierta de cristales, había un lacayo inmóvil con su librea roja, medias de seda y cabello empolvado. En el vestibulo, los mayordomos, con frac á la francesa, formaban fila delante del guardarropa. Por las losas de mármol pasaba una serie continua de parejas sonrientes y acompasadas, mujeres cubiertas de elegantes salidas de baile, adornadas con flores, y maridos ó padres envueltos en pieles, que se hablaban en medio del ruido incesante de los coches. En la entrada de los salones, en la gran galería donde se encuentran reunidos los más maravillosos lienzos de los pintores modernos y las

obras maestras de la escultura contemporánea, Vernier-Mareuil estaba en pie recibiendo á los invitados, y, á tres pasos de él, Emmelina hablaba con el barón Templier y se dirigía á los recién llegados con un aire de superioridad que acentuaba la distancia que la separaba de su marido. Vernier, sin embargo, al ver á un viejo cubierto de cordones y de placas, que se acercaba, se volvió hacia su mujer con aire de autoridad y dijo :

— Emmelina, su excelencia el embajador de los Países Bajos...

La señora de Vernier se adelantó con gracia á saludar al personaje oficial, y el joven barón aprovechó la oportunidad para entrar en los salones y acercarse á un grupo compuesto de los inseparables Vertemousse, Clamirón, Fabreguier y Longín.

— ¡ Por fin ! ¡ Templier ! ¿ Se ha escapado usted del ama de la casa ? Le tenía á usted bien agarrado hace un instante...

— Para todo hay tiempo, dijo el joven barón con naturalidad. Estoy harto del plantón de la puerta y quiero distraerme un rato con ustedes... Vernier-Mareuil anda á vueltas con el cuerpo diplomático y su mujer está haciendo reverencias á un señor viejo cubierto con una importante quincallería... Yo me he escurrido... ¿ Qué hacéis aquí ?

— ¡ Aburrirnos soberanamente ! dijo con voz ronca Vertemousse. ¿ Si nos fuéramos á casa de Maxim ?

— ¿ Y qué vais á hacer en casa de Maxim á las diez de la noche ? No habrá un alma.

— Podremos sentarnos durante dos horas y siempre será una ventaja. Se aburre uno, realmente, en estas fiestas familiares y soporíferas... ¿ Venís, hijos míos ?

— ¿ Y qué va á decir Cristián si no os ve en esta noche de su contrato ?

Los cuatro compañeros cambiaron una mirada alarmada, pero no respondieron. Habían ido á casa de Vernier tanto para saber noticias como para hacer acto de presencia, pero no se encontraban á gusto en aquella fiesta, en la que los invitados, acompasados y ceremoniosos, seguían afluyendo, y en la que Cristián, que era el protagonista, no había parecido todavía. La fiesta llegaba á su esplendor y Genoveva Harvay, sentada en el salón al lado de su madre, acogía con dulce y modesta sonrisa los cumplimientos lisonjeros de todo el mundo. Pero su cara estaba ensombrecida por una expresión de inquietud. Iba á casarse con el hijo único de la poderosa casa Vernier-Mareuil; todas envidiaban su suerte, y, sin embargo, estaba triste. Cristián no había parecido en todo el día por casa de su padre, y Vernier, muy alarmado, ocultaba sus aprensiones bajo un aire de satisfacción. Todos los miembros de la familia se esforzaban por sonreír, pero todos temblaban como amenazados por una desgracia. El coro de las madres despechadas mordía entre tanto á su placer á la prometida de Cristián.

— La pequeña Harvay realiza un hermoso sueño... ¡Pero qué riesgos corre! Ha sido precisa la triste situación del padre para que se decida á ser mujer de ese loco furioso de Cristián...

— Dicen que se ha corregido completamente.

— ¡Bah! ¿Quién puede responder del porvenir? Tiene muy malas compañías... ¿Qué quiere usted que haga un muchacho en medio de los Vertemousse y de los Clamirón? Ya le arrastrarán de nuevo...

— Sí, pero... ¡Es tan rico Vernier!

— Cuarenta millones... y el *Cordon* amarillo, que produce millón y medio de beneficios todos los años...

— Lo que no quita que haya corrido sucias aventu-

ras al principio de su vida. Se habla de una condena en policía correccional por falsificación. Parece que fabricaba no sé qué horrible mezcla con sulfatratos y ácidos sulfúricos. Si se buscara en la prefectura de policía se encontrarían curiosos antecedentes suyos.

— Lo mismo pasa con todas las grandes fortunas... De otro modo no es posible... No se llega á ser muy rico sin cometer grandes infamias... Yo, aseguro á usted que retrocedería ante una alianza con los Vernier-Mareuil.

— Lo que no le impide á usted traer á esta casa á su encantadora hija...

— Viene todo París...

— Y se pueden encontrar otros jóvenes casaderos, además del hijo de la casa...

— La verdad es que los Harvay sacrifican innoblemente su hija á la ambición...

— Vernier ha salvado á Harvay de la quiebra...

— No es fea, la pequeña Genoveva...

— Tiene el aire un poco de palomino atontado...

— Es lo que hace falta para vivir con un malvado como Cristián...

La conversación fué interrumpida por la entrada en el salón de la señora de Vernier, la cual atravesó graciosa y sonriente el grupo de invitados que obstruían el paso, se acercó al círculo en que estaba el barón Templeier y le llamó con un movimiento del abanico. El joven se acercó presuroso y dijo saludando:

— ¿Qué hay? ¿Me necesita usted?

— Sí; mi marido y yo estamos inquietos. Son las once y Cristián no ha vuelto á casa. ¿Qué hace? ¿Dónde está? ¡Cuando su presencia es aquí necesaria!...

— ¿Quiere usted que suba á sus habitaciones y me informe?...

— Se lo agradeceré á usted. Su padre no puede abandonar su sitio... Está recibiendo á los invitados y sufriendo un verdadero suplicio... Haga usted lo necesario... En usted confío.

— Cuente usted conmigo...

— Y sobre todo ¡ silencio !

— Naturalmente.

El barón saludó, atravesó el salón y salió por una puerta que conducía al interior del hotel. Subió una ancha escalera de cinco escalones y entró en una antecámara en cuya banqueta esperaba un criado, que se levantó precipitadamente al ver á Templier.

— ¿ No ha vuelto todavía el señorito Cristián, Edmundo ? preguntó el barón.

— No, señor barón... Le estoy esperando... El señor barón debe comprender qué inquieto estoy... En un día como este...

— ¿ Dónde cree usted que puede estar ?

El criado bajó la cabeza con desanimación.

— El señorito salió esta mañana á las doce menos cuarto con el señor Clamirón. Iba á almorzar con sus amigos. Al ver que no había vuelto á la hora de comer, fui á informarme al *restaurant*, por orden de la señora, y supe...

— Y bien, acabe usted...

— Supe que, á eso de las cuatro, el señorito había sido conducido por Etienne Dhoriel en su coche...

— ¡ Etienne ! Había prometido, sin embargo, estar tranquila... Se le ha pagado bastante para eso...

— ¡ Ah, señor barón ! ¡ No se deja tan fácilmente un amante como el señorito Cristián ! Se le ha llevado á su casa y estoy seguro de que allí sigue.

— ¡ Esto sí que es fuerte ! gruñó Templier. ¡ La muy bribona ! ¡ Tendrá que habérselas conmigo ! Voy á su casa...

El barón no tuvo tiempo de decir más, porque se oyó el ruido de una puerta y el de unos pasos pesados y aquel á quien se esperaba con tanta impaciencia se presentó vacilante y deshecho. Llevaba una pelliza desabrochada que dejaba ver la *jaquette* toda arrugada y la corbata descompuesta, como si hubiera dormido vestido. El sombrero, encasquetado en la coronilla, dejaba ver á la luz blanca de la electricidad, una cara lívida jaspeada de manchas rojizas, con ojos vacilantes y sin mirada y labios nerviosamente contraídos, á pesar de lo cual conservaba todavía el encanto de la elegancia y la seducción de la juventud. Arrojó el sombrero sin saber dónde, dejó caer al suelo el gabán de pieles, prontamente recogido por el criado, y dijo con voz burlona :

— ¡ Oh ! ¡ Es el señor de Templier ! ¿ Qué buen viento te trae, querido ?... Edmundo, cigarros y te con ron... Tengo sed.

El barón le cogió por el brazo con un brusco ademán que le hizo tambalearse.

— Cristián, ¿ pero no sabes realmente lo que haces ? ¿ De dónde vienes ? ¿ En qué estás pensando ? ¡ Cómo ! ¡ Después de todas tus promesas ! ¿ Olvidas que la casa está llena y que la recepción es en tu honor ?

— ¡ Ah ! ¿ Por eso había tanta gente en la plaza cuando ha llegado mi coche ? ¿ Qué canalla ! ¡ Hasta creo que me han dado una grita ! El cochero me ha entrado por el patio de las cocheras... ¿ Qué viene á hacer á casa toda esa muchedumbre ?

— ¡ Pero, insensato ! ¿ No eres ya capaz de razonar ?

— Estoy lúcido hasta más no poder... Pero no sé por qué hay aquí tanta gente esta noche... Oye, nos vamos á aburrir... He hecho mal en volver... Vámonos al baile de la Ópera... Allí encontraremos á Clamirón, á Vertemousse y á Longín... Pasaremos la noche juntos...

— Tus amigos están aquí, esperándote...

— Diles que vengan. Nos encerraremos para huir de los posmas...

— Y mañana todo París sabrá que la fiesta dada en honor de tu matrimonio no faltaba nadie más que tú... Tu padre quedará en ridículo, y tu novia será insultada por la hipócrita lástima de los envidiosos... ¿Es eso lo que quieres?

— Lo que quiero es que me dejen en paz.

Hizo un gesto de indiferencia y se entró en su cuarto donde se dejó caer en un profundo sillón. Suspiró con beatitud, cerró los ojos y pareció dispuesto á dormirse. Templier contempló un instante con dolorosa emoción á aquel guapo muchacho de veintiséis años, de facciones finas y esbelto talle, extendido inerte, sin mirada y sin pensamiento, como un verdadero bruto. No quiso darse por vencido y cogiéndole la mano le sacudió para ver si podía animar aquel cuerpo paralizado por la embriaguez.

— Vamos á ver, Cristián, óyeme... Sabes que yo te quiero... No me des el disgusto de no intentar un esfuerzo para complacerme. Todos nuestros amigos están abajo. París entero se ha dado cita aquí para verte y cumplimentarte... Es inadmisibile que no bajes... Tu madrastra está desesperada y me ha enviado á buscarte... ¡Cristián! ¿Me oyes?

— Te oigo bien, dijo el joven abriendo los ojos y echando á su amigo una mirada burlona... Me estás echando una reprimenda en nombre de la señora de Vernier... ¡Valiente tupé!

— ¡Cristián!...

— Ya sabes que en mis momentos de franqueza digo todo lo que pienso... Amigo mío, haces mal de abusar de que eres el amante de mi madrastra para predi-

carme moral... Yo no te pido que respetes la casa de mi padre... ¿Por qué has de ser tú más realista que el rey?...

Al decir esto se levantó y su cara tomó de repente una expresión de dolorosa dignidad.

— Somos unas lindas muestras de la educación moderna, querido barón, y no se pagarían muy caras nuestras conciencias si se las examinase á fondo. Yo soy un perdido que bebe como un cochero de punto... ¡Es tan bueno beber y olvidar el vacío y la inutilidad de una vida ociosa!... Sí, ya sé lo que vas á decirme; que soy el hijo de Vernier, inmensamente rico, y que no sé siquiera comerme decentemente la fortuna de mi padre... Pero ¿y tú, barón, qué es lo que eres? Un lindo joven que vive en casa del hombre cuya mujer ha seducido. Se dice que el marido te asocia á sus especulaciones y aumenta así tus ingresos... De este modo pagas las liberalidades del uno con amabilidades con la otra... ¡Bonito y lucrativo oficio!... Pero tú no bebes y sabes conservar la razón para dirigir tus negocios... Somos tal para cual... Pero á mí mis defectos me cuestan el dinero, mientras que á ti te lo producen...

— ¡Desgraciado! exclamó Templier con un ademán terrible para echarse sobre Cristián.

Pero se calmó en seguida y murmuró:

— ¡No sabe lo que dice! Mañana lo habrá olvidado todo...

Se inclinó hacia su amigo, que había vuelto á caer en el sillón, medio dormido, y dijo examinándole con cuidado:

— No podré ponerle en pie á tiempo para que baje al salón... ¿Qué hacer?...

Abrió la puerta del vestíbulo y dijo en voz baja:

— Edmundo, baje usted y prevenga al señor Vernier

que es urgente que suba... Traigase también al doctor Angogne... No pierda usted un instante.

— Está bien, señor barón. Voy corriendo.

El barón se quedó esperando apoyado en la chimenea. A lo lejos se oían los ecos de la música, que formaban un lúgubre contraste con la inercia de aquel desgraciado que alentaba penosamente. En la antecámara se oyó la voz breve y un poco ruda del banquero, que entró precediendo al doctor.

Templier les mostró Cristián con un ademán desolado y después de saludar al médico, dijo:

— Me voy á advertir á la señora de Vernier que está usted al lado de su hijo.

— Sí, vaya usted, querido barón.

El padre se volvió hacia Angogne y con la boca crispada de dolorosa angustia le dijo:

— ¡Vea usted, amigo mío! ¡Vea usted á dónde ha caído este desgraciado!

El doctor movió tristemente la cabeza, cogió la mano de Cristián, le tomó el pulso y dijo al criado:

— Agua y una toalla...

Después empapó la toalla y frotó con ella las sienes del joven. Cristián dió un hondo suspiro y se estiró, como si sintiera una impresión de alivio.

— ¿Tienen ustedes botiquín? dijo el doctor. Necesitaría un álcali, un vaso y una cuchara...

El criado trajo prontamente todo lo pedido y el doctor echó en el vaso agua y unas gotas de álcali, cogió una cucharada é, introduciéndola entre los labios de Cristián, le obligó á beber como á un niño. El joven hizo un gesto de disgusto, abrió los ojos y reconoció á su padre y al doctor. En su cara apareció una sonrisa y balbució:

— ¡Ah! ¿Es usted, doctor? Debí figurármelo por

el mal gusto de lo que me ha hecho usted tragar.

— Entonces, otra cucharada, puesto que estamos en ello, dijo el médico introduciendo de nuevo el medicamento en la boca de Cristián.

Las mejillas del enfermo se tiñeron de un leve color. Su cerebro pareció iluminarse y el joven hizo un movimiento para incorporarse, pero el médico se opuso.

— Estese usted ahí y no se mueva todavía.

En la frente de Cristián se marcó una arruga. Acababa de ver que su padre se dirigía hacia él. Vernier no hablaba todavía, pero su cara expresaba tal cólera, que el joven murmuró con irónica inquietud:

— ¡Ah! No tiene trazas de estar contento el señor Vernier-Mareuil...

El padre crispó las manos, pero, contenido por una enérgica mirada del doctor, no respondió. Cristián, sin embargo, como excitado por una irresistible necesidad de irritar á aquel padre á quien era tan difícil la paciencia, continuó en tono burlón:

— Tranquilízate, no te he sido infiel. No ha sido con los productos de tus rivales con lo que me he achispado...

— ¡Oh! ¡Esto es demasiado! exclamó Vernier lanzándose hacia su hijo. ¡Infame! ¿Es él quien se atreve á hablarme así? ¡Á mí!... ¡Á mí!... ¿Qué he hecho yo para esto? Y se quedó mudo, con la cara congestionada y las mejillas llenas de lágrimas.

— ¿Qué has hecho? continuó Christián con una lucidez cada vez mayor. ¡Pardiez! Has hecho tu licor de gran marca, el *Vernier-Mareuil Cordón* amarillo... Eso es lo que has hecho... No hace falta más para ganar una gran fortuna envenenando á la humanidad... ¡Te quejas de que yo lo beba!... Y tú ¿por qué lo fabricas? ¿Para los que no conoces y cuyas borracheras no

ves?... Yo hago lo mismo que ellos; ¿qué tienes que decir? Eres vendedor de veneno; no te quejes de que se beba.

— ¡Miserable! exclamó el padre, lleno de horror ante aquellas espantosas palabras. ¿No te he educado con el ejemplo de la sobriedad ante los ojos?

— Sí, hay que hacerte era justicia; solamente en tu casa no se encuentran tus licores...

El doctor cogió á Vernier por un brazo y se le llevó al otro extremo de la habitación.

— No le conteste usted. No es responsable de sus palabras. Se encuentra en un estado de semilucidez en el que sigue sus ideas sin darse cuenta de su alcance. Dentro de unos instantes, cuando haya recobrado la razón, se avergonzará de lo que ha dicho, si lo recuerda. No le necesito á usted aquí. Vuélvase á bajar y le llevaré á Cristián en seguida. Cuente usted lo que quiera para explicar su retraso... Le respondo á usted de que estará en los salones dentro de una hora.

— Gracias... Obedezco.

El padre ahogó un profundo suspiro, echó á su hijo una mirada de desolación y se marchó. El doctor se sentó al lado del enfermo, á quien había visto nacer, y se puso á pensar en las fatalidades de la vida que habían dado por hijo aquel joven débil, inconsciente y voluptuoso al rudo, laborioso y tenaz Vernier, como si el destino se complaciese en derrumbar el edificio de las ambiciones humanas...

El doctor miraba dormir á Cristián y seguía en su fisonomía los progresos de la pacificación del sistema nervioso. El reloj dió la una de la madrugada, y como si la vibrante campana hubiera despertado el pensamiento del enfermo, Cristián lanzó un suspiro y abrió los ojos, cuya mirada era ya clara é inteligente. Se es-

tiró sin levantarse, como si se encontrase bien en aquella butaca, y dijo con voz tranquila, como si ya no se acordase de la espantosa escena que acababa de ocurrir con su padre:

— ¡Calla! ¡Es este buen doctor!... ¡Ah! ¡Bien he necesitado de su socorro de usted!

Y paseó con expresión doliente la cabeza por el respaldo del sillón.

— He vuelto á hacer alguna tontería y ha venido usted á curarme...

El médico le hizo señal de que no hablase y le dijo:

— Beba usted esto y después hablaremos.

Cristián tomó la medicina con la facilidad de un niño y solamente entonces pareció recordar vagamente:

— ¿No estaba aquí mi padre hace un momento?

— Sí; ha ido á reunirse con sus invitados.

— ¿No le he dirigido palabras malsonantes?

— No pensemos en eso, dijo el doctor con autoridad, sino en cosas más importantes. Su padre de usted sabe la importancia que hay que dar á la sinrazón de usted, pero los extraños no están obligados á la misma indulgencia. Ahora bien, en este momento la casa está llena de invitados que han venido á la fiesta dada con motivo de su boda de usted. Hace dos horas que se le espera y se le busca y ya los comentarios empiezan á volar. Es, pues, indispensable que aparezca usted sin más tardanza. Me he comprometido con su padre á poner á usted en estado de afrontar las miradas y esto es tan sólo lo que hay que procurar, ¿entiende usted, Cristián? á fin de que mañana los periódicos no cuenten que mientras su prometida le esperaba á usted, rodeada de las dos familias y de todos sus amigos, usted estaba incapaz de dejarse ver, aniquilado por la embriaguez...

Cristián sufrió una dolorosa contracción de fisonomía, se pasó la mano por la frente y dijo tristemente:

— ¿Pero qué especie de bruto indomable soy entonces?

Y al ver que Angogne hacía un gesto de protesta, el joven le detuvo con una mirada.

— No proteste usted. Conozco su afectuosa abnegación y sé lo que le debo. Es usted de los hombres honrados que son duros para sí mismos é indulgentes para los demás. Yo, bien lo ve usted, soy un animal inhumano. El destino me ha prodigado sus favores y yo he echado á perder todos sus dones. ¿Qué me ha faltado para ser un buen muchacho como tantos otros?

— Acaso el haber tenido madre, dijo con pensativa gravedad el doctor.

— ¡Ay! Si hubiera vivido, hubiera sido una víctima más. La hubiera desolado como he hecho con mi padre y como estoy haciendo con esta encantadora Genoveva que había soñado salvarme... ¿Qué pensará de mí en este momento? ¿Cómo atreverme á presentarme delante de ella? ¿Qué ha sido preciso para volverme á arrojar en el lodazal? Un simple pretexto, la primera ocasión que se ha presentado. ¡Qué miseria la mía! Y había jurado ser prudente!... Ha bastado un almuerzo de soltero para hacérmelo olvidar!

Los ojos de Cristián se llenaron de lágrimas.

— Cállese usted, dijo el médico, y no exagere su responsabilidad. Ha sido usted arrastrado...

— ¡No! Yo mismo he buscado la falta. ¡Ah! Ya se lo dije á usted en San Jorge; hay en la embriaguez un atractivo irresistible y misterioso... Una voz secreta me decía hoy lo que ha sucedido... ¡Bah! Lo mejor sería acabar de una vez. Me siento tan despreciable, que creo que una bala de revólver lo simplificaría todo...

— ¡Desgraciado! ¿Qué está usted diciendo?

— Le explico á usted uno de los síntomas de mi enfermedad. Porque — y esta es mi única excusa — soy un enfermo, un loco... Cuando estoy lúcido, en presencia de mí mismo, me pregunto qué es lo que hago en el mundo y no encuentro nada bueno que responderme.

— ¡Vamos allá! tomemos el accidente de hoy como lo que es. Una recaída, conformes, pero que usted deplora y de la que puede sacar partido para corregirse definitivamente. En vez de dejarse dominar por la desanimación, apréstese valerosamente á la lucha y piense que su futura mujer ha aceptado la misión de ayudarle en su regeneración. ¿Va usted á hacerle traición abandonándose?

— ¿Y no sería prestarle un servicio inmenso el no unirle conmigo? ¿Á qué trágica aventura se encamina? ¿Qué puede esperar de mí?

— Espera la realización de las promesas que usted le ha hecho. Espera su salvación de usted. Hágale la tarea fácil y llene de buena voluntad sus deberes para con ella siendo afectuoso y adicto. Ella será feliz y usted renegará de su pasado de miseria y estará salvado.

Cristián escuchaba al doctor con la frente inclinada, enteramente libre de las brumas de la borrachera y gozando con evidente satisfacción de la tranquilidad de su cuarto.

— Sería preciso, dijo, desembarazarme de todos los compañeros de mi estúpida vida... Soy tan débil que caigo sin cesar bajo su dominación.

— ¿Y qué mérito tendría usted obrando bien si le fuera muy fácil? No pretendo que se corrija sin esfuerzos. Pero se le ayudará á usted.

El reloj dió la una y media.

— Vamos, Cristián, ha llegado el momento de presentarnos... He prometido á su padre que bajaría usted dentro de una hora y el tiempo se ha pasado... Bajemos.

— Déjeme usted lavarme un poco la cara y mudar de ropa... Soy con usted en seguida.

En los salones empezaba á disminuir el número de los que llegaban y Vernier estaba en pie, en la entrada de sus departamentos y rodeado de los amigos íntimos, como si se sintiese allí menos expuesto á las miradas burlonas de los invitados. La ausencia del hijo de la casa en un día semejante servía de objeto á todas las conversaciones. Había corrido el rumor, cuya procedencia se ignoró siempre, de que Cristián se había marchado en el tren de lujo de Monte-Carlo, con Etienne Dhoriel. Le habían visto en la estación y hasta había dicho á la persona que le encontró: « Me quieren casar á la fuerza y pongo la frontera entre el sacramento y yo. » La noticia se precisaba, aumentada por cada uno de los que la transmitían. Una persona de más imaginación que las demás llegó á decir á Clamirón, en voz baja y con grandes precauciones, que Cristián había cogido quinientos mil francos de la caja de su padre, antes de marcharse, y que Vernier estaba muy dispuesto á hacer detener á Etienne Dhoriel:

— Se engaña usted, respondió el amigo de Cristián, no son quinientos mil francos los que ha cogido, sino un millón quinientos mil. Yo estaba con él. El cajero quiso resistirse, pero Cristián le puso un revólver debajo de la barbilla, y él, entonces, dió las llaves sin hacer más aspavientos. Cristián se guardó un millón trescientos mil francos y me dió doscientos mil para mí... Aquí los tengo todavía, en el bolsillo del frac... ¿Quiere usted verlos?

— Pero querido... objetó débilmente el interlocutor:

— No hay «pero» que valga, dijo Clamirón en son de amenaza. Yo no podía rehusar un servicio así á Cristián, que me ayudó en otro tiempo á zurrar á mi madre...

— ¿Qué dice usted?... exclamó el otro aterrado.

— Lo que usted oye, respondió gravemente Clamirón. Pero Cristián no se ha marchado por tan poco y está en París... No quiere gastar ese dinero con Etienne Dhoriel, que ya no nos gusta, sino con un domador de la colección Pezon... Sí, señor, vamos á subvencionar las casas de fieras... Además, si usted no me cree, pregúnteselo al mismo Cristián... Ahí le tiene usted.

Cristián acababa de aparecer, tranquilo y sonriente, ante los ojos estupefactos de los que le censuraban, y se dejaba estrechar la mano por los que acababan de dedicarle las más bajas calumnias. El joven escuchaba con dichoso descuido las felicitaciones que se le dirigían y andaba lentamente, como si buscase á alguien. De pronto vió á Genoveva al lado de su madre y se dirigió hacia ella.

— Tengo que pedir á usted mil excusas, le dijo, pero mi padre ha debido prevenirla. Cuando volvía, me ha ocurrido un terrible accidente.

Dirigió una sonrisa al doctor Angogne, que estaba al lado de la joven, y añadió:

— Pero nuestro querido médico estaba allí y no será nada...

Se inclinó ante ella y dijo con la gracia que le hacía tan seductor cuando quería:

— Tome usted mi brazo, Genoveva, y vamos á dar una vuelta por los salones. Nuestra presencia será más decisiva que todos los discursos.

La joven le dirigió una profunda mirada y contestó en voz un poco baja :

— No quiero hacerle á usted la injuria de vacilar cuando todos los ojos están fijos en nosotros... Demasiados comentarios se han hecho ya sobre su ausencia de usted... Pero debemos tener una explicación y no me parece posible aplazarla.

Cristián palideció, pero se inclinó con deferencia.

— Acepto todo lo que quiera usted imponerme.

Los dos echaron á andar lentamente por los salones, distribuyendo á su paso apretones de manos y frases amables. El baile continuaba á los acordes armoniosos de la orquesta, y los jóvenes, con el corazón oprimido y una alegría forzada en la cara, se alejaron rodeados de felicitaciones y entraron en el saloncillo de la mujer de Vernier, donde el ruido de la fiesta llegaba ya amortiguado. Geneveva se sentó silenciosamente al lado de la chimenea y acercó al fuego los pies calzados de seda, como esperando que Cristián empezase el grave debate que debía abrirse entre los dos. El joven dió un suspiro y dijo, inclinándose hacia ella :

— ¿Que le han dicho á usted de mí, Geneveva? ¿De qué se me acusa?

— Nada me han dicho ni nadie le ha acusado á usted más que yo misma. Pero su ausencia era muy significativa. Ha faltado usted á todos sus compromisos conmigo, Cristián. ¡Y en qué momento!...

— ¡Sí, tiene usted razón; soy todo lo culpable que se puede ser! exclamó Cristián con vehemencia, para que no saliese tal acusación de aquella boca encantadora. ¡Es usted muy indulgente al escucharme aún!... No lo merezco...

Geneveva pareció consternada por aquella confesión de la falta, le miró con un poco de inquietud y preguntó :

— ¿Pero no invoca usted ninguna excusa? ¿Acepta usted la responsabilidad entera de su falta?

Cristián palideció y sus ojos se llenaron de lágrimas.

— ¿De qué me serviría recriminar á los demás? Soy un desgraciado, Geneveva, la he ofendido á usted y he mentido... Abandóneme usted; no valgo el trabajo que se toma para salvarme... Y no habiendo usted podido lograr mi enmienda ¿quién se atreverá ya á intentarla?

El joven se arrodilló y con la cabeza apoyada en el brazo de la butaca se echó á llorar desesperadamente. Geneveva, muy conmovida por aquella aflicción, se daba cuenta de que estaba en aquel momento jugando su porvenir y de que tenía también entre sus manos la vida de aquel desgraciado joven, juguete de las influencias externas y á quien sólo podía salvar una voluntad cariñosa y prudente. Sentía una profunda lástima por aquel espíritu enfermo que no era responsable de sus impulsos de sinrazón, y empezó de nuevo á interrogarle dulcemente :

— Sé que ha sido usted arrastrado á esa fiesta que ha tenido tan mal fin. He presenciado su irresolución cuando se trataba de aceptar y acaso soy en parte responsable de lo ocurrido, pues yo misma le aconsejé que no rehusase... Se han divertido en incitarle á usted... Ha sido un juego cruel y estúpido de amigos imprudentes, ¿verdad?

Cristián no quiso entrar por el camino que la misma joven le abría. Se sentía culpable y no quería echar á los demás el peso de su falta, por lo que balbuceó :

— No tenía más que acordarme de mis promesas y no beber. Nadie me ha obligado. Soy, pues, un cobarde miserable y cuando tengo en mí el veneno me

vuelvo una verdadera fiera... Sepárese usted de mí, Genoveva; no quiero que sea desgraciada y sé que la haría sufrir á pesar mío... No podrá usted conmigo... Estoy perdido... Abándoneme usted...

En su desesperada sinceridad, Cristián pronunciaba las palabras que podía haberle imaginado la habilidad más refinada. Ofrecer á aquella noble muchacha que abandonase la causa de la regeneración emprendida, era hacérsela sagrada y tocar en lo más sensible de su generoso corazón. Le cogió la mano y dijo, obligándole á levantar la frente:

— Míreme usted, Cristián; quiero ver sus ojos, no bastante turbados para que no se pueda leer en ellos la verdad. Parece que siente usted vivamente la indignidad de su conducta, pero no tiene más que palabras amargas y gritos de desanimación. ¿Tiene usted el deseo de reparar lo que ha hecho, ó no dice todo lo que piensa y quiere recobrar su libertad y devolverme la mía?

Cristián respondió en el paroxismo de la desolación:

— ¡Devolver á usted su libertad!... Sí, es el deber que me impongo en un momento de suprema honradez. ¡Pero querer recobrar la mía!... ¡Ay! ¿Qué quiere usted que haga con ella? Si pudiera obtener su perdón no pediría más que vivir á la sombra de usted como un desgraciado á quien se tolera por lástima... ¿Qué sería de mí sin usted, Genoveva? Y, sin embargo, si se une usted conmigo, arriésga el perderse...

La joven sonrió con adorable bondad y dijo al oído de Cristián:

— ¿Y si yo quiero correr ese riesgo por salvar á usted? ¿No será de este modo más estrecho su deber de portarse bien? Levante usted la cabeza, Cristián; tome posesión de sí mismo y no se ocupe más que en sus

prudentes resoluciones. Vuelva usted á ser el Cristián de ayer, que quería obedecerme y decía que me amaba...

— ¡Oh, sí! amo á usted y la obedeceré... ¡Por piedad, sea usted mi guía y mi apoyo! Á su lado no flaquearé jamás. Bajo su mirada, la tentación no podrá alcanzarme y estaré seguro de mí mismo.

Se levantó, transfigurado por una nueva esperanza, mientras la música seguía resonando en los salones y el rumor de los invitados llegaba hasta ellos. Los dos jóvenes dieron unos pasos hacia el ruido, hacia el peligro, y en el momento de levantar la cortina que solamente les separaba de la fiesta, dijo Genoveva:

— Nos iremos lejos, Cristián, á buscar en la soledad y en la calma el remedio á su debilidad. Viviremos el uno para el otro y tengo la esperanza de que llegaré á curar su alma. Desde este momento no hablaremos más de lo que tanta pena nos causa. El pasado ha desaparecido. Ocupémonos del porvenir.

Cristián no respondió, pero cogió la mano que la joven le ofrecía y, al mismo tiempo que un beso, puso en ella una lágrima.



SEGUNDA PARTE

VII

En el gran patio del castillo de Gourneville el inmenso automóvil de veinte asientos de Cristián esperaba en trepidación y daba resoplidos como el toro de bronce de Falaris. La mujer de Vernier, con un delicioso vestido de paño blanco, apareció en la escalinata con Templier y su hijastro. Hacía un tiempo delicioso y el cielo, lavado por la llovizna matinal, se fundía á los rayos de un sol de primavera. La tierra exhalaba olores exquisitos y una especie de languidez, repartida por el aire dulce y tibio, ablandaba los corazones. Á través de los árboles del parque se divisaban á lo lejos las altas chimeneas rojas de la fábrica, y el pueblo de Moret mostraba sus casas en anfiteatro al otro lado del Sena. Un silencio de dicha y una paz serena envolvía á los seres y á las cosas.

— ¿ Que está haciendo mi nuera? preguntó la mujer de Vernier después de un momento de contemplación.

— Estará con papá en el saloncillo de fumar, dijo Cristián. Los he visto en gran conferencia cuando bajé á decirles que era hora de montar en el coche.

— ¿Sabes, Cristián? Tu mujer está tomando tal influencia sobre tu padre, que pronto no seremos nada para él, añadió la de Vernier, riendo. Esa pequeña, con su airecito de santa, es más hábil que nosotros y se ha metido á tu padre en el bolsillo con tanta gracia como facilidad.

— ¿Qué mal hay en eso? dijo Templier. La joven señora de Vernier...

— ¡Gracias! interrumpió Emmelina alegremente. De manera que yo soy la vieja...

— ¡Bah! Bien sabe usted que no, replicó Templier.

— Seguramente. Si no, no lo diría.

— Así pues, la señora de Cristián Vernier, puesto que mi fórmula anterior es inaplicable, continuó Templier con tranquilidad, ejerce sobre su suegro la más saludable influencia, de la que todos debemos felicitarnos.

— ¡Qué bien hablas! dijo Cristián. ¡Qué bien hubieras estado en un congreso! Se puede decir que has hecho un disparate dejando la diplomacia.

La conversación se interrumpió por la llegada de aquellos de quienes se hablaba. Vernier, de traje claro, acompañaba á su nuera, vestida con un gabán color de café y con un sombrero de flores azules que realizaba el oro de su cabellera.

— ¿Nos marchamos? dijo Emmelina.

— Dispensad que os hayamos hecho esperar, respondió Vernier, pero Genoveva me ha estado explicando las mejoras que hay que introducir en el sanatorio de San Remigio... Si queréis, pasaremos por allí, al ir á Fontainebleau, para juzgar por nosotros mismos...

— ¡Ah! Se trataba de Pedro Angogne, dijo Cristián. Por fortuna, no soy celoso. Si no...

— Si no, dejarías lo mismo á tu mujer que se interesara por una obra admirable de beneficencia... y tendrías razón.

— ¡Vamos!... ¡Al coche!...

Todos se colocaron en el automóvil y Cristián cogió la manivela de dirección mientras el maquinista ponía en marcha el motor. Y la pesada máquina dió un largo silbido y se puso en movimiento, pronto acelerado, hasta desaparecer en una vuelta del camino. Hacía seis meses que Cristián y su mujer vivían en Gourneville, en un aislamiento completo, deseosos de olvidar los desagradables incidentes que se habían producido en el momento del matrimonio. Cristián, sinceramente enamorado de su mujer, cuidaba de agradarla con las más delicadas atenciones, y Genoveva, aplicada á ejercer sobre Cristián la influencia necesaria, seguía con notable habilidad la línea de conducta que se había trazado. Había empezado por obtener que su marido se ocupase en los asuntos de la casa y todos los días iba á Moret á acompañar á Cristián. Mientras él estaba en las oficinas ó en los talleres, Genoveva iba á las escuelas y á las enfermerías ó visitaba á las mujeres de los obreros. Vernier se esforzaba por repartir el bien entre sus dependientes, como compensación del daño que hacía á la humanidad con sus temibles licores, y había construído casas económicas rodeadas de jardinillos, que alquilaba á precios baratísimos. Había además establecido una tahona, una tienda de comestibles y una lechería que ofrecían á la población los alimentos en tan ventajosas condiciones, que el número de habitantes de Gourneville se había triplicado en pocos años. No contento con

esto, Vernier había pensado en curar á los enfermos y, por consejo del doctor Angogne, había fundado en la antigua abadía de San Remigio, entre Moret y Fontainebleau, un sanatorio para tuberculosos que era un modelo de organización, y puesto al frente al joven doctor Pedro Angogne, que continuaba allí sus estudios sobre la seroterapia del cáncer. En San Remigio existía un magnífico laboratorio y el sabio discípulo de Pasteur pasaba allí el tiempo cuidando á los enfermos del sanatorio y practicando el método de su genial maestro. Cristián y Geneveva iban con frecuencia á San Remigio á enterarse de las necesidades de la obra, y en esas ocasiones veían al doctor, que por una especie de obstinada cortedad, no quería nunca ir á Gourneville, á pesar de las reiteradas instancias de los recién casados, á quienes era muy simpático. El médico se refugiaba en sus deberes profesionales, en sus trabajos y en el salvajismo que le alejaba del mundo. Cristián había insistido, así como Geneveva, la cual notó que sus instancias parecían poner al joven doctor en un suplicio. No pudiendo atraer al médico á su casa, los recién casados habían tomado el partido de ir á la suya y siempre era para llevar algún alivio á los enfermos ó alguna mejora á los recursos de que disponía el doctor para sus trabajos. Al poco tiempo, Cristián que, como él decía, no era obstinado, dejaba ir sola á su mujer y se quedaba en Moret con los ingenieros de la fábrica. Su existencia se deslizaba así con gran facilidad. Cristián se había interesado en los trabajos de la granja, que era dirigida, por cuenta de Vernier, por un discípulo de la escuela de Grignon muy partidario de los nuevos métodos y dedicado especialmente á la aplicación del alcohol á la industria. La fábrica de Gourneville, alimentada por un cultivo intensivo de zanahorias,

producía un torrente de alcohol, que Vernier empleaba en la fabricación de sus licores. Pero el gerente se había comprometido á destilar patatas y esperaba llegar á producir alcohol á bajo precio, que serviría para los aparatos de alumbrado y para los motores de máquinas. Cristián aguijoneado por estos trabajos, no se aburría ya y ofrecía los mejores síntomas de una curación moral cierta. Sin embargo, en el pensamiento de Geneveva había un germen de inquietud que no confesaba á nadie, ni á ella misma. He aquí cómo había nacido. Un día en que estaban visitando el sanatorio con el doctor Juan, éste mostró á la joven un hombre vigoroso ocupado en cuidar el jardín, y dijo :

— Aquí tienen ustedes un muchacho que llegó hace seis meses arrastrándose y medio muerto, y ve a usted señora, en qué floreciente estado se encuentra. No hay en estos alrededores un obrero más sólido ni más dispuesto que él.

— ¿Está curado, entonces ?

— Por el momento, al menos.

— ¿Cómo es eso ? ¿ Por qué esa restricción ?

— Porque es indispensable. Mientras este muchacho esté aquí, respondo de él... Pero si sale, puede recaer.

— ¿ Sus curaciones de usted no son, entonces, más que momentáneas ?

— ¡ Ay ! Mis enfermos tienen todos su suerte en sus manos. Si tienen fuerza moral para resistir á la tentación del exceso, están salvados ¿ Pero quién puede esperar que tendrán ese poder sobre sí mismos ? Si este sano trabajador vuelve á la vida y encuentra una mujer, su curación será perdida. Está condenado á la castidad ó á la muerte. Habría que tenerle aquí, pero esto no es una posada, sino un sanatorio, y hay que dejar sitio para los que están en peligro.

Genoveva se quedó preocupada con lo que el doctor le había dicho sobre la recaída probable de los enfermos mejor curados en apariencia. No había hablado de los que se habían dedicado á los excesos en la bebida, pero ¿no podía decir lo mismo de todos? Sin protesta del doctor, Genoveva había calificado esas curaciones de momentáneas. ¿Lo sería también la de Cristián? ¿No volvería á caer en su inmundo vicio á la primera ocasión? Genoveva no dijo sus temores á Angogne por miedo de que se los confirmara y abrevió aquel día su visita para volverse preocupada á San Remigio. Desde aquel momento guardó en su corazón una incesante angustia que se despertaba al menor pretexto.

El automóvil, hábilmente conducido por Cristián se dirigía á San Remigio en medio de una nube de polvo. Los edificios de la fábrica se agrandaban á ojos vistas, como si salieran al encuentro de los excursionistas; los tejados puntiagudos del sanatorio se erguían entre la arboleda; y el pesado carruaje se detuvo ante la puerta con un silbido de bestia domada. Hubiérase creído que el joven doctor estaba acechando la llegada de los viajeros, pues apareció en la escalinata antes de que hubieran bajado del coche. El médico se adelantó hacia Emmelina, pero todas sus miradas eran para Genoveva.

— He visto á su padre de usted antes de salir, Juan, dijo Vernier, y me ha encargado que dé á usted todos sus afectos. Está muy bueno y trabaja como un principiante... ¿Y usted, cómo marcha aquí?

Todos los presentes se pusieron á pasear lentamente por un armonioso jardín á la francesa, resto de las magnificencias creadas por Le Nôtre cuando estuvo en San Remigio madama de Plessis-Bellière. Juan Angogne, interrogado de aquel modo, se volvió hacia el padre de Cristián y brilló en su ancha frente un rayo de alegría.

— Los experimentos que usted me ha facilitado, dijo, están en buen camino y estoy preparando una memoria para la Academia de Medicina, que probará la utilidad de los sacrificios que usted ha hecho. El laboratorio que usted costea cuesta caro, pero respondo de que no lo sentirá usted viendo los resultados obtenidos...

— ¿Son importantes?

— ¡Capitales! La seroterapia del cáncer está encontrada. Los experimentos que he hecho y que mi padre ha practicado en París, no permiten ya dudar. Es una ventaja inmensa para la humanidad... Y cuando hayamos logrado lo mismo para la tuberculosis...

— ¿Espera usted, pues, llegar á vencer esa espantosa enfermedad?

— Como Roux ha triunfado de la difteria, Yersin de la peste y Chantemesse de la tifoidea... La curación de la tuberculosis será el triunfo de la vida sobre la muerte y se deberá al señor Vernier.

— Sí, amigo mío, contestó el banquero con modestia; como se debe la estatua que el escultor ha modelado, al trabajador que ha sacado del suelo la arcilla. No tengo la más pequeña parte en los éxitos de usted, pero sí la satisfacción de haber contribuido á salvar á mis semejantes. Ya sabe usted que su padre me acusa de procurar la destrucción de la especie humana al vender mis licores; como si se pudiera impedir al armero el vender armas porque algunos malvados se sirven de ellas para matar, ni al farmacéutico que venda morfina, bajo pretexto de que hay locos que la usan para inyectársela. Hay glotones que mueren de indigestión, lo que no prueba que el pan, la carne y las verduras sean dañosas...

La voz de Vernier estaba alterada por sincera emo-

ción, no por lo que decía, sino por lo que pensaba, pues delante de él iba, al lado de Genoveva, aquel hijo único tan gravemente dañado por el veneno y tan vivas inquietudes le había causado. Su hijo era un comentario viviente de sus palabras, que le ponía ante los ojos el mal que puede causar á la humanidad la locura furiosa del alcohol. El médico se inclinó al oído de Vernier y le dijo en el tono de una confidencia :

— Tengo algo más que decir á usted, pero no quiero que todo el mundo oiga aquí mis palabras. Estoy siguiendo la pista á un antídoto del alcohol y espero llegar á curar la embriaguez infundiendo al enfermo un asco invencible hacia su vicio. No me atrevo todavía á anunciar el resultado cierto, pues para algunos de estos enfermos que estoy cuidando aquí, la aplicación del medicamento ha ocasionado trastornos nerviosos de tal importancia que parecían el *delirium tremens*, pero hoy están curados y rebeldes á las tentaciones del alcohol, del que no pueden soportar siquiera el olor. ¿Cuánto tiempo durará la inmunidad? Esto es ahora lo que trato de saber. Si el efecto no es más que transitorio, bastará renovarle. ¡ Pero qué triunfo, si fuese definitivo !

Vernier estrechó con emoción la mano del joven médico y le dijo en el mismo tono confidencial :

— La verdad es que la embriaguez no podía ser curada sino á la fuerza. Su descubrimiento de usted será, pues, capital y, cueste lo que cueste, le bendeciré, amigo mío. Ya sabe usted por qué, puesto que conoce mis preocupaciones paternas. Si alguna vez Cristián, lo que por fortuna no espero, tuviese una recaída, ¿ me promete usted arrancarle á su vicio, aun con peligro de su vida ? ¡ Es horrible decirlo ! Pero lo profiero todo al espectáculo de su degradación.

El doctor no respondió y su cara expresó una repentina gravedad. Pero al ver que Vernier le interrogaba con la mirada, respondió :

— Cuento usted conmigo. La salud de su hijo es el precio con que pienso pagar sus beneficios. Ninguna de las personas que le aman tendrá que llorarle.

La mirada del doctor Juan Angogne se fijó en Genoveva, que iba delante de ellos esbelta y graciosa, y si Vernier no hubiera estado preocupado con las palabras que acababa de oír, hubiera podido preguntarse si era sólo el amor á la humanidad el móvil á que obedecía el joven sabio. Pero Vernier, hombre de negocios avisado, era un débil observador, y se contentó con recoger las consoladoras seguridades del hijo de su amigo. Tampoco era su carácter para tratar mucho tiempo asuntos dolorosos, por lo que cambió bruscamente de conversación :

— Me ha dicho mi nuera que se encuentra usted aquí estrecho, pero esto es remediable y mi arquitecto vendrá á entenderse con usted sobre las nuevas construcciones que haya que emprender. ¿ Quiere usted una nueva ala del edificio principal ó un pabellón separado ?

— Será preferible lo segundo.

— Pues se hará como usted desea. Tiene usted dos protectores muy poderosos : su talento y Genoveva.

— La señora de Vernier es caritativa y buena, dijo el doctor algo turbado. Gracias á ella y á usted obtendrán alivio más pobres. Doy á ustedes las gracias de todo corazón.

— Bueno, puesto que todo está convenido, venga usted con nosotros á dar una vuelta por el bosque, dijo Vernier. No debe usted inmovilizarse continuamente entre dos tubos de virus... Á su edad hacen

falta distracciones. ¿ Tiene usted miedo de montar en automóvil?

— No, á fe mía, dijo el sabio con algún embarazo. Pero es la hora de la visita á los enfermos. Dispénsenme ustedes.

— Creo, verdaderamente, que el doctor tiene repugnancia de salir con nosotros, dijo Cristián, que se había aproximado á su padre. Jamás podemos, ni mi mujer ni yo, arrancarle de su trabajo. ¿ Soy yo la causa ó es Geneveva?

— No cree usted lo que dice, respondió Juan Angogne bajando la cabeza. Aprecio la amabilidad de ustedes, pero soy un salvaje y hay que dejarme en mi soledad. Lo pido como un favor.

— Á su gusto de usted, dijo Cristián con algún mal humor. No hay que forzar á nadie... Pero son las dos... Vámonos.

Conducidos por Juan, los visitantes atravesaron de nuevo los jardines y llegaron al vasto patio plantado de tilos centenarios. Una brisa ligera que venía del río hacía estremecerse las hojas y, en la orilla opuesta, las graciosas arboledas del bosque de Fontainebleau se mostraban negras y profundas.

— ¿ No se aburre usted nunca en esta soledad? preguntó Emmelina al joven médico.

— No tengo tiempo. Estoy ocupado desde el alba hasta la noche por mis enfermos.

— Pero la noche... ¿ Qué edad tiene usted, doctor? No llega usted á los treinta años, estoy segura. ¿ No piensa usted casarse?

Juan Angogne se ruborizó.

— Me he dedicado sin reservas á la ciencia, dijo, y es una soberana que no admite concurrentes.

Emmelina se echó á reír.

— Para nosotros, gente prosaica, eso significa sencillamente que tiene usted una inclinación y que, sin duda, está contrariada. Guarde usted su secreto, querido doctor, dijo al verle hacer un gesto de protesta, y no retenga de lo que he dicho más que la seguridad del interés que tengo por usted.

Toda la familia volvió á montar en el automóvil, se cambió un adiós, el motor dejó escapar un surtidor de humo y el sanatorio desapareció detrás de los árboles. Cristián se dirigió hacia Fontainebleau y pronto, arrastrados por la sensación inexplicable que da el vértigo de la velocidad, acabaron todos por sentirse como imponderables, vivos y ligeros: como si perdieran la conciencia de su materialidad. De pronto llegaron á una cuesta empinada y arenosa y Cristián tuvo que acortar la marcha, lo que permitió á todos respirar y comunicarse sus impresiones.

— Verdaderamente, nos llevas á un paso un poco exagerado, dijo Vernier á su hijo. ¿ Marchabas así cuando volcaste á la puerta de Harvay?

— ¡ No le regañes por eso, querido papá! dijo Geneveva.

— Iba justamente muy despacio, respondió Cristián. Fué que se rompió la dirección al dar la vuelta á un camino.

— ¿ Y si se hubiese roto hace un momento?

— Hubiéramos sido pulverizados, dijo Templier. Es una locura ir tan de prisa...

— Se vuelca también yendo despacio.

— Escuchad, dijo Emmelina apercibiendo el oído. ¿ No oís unas trompas de caza?

— Es verdad, dijo Vernier. Se diría que hay una cacería en el bosque. Son, sin duda, los Lebrody, que han llegado hasta aquí sobre la pista de algún ciervo.

En este momento, desembocando por entre dos grupos de encinas, un corzo saltó al camino, se quedó inmóvil un segundo como para darse cuenta de la proximidad del peligro, y, tomando su partido, se lanzó de un salto á la espesura y desapareció. Los ladridos de los perros llenaron el espacio. La fanfarria de los picadores sonó más cerca y, después, toda la récova salió al camino, atravesó las cunetas y desapareció en los matorrales. Los picadores á caballo, con los invitados y los curiosos, la siguieron por una calle lateral del bosque. Rápido como un relámpago, aquel animado cuadro desapareció. El bosque volvió á quedar en silencio y los espectadores de aquel episodio inesperado, siguieron detenidos en el automóvil, como si esperasen que se renovase.

— ¡Qué lástima que se hayan ido! exclamó Emmelina.

— ¿Quién nos impide tomarles la delantera y volvernos á colocar al paso de la cacería? dijo Cristián. El ciervo va hacia el Sena: no tenemos más que volver hacia atrás. Me comprometo á alcanzarle...

De pronto se calló y se puso pálido. Acababa de desembocar en el camino una pareja de cazadores, hombre y mujer, que, al trote corto, parecían seguir la cacería á lo lejos y como aficionados. El hombre muy correcto, con su levita roja, calzón gris y capa de terciopelo negro; y la mujer ceñida en un cuerpo de paño negro, sombrero de copa alta y elegante hasta el milagro. Todos los presentes, excepto Genoveva, reconocieron al momento á Etiennette Dhoriel, la cual, sin afectación, acercó el caballo al automóvil, dirigió á los que lo ocupaban una mirada indiferente y dijo en alta voz á su compañero:

— Vamos á galopar un rato, conde, ¿quiere usted?

— Como usted guste, dijo el jinete.

La joven levantó el caballo con mano firme, le impulsó hacia la cuneta y se lanzó, seguida por su compañero, á una vereda obstruida por una valla. La salvó de un salto y su amazona negra, con el traje encarnado del cazador se perdieron entre la hojarasca.

— ¡Buena saltadora! dijo cándidamente Genoveva.

— ¡No sabes hasta qué punto! replicó Emmelina sin reirse y echando una viva mirada á Templier.

— Y bien, hemos visto el más bonito incidente de caza que ofrecerá el día, dijo Vernier. No le echemos á perder con una nueva edición menos dichosa.

— Ha hablado usted como un sabio, repondió Templier.

— ¿Volvemos, entonces? dijo Cristián sin insistir.

— Volvamos.

El joven dió la vuelta al automóvil y á una velocidad muy moderada, como si se hubiera acabado todo su atrevimiento, tomó el camino de Moret. Por la noche, después de comer, mientras Vernier, que no fumaba, hacía compañía á las señoras, Cristián y Templier, sentados en la galería, saboreaban lentamente sus habanos. De pronto, Cristián dijo al amigo de su madre como si continuase en voz alta el pensamiento que le dominaba:

— ¿Qué diablos vendrá á hacer Etiennette en esta comarca?

— Nada bueno, seguramente.

— ¿No sabes que estaba aquí?

— No lo sé tampoco ahora. ¿Qué prueba en realidad que no esté haciendo una expedición de pocos días en estos alrededores?

— Etiennette no hace nada por casualidad.

— ¿Quién es ese caballero rubio que iba con ella?

— No le conozco. Si es parisiense, no pertenece á ningún círculo. Parece más bien un holandés ó un alemán.

— ¡ Buen jinete!

— Por eso me inclino á creerle alemán.

— Y esa Etiennette... ¡ Vaya una elegancia! ¿ Dónde ha aprendido á montar con esa perfección?

— Las mujeres que no tienen miedo montan bien muy pronto. Es cuestión de un buen caballo y, sobre todo, de una buena cincha.

— ¿ No se podría saber quién es ese caballero y dónde vive?

— ¿ Qué puede importarte eso, amigo Cristián? Supongo que no tienes la intención de ocuparte de Etiennette Dhoriel.

— No, por cierto.

— Déjala entonces en paz con su compañero. Evidentemente, es su nuevo protector. No es ella mujer de estar viuda mucho tiempo y hace seis meses que la dejaste plantada. Después de todo, está en su derecho distrayéndose como le parece oportuno.

— Ciertamente, pero eso no quita que yo quiera saber quién es el individuo. Puede venir por ese lado alguna dificultad y bueno es estar prevenido.

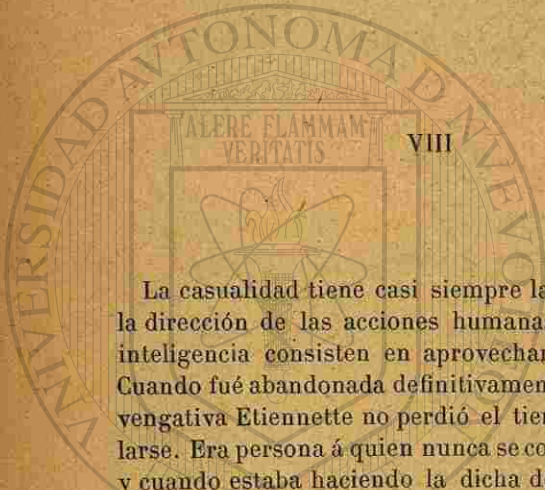
— ¡ Qué prudente te has vuelto! Si tanto deseas tener noticias del hombre de la levita roja, yo te prometo procurármelas. Mañana voy á París: encontraré en el tren algún cazador de regreso, le haré hablar y te diré lo que me cuente.

— Muchas gracias.

Cristián pareció quedar satisfecho y cambió de conversación, pero siguió pensando en Etiennette. Amaba tiernamente á Genoveva, pero hacía seis meses que estaba casado y había observado que la pasión no

tenía nada que ver con sus sentimientos hacia su mujer. Sentía por ella una afección fuerte, prudente, muy agradecida y que le daba una seguridad perfecta. La encontraba en todas las ocasiones avisada, práctica y con un buen sentido inquebrantable; mujer de razón más que sentimiento y por eso mismo con más influencia sobre la inteligencia de Cristián que sobre su corazón. Examinándose seriamente, el marido no hubiera podido afirmar que no experimentaba algún malestar ante aquella mujer tan superior á él. Nunca había tenido con ella esos pensamientos de locura apasionada que dejan una huella indeleble en el recuerdo de los amantes. Mientras que Etiennette...

Cristián no quiso pararse á soñar en las horas pasadas al lado de la fantástica, ardiente y diabólica querida. Todo aquello había acabado para no volver á empezar. Sólo el pensar en ello con gusto era ya miserable y Cristián se lo prohibió muy lealmente y trató de arrojar del pensamiento el fantasma dominador de su loca juventud.



La casualidad tiene casi siempre la mayor parte en la dirección de las acciones humanas. El talento y la inteligencia consisten en aprovechar esa casualidad. Cuando fué abandonada definitivamente por Cristián, la vengativa Etiennette no perdió el tiempo en desconsolarse. Era persona á quien nunca se cogía desprevenida, y cuando estaba haciendo la dicha de un amante, era seguro que tenía de reserva otro ú otros dos que esperaban su vez. Mientras Cristián se estaba curando la pierna en casa de los Harvay, la joven conoció á un noble bávaro de muy buen aspecto que tallaba á banca abierta en el círculo del Casino. El simpático Vertemousse llevó aquel extranjero á casa de Etiennette. Había conocido al conde Steingel en las grandes cacerías de Baden y cuando le encontró en Trouville le presentó á Marieta de Fontenoy, la cual le introdujo en la alegre compañía de los parisienses de veraneo. El conde Steingel se fijó desde el primer momento en Etiennette, y Marieta, que no tenía miras sobre él, por estar entonces en gran predicamento con el pequeño Bethisy, pió parte á su amiga de los deseos del recién venido.

Etiennette acogió la confidencia con interés, pues el personaje valía la pena.

— Treinta y cinco años, querida, y, como ves, bastante guapo. Dominios inmensos hacia Groduo y muchas cervecerías á orillas del Memel, que le producen sumas enormes. ¡ Es un negocio asombroso ! ¡ Está loco por ti !

— Todos están locos por mí, respondió Etiennette con tranquilidad. En esto de la locura hago concurrencia al manicomio de Charenton...

— No lo echés á broma. Es un señor de toda seguridad, como todos los alemanes, que son gente de costumbres y se aficionan extraordinariamente... Algunos llegan hasta casarse, si se los aprieta un poco...

— No pido tanto... No tengo madera de condesa...

— ¡ Como que no harías tan buena figura como cualquiera otra !

— Mejor que cualquiera. Pero es cuestión de oportunidad. Ahora no me ocupo más que de Cristián...

El conde Steingel, bien aleccionado por Marieta, se puso plácidamente á hacer la corte á Etiennette y á enviarle todos los días las mejores flores de Trouville. El conde ponía su *mail* á la disposición de la sociedad que le había acogido, pues miraba con feudal desdén los automóviles de aquellos señores y sus repugnantes trajes de fogoneros. Cuando el joven Vernier despidió en buena forma á Etiennette é hizo pagar por su padre la indemnización correspondiente, el conde Steingel se encontró á punto de tomar la continuación de sus negocios. Marieta, que estaba al corriente de la ruptura, dijo al lituaniense :

— La plaza está disponible, pero... ¿ sabe usted?... El joven Cristián era un gran señor...

— No creo, dijo Steingel fríamente, que ese comer-

ciantillo de licores pueda rivalizar conmigo por ningún estilo... Además, quiero tener á la Dhoriel, que me gusta, y pagaré lo que sea preciso...

Marieta sonrió y dijo, reproduciendo la frase de cierta reina...

— ¡ Tanto me dirá usted !...

La semana siguiente, el conde era reconocido como señor y dueño de Étiennette por el « todo París » de la alta *juerga*. Para empezar, dió una comida en casa de la bella, seguida de una fiesta en la que ganó ciento ochenta mil francos al *poker* á Almeda, Renouvin y Goldschreiner. Al acabar la partida, echó la ganancia en el delantal de encajes de Étiennette y dijo :

— Esto será para tus pequeños caprichos...

Fanny Breville por poco se desmaya y no pudo menos de decir :

— ¡ Si Longín me diera sólo la mitad para los grandes !...

Desde entonces quedaron reconocidas las relaciones del conde con la Dhoriel, y si Cristián no hubiera desaparecido á causa de su boda, no hubiera podido ignorarlas. Pero ningún eco llegaba á Gourneville de aquel mundo en el que el joven había desempeñado tan brillante papel. Étiennette y el conde hicieron un viaje á Alemania. Steingel no tenía familia y había tenido gusto en enseñar á su querida los dominios de sus antepasados. La instaló durante unas semanas en el castillo de Rotterbourg é hizo con ella una vida señorial que Étiennette, con su arte de adaptarse á todas las circunstancias de la existencia, supo hacer muy agradable. La joven se reveló como buen jinete y pasó días enteros á caballo con el conde, encantándole con la distinción de sus maneras y con el atractivo de su conversación. Hubiera sido imposible reconocer en la aris-

toerática persona que acompañaba á Steingel á la diabólica Étiennette, célebre por sus ruidosos caprichos y sus ruinosas fantasías. Cuando volvieron á París tuvo la habilidad de aparentar que echaba de menos la soledad del campo alemán y persuadió al conde de que la vida parisiense le parecía insoportable, por lo que debían marcharse á algún bosque de los alrededores de París, en el que pudieran pasearse libremente, como en las orillas del Lech, con la facilidad de poder ir á la gran capital cuando quisieran. El conde se quedó encantado al oír esa proposición, en la que vió una prueba del afecto que se había jactado de obtener; puso en campaña á todos los corredores y como la cuestión de dinero no le arredraba jamás, compró en la semana el castillo de Dammarie, entre Fontainebleau y Moret, y cerca, por consiguiente de Gourneville, donde habitaba Cristián. La elección de aquella finca no había sido casual. La Mauduit había preparado las cosas, mediante dinero, y de este modo se había hecho la elección del conde sin que Étiennette figurase para nada en las negociaciones. Pero en realidad era ella la que había elegido á fin de intervenir en la vida de Cristián. Mientras tanto y como para hacer ejercicio, se ocupaba en embrutecer á Steingel todo lo que puede serlo un hombre enamorado. Una mañana, en que el conde y Longín, á quien tenían invitado, estaban cazando en el parque, la Mauduit y Marieta, instaladas en el gabinete de la Dhoriel, estuvieron hablando con toda familiaridad. Se habían conocido en circunstancias difíciles y no tenían secretos la una para la otra.

— A tí, Étiennette, dijo la Mauduit, te he visto siempre más enérgica para el odio que para el amor. Tu viste un capricho por el chico de Vernier y eso me

asombró. Pero nunca le has amado tanto como ahora le detestas. ¿No es cierto?

— Se ha portado suciamente conmigo.

— El hombre que no hace todo lo que nosotras queremos, dijo Marieta, se porta siempre suciamente.

— ¿Qué razón de ser tendríais vosotras, hijas mías, si no fueseis caprichosas? repuso la Maudit. No sois más guapas que las mujeres del gran mundo; con frecuencia sois menos jóvenes; sois infinitamente menos instruídas y, en realidad, no sois superiores á ellas para el amor. Pero volvéis á los hombres burros y esta es vuestra fuerza. Es la única explicación posible de vuestro ascendiente.

— Pero, oye, tú, Maudit, ¿cuándo vas á acabar de echarnos piropos?... ¡Vaya unas maneras!...

— Queridas mías, yo no hago alusiones personales, pero todas las grandes domadoras de hombres, desde Cleopatra hasta la Dubarry, han asegurado su dominación embruteciendo á sus amantes. Vosotras hacéis lo mismo y os aplaudo. Pero me pregunto por qué Étienne se rompe la cabeza en fraguar proyectos siniestros contra ese cabeza de chorlito de Cristián. La vida es corta; no la hagamos triste. No hay nada tan malsano como el rencor.

— Maudit, acabas de expresar los sentimientos de una portera, dijo Étienne con acritud. Un buen sillón al lado del fuego, un café con leche bien azucarado y la lectura de los periódicos bastan para tu dicha, pero no para la mía. Vas decayendo, amiga mía. Te he conocido con aspiraciones más altas. Ahora no te comprendo.

— ¡Diablo! ¡Cómo te has crecido!

— No hay verdadero placer más que en la venganza.

El amor no es más que una satisfacción incompleta; dar placer; mientras que el hacer daño...

Los ojos de la Dhoriel chispearon y sus manos se crisparon como para apoderarse de una presa.

— No es á ese desdichado Cristián á quien hago responsable de la afrenta que se me ha hecho, sino á todos los que han tomado en ella una parte, por pequeña que haya sido. El padre, ese tonel de aguardiente, al que yo hubiera agujereado si no estuviese maravillosamente protegido por su impotencia; la remilgada de la madrastra y su amante, el barón Templier.

— Esos, querida, se burlan de ti. Raimundo es un muchacho muy zorro que se ha puesto en salvo á tiempo, y ella pasa por ser fabulosamente rica y por tener mucho ingenio...; Trata de meterles el diente!...

— ¿Quién sabe? Puede presentarse una ocasión. Pero me queda la mujer, esa rubilla que es la causa de todo lo que me sucede. Esa me las va á pagar... Y por ella los alcanzaré á todos...

— ¿Cómo?

— Esa mujer ama á su marido y por eso es vulnerable. En cuanto á Cristián... si pasa por mi casa, no tengo más que silbar para que suba.

— Pero no pasará...

— Entonces seré yo la que pase por la suya.

— Étienne, todo lo que estás diciendo es estúpido, dijo la hermosa Fontenay, mirándose con complacencia las rosadas uñas. ¿Quieres oír el fondo de mi pensamiento? Pues bien, nosotras, personas ligeras, no tenemos más excusa que la de ser buenas muchachas. Sirvámonos de los hombres para nuestra diversión y para nuestro interés; convenido... Pero no pretendamos erigir en derecho la irregularidad de nuestra conducta. Vivimos de amar; seamos amables...

— Sí, tú, Marieta, eres una mujer sensible que tiene siempre amantes del corazón y no vacila en hacerles regalos. Yo, no. No lloro fácilmente, pero desgraciado del que me hace llorar, aunque sea de cólera...

— Te compadezco, dijo la Mauduit. Soy vieja, pero tengo un pasado que equivale al vuestro. Las he visto de todos los colores en una época en que los hombres valían más que hoy. Pero nunca he tomado por lo trágico un abandono ni me he creído deshonrada porque el hijo de un banquero me haya dado una fuerte suma al dejarme para casarse. Ahora no soy ya nadie. Tengo cincuenta años y el cabello teñido; pero hay un joven de veintisiete que me ama...

— Alfredo, dijo Marieta.

— Sí, Alfredo, que es empleado en las oficinas de Dufayel.. Es verdad que le adoro como á un hijo y á un amante al mismo tiempo... Si me dejara, me destrozaría el corazón, pues es mi supremo cariño...

— Sí, los últimos cartuchos...

— Pero os juro que no le vitriolaría por eso, ni le reclamaría siquiera el dinero que le he prestado, si sabía que era feliz con su nueva amiga... Será estúpido, pero, aun llorando, estaría contenta.

— Te comprendo, Mauduit, exclamó Marieta alegremente. Eres una buena mujer, mientras que Etiennette es un delicioso monstruo de desdicha. ¡No nos metamos con ella, porque sería capaz de condenarnos á muerte!

La conversación se interrumpió por el ladrido de los perros en el patio, al volver los cazadores. Sonó la campana del almuerzo y las tres mujeres bajaron al comedor.

Cristián fué pronto informado de lo que le interesaba por Vertemousse y, del modo más inesperado, por su

misma mujer, un día en que ésta volvía de San Remigio.

— Ya no somos solos, le dijo, para interesarnos por el sanatorio. El doctor Angogne es un hombre dichoso. Ha recibido la visita de uno de sus vecinos, que se ha puesto á su disposición para sufragar los gastos del laboratorio. ¿Qué va á decir tu padre?

— No verá en esa concurrencia nada malo. ¡ Tanto mejor para la ciencia! ¿Y quién es ese vecino?

— Un extranjero que se ha instalado en Dammarie con una joven muy linda y que, según dicen, podría muy bien no ser su mujer, aunque lleva su nombre.

— ¡Ah! dijo Cristián. ¿Y cómo se llama ese extranjero?

— El conde Steingel...

Cristián se mordió los labios y tomó un aire indiferente.

— El conde y la pretendida condesa fueron ayer á visitar San Remigio y dejaron al doctor una fuerte suma para la caja de socorros. Parece que esas personas, que no conocen á nadie en el país, quieren hacerse relaciones.

— ¿Cómo, pues?

— Después de todo, acaso están casados. Ya sabes qué mala es la gente. Se dice más fácilmente mal que bien...

— Todo eso importa poco, dijo Cristián. Casados ó no, que se estén en su casa y que no vengán á turbar nuestra soledad. No hemos venido aquí á hacer cumplimientos á los habitantes del país. Para eso, más valdría volvernos á París.

Genoveva no insistió, pero Cristián, más impresionado de lo que él hubiera querido por la llegada de Etiennette, no pudo menos de pensar en ella. En el

fondo estaba orgulloso por aquella persecución, pues no se engañaba sobre las intenciones de su antigua querida y sabía muy bien que había venido por él. Pero estaba inquieto al mismo tiempo, pues conocía el carácter resuelto de Eliennette y sabía que toda intervención por su parte tendría las más desastrosas consecuencias para la tranquilidad en que él vivía. La identidad de la Dhoriel podía establecerse de un momento á otro y Cristián preveía todas las dificultades que esa revelación podría ocasionar en su matrimonio. Paseándose con Vertemousse, no pudo menos de decir con aire indiferente:

— Después de todo, nada prueba que no haya venido por casualidad.

— Nada, en efecto.

— ¿Qué podría esperar al acercarse á mi?

— Con las mujeres no se sabe nunca... Lo más absurdo es lo más probable.

— Vertemousse, eres idiota con tus aforismos. Vamos á ver, ¿no crees que Eliennette me ama con ardor inextinguible?

— No, no lo creo.

— ¿Qué busca aquí entonces?

— Acaso hacerte rabiar.

— No lo logrará...

Cambió de tono y dijo él también:

— ¿Cómo la encontraste el día de la caza, cuando nos miró á todos como desde lo alto de la columna Vendome?

— Asombrosa... La encontré rejuvenecida y, luego, un aire de reina...

— ¿Verdad?

— Bueno, bueno, nada de entusiasmos... Piensa en el hávaro, que es el amo en este momento. Y después, por vida de... está ahí tu mujer.

— Ciertamente, y por nada del mundo quisiera disgustarla...

— Enhorabuena...

Al día siguiente, como por casualidad, Cristián salió á caballo. El automóvil exigía la presencia del *chauffeur*, y el joven quería estar solo. Pasó por San Remigio sin entrar y, siguiendo la orilla del río, llegó á Dammarie. Conocía muy bien aquel pequeño castillo, por haber jugado en él de niño con los hijos del anterior propietario, y, recorriendo el lindero del parque, pasaba cerca de la casa, cuando oyó que le llamaban por su nombre y, asomada á la ventana de un quiosco rústico, vió la graciosa cara de Marieta de Fontenoy.

Cristián se quedó sin saber qué hacer: pero la joven le sacó del apuro.

— Dime, grosero, podías empezar por dar los buenos días.

Cristián alargó la mano á la altura de la joven.

— Buenos días, pues, Marieta.

— ¡Vamos! Eso es otra cosa... Y ahora, ¿qué es lo que haces por aquí?

— Este es el país de mis antepasados y me estoy paseando.

— Y tienes trazas de aburrirte cordialmente en tus paseos.

— ¿Y tú, qué haces en esa jaula?

— Estoy leyendo hasta que los demás vuelvan de la pesca. Están en el río, en una barca, echando las redes y cogiendo monstruos... Lo peor del negocio es que habrá que comérselos... ¡Los tengo horror!...

— Dices « los demás ». ¿Quiénes son los demás?

— ¡Toma! Steingel, la Mauduit y tu querida y tierna Eliennette.

— ¿Está buena?

— No está mal. ¿Y tú?

— Voy pasando.

— Es verdad, te encuentro regenerado. Tus bigotes rubios hacen bien sobre ese cutis tostado. Oye, Cristián, siempre hemos sido buenos amigos. Dicen que tienes una mujer deliciosa. ¿Quieres un consejo? ¿Serás bastante listo para seguirle? Pues bien, no pases más por aquí.

— ¿Por qué?

— Porque...

— Pero, en fin...

— Eres muy curioso. Ahora, se te ve demasiado sobre tu cuadrúpedo. Pueden verte hablar conmigo desde una legua y no quiero... Buen viaje. Piensa en lo que te he dicho y pásate con preferencia por el lado de Montereau. Ahora, pequeño, envíame á París una caja de licores variados, por el consejo. Adiós.

Marieta desapareció en el quiosco y Cristián siguió su paseo, no por el lado de Montereau, como le habían dicho, sino hacia Moret, y al dar la vuelta al parque comprendió la prudente retirada de la linda Marieta. En dos barcas tripuladas por unos marineros, los huéspedes de Dammarie estaban ocupados en tirar de una red. En la primera estaban la Mauduit y Longín, y en la segunda Etiennette y Steingel. El bávaro, en mangas de camisa y remangado, tiraba con todas sus fuerzas de la red llena de peces. Ocupados en esta tarea, ninguno de ellos vió el jinete que seguía lentamente por la orilla. Cristián, no queriendo que pareciese que huía, pasó despacio por cerca de los pescadores mirando sin afectación su trabajo, y cien metros más allá puso el caballo al trote, tomó un camino de travesía y se alejó. ¡He aquí, pues, en qué se ocupaba aquella Etiennette que le pintaban como tan temible! Y él se creaba

tontamente quimeras y alteraba su tranquilidad por aprensiones injustificadas. Cristián creyó una ridícula pretensión la de haber supuesto alguna intención oculta en Etiennette. Le había reemplazado como á tantos otros y no había que pensar más en ella. Aquella noche estuvo más cariñoso que nunca con Genoveva, y su padre, que se volvía el día siguiente á París, le rogó que vigilase atentamente el embotellado de un nuevo producto que se preparaba á lanzar y que se enturbiaba muy fácilmente. Cristián prometió ir á la fábrica en aquel mismo día, pero formó el proyecto de pasar también por el sanatorio. El joven estaba dominado por el deseo de interrogar á Juan Angogne sobre lo que había dicho Etiennette en su visita y sobre su actitud respecto del conde. Cristián pensaba: « Es verdaderamente absurdo. ¿Voy á preocuparme ahora con el porvenir de esta muchacha? ¿Tendré en mí mismo algún germen que ella ha puesto y que no puedo destruir? ¡Cómo! Cuando vivía con Etiennette me ocupaba muy poco de ella y ahora trato de averiguar lo que hace... ¡Cristián! ¡Cristián! Vuelve en ti... ¿Qué dirían tus antiguos compañeros si te vieran? » Se echó á reír de sí mismo y se dirigió hacia la fábrica, decidido á no pasar por el sanatorio. Al llegar encontró un grave motivo de descontento. El conserje, antiguo soldado, estaba en su cuarto con el guarda rural y ambos bebían mano á mano grandes tragos de aguardiente. Los dos estaban muy chispos y se levantaron penosamente al ver al joven, mientras trataban de esconder la botella. Cristián, que estaba mal dispuesto, y quería pegar con alguien su mal humor, interpeló á los bebedores con vehemencia:

— ¿Qué hace usted aquí? dijo al guarda rural. En vez de vigilar á los borrachos del término, ¿viene usted

á emborracharse? Váyase al instante á Gourneville y yo hablaré con el alcalde.

— ¡Ah! Señorito Cristián, por un pobre trago no querrá usted hacerme perder la plaza...

— ¿Y usted, prosiguió Cristián dirigiéndose al conserje, usted que debe vigilar á los obreros, ¿cómo les hará sus observaciones si han bebido, cuando usted bebe más que ellos?

— ¡Ah! Señorito Cristián, gimió el viejo aterrado.

— Porque mi padre se ha marchado, ya no guardan ustedes miramientos... Yo les enseñaré á respetarme.

— ¡Señorito Cristián! ¡Yo que le he visto á usted tan pequeño! ¿Cómo puede pensar?...

— ¡Cállese usted!

Cristián, ya desahogado, iba á calmarse, cuando el guarda rural se puso á murmurar en un acceso de desesperación:

— ¡Solamente el pueblo no tiene derecho para consolarse con un trago! ¡Todo es para los ricos en este mundo!

El guarda no tuvo tiempo de terminar su apóstrofe revolucionario, pues Cristián se arrojó á él, le cogió por el cuello de la chaqueta y sin respeto hacia su carácter oficial, le echó de la portería de un puntapié. Después, dió un suspiro de contento y dijo al conserje:

— Bueno está por una vez, pero si vuelve á suceder, prevengo á usted que le pondré en la puerta.

Y sin preocuparse por los gemidos del guarda, que lloraba de embriaguez y de humillación, se fué á la fábrica. Cristián pasó por el departamento de los alambiques y entró en el del embotellado, en el que se veían altas pilas de botellas oscuras y de una forma elegante y nueva, que iban á ser colocadas en la máquina automática que llenaba quinientas á la vez, las tapa-

ba, las lacraba, les ponía las etiquetas y las depositaba en el almacén, dispuestas ya para la venta. Cristián, por cumplir el encargo de su padre, quiso aquel día, contra su costumbre, comprobar los resultados obtenidos, y el director, señor Moulín, advertido de su presencia, se apresuró á ponerse á sus órdenes. Los dos entraron en el almacén, donde la temperatura era siempre muy baja, gracias á unos aparatos frigoríficos. Toda la metódica organización que permitía fabricar y vender anualmente millones de litros de licores se manifestaba allí por el trabajo regular y especializado de los obreros. Cristián tomó al azar una botella y la miró al trasluz agitándola suavemente para hacer subir en la masa del líquido el depósito posible que tenía su padre. Pero no vió nada. La botella permanecía perfectamente clara y su contenido, de un hermoso color verdoso, no se descompuso. Cristián dijo á un capataz:

— Destape usted esta botella y deme un cubilete.

Los cubiletes de prueba estaban en un pilón de agua corriente. Destapada la botella, Cristián se acercó el cuello á la nariz y aspiró el perfume. Después llenó hasta dos terceras partes el cubilete, le dió vueltas lentamente para desarrollar los aromas, se lo llevó á los labios y lo bebió gustándolo según las reglas de la cata.

— Es delicioso, dijo. ¿Es esta la nueva marca?

— Sí, señor, la última palabra de la fabricación... Nadie podrá luchar con nosotros en calidad ni en precio... Es un éxito asegurado y habrá que aumentar los talleres al doble...

— ¿Cómo habéis bautizado esta nueva creación?

— La Prunelina... Un verdadero licor de familias, agradable, estomacal é inofensivo...

Cristián se sonrió.

— ¿No contiene, entonces, alcohol?

— No puede menos de contenerlo, pero tiene también badiana, que es un poderoso antiespasmódico que neutraliza los efectos convulsivos del alcohol. La Prunelina ofrece á los bebedores el minimum de peligro y es en este sentido un beneficio para la humanidad.

— ¿No venderemos esta vez sino un semiveneno? dijo Cristián con ironía.

— Como no se prohíba la venta de licores en Francia, replicó calurosamente el director, no se puede dar al público mejor producto...

— ¿Era la Prunelina lo que bebían hace un momento el conserje y el guarda rural? Los dos estaban chispos cuando he llegado...

— ¡ Ah! Esa gente es imposible. Había que registrar á los obreros á la salida para que no se lleven los licores... Se los regalan al portero para ponerse bien con él... Yo vigilaré...

Cristián se echó á reír.

— Mi querido señor Moulin, no hay medio de impedir á un borracho que beba. Todas las precauciones que usted tome serán ilusorias.

Cristián terminó la conversación y salió al patio. Por la orilla del Sena se extendían las bodegas inmensas que contenían los alcoholes que Vernier fabricaba, compraba y vendía, encerrados en grandes barricas; formidable arsenal de destrucción para la especie humana. Bastaba abrirlos y repartir su contenido por el mundo para que la enfermedad, la miseria y el crimen salieran de ellos como flores monstruosas del alcoholismo. Al pasar por aquellas galerías, impregnadas de un olor acre y sutil, Cristián pensaba estas cosas y en

su frente se dibujaba una arruga dolorosa. Sabía las tentaciones abominables del licor del olvido y casi se arrepentía de su dureza con los dos beodos á quienes había maltratado al llegar. ¿ Con qué derecho era tan severo? ¿ Quién podía reprochar á unas pobres criaturas humanas que tratasen de huir por un momento del horror de la vida? ¿ Con qué derecho se impide á los hombres que se destruyan? ¿ Es acaso el hombre esclavo de una organización social que, bajo pretexto de moralizarle, le impone una higiene que le priva de toda alegría? ¿ Quiénes eran los cuerdos y quiénes los locos? ¿ Los que vivían en una triste sobriedad ó los que se entregaban á una descuidada intemperancia? Y Cristián llegó á afirmar con amargura que un hombre desgraciado tiene el mismo derecho á la embriaguez que un desesperado al suicidio. Dominado por estos pensamientos, se despidió del director y tomó maquinalmente el camino del sanatorio, presa de una de esas crisis de misantropía que eran en él tan terribles y bajo el imperio de las cuales se lanzaba á velocidades vertiginosas con su automóvil á riesgo de las mayores desgracias. Por fortuna iba á pie y su agitación era interior. Con una singular lucidez, el joven se examinaba y se encontraba un alma baja y dispuesta á todas las infamias. ¿ En qué se diferenciaba de los peores criminales? En las circunstancias, simplemente, y en la ausencia de necesidades. Poseía una gran fortuna y esto le ayudaba á permanecer honrado, si es que no era el fondo mismo de su honradez. Si fuera pobre, ¿ no se convertiría instantáneamente en un bribón? ¿ Quién tenía, entonces, derecho para mostrarse implacable con los desgraciados sin defensa?... Filosofando de este modo entró en el patio del sanatorio y se quedó admirado al ver en la puerta del laboratorio una

victoria con dos caballos. Entró, sin embargo, en el vestíbulo y sencillamente, como era su costumbre, abrió la puerta sin llamar y entró en el despacho del joven sabio. Pero se detuvo estupefacto en el umbral. Sentada al lado del escritorio y vestida con la elegante sencillez de una verdadera dama, había reconocido á Etiennette. El conde Steigel estaba en pie delante de la chimenea escuchando las explicaciones de Juan Angogne sobre una cuestión de química agronómica. Al ver á Cristián, el doctor se levantó, salió á su encuentro y se dispuso á presentarle á los habitantes de Dammarie.

— He aquí justamente al señor Vernier que hace corrientemente los experimentos de que estamos hablando, señor conde. El señor Cristián Vernier, hijo del fundador de este establecimiento... El señor conde y la señora condesa de Steingel...

Cristián, impasible, se inclinó ante el conde, pero sus ojos no se separaban de Etiennette, admirado por su gracia sencilla y por su porte elegante. La joven sostuvo su mirada con tranquila audacia, sin bajar los ojos y con boca ingenua y sonriente. Habló y Cristián no comprendió, casi, lo que decía, de tal modo le pareció cambiada hasta su voz. Ya no era la Etiennette de la charla atrevida y de las chanzas de baja estofa. Las palabras salían precisas y frías de aquellos labios en los que florecían en otro tiempo las palabrotas y los juramentos. El conde, al dirigirse á Cristián, le devolvió un poco la noción de la realidad. El noble extranjero que tenía un fuerte acento alemán y se expresaba en un francés aproximativo, devolvió al joven toda su lucidez haciéndole el elogio de los licores de su casa que se bebían con gusto en todo Alemania. En este momento vió Cristián encenderse una pequeña llama

en los ojos de Etiennette y formarse una ligera arruga en la comisura de sus labios, lo que era indicio en ella de tan oculta y loca alegría interior, que el joven reconoció de repente á la Etiennette de otro tiempo. Un segundo antes se habían mirado con una frialdad casi hostil, pero en aquel momento esa frialdad se disipó, las dos miradas cómplices se entendieron y la misma mueca burlona apareció en sus labios, como si ambos murmurasen juntos: « ¿ Será imbécil este hombre que habla de cultivos y hace el artículo de tus licores? Mira con quién vivo aburrida y encarcelada... Y todo por culpa tuya... » Cristián no quiso continuar en esas complicidades. No le acomodaba fraternizar con su antigua amada y la encontraba muy bien con el conde Steingel, por lo que volvió á tomar su expresión correcta y fría. El doctor ofreció al conde enseñarle el laboratorio y al ver que la joven no manifestaba deseo de acompañarlos, el bávaro dijo:

— Quédate, querida amiga, con el señor Vernier, si quiere tener la amabilidad de acompañarte. Me voy con el doctor, pero no tardaremos.

— No se molesten ustedes por mí. Voy á bajar al jardín y á aspirar el perfume de las rosas mientras les espero.

△ Obligado por la más vulgar cortesía á quedarse con Etiennette, Cristián se resignó y la siguió al jardín. Y allí, ya solos y seguros de no ser oídos, pudieron explicarse.

— ¿ Qué guasa es esta que acabas de darmé? dijo Cristián. ¿ Ahora te haces llamar condesa?

— Ya lo ves.

— ¿ Se va á casar contigo ese caballero?

— Si yo consiento.

— ¿ Y te conoce?

- Me conoce. Precisamente por eso...
- Entonces es un noble de mesa redonda...
- Es un verdadero noble, emparentado con la mejor sociedad de Munich, y que pasa por todo porque me ama.
- Eso es más verosímil.
- Me asombras.
- Vaya, nada de acritud. Nos conocemos y no tenemos que ponernos guantes para hablarnos.
- Dices bien. Pero te prevengo una cosa, y es que si Hermann...
- ¿Quién es Hermann?
- El conde.
- Debi sospecharlo... Y bien ¿qué?
- Es celoso como un tigre y si prescinde de mi pasado, no bromea con el presente...
- ¿Y nos deja juntos con esta amable complacencia?
- Tiene confianza.
- ¡Diablo! Merece una estatua...
- ¿Por qué? ¿Qué decimos que pudiera siquiera ofender su susceptibilidad? ¿Te haces acaso ilusiones sobre los peligros que corro á tu lado? Disipa tus temores, querido amigo. He tomado mis disposiciones para volverme seria.
- ¡Cómo te va á extrañar!
- La variedad es el mejor aliciente de la vida.
- ¿De modo que te estás preparando á ser baronesa?
- No, no soy tan tonta. Quiero conservar mi libertad. Tengo una buena fortuna que me pone á salvo de las deslealtades y de los caprichos, y quiero vivir á mi modo. Bastante tiempo me he afanado para divertir á los imbéciles. Ahora les toca á ellos representarme la comedia.

- ¿Me metes, acaso, en la representación?
- No quiero contártela por adelantado. No, seamos buenos camaradas. No me crees dificultades y no te jugaré malas partidas.
- Está convenido. Prefiero eso. Me hubiera contrariado encontrarme en hostilidad contigo. Así, volvamos la hoja del pasado. No nos hemos conocido y vivimos como buenos vecinos. Pero no te expongas á que te encuentre mi mujer, que no tardaría en descubrirlo todo.
- No tengo deseo de tal cosa, pues no me serviría para nada. Además, el conde no quiere hacer relaciones en este país. No hace más que cazar, montar á caballo y amarme.
- Son más ocupaciones de las que hacen falta para absorber la vida. Si además quiere hacer investigaciones industriales, no sé de dónde va á sacar el tiempo.
- Ya le tendrá; yo me encargo de eso. Tiene en Alemania kilómetros cuadrados de granos, de remolachas y de patatas... Es preciso que saque partido de todo eso y tú vas á enseñarle.
- ¡Me dejas tonto! Ahora te vuelves mujer de negocios...
- Entre nosotros, creo que yo sirvo para todo.
- ¡Silencio! El conde.
- Steingel bajaba la escalinata acompañado por el doctor.
- He concertado con el señor Vernier una entrevista contigo, mañana, en su fábrica. Verás allí cómo la industria saca partido de la agricultura y aprenderás cosas útiles...
- Lo agradeceré mucho.
- Hermann, lleno de alegre expansión, estrechó hasta triturarla la mano de Cristián, un poco confuso, y se

despidió del doctor. Etiennette dirigió un gracioso saludo á los dos jóvenes y se instaló en el coche con una dignidad perfecta. Cristián la siguió con la mirada, pensando :

— ¡ Es una mujer verdaderamente superior y nunca ese papanatas sabrá el tesoro que posee. Lo delicioso con Etiennette es conocerla bien para verla maniobrar. Pero, en suma, es terriblemente peligrosa. Más vale estar bien que mal con ella. El joven no sospechaba que, en aquel momento, la mujer cuya inteligencia estaba ponderando pensaba en los medios de causarle daño y se proponía hacerle pagar muy caras todas sus impertinencias.

IX

En la biblioteca del castillo de Dammarié, el señor Tarde, ingeniero agrónomo de San Remigio, y Cristián acababan de trazar al conde Steingel un programa de cultivo intensivo. Por la ventana abierta entraba un olor húmedo de los perales, mojados por un chaparrón reciente, y el sol, que había reaparecido, hacía chispear las hojas llenas de perlas líquidas. La frescura de la tarde era deliciosa.

— Señor conde, decía Tarde, no se puede obtener nada en agricultura si no se restituyen al suelo las cantidades de nitrato y de sulfato de potasa que se le roban en cada recolección. Los estiércoles no son abonos y sólo sirven para dividir y mullir la tierra. Si usted quiere, haré nacer el trigo en el suelo de este salón. Es cuestión de echar mano de la química... Usted tiene en Alemania yacimientos de sulfato y de nitrato; sírvase de ellos y me dirá lo que es bueno. Pero empiece por hacer analizar las tierras, pues, si no, caminará siempre á ciegas y se expondrá á poner amoniaco donde haga falta cal.

despidió del doctor. Etiennette dirigió un gracioso saludo á los dos jóvenes y se instaló en el coche con una dignidad perfecta. Cristián la siguió con la mirada, pensando :

— ¡ Es una mujer verdaderamente superior y nunca ese papanatas sabrá el tesoro que posee. Lo delicioso con Etiennette es conocerla bien para verla maniobrar. Pero, en suma, es terriblemente peligrosa. Más vale estar bien que mal con ella. El joven no sospechaba que, en aquel momento, la mujer cuya inteligencia estaba ponderando pensaba en los medios de causarle daño y se proponía hacerle pagar muy caras todas sus impertinencias.

IX

En la biblioteca del castillo de Dammarié, el señor Tarde, ingeniero agrónomo de San Remigio, y Cristián acababan de trazar al conde Steingel un programa de cultivo intensivo. Por la ventana abierta entraba un olor húmedo de los perales, mojados por un chaparrón reciente, y el sol, que había reaparecido, hacía chispear las hojas llenas de perlas líquidas. La frescura de la tarde era deliciosa.

— Señor conde, decía Tarde, no se puede obtener nada en agricultura si no se restituyen al suelo las cantidades de nitrato y de sulfato de potasa que se le roban en cada recolección. Los estiércoles no son abonos y sólo sirven para dividir y mullir la tierra. Si usted quiere, haré nacer el trigo en el suelo de este salón. Es cuestión de echar mano de la química... Usted tiene en Alemania yacimientos de sulfato y de nitrato; sírvase de ellos y me dirá lo que es bueno. Pero empiece por hacer analizar las tierras, pues, si no, caminará siempre á ciegas y se expondrá á poner amoniaco donde haga falta cal.

— Muy bien. Me apresuraré á probar ese método...

¿ Un vaso de cerveza, eh ? El hablar da sed...

El alemán vertió en un gran cuenco de plata media botella de cerveza.

— ¿ No bebe usted, señor Vernier ? ¡ Ah ! No le gusta á usted la cerveza, lo sé. Entonces *champagne*...

Llamó y dijo al criado :

— Haga usted traer Piper-Heidseik. ¿ Le gusta á usted ese ? Es un *champagne* de hombres ; se siente lo que se bebe... Es mi gusto favorito.

— Prevengo á usted, dijo Cristián, que no bebo nunca.

— ¡ Bah ! No me rehuse usted una copa de *champagne*... Aquí tiene usted unos cubiletes que el emperador Guillermo der Gross regaló á mi difunto padre, en recuerdo de la campaña de 1866. Mi padre le había sido muy útil cerca del rey para pacificar los espíritus en la corte de Baviera... ¡ Vamos, señor Vernier ! Un solo trago...

Fué preciso acceder y Cristián, con una contrariedad manifiesta, se bebió su copa. El conde volvió á la conversación que le interesaba.

— Está bien, cultivaré los campos como usted me indica. Pero quiero sacar partido de las cosechas y el venderlas en el mercado es muy poco ventajoso.

— Entonces es cuando interviene la explotación industrial, dijo el ingeniero. Si, como usted dice, posee una fuerza hidráulica, puede hacer marchar una fábrica destilatoria con muy poco coste. Puede usted sacar partido de las remolachas para los azúcares y con los cereales y las patatas puede hacer alcohol para venderlo como aguardiente ó como elemento para el alumbrado. Los productos de la tierra son escasos si no se los industrializa y toda explotación que no es

científica está hoy condenada á la ruina. Acuérdesse usted de esto, señor conde ; los países que hacen política agraria perecerán de miseria encerrados en sus fronteras infranqueables.

— No ceso de repetirlo en nuestras asambleas políticas de Alemania, dijo el conde. La condesa, que tiene una capacidad fuera de línea, me ha probado que puedo duplicar mis rendimientos adoptando su sistema de ustedes. Y agradezco á usted en el alma, señor Vernier, el que se ponga á mi disposición... Otra copa de *champagne*...

El conde estrechó la mano de Cristián con una expansión llena de ternura y le llenó la copa. Hacía dos horas que los tres hombres estaban encerrados fumando enormes cigarros y bebiendo líquidos variados. Tarde, que había prodigado sus demostraciones, estaba rojo y empezaba á sentir alguna vaguedad. El bávaro, que podía beber sin límite, sentía en el estómago el bienestar de la bebida. Cristián estaba tétrico. Steingel, que era terrible una vez lanzado, golpeó ruidosamente la mesa y declaró con grandes risotadas que iba á trastornar la agricultura de su país. El bávaro dijo á Tarde :

— Abandone usted al señor Vernier y véngase á Baviera conmigo... El señor Vernier conoce su negocio y no le necesita á usted aquí... Yo puedo hacer su fortuna de usted... Véngase á trabajar en Brandentein y verá... ¿ Otra copita ?...

Llamó y dió orden de que no le dejaran morir de sed. Muy rojo, encendió una enorme pipa y se envolvió en una nube de humo. Cristián, más sombrío á medida que veía al otro más alegre, miraba con malos ojos la exuberancia creciente de su interlocutor. Tarde, que iba estando borracho, movía la cabeza y respondía con

exclamaciones entusiastas á las del bávaro. Y éste, sólido como un hércules, se servía vino en su cuenco de plata y se bebía de cada sorbo media botella de *champagne*. Cristián los miraba lleno de amargura y pensaba: « ¿ Qué estoy haciendo aquí? ¿ Para qué he venido? Siempre la influencia infernal de Etiennette, que encarna para mí el vicio y me perderá si no huyo de ella. ¿ Cómo me he sometido á su voluntad hasta el punto de faltar á todos mis compromisos? ¿ No debía dejársela á este bruto que se atiforra de líquido, como yo hacía en otro tiempo? No se escapa á su intoxicación moral más que huyendo de ella. Huiré, pues, para siempre... » Se levantó y dijo asomándose á la ventana:

— Les dejo á ustedes con sus proyectos y me voy á respirar un poco fuera.

— ¡ Bah! Quédese usted con nosotros, señor Vernier, dijo Steingel. Tengo un kirsch de la Selva Negra, hecho en mi posesión de Biberich... Va usted á probarlo...

— No; le dejo á usted al señor Tarde, dijo Cristián. Creo mejor que se esté sentado...

— ¡ Yo! exclamó Tarde. ¡ Estoy muy sereno!

Pero intentó levantarse y volvió á caer riendo en su asiento.

— ¡ Ah! Este traidor vino de *champagne*... ¡ Cómo afloja las piernas! Pero la cabeza está intacta... ¡ Á la salud de usted, señor conde!... De modo que Staspurth, donde están los yacimientos de petasa, está cerea de su casa de usted... ¡ Es una ventaja!...

Cristián no oyó la continuación del discurso de su ingeniero y se salió á tomar el fresco en la terraza. Pasó por delante de la fachada y al llegar á la esquina oyó que le llamaban y vió á Etiennette que estaba mirándole asomada á la barandilla de una escalinata. Tenía puesto un peinador de encajes sobre un fondo

rosa que daba á su tez un brillo extraordinario. Las mangas, ceñidas por encima del codo, dejaban ver desnudo el antebrazo y en sus manos, enlazadas en las verdes hojas de un tiesto de glicinas, brillaban los diamantes de las sortijas. Su linda cabeza de cabello ondulado se inclinaba como cansada y sus labios, sin carmín, tenían una lánguida gracia.

— ¿ Se ha acabado la conferencia? dijo.

— Ya no hablan, beben. Yo tengo ya bastante...

— Es que el conde es un compañero terrible.

— No... Á la tercera botella está ya chispo... Un bebedor de cerveza y nada más... Quisiera yo verle enfrente de Clamirón en el *bar*...

— ¡ Clamirón!... Ha vencido á Jim Williams, el *bookmaker*...

— Y yo he echado por tierra á Clamirón, no pudo menos de responder Cristián.

Pero se apresuró á añadir:

— No me envanezco por eso. Antes bien, lo deploro vivamente.

La joven bajó la escalinata, se reunió con Cristián y echó á andar á su lado sin hablar. De su cuerpo y de sus vestidos se desprendía un olor delicado y sensual, y Cristián sufría á pesar suyo la impresión de aquella hermosa mujer cuya voz, cuyos ademanes y cuyo perfume recordaban á sus sentidos supremas voluptuosidades. Tuvo el sentimiento de que debía separarse de ella y volverse más bien á beber con el bávaro y con Tarde. Pero se quedó y ambos llegaron á un encantador quiosco rústico elegantemente amueblado y en el que reinaba una agradable penumbra. Etiennette dió un suspiro y se sentó en un diván y Cristián se quedó en pie en la puerta como si no se decidiese á entrar. Su corazón latía con violencia y una penosa contracción

le oprimía la garganta. Miraba á aquella Etiennette que ya no era suya; recordaba el día en que, en San Jorge, había llorado porque él la rechazaba, y pensaba con un deseo rabioso que la amaba acaso más que nunca. El joven se dirigió á ella con las manos extendidas y con ese aire de extravío que Etiennette conocía bien en la cara de los que quería enloquecer. La joven hizo un ademán de púdico espanto y exclamó:

— ¡Cristián! ¿En qué estás pensando? ¡Recuerda tus promesas! ¡Ah! ¿Estás loco?...

El joven no se ocupó de responder y el resto de la frase se perdió bajo una lluvia de besos. Á lo lejos y en el silencio del jardín, se oía la voz del conde, que decía.

— ¡Otro trago, señor Tarde!... ¡Mal bebedor!

Y en las arboledas que rodeaban el quiosco un mirlo se puso á cantar en tono burlón...

Cuando, á las cinco, Tarde y Cristián subieron al coche para volver á San Remigio, el ingeniero agrónomo se hallaba en un estado que no le hubiera permitido distinguir el nitrato de sosa de la sal amoníaco. Cristián, firme y frío, le ayudó á subir al pescante del automóvil. El conde seguía sólido y locuaz. Etiennette, humilde y sonriente, echaba á Cristián miradas de reconocimiento. Al decirle un ceremonioso adiós, sus labios se plegaron como para un beso. Cristián empuñó la manivela de dirección y el automóvil partió á tal velocidad, que el conde gritó:

— ¡Eh! ¡Que va usted á matar á ese pobre Tarde!...

Al llegar á la fábrica, paró el carruaje, y Tarde, un poco repuesto por el aire libre, bajó con precaución. Moulin salió al encuentro de Cristián.

— El embotellado, dijo, se ha hecho perfectamente. Es cuestión de temperatura. A menos de doce grados,

el líquido no se descompone. He telefoneado el resultado al señor Vernier. ¿Quiere usted ver unas muestras?

— Allá voy, respondió Cristián en tono de mal humor. ¿Viene usted conmigo, señor Tarde?

— Con mucho gusto.

Dejando á Moulin en el patio, los dos entraron en el despacho de Cristián, gran pieza del piso bajo, adornada con grabados ingleses representando cacerías y carreras de caballos. En una mesa, al lado del escritorio, había varios frascos de formas originales y unos cuantos cubiletes de catar. Cristián cogió una botella, la miró al trasluz, la agitó y vió que el líquido permanecía claro.

— Aquí tiene usted, dijo á Tarde, la última creación de la casa Vernier-Mareuil; la *abricotina*. Esto va á dar la vuelta al mundo como el *Royal-Cordon* amarillo. Si el conde Steingel hubiera venido con nosotros, podríamos devolverle su obsequio... Le ha llamado á usted mal bebedor, señor Tarde... ¿Lo es él tan bueno?

— ¡Bah! La verdad es que estaba muy animado y gritaba como un sordo... Y yo, que no bebo jamás, me las he tenido tiesas con él, á pesar de sus burlas... ¡Mal bebedor! ¡Pardiez! Hubiera continuado, si él hubiera querido... Él fué quien levantó la sesión... Entre nosotros, creó que estaba inquieto por lo que usted pudiera hacer con la condesa... Es muy linda, la condesa:

— Mucho, y también lo son estas botellas. La botella entra por mucho en el capricho del bebedor... Vea usted estas; tienen el talle fino y las caderas anchas... Parecen mujeres.

Al decir esto hizo saltar el tapón de un frasco de *abricotina* y llenó dos cubiletes.

— Pruebe usted esto, señor Tarde, y deme su opinión.

Ambos vaciaron sus cubiletes.

— ¡Excelente! dijo el ingeniero agrónomo. Pero ¡diablo! es fuerte...

— ¿Fuerte? Usted bromea. Es el alcohol destilado por usted mismo... No hay mejor aguardiente... Se emborracha uno cuando bebe demasiado, pero se saborea la borrachera... ¡Otro vaso!...

— Por complacer á usted...

— Va usted á ver lo que es bueno, señor Tarde... Dentro de un instante va usted á figurarse, si quiere, que es el amante de la hermosa condesa de Steingel... Este licor es la quinta esencia del ensueño... Es como el *haxix*; contiene un principio delirante que hace creer en la grandeza, en el talento, en el amor... El mediano se cree sublime; el impotente, un hércules; el miserable desprecia á Rothschild... Beba usted, Tarde, para experimentar esas deliciosas sensaciones.

Cristián, poseído de un sombrío furor, bebía y hacia beber á su compañero. La segunda botella sucedió á la primera y Cristián no dejaba de beber delante de Tarde asombrado. Pronto no le bastaron los cubiletes y bebió en la misma botella. Entonces se puso á hablar febrilmente y sus palabras acabaron de aterrar al ingeniero.

— Mi querido amigo, de cada cien borrachos puede usted afirmar que hay setenta y cinco canallas... Nada adormece los remordimientos como la embriaguez... Los veinticinco restantes son imbéciles... Así, yo soy un canalla y usted un imbécil... Usted no ha hecho nunca daño á nadie... Usted no es ladrón y no se enriquece con el dinero de la multitud... Usted no engaña á una mujer á quien ama, con una pérdida que le repugna...

Tarde, asustado, vió en su turbación las imprudencias que podía cometer Cristián y quiso sacarle del despacho.

— Señor Vernier, venga usted conmigo... Hay que volver á Gourneville... ¿Qué van á decir si se pone usted malo?

— ¿Yo?... ¡Jamás! Yo he hecho rodar por el suelo á Clamirón y á Longín y á todos los demás... Usted sí que va á reventar... ¿Pero qué importa? ¡Una hermosa muerte en un campo de botellas!... Ría usted, Tarde, ó beba por lo menos...

Quiso meter á la fuerza al ingeniero el cuello de una botella en la boca. Tarde se defendió, gritó, y ya sin resistencia, se cayó al suelo con la cabeza apoyada en un canapé y se quedó dormido casi al instante. Cristián le miró y se encogió de hombros con desprecio.

— ¡Pobre hombre! Pronto está fuera de combate... Hace falta mucho más para un canalla como yo...

El joven rechinó los dientes con furor al repetir muchas veces: « ¡Canalla, canalla! » y siguió echándose al cuerpo enormes tragos. Sentado al lado de la mesa, con la frente roja y las mejillas lívidas, las ideas se chocaban en su cerebro y el recuerdo de su aventura con Etiennette le perseguía como una obsesión. La veía á su lado, la cogía de nuevo y la caricia de sus manos trémulas le hacía estremecerse... Sí, él la había poseído casi por fuerza... Ella no quería, pero ese era uno de sus artificios para excitar á los hombres... ¡Etiennette casta! ¡Qué milagro! ¿Y para qué?... Se echó á reír sordamente y se aplicó de nuevo la botella á los labios. El tumulto de sus pensamientos redobló y entre una especie de niebla vió á Genoveva que se acercaba á él, tan triste, que le llenó el corazón una desesperación repentina. Las lágrimas rodaron por sus

mejillas y una tristeza de suicidio se apoderó de él. ¿Para qué servía en el mundo? Para hacer la desgracia de todos los suyos. Amaba á su mujer y la engañaba sin tener siquiera por excusa el atractivo de la novedad. Y lloraba de vergüenza como siempre que no le dominaba por completo la embriaguez. Un grado más y pasaba al furor. En esas crisis era capaz de todo, hasta de matar. Pero no había llegado más que al período de enternecimiento y hacía los juramentos más solemnes de no caer más en sus deplorables excesos. Tarde seguía roncando con la boca abierta y una expresión de beatitud. Acaso veía en su sueño los quiméricos espectáculos de que le había hablado Cristián, que le miraba con envidia. Él no dormía jamás hasta que llegaba al último grado de intoxicación, cuando no había más que un pequeño espacio entre el delirio y la muerte. La noche llegaba y en la fábrica se encendían poco á poco las luces para alumbrar el trabajo. El despacho se había quedado en la obscuridad. Dieron las siete y sonó la campana para la salida de los obreros, Cristián seguía dominado por las alucinaciones y veía correr un torrente de alcohol que destruía todo á su paso, las fortunas, las obras maestras, los descubrimientos y las existencias sobre todo, á millones, todos los días... El torrente envenenado corría con un ruido formidable y en las orillas arrasadas florecían como fúnebre recolección las ruinas, los duelos y las miserias. Sobre las siniestras olas sobrenadaba una barca negra y, en pie, una figura cubierta con un sudario; la Muerte burlona y sarcástica.

Cristián no podía separar la vista de la formidable figura de la Muerte y de pronto le pareció que aquella cabeza huesuda de órbitas huecas, cambiaba de aspecto y tomaba una semejanza con Etiennette. Sí, era Etien-

nette, que, envuelta en el sudario, presidía los cataclismos y recorría el torrente de perdición. Le pareció que aquella horrible boca sin dientes le dirigía una sonrisa y que aquel brazo descarnado le llamaba. Cristián se resistía, pero la horrible figura le atraía con imperio y le decía: « ¡ Ven! ¡ Lo quiero! ¡ Es el desquite de la humanidad envenenada! ¡ Vendedor de veneno, muere por el veneno! Cristián se sintió incapaz de huir y dió un grito de espanto. La puerta del despacho se abrió y apareció Moulin seguido por Genoveva. La joven dió un grito de desesperación, pero, dueña de sí misma, dijo al director:

— Asegúrese usted de que nadie nos molestará ni sospechará nada.

— Cuente usted conmigo, señora.

Genoveva dijo, mostrando á Tarde, que seguía dormido:

— ¿Puede usted hacer que se lleven á este pobre hombre?

— Lo intentaré.

Moulin, que era vigoroso, cogió al ingeniero por debajo de los brazos, le arrastró hacia la pieza vecina, y le dejó en el suelo sin cuidarse de levantarlo. Genoveva se quedó mirando á Cristián, que, incapaz de moverse, pero reconociendo á su mujer, la miraba con expresión estúpida y le tendía las manos como á una libertadora.

— Tome usted mi coche, dijo Genoveva al director, y vaya á San Remigio á buscar al doctor Angogne; se lo ruego.

— En un cuarto de hora se lo traigo á usted.

Ya sola con Cristián, Genoveva echó agua en un vaso, mojó el pañuelo y lo pasó suavemente por la frente de su marido, el cual dió un suspiro de alivio, juntó las manos y murmuró:

— ¡ Genoveva !... ¡ Oh !... ¡ Genoveva !...

— Cállate, dijo la joven dulcemente... No hables ahora... Vuelve en ti... Después te explicarás, si tienes algo que explicar...

Cristián no dijo una palabra más pero dejó correr por sus mejillas gruesas lágrimas y su cara expresó tal pena y tal vergüenza, que la joven, anonadada por aquella recaída tan brutal á sus antiguos tormentos, se dejó caer en una silla al lado de Cristián con la cara oculta entre las manos para ahogar los sollozos. Y ambos lloraron juntos como si se dieran cuenta de que acababa de ocurrirles un desastre que arruinaba para siempre su tranquilidad.

Se oyeron unos pasos rápidos y el ruido de voces y el doctor Angogne entró con Moulin. El joven médico, con la cara alterada por la inquietud, se aproximó á Cristián y le cogió la mano, sin preocuparse siquiera de saludar á Genoveva. El director desapareció y los dejó solos para que pudieran decirlo todo.

— ¿ Qué ha pasado ? preguntó el doctor. No es admisible que ese pobre Tarde haya sido el iniciador de tal aventura. ¿ Cómo es que estaba aquí para tomar parte en ella ? ¿ Cómo ha ocurrido esto ?

Cristián hizo un movimiento. Tenía la borrachera terriblemente lúcida y no se le había escapado nada de lo dicho por el doctor.

— Yo he sido la causa de todo, dijo con voz sorda... Tarde no quería beber y yo le he obligado...

— Pero ¿ por qué, Dios mío ? ¿ Qué significa este frenesí repentino ? exclamó Genoveva mostrando la mesa llena de botellas. ¿ Es un acceso de demencia ?

— Cálmesse usted, dijo Angogne, y no le haga reproches... Déjele explicarse...

— ¡ Oh ! Puedo oírlos... No serán nunca bastante violentos... No tengo excusa...

Cristián hablaba con una sinceridad completa, y el doctor tuvo el presentimiento de que las revelaciones que iba á hacer podían agravar la situación. Quería dejar á Cristián tiempo para volver en sí y resolvió ahorrar á Genoveva un dolor acaso más vivo. Pero la embriaguez de Cristián era de las que no obedecen. Había decidido confesarlo todo y lo hubiera hecho aunque le mataran, sin pensar en las consecuencias de sus revelaciones.

— Cállese usted, doctor, dijo con pesadez ; es preciso que Genoveva sepa... No, no ha sido el pobre Tarde, sino yo, quien ha tenido la idea de entrar aquí... Moulin nos habló de los licores... Veníamos de Dammarie, de casa de los Steingel...

El joven tuvo un acceso de alegría que crispó sus labios, pero la mirada permaneció dolorosa y triste.

— Los Steingel... Hay que desconfiar de esa gente... No son lo que parecen... El conde es un imbécil que ha presentado como su mujer á una perdida... Pero yo la conocí el día en que los vimos en el bosque... Y Vertemousse también... No dijimos nada, ni nosotros ni papá, que también la conoció... Todos sabían quién era, pero se callaron... por miedo... Yo soy el único que no la temo...

Inclinó la cabeza sobre el pecho y poseído de un acceso de desesperación, dijo gimiendo :

— ¡ Y, sin embargo, es una bribona atroz ! ; La miserable ! ; Qué daño me ha hecho ! ; Y cuánto quiere hacerme todavía ! Porque está aquí por mí ; lo sé...

Su voz se extinguió y Cristián se quedó sin hablar, llorando delante de Genoveva y de Angogne, que le miraban inmóviles y ya interesados por sus explicaciones,

en las que empezaban á entrever el drama del que aquella escena dolorosa era un episodio.

Cálmese usted, dijo el médico, y beba esto. .

Y le dió un vaso de agua azucarada.

Cristián le rechazó con fuerza...

— No... Déjeme usted tranquilo... Todo lo que sea beber, aun agua, me repugna... Escuche usted lo que tengo que decirle... La condesa, con la que ese idiota alemán quiere casarse, es Etienneette... la famosa Etienneette Dhoriel, que no me ha perdonado que la abandonase... Debí pensar que querría vengarse... ¡Hay en ella tanto veneno! Es la criatura más perversa que conozco... La he visto un día matar un perrillo negro que tenía, porque no quería obedecerla... Le cogió por el cuello y le echó por la ventana de un segundo piso... El perro se estrelló contra las piedras... ¡Pobre animalito!... La mujer que asesina á un pobre animal inofensivo porque no ha comprendido su capricho, es un monstruo...

Volvió á sollozar, y Genoveva, helada de horror, se preguntaba si el desgraciado lloraba su abyección ó la muerte del perro de Etienneette Dhoriel; si estaba arrepentido de su abominable conducta ó si se dejaba dominar por una sensiblería de imbécil. El doctor comprendió la angustia de la joven y dijo:

No es responsable de las frases que pronuncia. No les dé usted ninguna importancia... Acaso no son más que invenciones... Nada prueba que la condesa de Steingel tenga nada que ver con Etienneette... La conozco y dudo mucho que sea lo que su marido de usted asegura... Es una persona muy reservada y muy distinguida...

— Sí, sí, dijo con ironía Cristián. La reserva y la distinción de Etienneette... Bien se ve que no la ha oído

usted decir insolencias... Es una gran comedianta, que se la da á otros más corridos que usted... yo mismo que me la sé de memoria, he caído hoy en sus redes y he creído en su inocencia... Me ha hecho una escena de pudor, ha enrojecido, ha temblado, ha gritado... Por poco llama á su madre... ¡Ah! ¡Qué desdicha!

Tomó un aire grave y dijo con resolución:

— ¿Quieren ustedes creerme? Denme una escopeta... Vuelvo á Dammarie y la mato como á una loba rabiosa... Le prestaré un servicio al conde, que cree en sus historias, el imbécil... Sí, no hay más que eso que hacer, para que todo el mundo se quede tranquilo... Hay que matarla...

Se puso en pie con mucho trabajo, pero ese movimiento bastó para turbar su lucidez. Se pasó la mano por la frente y dijo:

— ¡Todo da vueltas! ¿Por qué gira todo de esta manera?

El doctor le cogió por los hombros y le empujó suavemente hacia el canapé, le hizo echarse, le puso un almohadón debajo de la cabeza y dijo al verle más tranquilo:

— Se va á dormir. Dentro de unas horas estará repuesto. ¡Pero qué sacudida!

— ¡Y qué temores para el porvenir!

— Acaso no es más que un accidente... No hay que ver las cosas más sombrías de lo que son. En suma, la recaída que todos temíamos se ha producido... Trátemos de sacar partido para obtener una mejoría moral...

— No olvide usted lo que Cristián decía hace un momento en su sinceridad. Lo que sucede no es casual, sino el resultado de una acción combinada por una voluntad enemiga... Esa Dhoriel es el agente principal de nuestra desdicha; no lo dude usted. Cristián dice

la verdad... Por lo demás, yo me cercioraré mañana mismo.

— ¿Qué piensa usted hacer?

— ¡Defenderme! Esa mujer destruye mi tranquilidad é impulsa á este desgraciado á la abyección y me pregunta usted qué pienso hacer... Sea condesa ó Etienne, gran dama de pacotilla ó perdida auténtica, la afrontaré cara á cara... Y veremos si esa criatura tan temible sabe infundir miedo á una mujer honrada que quiere proteger la seguridad y mantener la dignidad de los suyos. Puede que la tal Dhoriel sea un monstruo de hipocresía y de maldad; en este caso bueno es convencerse. Cuando haya visto á la persona que habita Dammarie, sabré cómo debo habérmelas con ella. Y respondo de que no vacilaré...

— ¡Cómo! ¿Usted, tan tranquila y tan dulce?...

— Yo, tranquila y dulce, en efecto, cuando conviene serlo. Pero no me tome usted por una mujer sin corazón y sin seso... Tengo derechos que hacer valer y los sostendré.

Genoveva hablaba con una tranquila firmeza que asombraba al doctor. Juan miraba á aquella joven tan ignorante de la vida, pero animada por una ardiente fe en la bondad de su causa. Era una mujer á quien querían robar su marido y le defendía... ¡Y, sin embargo!... El doctor echó una mirada al desgraciado que dormía en el canapé, inconsciente de todo. ¿Valía la pena de que se arriesgase nada por él aquel borracho que no tenía ni el pudor de su vicio y que le exhibía delante de sus subordinados y de su mujer, refugiado como una bestia entre las botellas vacías? Juan Angogne pensaba que si los azares de la vida le hubieran hecho conocer á aquella encantadora Genoveva antes de que fuera prometida de Cristián, hubiera aspi-

rado á darle su nombre y á trabajar para hacerle glorioso. Tal como la conoció antes de que se casara, tal la veía en aquel despacho, al lado de su esposo que dormía y se quejaba vagamente en su sueño. Bien merecía que se le ayudase en su tarea y que aquella mártir del deber encontrase un apoyo en un mártir del desinterés. La expresión de aquellos nobles pensamientos debió de reflejarse en la mente del doctor, pues Genoveva dijo:

— Está usted pensando en los medios de ayudarme en la lucha que voy á emprender; lo adivino. Sé cuál es su adhesión y no me ruborizo de inspirarle lástima... ¡Gracias, doctor, por sus cordiales y delicadas intenciones!

Genoveva le ofreció francamente la mano y él la cogió con respeto y dijo con una sorda vibración en la voz:

— Mande usted. ¿Qué quiere usted que haga? Estoy enteramente á su discreción...

— Pues bien, deseo que me proporcione usted una entrevista con la supuesta condesa... Esa mujer va al sanatorio... Trate usted de saber qué día irá para que yo me presente también... Procuraré que mi suegro esté presente, á fin de que pesemos con toda nuestra autoridad sobre la resolución de la tal Dhoriel. En suma, no tiene más poder que el que funde en la debilidad de Cristián y, á creerle, él la sufre con impaciencia y casi con odio... Si el padre y la esposa no consiguieren hacerse oír de esa mujer en nombre de la familia, de la moral y de la razón, entonces...

Juan la miró con ansiedad.

— Entonces... ¿Qué?

Genoveva se esforzó por sonreír y dijo agitando la mano con expresión indecisa:

— Entonces, veremos qué debemos hacer en vista de las circunstancias. Tengo el ardiente deseo de vencer, pero mis medios son escasos y mucha mi inexperiencia. ¿Qué regla de conducta adoptar? No se puede obligar á una pobre mujer á que viva al lado de un marido que la ofende, que le hace traición y que la mancha con sus miserables disipaciones. ¿Será más fácil impresionar á ese desgraciado separándose de él que estando siempre á su lado para reprocharle sin cesar sus faltas?... ¡No conozco nada tan repugnante como la embriaguez!...

Y con un ademán consternado señalaba á Cristián tendido en el canapé, soplando, congestionado, inerte. El doctor se callaba y pensaba al mismo tiempo : « ¿ Me atreveré á probar en el hijo de Vernier el experimento del sérum que tan bien ha resultado en los pobres diablos que cuido en el sanatorio? Á éstos los tengo bajo mi autoridad, pero Cristián... Si una sobrecitación enloqueciese su cerebro y fuese el remedio peor que la enfermedad ¡qué responsabilidad la mía! ¿Á quién pedir la autorización para intentar el experimento? Una arruga se dibujó en la frente del médico, que hizo un gesto de resolución y se respondió : « Á mi conciencia. » Había visto claro en su pensamiento y se atrevió á decir á Genoveva :

— Después de que haya usted agotado los medios morales para curar á su marido, habrá medios materiales de que yo dispongo... Ciudaremos al señor Vernier como á un enfermo y espero que llegaremos á curarle.

— ¿Es un procedimiento *in extremis*, como la camisa de fuerza que se pone á los locos?... ¡Cuánto preferiría deber la salvación de Cristián á la resurrección de su sentido moral!

— Trate usted de conseguirla, señora... Procurémoslo todos... Y si no obtenemos resultado, forcemos á la materia para conseguir lo que no hemos logrado del espíritu.

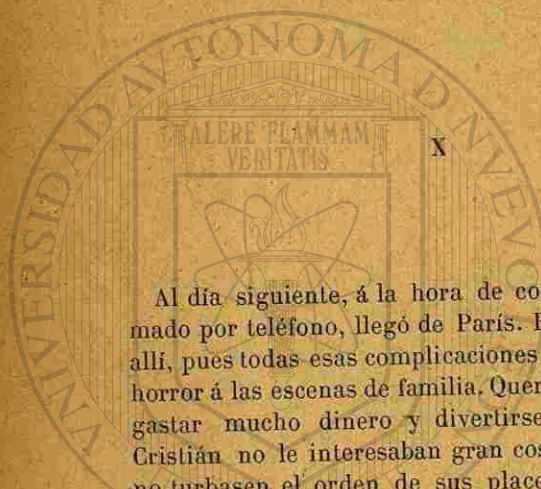
Cristián hizo un movimiento como para levantarse.

— ¡Silencio! Parece que se despierta.

— No. Tiene aún para una hora... Podría darle algún revulsivo para apresurar su alivio, pero sería en detrimento del sistema nervioso. Más vale esperar.

— Esperemos, pues.

Genoveva se sentó en la obscuridad y, sin hablar y siguiendo sus pensamientos rápidos é inquietos, el doctor y ella permanecieron en el despacho, velando al borracho, que seguía durmiendo.



Al día siguiente, á la hora de comer, Vernier, llamado por teléfono, llegó de París. Emmelina se quedó allí, pues todas esas complicaciones la aburrían y tenía horror á las escenas de familia. Quería gozar de la vida, gastar mucho dinero y divertirse. Las fechorías de Cristián no le interesaban gran cosa, con tal de que no turbasen el orden de sus placeres. Antes de que Vernier tomase el tren, su mujer le había dicho :

— Es preciso, absolutamente, que tu nuera se las componga sola y no nos haga intervenir en sus asuntos interiores. Es verdad que Cristián no es muy cómodo y que su mujer ha aceptado una pesada carga. Pero nadie la obligaba. Lo ha hecho deliberadamente. Es, pues, indispensable que no pida socorro á cada paso. La creí más fuerte.

— Me pareces bien, querida, con tu afán de criticarlo todo.

— ¿Te parezco bien? dijo Emmelina con impertinencia. Lo creo, bastante lo procuro soportándote.

— Sí, continuó diciendo el marido con más dulzura; eres una mujer superior, pero no sé si hubieras conseguido algo con Cristián...

— No lo hubiera intentado. Ya es bastante haberme casado con un hombre que fabrica licores. Pero con uno que los bebe, jamás...

— Pero, en fin, la cosa no tiene ya remedio. Están casados y ya sabes lo que pienso de ese muchacho...

— Lo sé, y te encuentro demasiado severo con él.

— ¡Ah! No deseo á mi más mortal enemigo que tenga un hijo semejante.

— Pero como no puedes suprimirle, hay que tener paciencia y tratar de que nos moleste lo menos posible. Están encerrados en Gourneville. ¿No pueden estarse tranquilos? ¿Qué ha pasado entre su mujer y él? ¿Es que en un momento de ocio se ha tragado todo el alcohol de la fábrica?

— No bromees, es un asunto muy triste para mí.

— No bromeo; traduzco sin énfasis y en términos familiares mis temores de una recaída de Cristián. No estaremos tranquilos ni un minuto con ese muchacho...

— No puedo, sin embargo, encerrarle en una jaula...

— Es lástima.

— ¡Eres feroz!

— Es que la borrachera es para mí un objeto de horror. Ese vicio contiene en germen todos los demás... El desgraciado acabará por hacer alguna que sea sonada... ¡Matar á alguien ó matarse él!...

Vernier hizo un gesto de desesperación.

— ¿Qué placer encuentras en atormentarme? Todo lo que dices lo sé, pero trato de ahuyentar de mi pensamiento esas horribles preocupaciones... ¿Seré desgraciado? Tengo todo el poder que da la riqueza; lo puedo todo, menos salvar á mi hijo...

Emmelina pareció conmovida por aquel dolor que se mostraba sin reserva y dejó de bromear.

— Antes de desolarte, dijo, empieza por saber lo que ha pasado, para que sepas de una vez á qué atenerle. Una vez que estés enterado, dimelo por teléfono.

— Te doy las gracias. En suma, estás tan interesada como yo en que todo se arregle. Se trata de nuestro nombre y tú le llevas.

— Sí, y no es eso lo más agradable de mi situación. Pero es así... ¡Ea, buen viaje y procura mostrar carácter!

Vernier no le tenía más que para los negocios. Como todos los hombres sin educación, era demasiado débil ó demasiado violento y carecía de tacto, pero su nuera le tenía por los dos. Llegaba tieso, irritado y dispuesto á echar pestes. Genoveva le recibió con una cara tranquila que le devolvió su moderación habitual. Cristián le pareció pálido y violento, pero la comida transcurrió como de ordinario en medio de las conversaciones más indiferentes. Cristián se retiró á las nueve con aire distraído y Vernier y Genoveva se quedaron solos. Genoveva, con un vigor de lenguaje y una elevación de pensamiento que chocaron mucho á Vernier, contó lo que había hecho durante aquellos seis meses para curar á Cristián, hasta que la intervención de Etiennette Dhoriel lo había echado todo á perder. Cristián, vuelto á los recuerdos de su vida de otros tiempos, había visto de nuevo á esa mujer y esta falta había sido seguida de los peores excesos. La situación era más grave que nunca. Aquella mujer vivía á tres leguas de Gourneville y las antiguas relaciones iban á reanudarse, con el peligro de los celos del conde Steingel. Las mejores resoluciones de Cristián quedarían sin efecto porque aquella perdida las hacía inútiles. No hacía dos días que se habían visto y ya, aquella mañana, un criado del conde había traído una carta de

Etiennette para Cristián, carta que Genoveva había interceptado y conservaba intacta, decidida á no dársela á su marido. Cristián cedería á la tentación de volver á Dammarie y se sometería al imperio que aquella mujer tenía sobre él... Y si no iba, ella era capaz de ir á buscarle á su misma casa. De cualquier lado que Genoveva se volviese, el horizonte estaba preñado de peligros. Por eso había advertido á su suegro, aun á riesgo de molestarle, pues no se creía autorizada para emprender sola y sin consejos una lucha con la Dhoriel. El que mejor podía conducirla en esta difícil empresa era Vernier, tan hábil en los negocios y tan fecundo en recursos. La causa de los dos era la misma y semejantes sus intereses, y era preciso que triunfasen juntos.

Vernier la escuchó al principio con fisonomía triste y desanimada, pero á medida que oía aquellas explicaciones tan razonables, se reanimó. No era hombre de callarse sus impresiones y, cuando la joven acabó de hablar, se desató en imprecaciones. Su buena fe de comerciante se sublevaba ante los procedimientos de aquella Etiennette á quien había dado una gruesa suma para desembarazarse de ella y reaparecía ahora tan inoportunamente.

— ¡Pero se ha pagado á esa mujer! ¿Qué es lo que quiere todavía? ¿Se figura que Cristián va á ser explotado por ella á perpetuidad? ¡Y ese estúpido que vuelve á verla! ¿Está rabioso? Tiene todo lo necesario para vivir dichoso y tranquilo y sacrifica su felicidad á una individua que está de venta en casa de todas las corredoras de vicio de París...

Vernier se excitaba con sus propias palabras y dijo furioso, dando un golpe en la mesa:

— ¡Pero las cosas ne pasarán así! ¡No haré el estú-

pido más tiempo! Iré á ver al personaje con quien vive esa farsante, me explicaré con él y tendrá que obligarla á que nos deje en paz...

Genoveva, que había escuchado hasta entonces sin decir palabra, interrumpió á Vernier :

— ¿Y si la toma con Cristián y le mata?...

El padre tuvo un acceso de terrible franqueza :

— ¡Bah! Así nos dejará tranquilos...

Después de estas palabras horrorosas, los dos se miraron sin atreverse á comentar aquella lógica y cruel conclusión. Genoveva sin embargo, dijo dulcemente :

— No se deje usted llevar por su enfado á decir cosas que no piensa... Su hijo de usted le causa penas crueles, pero no es él solo responsable de sus faltas...

Al oír esto, Vernier perdió toda su calma; palideció y dijo con voz balbuciente.

— ¿Me vas á acusar, como el viejo Angogne, de haber destilado los licores que bebe ese desgraciado? ¿Pretendes tú también que su abominable mancha es mi castigo por haber repartido el veneno por la tierra? ¿Estás loca hasta el punto de juzgar mi prosperidad monstruosa porque unos cuantos filósofos imbéciles califican mi industria de mortífera y me designan como uno de los asesinos de la humanidad? ¿Soy un tratante de los que venden alcohol á los negros contra colmillos de elefante ó polvo de oro? Los que compran mi mercancía saben lo que hacen y los que la beben saben lo que quieren...

Genoveva hizo un gesto de dolor.

— Su hijo de usted...

— Sí, mi hijo parece dar la razón á mis detractores. Bebe, el miserable, en vez de abstenerse para no deshonrar nuestro comercio... ¿Quieres que te diga lo más grave que ha hecho? Ha alterado mi seguridad en

la honradez de nuestro comercio... Hay momentos en que me pregunto si soy realmente el vendedor de veneno que se pretende... Después de una larga vida en la que no he hecho daño á nadie, ahora vacilo y ya no sé si soy un honrado fabricante que hace su fortuna como todo el mundo, vendiendo caro lo que compra barato, ó un corruptor social que embrutece á sus contemporáneos. ¿Soy yo responsable de todos los crímenes cometidos por los alcohólicos?... ¿No tienen su libre albedrío?... Mi pensamiento está atormentado por estas dudas. ¿Será Cristián la víctima del veneno, que se venga del que lo prepara?

Genoveva le interrumpió dulcemente y dijo con su voz grave :

— No, no se acuse usted. Cada cual es en la vida responsable de sus actos. Todos los vicios datan del principio de la humanidad. Bien sabe usted que no bien hubo dos hombres en la tierra, Caín mató á Abel, y no tuvo necesidad de embriagarse para eso. El hombre es malo y sólo la educación puede mejorarle, y no siempre. Su hijo de usted no ha visto en su padre más que buenos ejemplos y vea usted lo que hace; ni en mí más que dulzura é indulgencia y ya sabe usted de qué le sirve... El desgraciado es su propio verdugo. Tenía delante de sí la más hermosa existencia, puesto que podía hacer bien y aliviar á los desgraciados, y la ha echado á perder... Pero ha pasado el tiempo de las reflexiones. Examinemos la situación por su lado práctico. Tengo un marido que me abandona y se entrega á los excesos más degradantes, por los que parece sentir pesar y vergüenza en los momentos de lucidez. Acaso haya un medio todavía de sustraerle á los que quieren su pérdida. Para decidir esto le he rogado á usted que viniese.

Vernier se enjugó con la mano una lágrima que corría por su mejilla.

— Gracias, hija mía. Todo en ti es razón y valor. Estoy á tus órdenes. Habla y haré todo lo que tú decidas.

— Ante todo debe usted renunciar á toda manifestación severa con su hijo. Creo que la violencia no haría más que impulsarle á las resoluciones extremas. La dulzura y la emoción harán más para corregirle y en todo caso nuestro papel será menos penoso...

— Está bien; no le diré nada que tú no quieras que le diga.

— No dé usted paso alguno cerca del conde Steingel y de su compañera sin asociarme á él.

— ¡Cómo! ¿Quieres?...

— Ciertamente. Quiero ver de frente á nuestros enemigos. ¿Me cree usted tan tímida? Yo sabré encontrar atrevimiento y estar á la altura de mi dignidad. Usted conoce á la Dhoriel, pero yo no la he visto más que de lejos y quiero verla de cerca... Iremos, pues, juntos á Dammarie y llevaremos al doctor Juan Angogne para que nos sirva de introductor... Mientras ustedes hablan con el conde, yo hablaré con Etiennette. Hay que saber lo que quiere, pues una mujer de su fuerza no se entrega á manifestaciones inútiles. Tiene algún plan y fuerza será que se explique... Entonces veremos lo que se debe hacer.

El suegro y la nuera se separaron y se fueron á sus habitaciones, y por la mañana Vernier tuvo una conversación con su hijo, en la que, conforme con las promesas hechas á Genoveva, se mostró afligido, pero se abstuvo de toda severidad.

— Estoy desolado por tu modo de portarte con tu mujer. Tenemos serios deberes respecto de esta niña

encantadora y debíamos asegurar su dicha... ¿Qué pensará de nosotros?

Vernier, al solidarizarse con Cristián, le ponía en una situación tan molesta, que el joven, violento de ordinario, no encontró una palabra para defenderse y escuchó á su padre con un respeto inusitado.

— Es verdad, dijo, soy muy desgraciado. No hago más que buscar un medio de reparar el daño que he hecho.

— ¡Ah! exclamó Vernier con efusión, no digo ni una palabra más... Si piensas así, todo puede arreglarse... De ti depende tan sólo que la situación cambie.

Cristián miró á su padre y dijo con desaliento:

— ¿Está usted seguro?

— ¿Cómo? ¿No eres libre de obrar á tu voluntad?

— ¡Hay días en que me lo pregunto y no sé qué responder.

— ¿No eres, pues, dueño de ti mismo?

— Si lo fuera ¿me conduciría como acabo de hacerlo?

¿No hay en mí un demonio que me impulsa á obrar mal á pesar mío?... ¿Conoces mayor suplicio que el de saber que se corre á la perdición y á la de todos á quienes se quiere, y no tener fuerza suficiente para detenerse en el camino? ¡Soy un miserable cobarde, puesto que sé que me hundo en el fango y lo hago, á pesar de todo, con horrible voluptuosidad!

— ¡Desgraciado joven! ¿Á ese grado de miseria moral has llegado?

— Sí, en ese estado me encuentro. Me has hablado tan dulcemente, que te abro mi pensamiento para que leas en él. Amo á mi mujer con todo mi corazón y la respeto; quiero que sea dichosa y no sé mostrarme un hombre honrado para llenar mis deberes para con ella. La he engañado con esa pérdida cuya ignominiosa con-

ducta conozco... ¿No es preciso estar loco? Hay en mi caso algo inexplicable y sobrenatural... Esa criatura me posee sin que yo pueda explicármelo... Todo lo que hay en mí de vil, de bajo y de inmundo, me entrega á ella. Estoy embrujado y creo que sólo mi muerte ó la suya podrá romper este lazo atroz.

— Cristián, no te dejes dominar por tales ideas. Es solamente tu debilidad la que te pone á merced de esa mujer... Aléjate... Vete á viajar con tu mujer...

— ¡No puedo, aun queriendo! ¿Sabes lo que sucedería? Estaría pensando siempre en ella y para olvidarla, bebería...

— ¡Desgraciado!

— Bebería, como lo he hecho al salir de sus brazos, tal horror tenía de mí mismo. Me he arrojado con frenesí en la embriaguez... ¡El alcohol que asesina es un famoso libertador!

— No, hijo mío, es un tirano más peligroso que todos... Pero, vamos á ver, puesto que hablamos sincera y cariñosamente, ¿no crees que si hicieras un gran viaje con Genoveva?... Por ejemplo, podrías tomar el yate y marcharte á las Indias... Es un país maravilloso... De allí irías al Japón... En fin, aléjate durante un año... Haz un viaje de príncipe... Á bordo serás dueño de ti mismo y las tentaciones no serán tan fáciles ó se suprimirán por completo si tú quieres... Puesto que te das cuenta del peligro que corres aquí, acepta mi proposición. Va en ello la dicha de todos.

Cristián permaneció silencioso é hizo un gesto de desaliento.

— Esa mujer, dijo, no me dejará marcharme. He comprendido su poder cuando se ha vuelto á apoderar de mí tan fácilmente. En otro tiempo me creía libre y desafiaba á Étiennette á que contrariase mi voluntad.

Ella ha aceptado el desafío y me ha probado prontamente que sólo pertenezco á ella, es decir, al vicio, á la corrupción y al envilecimiento. ¡Sé que estoy loco! ¡Lo sé! Un hombre en su sano juicio no abandonaría á una Genoveva por una Dhoriel... el lodo de la calle...

Cristián se calló y se quedó anonadado. Vernier, conmovido por aquella dolorosa sinceridad, trató de calmar la agitación de Cristián y le prometió ayudarle á recobrar su equilibrio moral. Le veía profundamente desanimado y dispuesto á abandonarse á la corriente que le llevaba á su perdición irreparable. No quiso decir á Genoveva sus inquietudes, pero se propuso pedir su opinión al doctor Juan sobre el estado psicológico en que se encontraba el pobre Cristián. El almuerzo fué corto y casi silencioso. Vernier, preocupado con buscar un pretexto para salir solo con Genoveva, retardaba el momento de hablar, hasta que le sacó de su embarazo la llegada de Tarde, que venía á excusarse con Cristián por la algarada del día anterior. El joven, al oírle anunciar, se levantó bruscamente y dijo que no quería nada con él antes de unos días, y que, además, estaba cansado y se subía á su cuarto para estarse echado hasta la hora de comer. En realidad, la presencia de su padre y de su mujer le era insoportable. En cuanto Cristián se retiró, Genoveva dijo á su suegro:

— Tenga usted la bondad de despedir á ese pobre señor Tarde y no le eche usted ninguna reprimenda... Es inocente de lo que ha sucedido... Voy á decir que enganchen y á prepararme para salir...

Tarde estaba en el saloncillo de fumar, en pie, pues su humildad, aumentada por sus inquietudes, no le permitían la familiaridad de sentarse. Al ver que en lugar de Cristián aparecía Vernier, hizo un gesto de desolación y se dirigió hacia la puerta.

— Quédese usted, Tarde, dijo el principal. ¿Qué teme usted de mí?

— ¡Ah, señor! gimió el empleado.

— Ha hecho usted una tontería, ¿es esto lo que quiere decir? Y bien, eso es ya historia antigua... No hablemos de ello... Ahora deme usted informes sobre ese conde de Steingel que le ha recibido en Dammarie...

— Ese conde, señor Vernier, es un tonel de cerveza, un pellejo de vino, un... ¡El líquido que bebe! Él es quien tuvo la culpa de todo... Yo no desconfiaba y bebía, bebía...

— Bien. Pero ese conde... ¿qué hombre es?

— Un mocetón muy rojo, muy fuerte y muy político... ¡Pero que bebe!...

— ¿Qué edad tiene?

— Unos treinta años.

— ¿Qué viene á hacer en este país?

— Pasar buena vida, cazar, pescar y pasearse. Y, sobre todo, vivir con una mujer encantadora que se hace llamar condesa, pero que, entre nosotros...

— ¡Adelante! Mi hijo sabe más que usted en ese asunto.

— Lo sé, dijo Tarde guiñando un ojo con expresión maliciosa. Justo castigo para ese buitre que no hacía más que encajarme copas de *champagne* y me decía: « ¡Mal bebedor! » Él lo es bueno. Si no se echó al coleteo cuatro botellas no se echó una... La mujer es arrebatadora, pero él... Ese hombre me mataría en cuatro días con semejante régimen...

— Pues bien, no vaya usted más á Dammarie ni vuelva á beber entre horas...

— No hay cuidado... ¿Pero cómo está Cristián? No le he vuelto á ver desde aquel incidente lamentable...

— Está bien... gracias.

— ¡Tanto mejor!... Entonces, señor Vernier...

— Adiós, señor Tarde. Cuide usted mucho la destilación de las patatas...

— Esté usted tranquilo. Pondré el mayor cuidado...

Genoveva entró en el saloncillo y produjo en Tarde el efecto de la cabeza de Medusa. El ingeniero se retiró saludando exageradamente y no recobró la respiración hasta que estuvo en el vestíbulo.

— Acabo de interrogar á este hombre, dijo Vernier, y resulta que no sospecha nada de la personalidad de la Dhoriel, pero la pretendida condesa le parece equívoca. El conde es una especie de buey polaco, hecho para sufrir el yugo de esa aventurera.

— Veremos cómo son los dos, dijo Genoveva.

Los dos se fueron á San Remigio, donde los esperaba el doctor Juan Angogne. Juan no había permanecido ocioso desde que le llamaron á la fábrica para asistir á Cristián. Era demasiado adicto á Genoveva para no dedicarse sin segunda intención á salvar á su marido. Había pasado las dos últimas noches en su laboratorio preparando el sérum para el caso de que fuera preciso recurrir á ese medio supremo. Estaba, pues, preparado á defender á aquella á quien rendía culto en el fondo de su corazón. Recibió á Genoveva y á Vernier con una emoción que no trataba siquiera de ocultar y apenas entraron en el despacho, tomó una carta del escritorio.

— He escrito á mi padre, dijo. Quería conocer su opinión sobre la marcha que hay que seguir con Cristián. No ignoran ustedes que su caso es claramente el de los enfermos á quienes tratamos de aplicar un tratamiento curativo, no publicado todavía, pero de efectos seguros. Le he experimentado aquí y no me ha dado ningún desengaño. Adoptando ciertas

precauciones, se obtiene la curación momentánea.

— ¡Momentánea! dijo Genoveva con tristeza.

— De momentánea á definitiva no hay más que una diferencia de tiempo... Hay que renovar el tratamiento hasta la curación completa.

Genoveva movió la cabeza con aire preocupado.

— Doy á usted las gracias por poner su ciencia á nuestra disposición. Acaso recurriremos á ella, pero ahora se trata de obtener de una presión moral lo que usted espera de una reacción física. Vamos á empezar nuestra acción sobre esa mujer, que es el más terrible agente de nuestras desdichas. Sin duda tiene motivos para obrar como lo hace y hay que conocerlos para ver si es posible obtener una transacción y en qué condiciones. Para nosotros, la paz, aunque fuera á un precio exorbitante, sería acaso mejor que la guerra. Vamos al encuentro de nuestros adversarios. ¿Quiere usted acompañarnos?

— ¡Cómo! ¿Quiere usted ir á Dammarie?

— Á casa del conde Steingel, para ver á Etienne Dhoriel, pues aquella mujer es, en efecto, la antigua querida de mi marido.

Juan hizo un gesto de estupor.

— Sí, me parece, como á usted, extraordinario que una pérdida semejante intervenga en nuestra existencia de un modo tan amenazador. Así es, sin embargo, y se trata de poner un término á sus maniobras. Ella es la que pierde á Cristián más que los excesos, pues éstos son resultado de su influencia. Antes, pues, de curar á Cristián, debemos saber si la que le mata renuncia á encarnizarse con él y á qué precio. El señor Vernier está dispuesto á hacer grandes sacrificios de dinero y yo de amor propio. Esa mujer tiene, acaso, entrañas. Vamos á verlo.

El doctor Juan se inclinó con respeto ante Genoveva y dijo:

Disponga usted de mí. Pertenezco á usted enteramente.

El conde iba á hacer una disertación despreciativa del dinero, para hacer comprender á Vernier-Mareuil la distancia que media entre un conde Steingel y un burgués, cuando se abrió la puerta del salón y entró la supuesta condesa. Etiennette no se había tomado el trabajo de adornarse para recibir á aquellos visitantes inesperados. Su peinado era muy sencillo, pero sus espléndidos cabellos le formaban una corona de oro. Su traje era de una lana gris azulado que dibujaba con perfección su talle de antiguo maniquí. La joven se adelantó con elegancia, hizo á Genoveva una inclinación de cabeza graciosa y altiva, sonrió al doctor y no se dignó siquiera mirar á Vernier. El conde, con su facundia germánica, quiso proceder á las presentaciones.

— Permite, querida, que tenga el placer de presentarte á la señora de Cristián Vernier, que nos hace el honor...

La Dhoriel le interrumpió con un gesto autoritario y dijo audazmente :

— Es inútil. Conozco á la señora de Vernier y ella á mí. Al señor Vernier-Mareuil le he encontrado ya otra vez...

No es posible expresar la ironía con que Etiennette azotó el rostro de Vernier al decir esas últimas palabras. No hubiera traducido más exactamente su pensamiento si hubiera dicho : « Viejo estúpido, creías desembarazarte de mí con un cheque y dormías á pierna suelta. Pero hay que despertarse. Ya has tenido que habértelas conmigo y se trata de volver á empujar. »

Genoveva, atenta á todo, pesó los términos de esa respuesta, analizó su sentido oculto y comprendió la gravedad de los peligros que la animosidad de la

XI

Cuando el criado entregó al conde Steingel, en una bandeja de plata, las tarjetas de los visitantes que esperaban en el salón, el conde sonrió satisfecho, las leyó con atención y dijo al criado :

— Lleve usted estas tarjetas á la señora y dígame que voy á recibir á estos señores mientras ella viene.

El conde no sospechó que aquella visita pudiera tener un objeto misterioso. El nombre de Angogne al lado del de la señora de Vernier y del de su suegro explicaba que esos vecinos se presentasen los primeros, según la vanidad del noble. Steingel, pues, los recibió con expresión radiante y cordial y se perdió en congratulaciones sobre el placer que experimentaba en tenerlos por vecinos. Vernier le interrumpió diciendo :

— Nuestro amigo el doctor Angogne nos ha dicho con qué generosidad ha querido usted contribuir á los gastos del sanatorio de San-Remigio... Mi nuera y yo hemos querido dar á usted las gracias...

— ¡ Ah ! querido vecino, dijo el conde con efusión. No tiene usted por qué dárme las. El doctor nos ha sido tan simpático, á la condesa y á mí, y el dinero es tan poca cosa...

Dhoriel les hacía correr. Temió encontrarla implacable, pero no perdió el valor. Las dos mujeres se miraron y adivinaron mutuamente igual resolución, la una para el bien y la otra para el mal. Por los labios de Etiennette pasó una sonrisa de orgullo. Se veía enfrente de una adversaria digna de ella. Aquella pequeña burguesa á la que intentaba despreciar, le parecía un ser superior. « Ese idiota de Cristián, pensó, ¿habrá tenido la suerte de dar con la mujer inteligente que pudiera enderezarle y prepararle un porvenir? Esa portera Mauduit no me la había pintado así. ¿La habrán engañado? Ó esta pequeña habrá ocultado su juego?... Ya veremos. »

Durante el rápido examen que se hacían las dos mujeres, el conde se deshacía en elogios del país y de sus habitantes y decía su decisión de instalarse allí definitivamente. París, Monte-Carloy Dammarie se repartirían con igualdad el año. Vernier le contestaba mil vulgaridades sobre las delicias del juego en Monte-Carlo, cuando la voz imperiosa de Etiennette dijo:

— No nos estemos encerrados. Estoy segura de que la señora de Vernier querrá dar una vuelta por el jardín...

Genoveva no respondió, pero se dirigió á la puerta vidriera con la resolución fria de un duelista á quien se ha puesto la espada en la mano. Seguidas por los hombres, las dos bajaron la escalinata y, sin hablar, se pusieron á recorrer juntas el espacio comprendido dentro de la balaustrada de piedra. Se adelantaron unos veinte pasos y, seguras de no ser interrumpidas, trabaron el combate. La Dhoriel fué la que asestó el primer golpe:

— No esperaba, señora, el honor de su visita de usted, que tanto me honra. No me hago ilusiones, sin

embargo, sobre el motivo que la trae y no lo atribuyo á simpatía ni á curiosidad. ¿ Á qué debo, pues, la presencia de usted en mi casa?

— Á una prudencia muy natural, dijo la joven con sencillez.

— ¡ Ah! ¿ Está usted inquieta?

— Ciertamente. Por usted sobre todo.

— ¿ Por mí?

— Sí. Veo que emprende usted un camino en el que todos son peligros... Dicen que el conde es extremadamente celoso y usted juega con sus celos...

— Deje usted... Eso es cuenta mía...

— Y mía. Si usted no comprometiera más que á sí misma, podría ver impasible sus imprudencias... Pero arrastra usted á mi marido y esto vale ya la pena de que yo intervenga...

— ¿ Yo arrastro á su marido de usted? dijo Etiennette con desdén. ¿ Cómo, señora?

— Eso es lo que me diría sin duda esta carta que usted le envió ayer, si yo hubiese tenido la indiscreción de abrirla...

Y entregó la carta á Etiennette, que la arrugó entre sus manos crispadas.

— ¡ Ah! ¿ Intercepta usted las cartas á su marido?

— Confiese usted que tengo razón.

— ¿ Y él lo permite?

— Lo ignora. No me he jactado de ello con él. Pero, en conciencia, ¿ qué mujer no hubiera hecho lo mismo? Si usted estuviera en mi lugar ¿ se privaría del placer de enviar esta carta al conde Steingel?

La Dhoriel palideció de cólera y dijo con voz temblorosa:

— ¡ Ah! Usted me conoce bien, pero me desprecia demasiado...

— Genoveva hizo un gesto de grave protesta.

— Se engaña usted ; no la desprecio y sé lo temible que es usted. Si hablo con tanta franqueza es porque no debe haber entre nosotras ningún equívoco. Por razones que deseo conocer, usted persigue á mi marido. No creo que se pueda atribuir al amor esa persecución, pues nada puede dar la ilusión de la ternura en su modo de obrar para con él... Cristián debe á usted su degradación física y moral... Y hoy que se ha hecho formal y ha escapado á los riesgos de su mala vida, reaparece usted de pronto para perseguirle. Él sólo trata de olvidar á usted. ¿ Por qué se encarniza usted con él ?

La Dhoriel rompió lentamente la carta y echó los pedazos al viento, que los dispersó. Después se volvió hacia Genoveva y dijo con expresión de fría ferocidad :

— ¡ Porque le odio !

— ¿ Qué le ha hecho á usted ?

— ¡ Me ha ofendido !

— ¿ En qué ?

— Haciendo lo que ninguno antes que él había hecho ; dándome la cuenta como á una criada... ¡ Sí ! En veinticuatro horas me ha dejado plantada, á mí, que había dejado gemir bajo mis ventanas, durante tres meses, al hermoso Fanette y que no me había enternecido por el suicidio de lord Harringhow... Poseía a una superioridad profesional y ese imbécil de Cristián, el menos digno de todos, ha matado mi prestigio y me ha hecho caer á la categoría de las mujerzuelas á quienes se toma y se deja á voluntad. Esto me ha hecho y respondo á usted de que me lo pagará.

Genoveva la miró de alto á bajo y dijo :

— Haga usted saber sus condiciones. Veremos si están dentro de nuestros medios...

La Dhoriel se estremeció é hizo un movimiento como para arrojarle contra su rival, pero se contuvo.

— ¡ Bueno ! dijo. Esto se pondrá en cuenta con lo demás...

Genoveva la interrumpió con un gesto preciso.

— No nos extraviemos, se lo ruego, ni produzcamos incidentes nuevos sobre una antigua querrela. Resulta que se considera usted agraviada porque Cristián, en vez de usted misma, tomó la iniciativa de la ruptura. Déjeme usted decirle que es una ofensa muy pequeña. ¡ Cómo ! ¿ Se cree usted deshonrada por haber tenido una derrota galante ? En cambio ahora goza usted de un triunfo, puesto que el conde está enamorado de usted hasta el punto de presentarla como su mujer. ¿ Qué más necesita usted ? ¿ Tan tenaz es su rencor ?

La Dhoriel pareció calmarse de repente.

— No debo cuenta de mis sentimientos más que á mí misma, dijo en tono tranquilo. Me pregunta usted los motivos que tengo para aborrecer á Cristián, y se los digo. En cuanto á saber si son buenos y valederos, yo soy el único juez. El imbécil del padre creyó que saldría del paso con dinero y pensó que quedaba en paz conmigo dándome un miserable cheque de trescientos mil francos .. Está bien por el perjuicio material, pero queda el moral, que es el que más siento y por el que quiero satisfacción...

— ¡ Qué ! ¿ No es ya una mi presencia ? Estoy en su casa de usted delante de todo el mundo. Oigo sus recriminaciones contra mi marido legítimo, discuto sus ofensas y trato de apiadar á usted. ¿ No es esta una satisfacción que nada podía hacerle esperar y que debía apaciguarla ? Es el colmo del cambio de situaciones. La mujer en casa de la querida, cantando la palinodia por su marido y pidiendo perdón... ¿ Qué más quiere usted ?

La Dhoriel hizo un ademán de aprobación.

— ¡ Bueno! Está bien. Usted vale la pena de que discutamos. Empiezo á comprender la conducta de Cristián. Ha atado usted un hilo á la pata de ese estornino y no quiere que se lo cojan, para meterle de una vez en la jaula... Sí, es usted la mujer inteligente que hacía falta ser para llevar á cabo la aventura extraordinaria de casarse con el heredero de los Vernier-Mareuil. La comprendo á usted y empieza á interesarme. Va usted á la conquista del oro... ¡ Son tan ricos y tan negados todos esos Vernier! Y después, su fortuna tiene un origen sucio... Se cuentan mil cosas no limpias del padre, en los tiempos en que era pequeño licorista... Y no había que buscar mucho para encontrarle antecedentes penales... Ahora se da aires de gran señor, con su sombrero de copa y su roseta de la Legión de honor... ¡ Habrá canalla! Hágales usted sudar y no les tenga lástima, puesto que ha logrado meter la mano en el saco... Su respeto por usted crecerá á medida que les cueste más sacrificios...

Genoveva oyó impassible esta sorprendente declaración y dijo sin turbarse:

— Agradezco á usted los informes que me da sobre el modo de tratar á los ricos, aun en familia; pero no se trata de eso. Le he preguntado en qué condiciones dejaría en paz á Cristián sin que oyera hablar más de usted. ¿ Está dispuesta á contestarme?

— ¿ Otra vez? Realmente, no comprendo esa táctica y creo que va usted en contra de sus intereses. Escúcheme usted, que vale la pena. Desembarazar de mí á Cristián es trabajar por su padre. Ese viejo idiota no tiene más que un hijo y si yo se lo suprimo se queda solo y usted viuda. No hay para qué explicarle lo que esto cambia su posición. Con las ventajas que usted

ha debido procurarse en el contrato, será rica y dueña de sus acciones. ¿ No es esto preferible á vivir con ese miserable Cristián que le hará pasar la pena negra, si un día no la asesina en una borrachera? ¿ Para qué sirve en la tierra un ente semejante? No es capaz de hacer bien y sí mucho mal. En vez de detenerme, déjeme usted, pues, acabar mi tarea, y así como estamos aquí las dos, la libro á usted de él.

Al pronunciar estas terribles palabras la Dhoriel cogió el brazo de Genoveva y se lo apretó fuertemente, al mismo tiempo que fijaba en ella una mirada burlona, como si quisiera penetrarla de su monstruosa persuasión. Genoveva, transida de horror y comprendiendo la terrible perversidad del plan de su rival, se quedó muda y sin atreverse á protestar, por no interrumpir la atroz confidencia.

— Veo muy bien lo que ha sucedido, continuó Etienne. Los Vernier son astutos y la han cercado á usted para que pidiera gracia. Era sabido. Una joven, también víctima suya, debía inspirar conmiseración á la imbécil de la Dhoriel, fácil á la sensiblería como una espectadora del Ambigú, y arrancarle concesiones. Pues bien, tenían razón. Me commuevo, pero no por su suerte, sino por la de usted. Me encargo de sus intereses al mismo tiempo que de los míos. No se ocupe usted más de ese imbécil, incapaz de interesarse por nada que no tenga forma de botella. Tiene usted á su lado un buen mozo, que se ruboriza siempre que pronuncia su nombre de usted delante de él y que es tan digno de ser amado como el fantoche de Cristián merece desprecio... ¡ Cómo! ¿ Lo ignoraba usted? ¿ Es usted tan poco mujer que no ha visto de una ojeada que el doctor Juan la adora? Pues bien, querida, yo tengo el placer de anunciárselo... Si yo estuviera en su lugar de usted...

Pero no; usted es honrada; eso se ve en seguida, y Cristián puede estar tranquilo. No tendrá la misma suerte conmigo, y si usted no me pone obstáculos, hago su negocio al mismo tiempo que el mío. Antes de un año doy vuelta al Cristián como un pollo y usted le mete entre cuatro tablas. Es usted rubia y el luto le sentará bien.

Geneveva no pudo contener un grito de horror.

— ¡Oh! no, eso jamás...

— Bueno; yo no pido á usted que consienta. Eso se entiende. Nunca se acepta un trato semejante; se limita una á aprovecharse de él. Usted hizo un negocio casándose con el pequeño Vernier ¿verdad? Pues yo le termino y no tiene usted más que recoger el fruto. Yo me cargo con todo el trabajo.

Geneveva, inmóvil y pálida, permanecía sin responder. Etiennette la miró con preocupación y dijo con voz tan dura como antes había sido familiar:

— Pero, diga usted, ¿es que me ha dejado usted clavarle? ¿Habré yo hablado delante de una enemiga? ¡Tenga usted cuidado entonces! Si se ha burlado usted de mí, yo le haré arrepentirse...

— ¡Sí, lo creo! dijo la joven con profunda tristeza. Me había creído más hábil y más enérgica de lo que soy. Esperaba imponer á usted mi voluntad y me doy cuenta de mi imprudencia, al ver qué temible es usted. Por eso tiemblo por el desgraciado á quien tengo el deber de defender...

No pudo continuar, sofocada por la angustia y Etiennette se la quedó mirando con sonrisa de desdén. ¿Qué? ¿Era aquella la adversaria que le habían escogido con la esperanza de vencerla? ¡Tanta debilidad y tanto candor opuestos á su astucia y á su fuerza! Curiosa de conocer el fondo de su pensamiento, preguntó:

— Pero, en suma, ¿qué pretendía usted obtener al venir aquí? ¿Que me excusara de haberme tomado la libertad de ocuparme de su marido y prometiera no volverlo á hacer? ¿Nunca ha oído usted hablar de mí? ¿No sabe usted quién soy? El viejo Vernier, que me conoce, ¿ha consentido que diera usted este paso? ¡Es insensato! Pero, hija mía, razone usted un poco, aun en el sentido que le es más favorable. Suponga que su combinación ha tenido éxito. Ha encontrado usted una Etiennette dulce como una paloma y, con ese airecillo autoritario, le ha puesto usted delicadamente la cabeza debajo del ala... ¿Y después? ¿Dónde me deja usted á Cristián? ¿No le tiene usted en cuenta para nada?

— Está desolado y arrepentido, y juro á usted que si le abandona á sí mismo, se ha salvado.

— ¡Señora! ¡No diga usted eso! Nunca le he visto así más que al día siguiente de una borrachera. Pero su cordura no durará y pronto le verá usted más endiablado que nunca... ¿Cree usted que fui yo á buscarle hace tres días? Vino él solito, y recibido muy friamente, como un extraño, él fué quien, en un acceso de frenesí rabioso, me forzó... ¡Ah! Es risible verdaderamente... Sí, me forzó, en ese quiosco, al alcance de la voz del conde... Si llamo, es hombre muerto... A fe mía, me callé... Ya ve usted que no soy tan mala... pero vea también lo que es ese farsante. Tiene el remordimiento periódico y la recaída cómoda. No le salvará usted. Su suerte está decidida y no puede usted cambiarla.

— ¿Ni siquiera si las dos nos uniéramos para llevarle al buen camino?

— ¿Pero cree usted que se amasa á los hombres como si fueran de cera? Se hace usted ilusiones. Soy práctica en estas cosas y puedo hablar. Es fácil perder

á un hombre, arruinarle y embrutecerle hasta convertirle en un... Cristián. ¿Pero la operación contraria? ¡Diablo! Nunca la he intentado por mi cuenta y no creo que haya quien la lleve á cabo. No conozco más que Dios padre que sea capaz de tal tarea. En cuanto á mí, me recuso por falta de competencia. No es esa mi especialidad.

— ¡Oh! sea usted generosa, dijo Genoveva con los ojos llenos de espanto.

— Aunque tuviera la voluntad, no tendría los medios. Las mujeres como yo no tienen poder sino para el mal. Todo lo que tocan se quiebra y se corrompe... Son disolventes que desagregan la familia, la sociedad y, á veces, los imperios. Si me dijera usted que llevase á su Cristián al aquelarre, estaría segura de lograrlo. Pero ese muchacho se moriría de risa si yo le diese consejos de honradez y le predicase la virtud. ¿Y con qué pretexto iba á hacerlo? ¿Porque usted me ha venido con jeremiadas y suspiros? ¡Comedia! Pasado el peligro, me trataría usted de despreciable mujerzuela. No hay nada más ingrato, más implacable ni más hostil que las personas honradas. Usted lo es; pues arréglese como pueda con su honradez.

— ¡Cómo! señora, ¿me dejará usted marchar sin una palabra de esperanza?

— La engañaría á usted pronunciándola. No depende ya de mí el devolverle su marido... ¿Quiere usted que le diga lo que pienso? Si yo hiciera el juego que usted me indica, su Cristián perdería el poco seso que le queda. Exasperar el capricho de un hombre negándose á satisfacerle es ponerle en camino para la casa de locos.

— ¡Pero, señora, dijo Genoveva desesperada, esos vicios que le pierden, es usted quien se los ha dado!

— ¡Bah! Ya los tenía cuando le conocí... No he tenido el mérito de instruirle. Pero, eso sí, se le han desarrollado soberbiamente bajo mi influencia... Clamirón es buen maestro y le inició bien... Yo no hice más que perfeccionarle... A cada cual su gloria.

— ¿Y qué interés tenía usted en hacer eso? preguntó la joven con estupor.

— El de ponerle á mi nivel. Para que no se me escapase con otra mujer, me ingenié en halagar sus vicios, único medio de retener á los hombres... Le creía bien enligado en sus costumbres, cuando el azar, que rompe tan estúpidamente las piernas, le sustrajo por unas semanas á mi influencia y le sometió á la de usted. Vi que todos mis planes iban á venirse abajo é hice un esfuerzo supremo para volverle á coger. Pero estaba allí bien guardado y bien defendido y tuve que esperar, tascando el freno, que volviese á París. Ya sabía yo que allí, en un medio propicio, volvería á ser lo que era. Yo tuve la idea del almuerzo de despedida á la vida de soltero y ya sabe usted cómo se puso á los postres. Me lo llevé una vez más á mi casa, pero usted me lo arrancó y le ha blanqueado, vuelto y ennoblecido hasta hacerle casarse. Ahora, arréglese usted con él... Pero, realmente, después de la partida que usted me jugó soplándome mi amante contra viento y marea, hay que tener un tupé monumental para venir ahora á pedirme que se le vuelva á usted bueno... No me humille usted más tomándome hasta ese punto por una imbécil.

Esta vez comprendió Genoveva que todo había acabado y que acaso su rival tenía razón al decir que, aun queriendo, no podía hacer nada. Una inmensa tristeza se apoderó del corazón de la joven. Su última esperanza desaparecía. No se arrepentía, sin embargo, de su vi-

sita á Etiennette, pues había conocido exactamente la situación, que era lo que ella quería. En cierto modo, pues, había logrado su objeto. Geneveva se volvió hacia la Dhoriel y, recobrando su sangre fría, dijo con dignidad perfecta :

— No siento haber venido á ver á usted, señora. Me debía á mí misma el intentarlo todo para la salvación del desgraciado Cristián.

— Para salvarle, señora, habría que cambiarle el corazón y el cerebro, y eso no está en el poder de nadie.

Las dos volvieron á reunirse con los hombres que estaban fumando en la terraza y admirando el panorama de la vega. El doctor y Vernier las vieron llegar tranquilas y de acuerdo, en apariencia, y trataron de adivinar en sus fisonomías el resultado de la entrevista. Pero una y otra permanecían impasibles.

— Si les parece á ustedes vamos á despedirnos, dijo Geneveva á Vernier.

El conde se aproximó á ella con mucha política y propuso que, antes de marcharse, pasaran al comedor, donde había hecho preparar unos refrescos. Pero los dos hombres se excusaron.

— ¡ Cómo ! ¿ Ni siquiera un vaso de naranjada ? Su hijo de usted y su ingeniero son mejores compañeros...

Una mirada de Geneveva cortó su facundia y el hombre comprendió que había dicho una tontería. Cambió entonces de asunto y dijo :

— Espero que la condesa y yo tendremos el gusto de encontrar á ustedes en casa uno de estos días...

Esta vez fué Etiennette la que intervino :

— La señora de Vernier se vuelve en seguida á París y eso hace más amable la visita que nos ha hecho. Pero ella y yo nos veremos pronto.

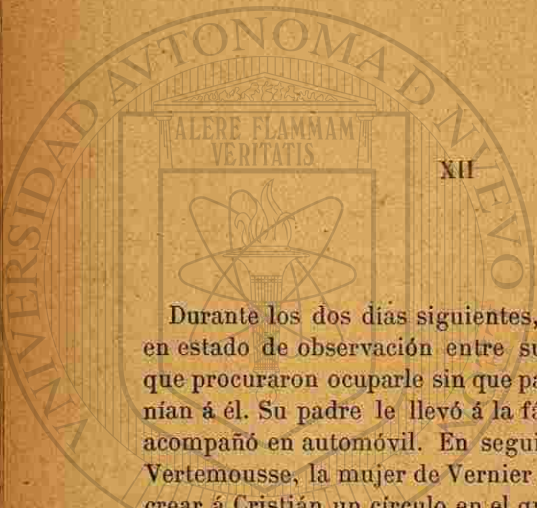
Geneveva, sin responder ni hacer una inclinación de cabeza, salió al patio en que esperaba el coche y montó, ayudada por el conde. El doctor y Vernier saludaron de lejos á Etiennette que asistía sonriente á su partida. En el momento en que el cochero cogía las riendas, Geneveva tuvo un nuevo impulso desesperado hacia ella y dijo con ademán suplicante :

— ¡ Todavía es tiempo !...

Pero Etiennette hizo un gesto de negación altanera y respondió :

— ¡ Adiós, señora !

El coche echó á andar y el conde Steingel y su compañera volvieron á entrar en el castillo.



Durante los dos días siguientes, Cristián vivió como en estado de observación entre su padre y su mujer, que procuraron ocuparle sin que pareciese que se imponían á él. Su padre le llevó á la fábrica y Genoveva le acompañó en automóvil. En seguida fueron llamados Vertemousse, la mujer de Vernier y Raimundo, á fin de crear á Cristián un círculo en el que pudiese encontrar las distracciones necesarias y que no le hiciese sin embargo presión alguna. El joven se conformó con todo lo que se exigía de él y su aspecto normal no hacía suponer que saliera de una crisis grave. Todos, pues, empezaban á recobrar la esperanza, cuando al tercer día Cristián desapareció en el momento en que iba á salir con su padre. Se preguntó á los criados y éstos dijeron que el señorito había hecho sacar su automóvil de las cocheras y se había marchado en él sin llevar al *chauffeur*. Este capricho, que, en tiempos normales, no hubiera sido extraño, alarmó vivamente á Vernier, que temió que el fugitivo hubiese ido á Dammarie. No dijo nada de esos temores á Genoveva. ¿ Para qué? Vernier se puso á pasear por el jardín, completamente descon-

certado. Tan resuelto como era en sus negocios, aquella crisis moral le encontraba tan desprovisto de ideas y de voluntad como un niño. La mala conducta de su hijo antes de casarse no había producido más que querellas pasajeras, que Vernier olvidaba distraído por su trabajo, ó liquidaciones de cuentas que le hacían rabiarse hasta el momento de pagarlas. Pero esta vez la situación era distinta. Se trataba del porvenir y de la seguridad del joven matrimonio y la salvación de Cristián entrañaba la de Genoveva. La conducta de su hijo tenía un carácter de improbidad que indignaba á Vernier. Genoveva se reunió pronto con él, asombrada al verle recorrer solo el jardín cuando debía salir con Cristián.

— ¿ Dónde está mi marido? preguntó prontamente.

— ¡ El diablo lo sabe! gruñó Vernier. Se ha marchado hace una hora sin decir palabra.

— ¿ No debía acompañar á usted á la fábrica?

— Sí... Habrá cambiado de idea.

— ¿ Habrá ido á reunirse con Vertemousse y con el barón?

— Vertemousse y Raimundo están cazando en el llano. Es fácil ver si Cristián está con ellos... El coche está enganchado y en un cuarto de hora podemos alcanzarlos. Hace un momento los he oído tirar hacia San Fermín.

— Y bien, vamos allá.

El coche rodó silenciosamente por las calles cubiertas de musgo del gran parque. Una paz profunda envolvía á los paseantes y aquel contraste con la agitación de su pensamiento hacía su pena más intensa. Así pues ¿ no debían ya conocer la serenidad de las situaciones firmes y seguras? No podían hacer nada más que resignarse y sufrir. Vernier examinaba de reojo á su nuera, un poco pálida, pero resuelta y fría como

siempre. Su firmeza no se desmentía jamás. El banquero, animado con su ejemplo, le tomó dulcemente la mano y Genoveva se volvió hacia él, sonrió con tristeza y sus ojos se llenaron de lágrimas. El coche salía del parque y desembocaba en el llano. La quinta de San Fermín se distinguía á los lejos entre los matorrales. Y en el extremo del camino, recorriendo un gran patatal, Vertemousse y Raimundo, guiados por dos guardas y rodeados de ojeadores, levantaban á cada paso bandadas de faisanes. Los tiros producían secas detonaciones con una ligera humareda azulada, y los perros corrían á buscar la caza que palpitaba entre las hojarasca secas por el calor. Los dos cazadores entregaron las escopetas á los guardas y se acercaron al coche.

— ¿ Han visto ustedes á Cristián ? preguntó Vernier.

— Sí, dijo Vertemousse enjugándose la frente empapada en sudor ; hace una hora pasó en dirección de Moret. Fué hasta el río á toda velocidad y desapareció entre los árboles.

— Iba á Dammarie, dijo friamente Genoveva.

— Ó á los alrededores, rectificó Vernier.

La joven no discutió la atenuación de su suegro y la tomó por lo que valía. Se volvió con perfecta tranquilidad hacia los cazadores y dijo procurando sonreír :

— Y bien ¿ han cazado ustedes mucho ?

— Hemos matado unos faisanes en el linderó. Es la policía de la caza, pues así se impide que las piezas se vayan á las propiedades de los vecinos. Ahora nos vamos hacia los campos de remolacha, donde hay unas cuantas docenas de perdices con las que tratamos de hacer conocimiento el barón y yo.

— ¿ Entonces se vuelven ustedes á marchar ?

— Sí, nos vamos. Hasta luego y buen paseo.

Los dos cazadores saltaron la cuneta del camino, se reunieron con sus hombres y se marcharon á campo traviesa. Una vez solos, Vernier y Genoveva se consultaron.

— ¿ Vamos á ver al doctor Juan ?

— Sí ; ha llegado el momento de intentar el experimento que nos propuso el otro día. Estamos á la cabecera de un enfermo que no ofrece ya esperanza. Hay que intentar un remedio heroico.

— Ha ido á Dammarie, es indudable, y ya sabemos lo que nos espera. El engaño triunfante, que le llevará lejos de su casa y de su familia, ó la decepción dolorosa, que le arrojará en la embriaguez. Desde el punto de vista moral estamos completamente desarmados ; no nos queda más que ver si podemos hacer algo en el orden físico. ¿ Está usted decidido á intentar la prueba si fuese necesaria ?

— Sí, hija mía. Todo es preferible á ver á ese muchacho perderse ante nuestra vista.

— ¿ Pero querrá él prestarse ?

— Trataremos de decidirle.

— ¿ Y si rehusa ?

Ambos se callaron. La cuestión del libre albedrío de Cristián acababa de plantearse en su mente. ¿ Tenían derecho para decidir por ellos mismos sin que él consintiese ? ¿ Podían imponerle por la astucia ó por la fuerza la curación de su vicio ? Si los rigores de Étienne le hacían caer en la embriaguez ¿ estaban autorizados moralmente para imponerle la abstinencia y privarle de consuelo ? ¿ No es la dicha la pura y simple supresión del sufrimiento ? Y obligar á un desgraciado á sufrir ¿ no es ejercer sobre él una verdadera tiranía ? Ambos estaban oprimidos por estos penosos pensamientos, pero Vernier, con su violencia natural, los re-

chazó bruscamente. Se puso rojo de cólera, cerró los puños y exclamó :

— ¡ Oh ! Si se niega, recordaré que soy el jefe de la familia y que debo velar por la seguridad de todos... No dejaré á ese rabioso que nos comprometa con sus frenéticas excéntricas... Echaré sobre mí la responsabilidad de impedirle hacer daño. Si estuviese loco le haría poner la camisa de fuerza... ¿ No estás de acuerdo conmigo, Genoveva ?

— Sí, pero es una pesada responsabilidad.

— ¡ Esas son las que valen la pena !

Llegaron á San Remigio, y el doctor Juan, que les había visto llegar, salió á recibirlos en la puerta. Estrechó silenciosamente la mano de Vernier, se inclinó ante Genoveva y los hizo entrar en el despacho rodeado de estantes cuyos vidrios reflejaban hacia la ventana la luz del sol. Juan Angogne se sentó en su escritorio y dirigió á sus visitantes una mirada interrogadora.

— Sí, dijo Vernier ; después de haber estado tranquilo durante tres días, hoy se nos ha escapado.

— ¿ Y ha ido allá ?

— Todo nos lo hace temer.

— No deben ustedes desolarse antes de saber lo que resulta. Acaso esa fuga sea un bien. Después de la entrevista de esta señora con la Dhoriel, no se puede prever cómo será acogido Cristián... ¿ Quién sabe si, satisfecha con la ventaja obtenida, esa mujer va á despedir definitivamente al desgraciado joven ?

Genoveva hizo un gesto de duda.

— ¿ Y si no le despide y se le lleva con ella ?

— No creo que sea de temer esa eventualidad. Esa mujer no es una enamorada que ha querido recobrar el hombre amado. Es una mujer ofendida que ha deseado

devolver golpe por golpe y vengarse. Ahora ha obtenido lo que quería, la humillación de usted. ¿ Por qué ha de cargar con Cristián ? Le ha reemplazado con el conde, que es apasionado y ciego. No tiene ya necesidad de nada, pues ese extranjero es más rico que su predecesor.

— ¿ Qué sabe usted ? dijo Vernier como ofendido.

— Lo supongo, replicó el doctor, que no pudo menos de sonreír. No creo, pues, que la Dhoriel haga buena acogida á nuestro fugitivo...

— ¡ Hágalo el cielo !

— Sí, dijo el doctor con aire preocupado, pero ahí es donde van á empezar las dificultades más graves... Rechazado por Étienne, Cristián va á caer en su sombría locura...

— Contamos con usted para sacarle de ella.

— ¿ Están ustedes decididos á imponerle la sobriedad y la razón ?

— Sí, si es preciso. ¿ Y usted ?

El joven doctor apoyó la frente en la mano con expresión reflexiva y se quedó un instante silencioso, como si pesara sus palabras.

— Es un formidable caso de conciencia más para mí que para otro cualquiera...

Al oír estas palabras un ligero rubor asomó á las mejillas de Genoveva, que recordó las insinuaciones de la Dhoriel sobre el amor de Juan. El doctor prosiguió :

— He reflexionado profundamente desde el punto de vista humano y desde el profesional y me ha parecido que rehusar á ustedes mi asistencia en estas circunstancias, sería retroceder ante el cumplimiento de un deber social y hacer traición á la amistad y al agradecimiento que les debo. Hay que salvar á un hombre y

este hombre es Cristián Vernier. Pueden ustedes contar conmigo.

— ¡ Bien ! dijo Vernier estrechando la mano del doctor.

Genoveva no dijo nada, pero echó una mirada de ternura y de reconocimiento á la altiva fisonomía del joven médico.

— Ahora, dijo Vernier, ¿ qué es lo que tiene usted que hacer ?

— No hay que seguir ningún tratamiento. Una inyección subcutánea todas las mañanas durante ocho días.

— ¿ Y si Cristián se niega á aceptar sus cuidados de usted ?

— Le dormiremos como si hubiera que cortarle una pierna. Una vez hecha la primera inyección, no se resistirá... Pero si el procedimiento es inofensivo, las consecuencias, en caso de recaída, pueden ser funestas. Para otro cualquiera, exigiría el sanatorio, que asegura la soledad y el reposo. Para Cristián, pido el cambio de residencia. Ha hablado usted de una travesía en su yate...

— ¿ Es eso lo que usted pide ?

— Sí. El vivir á bordo, el aire sano de alta mar y la calma de los grandes espacios contribuirán á la curación.

— Mi yate está en el Havre y la tripulación se puede reunir en tres días. Voy á telegrafiar al capitán.

— En esas condiciones, respondo del éxito. Pero es preciso que se vaya sin demora.

— Dentro de tres días. ¿ Usted le acompañará ?

Juan Angogne bajó los ojos y en su frente apareció una arruga, pero contestó con voz tranquila :

— Es inútil. La señora de Vernier basta para asegurar la curación.

— ¿ Cuándo decidiremos lo que queda que hacer ?

— Cuando sepan ustedes lo que pueden esperar ó temer.

— Entonces, en cuanto veamos á Cristián.

— Una palabra, y acudo...

— ¡ Gracias !

Mientras se tomaban estas importantes resoluciones, Cristián se había dirigido, en efecto, á Dammarie. Ardía en deseos de ver á Etiennette y cuanto más le reprochaba su razón la resolución que había tomado de reanudar sus relaciones con ella, más empeño tomaba en lograrlo. El joven se daba cuenta de la bajeza de su conducta, pero una fuerza superior le impulsaba á la traición y á la infamia. Sabía muy bien que abandonar á Genoveva después de lo que había hecho por él, era degradarse, y una voz interior le respondía : « ¿ Qué le vas á hacer ? La vida es para ti imposible sin Etiennette. La virtud es hermosa pero aburrida. Es mejor morir que arrastrar tus días en una vida triste y desesperada... » Y el joven se dirigía á gran velocidad hacia Dammarie y devoraba el camino en cuyo extremo estaba su perdición y la de los suyos.

La que le atraía tan ardentemente estaba sentada en su tocador, con un traje de mañana, y dejaba sus manos de uñas sonrosadas á los cuidados de la Maudit, que acababa de llegar.

— ¿ De modo, querida, que has hecho un buen negocio con las perlas de Marieta ?

— Así es. Marieta las tenía desde 1882 y el pequeño Bouillon las compró en sesenta mil francos en casa de Fontana. Yo las tengo por el precio de compra...

— Y las perlas han ganado, lo menos, un cincuenta por ciento en esos veinte años... Es un negocio de primera...

— Ya sabes, chiquita, que el collar es tuyo si lo quieres. Según dice el perito...

— No. No compro más perlas... Más bien vendería...

— La verdad es que tienes...

— Una fortuna. Y que puedo llevar conmigo, sobre la piel debajo de la camisa...

— Es el medio de que permanezcan bellas... Á las perlas les gusta la carne... que les da calor y brillo... Parece que tienen vida...

— Dime, Maudit; debes ser ya rica, después del tiempo que llevas trabajando...

— ¡Bah! No mucho... tengo gastos...

— Tus pícaras pasiones...

— Es la verdad... Y, después, hay que pagar intermediarios... En la venta del Rafael falso del otro día, ha habido que dar el diez por ciento al aristócrata que lo tuvo en su salón para darle autenticidad... El buen señor contó al americano que el cuadro procedía de su abuelo, que lo había cogido en España, en un convento de Zaragoza, en tiempo del primer imperio... Así es que pedía su parte en la ganga y la tuvo... Siempre sucede igual... Pero, en fin, no me quejo. Se va comiendo... ¿Y por aquí, cómo van tus asuntos?

— ¡Ah! No me hables; estamos en plena novela. La recién casada vino á verme el otro día con su suegro...

— ¿Qué me cuentas?

— Lo que oyes. Vinieron con el doctor Angogne ¿sabes? el guapo moreno, con el pretexto de darnos las gracias al conde y á mí por un donativo al sanatorio de San Remigio... Puedes figurarte el tono que me di... Fui condesa de la cabeza á los pies... La pequeña de Cristián parecía mi doncella...

— ¿Y qué quería?

— Quería su marido, así, como suena; venía á re-

clamármelo como un paraguas perdido. Empezó por echarlas de imperlinente, pero te figurarás que no tardé en desinflarle el globo... Entonces vinieron las lágrimas y los lamentos, pero no me hicieron más efecto que las insolencias...

— ¿La enviaste á san Antonio, el abogado de las cosas perdidas?

— Así fué, querida. ¿Acaso me ha dado á guardar su Cristián, que era mío? Es una verdadera profesión, amiga mía, la de saber distraer á los jóvenes que vienen al mundo con el aburrimiento debajo de la piel... Si yo la enviase su imbécil marido ¿qué haría con él? Dejar que se fuera con otra... Lo mismo le da que sea conmigo.

— Pero tú no le quieres.

— No; estoy muy harta de él... Tengo hasta una indigestión. Pero debo una lección á ese chico y es preciso que la reciba.

— ¿Que piensas hacer?

— Volverle completamente idiota. Después, que se queden con él si le quieren.

La Maudit estaba muy acostumbrada á todas esas mujeres, que eran sus clientes, pero la dureza con que habló Etiennette la hizo estremecerse. En aquella frase siniestra estalló todo el odio de la infamia contra la pureza, del fango contra la azucena. La Maudit tuvo lástima y trató de moderar á su terrible amiga cogiéndola por el lado de sus intereses.

— Pero oye, chiquita, no te vayas á crear dificultades con el conde. Si llega á ver algo...

— ¿El conde? Es ciego de nacimiento. Es uno de esos hombres que pueden entrar cuando se les está poniendo... en ridículo, y que dicen: «¡Ah! ¿Estás ocupada? Luego volveré...» Por lo demás, no tengo

intención de atormentarle. Hace demasiado mi negocio para eso... Quiero aplastar á ese majadero de Cristián para hacer un ejemplo, pero el conde no sabrá nada y dentro de un año me llevará al altar en su perro país, que abandonaremos en seguida para siempre. Después compraré un hotel en los Campos Eliseos... el de la Paiva, por ejemplo... Mi destino habrá sido semejante al suyo, pues las dos habremos acabado en la aristocracia extranjera... Me instalaré como una princesa y recibiré artistas y *clubmen*... Lo difícil será tener mujeres, pero con tacto y buenas recepciones llegaré...

La Mauduit movió la cabeza y dijo :

— Tienes el genio de la seducción y acabarás por hacer servicios políticos.

Etiennette se echó á reír.

— ¿Quién sabe? Acaso llegue á ser un personaje histórico.

— No será por falta de haber tenido historias...

— El conde las interrumpió llamando discretamente á la puerta.

— Querida, el señor Cristián Vernier está en el salón y quiere verte...

— Sí, ya sé de qué se trata... Tú tenías que salir, según creo...

— Sí, querría ir á Fontainebleau á buscar ese arnés que tú deseas...

— Pues bien, vete, estás libre.

— Entonces, hasta la noche.

Etiennette se volvió hacia la Mauduit.

— ¿Ves lo que te decía? Esperáme aquí... Ahí tienes cigarrillos, una baraja y *sherry*... Yo voy á empezar mi campaña.

En el salón encontró á Cristián hablando con el

conde, que le presentaba sus excusas por tener que dejarle.

— Pero como es á la condesa á quien viene usted á ver, tengo menos escrúpulos...

Estrechó la mano de Cristián, que estaba algo cortado, y se retiró. Un instante después se oyó el ruido de su coche que se alejaba :

— ¡Se marchó! Tenemos dos horas para hablar.

— ¡Oh! ¡Etiennette!...

Cristián estrechó á la joven en sus brazos, pero ella se retiró suavemente y dijo :

— No, no lo decía para darte la señal de las familiaridades... Permanezcamos en nuestros sitios y nada de juegos de manos... Me alegro de que hayas venido, porque es preciso que hablemos.

— ¿De qué?

— De nuestra situación. Parece que crees que somos libres. Han pasado algunas cosillas desde que tuvimos el placer de vivir juntos. Tú te has casado y yo voy á hacer lo mismo.

— ¡Eso es absurdo!

— ¿Cómo absurdo? Tienes un modo de juzgar los actos ajenos que podrías aplicar á los tuyos.

— Bastante deploro lo que he hecho. Yo no he nacido para el matrimonio.

— Yo, en cambio, me dispongo á ser una excelente esposa.

— Etiennette, no te burles de mí...

— Querido, estás enteramente equivocado. Tengo intención de portarme perfectamente con el conde...

— Entonces, dijo Cristián brutalmente, el otro día...

— El otro día te precipitaste sobre mí como una bestia feroz y, la verdad, perdí la cabeza. ¿Podía esperar semejante cosa de ti? Lo cierto es que careces de

ilación en tus razonamientos. Envías á la gente á refrescarse á la Siberia y tú vuelves hirviendo del África... Sería bueno saber exactamente qué es lo que quieres.

— Te quiero á ti.

— No me pertenezco.

— Hazte libre.

— ¿Para qué?

— Para marcharnos juntos.

— ¿Es ese el proyecto del día?

La Dhoriel miró á Cristián con aire de compasión y le acarició la mejilla con su mano satinada.

— Vamos á ver, querido Cristián, es hora de ser un poco razonables. El otro día tuve la visita de tu mujer...

Cristián palideció, apretó los dientes y dijo, mirando á Etienneette con estupor:

— ¿Se ha atrevido á presentarse aquí?

— Con tu padre, amigo mío. ¿No te lo han dicho!

— Se han guardado muy bien. ¡Cómo! ¡Han dado un paso semejante!

— Sí... Estaban inquietos por tu estado de espíritu y preocupados al saber que yo estaba aquí. Tu mujer venía á rogarme que te cerrase mi puerta.

La cara de Cristián se puso roja.

— ¡Me toman por un niño y me vigilan? ¿Van á encerrarme? ¿Estoy loco?

— Tu mujer parece temer que llegues á estarlo.

— Y así será si sigo viviendo en las condiciones en que estoy... Oye, Etienneette, esto no puede seguir así. Es preciso no conocer mi carácter para creer que podría acomodarme á esta vida regular, burguesa y fastidiosa... Me falta la paciencia y no podría soportar un mes más estos días vacíos y estas noches monótonas...

Toda esa gente que me rodea se resigna á una pasividad de buey al que están cebando... Comen, beben, duermen, y creen que viven... Yo no puedo más; necesito otra cosa, quiero algo nuevo, divertido, inédito, original, aunque deba pagarlo con todo lo que tengo. He llegado á tal extremo de nerviosidad y de fiebre, que quemaría mi casa para tener la distracción de verla arder. Etienneette, tú que sabías comprenderme tan bien, no seas cruel conmigo. No hay más que tú, bien lo sabes, para sacudir mi sopor... No me abandones... ¿Sabes lo que me pasa cuando me creo condenado al horrible aburrimiento! Me tienta la embriaguez y pienso en ir á emborracharme en un rincón, para no pensar, para dormir como un bruto... He tratado de ocuparme, de trabajar, y entonces, en vez del aburrimiento, se apodera de mí el asco. Tengo horror á este oficio de « vendedor de veneno » como llaman á mi padre los que le envidian y le detestan porque es rico... Sí, tengo horror á todos esos toneles y á todas esas botellas y me dan ganas de destruirlo todo, porque es realmente veneno lo que contienen y si me diese á beber me mataría... ¡Vamos á ver! Tú me has tenido cariño y no has podido perdmelo por completo. Ten piedad de mí, olvida lo que ha pasado y vamos á darnos cita en París para no seperarnos más.

Etienneette se sonrió.

— ¡Qué bien arreglas las cosas! ¿Y el comisario de policía?

— No conoces á mi familia. Me dejarán en paz por miedo al escándalo.

— ¿Y si cambias otra vez de idea? Yo tengo mi conde, que vale un mundo.

— Yo te daré la suma que tú misma fijes.

— ¡Ah! Tanto me dirás!...

Cristián la volvió á coger en sus brazos. Estaba tan tentadora, que el entusiasmo del desgraciado tenía explicación, ya que no excusa. La Dhoriel inclinó hacia él sus ojos llenos de languidez y su boca húmeda. Toda su persona respiraba la voluptuosidad. Cristián quiso estrecharla con más fuerza, pero la joven se desprendió prontamente, prorrumpió en una carcajada y su fisonomía de apasionada se volvió irónica.

— ¡Ah! Llegarías á embrujarme si yo no me defendiera. ¡Malvado! ¿Ya te creías vencedor? No tan de prisa, mi querido amigo... Gato escaldado del agua fría huye... Ya hablaremos de todo esto. El conde te quiere mucho; puedes venir cuando se te antoje.

Cristián movió la cabeza con aire preocupado y dijo:

— Etienne, haces mal de jugar con mi razón... ¡Cuidado!...

— ¡Ah! ¿Ahora me amenazas? Tú eres el que debe tener cuidado... Mira, el tono de melodrama no te sienta bien... Volvamos á la comedia y hasta al sainete... Eso nos conviene más.

El joven conservó su actitud de desesperación.

— ¡No comprendes la gravedad de lo que te he confiado!

— Sí, pero no consiento en tomarlo por lo trágico. Dices que te fastidias; trata de no ser fastidioso.

— ¡Etienne! Si fueras prudente, no me despreciarías...

— Bueno, mañana hablaremos de todo esto.

La joven se levantó y Cristián la siguió triste y como cansado.

— Debe de ser un curioso espectáculo el de todos esos toneles y esas botellas de que me hablabas hace poco... Quisiera verlo... ¿Se puede ir á verte á la fábrica sin escandalizar á todo el personal?

— ¡Oh! sí, ven á verme... Allí estaremos cómodos para hablar... Y si te decidieras, en una hora, con mi automóvil, estaríamos en Montereau, y desde allí donde tú quisieras...

— ¡Un rapto! ¡Ah, poeta! Pero si tu padre está allí...

— No va nunca de día... Estaremos solos. Ven mañana... Te espero... ¿Vendrás?

— ¡Ya estás entusiasmado!... Bueno, veremos... A eso de las tres, baja á la orilla del Sena...

— Etienne, no faltes á la cita.

— Una simple visita, como la del inspector que va á comprobar los alcoholes... ¿Y si llevase al conde conmigo?

— ¡Le ahogo en un tonel de ajeno!

— ¡Eres feroz! Pero, en fin, recobras el gusto de la existencia... Anda, vete, y si esta noche sueño cosas agradables, hasta mañana.

Cristián la abrazó por el talle y la joven se dejó besar, pero dijo en seguida como volviendo en sí:

— ¡Me olvido!... ¡Ah, canalla! Eres todavía dueño de mí... ¡Vete!... Vete!...

Y en la actitud de una mujer que está próxima á perder la cabeza, le empujó hacia la puerta. Cuando salió, le tiró un beso y huyó como si temiese no poder resistir á su pasión.

Cristián subió en su automóvil y á un paso muy lento tomó el camino de Gourneville. De todo lo que le había dicho Etienne resultaba un hecho: su mujer y su padre habían ido á Dammarie y su mujer había implorado á la Dhoriel. ¿Era por esto por lo que Etienne se oponía á sus pretensiones? ¿Qué habría dicho Genoveva y qué respuesta habría oído? No le extrañaba que su mujer y su padre no le hubiesen

dado cuenta de aquel paso extraordinario, pero veía en su silencio y en la actitud de Etiennette la prueba de que había un acuerdo contra él. Sabía cómo pagaba Vernier cuando había urgencia y lo que se podía obtener de Etiennette mediante un buen precio. Se estremeció de cólera al pensar que su fantasía estaba imposibilitada por esa probable negociación. ¿Era él un chiquillo para que se arreglase así su conducta? ¿Esperaban llevarle de una oreja, sin que él lo notara, y reirse luego de su credulidad? Instintivamente apresuró la marcha del automóvil, para explicarse pronto con su padre y con su mujer. En el acuerdo de Geneveva con Etiennette veía una afrenta para él. ¿Á qué se mezclaba en sus asuntos con evidente olvido de su dignidad? Llegó á Gourneville como una tromba, pero al entrar en el vestíbulo recobró un poco de prudencia y comprendió que interrogando á su padre iba á provocar una explosión de reproches que no le dejaría saber nada. Se decidió, pues, á hablar con Geneveva, que estaba leyendo en su salón. Al primer golpe de vista la joven observó que Cristián tenía la cara contraída y nerviosa de los días de crisis, y palideció creyéndole beodo. Pero su modo de andar la tranquilizó, aunque su emoción era visible. Incapaz de contenerse, Cristián reveló la causa desde las primeras palabras.

— ¿Cómo es, querida Geneveva, que he sabido indirectamente la arriesgada visita que habéis hecho mi padre y tú al conde Steingel?

No se atrevió á decir á la Dhoriel, y Geneveva observó ese matiz, que probaba en Cristián un resto de delicadeza. La joven respondió:

— No es al conde á quien hemos ido á ver, sino á la persona que vive con él y á quien tú conoces bien...

La calma de Geneveva enfureció á Cristián.

— Precisemos, puesto que lo quieres, exclamó. Habéis ido á casa de Etiennette Dhoriel, mi antigua querida.

— ¿Cómo lo sabes?

— Ella misma acaba de decírmelo.

— ¡Luego sales de su casa!

— Lo que es menos sorprendente en mí que en ti... Geneveva se levantó, pálida, pero firme, y tocó el timbre eléctrico.

— Entrás, querido Cristián, en un orden de ideas que hace indispensable que tu padre oiga lo que se va á decir aquí, pues se pueden pronunciar palabras irreparables, de las que él debe ser testigo y, si es preciso, juez.

La doncella se presentó.

— Ruegue usted al señor Vernier que suba en seguida y quédese abajo, pues no la necesito por ahora.

Geneveva daba muestra de tal sangre fría, que la rabia de Cristián se aumentó con el sentimiento de su inferioridad. Tuvo conciencia de que su mujer le dominaba moralmente y hasta creyó descubrir en sus ojos el desdén.

— Veremos, dijo, cómo explicas que una mujer tan aferrada á los principios de la honradez haya ido á casa de una Dhoriel...

Geneveva no se dignó responder y se quedó en pie y rígida delante de la chimenea, esperando con la frialdad del mármol en que se apoyaba. Pero si Cristián hubiera sido capaz de atención hubiera oído su respiración anhelosa por los latidos de su corazón. Sonaron unos pasos rápidos y apareció Vernier. Al entrar vió á su hijo frenético de cólera y á Geneveva altiva y grave.

— Padre mío, dijo Geneveva, le he hecho á usted llamar para que me ayude á explicar á Cristián los mo-

tivos que nos han obligado á aquella visita que tanto nos costó y que él me reprocha como una incorrección y casi como una falta.

— ¿Sí? Pues es tupé, exclamó rudamente Vernier, con su familiaridad habitual. ¿ Crees tú que nos hemos decidido á ir á ver á esa ciudadana por curiosidad ó para divertirnos? Nada de eso. Hemos querido saber á qué atenernos sobre sus intenciones respecto de ti y ya lo sabemos. El paso nos pareció penoso á los dos, pero no lo sentimos, pues la Dhoriel se ha mostrado de una entera franqueza y ha aclarado la situación.

Cristián procuró que su voz no temblase y que su cara sonriese.

— ¿ Y se puede saber qué os ha dicho?

— No hay inconveniente. La Dhoriel no oculta que te tiene un odio mortal, que quiere hacerte expiar el bofetón que fué para ella el que la dejaras públicamente y que no retrocederá ante nada para ponerte á merced de su capricho. Si encuentras el programa simpático, es que eres aún más estúpido de lo que yo suponía.

— Papá, dijo Genoveva, háblele usted con calma y con dulzura. Es el solo medio de que nos oiga.

— Todo eso es falso, repuso Cristián. No creo ni una palabra

Su mujer le echó una mirada llena de piedad.

— ¡ Pobre Cristián! ¡ Pobre niño enfermo!... No acuso á tu corazón ; es tu inteligencia la que está á obscuras, pero nosotros debemos iluminarla. Á mí sola, Cristián, á mí sola, esa terrible mujer ha hecho sus confidencias. Me habló con cínica audacia y me hizo estremecerme con su implacable ferocidad. ¡ Te aborrece, Cristián, y no te perdonará jamás! Créeme, no mentiría en este momento ni para arrancarte á ella. Si persistes en escucharla, te perderá y así me ha dicho

que se lo propone. Te arrancará á nosotros, te arruinará, te envilecerá, y después se reirá de ti y te arrojará á la calle como un trasto viejo. Esta es la verdad que tu padre y yo hemos sabido al precio de la más amarga humillación. Esa mujer no cedió á mis ruegos. No conoce más que el orgullo ni obedece más que á su odio. Ya lo sabes. No puedes dudar de mi palabra ni de la tu padre. ¡ Un momento de lucidez, Cristián! ¿ Qué tiene esa mujer para que se sacrifique todo por ella?

Cristián hizo un ademán de desesperación.

— ¡ Abandonadme! dijo. ¡ No os ocupéis más de mí! ¡ Dejadme á mi vicio y á mi locura!

Genoveva se irguió y pareció crecer.

— ¡ Eso, nunca! He asumido al casarme contigo la responsabilidad de tu regeneración moral y no faltaré á mis compromisos. Recuerda lo que pasó la víspera de nuestra boda, cuando quise devolvarte tu libertad. Estabas lleno de pesar y de vergüenza y tuve piedad de tu debilidad porque te amaba. Tú adquiriste aquel día compromisos conmigo y es preciso que los cumplas. La situación es hoy la misma, pero mis derechos son más grandes, porque ahora soy tu mujer. No hay más que un medio de arrancarte al odio de esa enemiga implacable : la fuga. Vámonos lejos de aquí. Yo respondo de curarte.

Cristián gimió :

— Si me curas de esa mujer, no me curarás del vicio que ella me ha dado... ¡ Bien sabes que beberé para olvidar!

— No, te curaremos física y moralmente á la vez... Tengo los medios... El doctor Angogne los pone á mi disposición... Basta con que me sigas... Tu padre lo ha preparado todo... Su yate nos espera y encontrarás

en el mar el reposo y á mi lado la seguridad... Respondo de traerte dentro de un año dueño de ti mismo y dichoso.

Cristián se sintió de nuevo dominado por la confianza y la energía de su mujer.

— Pues bien, dijo levantándose, si lo que me decís es cierto, si esa desgraciada ha resuelto hacer de mí un juguete, te doy mi palabra de que no resistiré á tu deseo y me marcharé contigo. Pero quiero asegurarme antes de que me representa una comedia y eso me será fácil.

Vernier hizo un movimiento de inquietud.

— ¿Qué quieres hacer? Explicame tu proyecto.

— No me preguntes nada. Déjame libre. No pido más que veinticuatro horas. Mañana á esta hora estará resuelta la cuestión.

— Cuida de no dejarte engañar...

— No; tengo los ojos abiertos con lo que me habéis dicho. Quiero saber la palabra de este enigma. Si esa palabra es el odio, pobre de la que me lo haya hecho adivinar.

Su cara expresó la sospecha y la maldad.

— Pero si los que me engañáis sois vosotros...

— Estamos tranquilos, dijo Vernier con fuerza, pues nos consta lo que hemos afirmado. ¿Quieres veinticuatro horas de plazo?...

— Sí.

— Pues bien, fuertes con nuestro derecho y nuestra conciencia, te las damos, aunque debas emplearlas contra nosotros.

— Sí, Cristián, añadió Genoveva, y Dios quiera que esta prueba sea decisiva.

Cristián hizo un gesto de resolución.

— Tendrá que serlo forzosamente.

XII

Al día siguiente, á las dos y media, Cristián estaba sentado en la hierba, en la orilla del río, esperando á Etienne, como había prometido. Emmelina, Vernier, Vertemousse y Raimundo se habían ido á una expedición que debía durar todo el día. Cristián sabía que Genoveva, habiendo prometido dejarle libre, no iría á molestarle. Estaba, pues, absolutamente exento de todo temor y esperaba la llegada de su querida. La conocía bastante para saber que habiendo prometido ir á la fábrica y cualquiera que fuese el motivo de su fantasía, nada le impediría presentarse en ella á la hora convenida. Mientras vela correr el río, Cristián se esforzaba por poner en claro su situación y hacía descubrimientos inesperados. No podía disimularse que, hacía un año, la actitud de Etienne había ofrecido singulares variaciones, y las revelaciones de Genoveva y de Vernier daban una claridad particular á las acciones de aquella mujer. ¿Cuál era en realidad el sentimiento que obligaba á Etienne á ocuparse de él? Durante dos años no había podido dudar que fuese el amor, pues el capricho de aquella muchacha, conocida por su aspereza con los

en el mar el reposo y á mi lado la seguridad... Respondo de traerte dentro de un año dueño de ti mismo y dichoso.

Cristián se sintió de nuevo dominado por la confianza y la energía de su mujer.

— Pues bien, dijo levantándose, si lo que me decís es cierto, si esa desgraciada ha resuelto hacer de mí un juguete, te doy mi palabra de que no resistiré á tu deseo y me marcharé contigo. Pero quiero asegurarme antes de que me representa una comedia y eso me será fácil.

Vernier hizo un movimiento de inquietud.

— ¿Qué quieres hacer? Explicame tu proyecto.

— No me preguntes nada. Déjame libre. No pido más que veinticuatro horas. Mañana á esta hora estará resuelta la cuestión.

— Cuida de no dejarte engañar...

— No; tengo los ojos abiertos con lo que me habéis dicho. Quiero saber la palabra de este enigma. Si esa palabra es el odio, pobre de la que me lo haya hecho adivinar.

Su cara expresó la sospecha y la maldad.

— Pero si los que me engaáis sois vosotros...

— Estamos tranquilos, dijo Vernier con fuerza, pues nos consta lo que hemos afirmado. ¿Quieres veinticuatro horas de plazo?...

— Sí.

— Pues bien, fuertes con nuestro derecho y nuestra conciencia, te las damos, aunque debas emplearlas contra nosotros.

— Sí, Cristián, añadió Genoveva, y Dios quiera que esta prueba sea decisiva.

Cristián hizo un gesto de resolución.

— Tendrá que serlo forzosamente.

XII

Al día siguiente, á las dos y media, Cristián estaba sentado en la hierba, en la orilla del río, esperando á Etiennette, como había prometido. Emmelina, Vernier, Vertemousse y Raimundo se habían ido á una expedición que debía durar todo el día. Cristián sabía que Genoveva, habiendo prometido dejarle libre, no iría á molestarle. Estaba, pues, absolutamente exento de todo temor y esperaba la llegada de su querida. La conocía bastante para saber que habiendo prometido ir á la fábrica y cualquiera que fuese el motivo de su fantasía, nada le impediría presentarse en ella á la hora convenida. Mientras vela correr el río, Cristián se esforzaba por poner en claro su situación y hacía descubrimientos inesperados. No podía disimularse que, hacía un año, la actitud de Etiennette había ofrecido singulares variaciones, y las revelaciones de Genoveva y de Vernier daban una claridad particular á las acciones de aquella mujer. ¿Cuál era en realidad el sentimiento que obligaba á Etiennette á ocuparse de él? Durante dos años no había podido dudar que fuese el amor, pues el capricho de aquella muchacha, conocida por su aspereza con los

hombres, había sido evidente. Sin renunciar á sus costumbres de lujo, ruinosas para sus amantes, había dado pruebas manifiestas de su adhesión al hijo de Vernier. Solamente á los dos años y cuando él hacía la vida más borrascosa, fué cuando empezó á engañarle, pero sus mismas infidelidades no probaban que no le amase. Cristián la sorprendió entonces diferentes veces y había tomado el incidente con la altiva indiferencia de un hombre que no quiere enfadarse por tan poca cosa y que no pretende reservarse para él solo tan encantadora criatura. Aquella frialdad le valió entonces una gran reputación de hombre de mundo, pero sospechaba que había marcado el fin del interés que Etiennette tenía por él. ¿ No había ultrajado á aquella mujer el desprecio que suponía aquella impasibilidad? ¿ Si se hubiera puesto furioso y hasta la hubiera pegado, no hubiera conservado mejor su amor que mostrándose irónico é indiferente? Cristián repasaba en la memoria todo ese pasado y se preguntaba cómo tal mujer había podido serle fiel durante dos años. Y si la Dhoriel, cansada de él, pero conservándole por interés, había hecho tan atrevidas y violentas tentativas para recobrarle en el momento del matrimonio, ¿ cuáles debían ser sus sentimientos después de haber fracasado? Su padre y Genoveva tenían, pues, razón; la Dhoriel era una enemiga peligrosa, puesto que se mostraba pérfida, representaba la indiferencia y ofrecía una franca amistad cuando estaba preparando su desquite en circunstancias desastrosas. Todo esto le parecía evidente, pero suponía tal derrumbamiento de todas sus ilusiones, que no quería admitirlo. ¡ No! ¡ No era cierto! ¿ Carecía él hasta tal punto de juicio para no haber visto ninguna hostilidad en la actitud de Etiennette? Si así fuese, tendría que cambiar toda su vida, puesto que

toda habría sido un engaño. ¡ Ah! Mejor la locura y el error con los que representaban el tumulto y la fiesta, que la verdad y la cordura con los que predicaban la regularidad y la aplicación... Si era preciso no vivir más que una hora, que fuese al menos de una vida brillante, adornada y deliciosa... En esto tuvo Cristián consigo mismo una franqueza absoluta. Vió lo que tenía que hacer para conducirse dignamente y se confesó que era incapaz de ello. Con una debilidad no exenta de placer, se abandonó á su decadencia moral y sacrificó todos sus deberes á la baja satisfacción de la sensualidad. En esto estaba de su examen de conciencia, cuando en el largo camino que costeara el río apareció un punto negro que pronto tomó la forma de un coche con dos caballos. Y en la claridad del cielo azul, Cristián distinguió á Etiennette guiando ella misma un faetón tirado por dos jacas tordas ardientes y ligeras.

El joven se puso en pie en el momento en que el coche se paraba delante de él, y la joven, vestida con una sencilla elegancia que daba gran realce á su figura, bajó del carruaje y dijo al cochero:

— Vuélvase usted á casa. Yo iré á pie por la orilla del río...

El coche se marchó y la joven dió la mano á Cristián y le dijo:

— Buenas tardes. Ya ves que soy una curiosa. Toda la mañana me ha dado vueltas en la cabeza la idea de visitar tu fábrica, y aquí estoy.

— ¿ Es la fábrica lo que vienes á ver?

— Acaso también al fabricante. Pero sólo porque necesito que me abra la puerta para entrar.

Cristián la miró con atención y la vió alegre, natural y contenta de su escapatoria. Nada en su actitud ni en

su cara denotaba el cálculo ni la preparación. ¡ Pero era tan buena actriz !...

— Dime, ¿ qué va á decir el director cuando me vea ?

— ¿ Tarde ? Dirá que vienes á pagarnos la visita que te hicimos el otro día...

— ¿ Y los obreros ?

— Los obreros te mirarán y te desearán, como todos los hombres que te ven.

— ¡ Los hombres ! Es verdad ; no piensan más que en eso...

Entraron en la fábrica por la puerta destinada á las mercancías que entraban ó salían por el río y de la cual partía un pequeño ferrocarril para la conducción de los toneles. Al lado del muelle esperaba su cargamento una gran barcaza. Al paso de los dos jóvenes se descubrían los obreros y volvían á emprender metódicamente su trabajo.

— ¿ No bebe toda esta gente que está en la fuente misma de los licores ? preguntó con curiosidad Etienne.

— Les está terminantemente prohibido por el reglamento. Por otra parte no lo desean. Al poco tiempo de trabajo en la fábrica, el olor mismo del alcohol les inspira una gran repugnancia. Al principio están siempre como en estado de embriaguez solamente con las emanaciones de los toneles ; pero eso pasa con la costumbre y se les queda el paladar como insensible...

— Afortunadamente, pues si desearan probar vuestros productos, sería para ellos una horrible privación.

Entraron en las oficinas y llegaron á la dirección. Como el día de la orgía con Tarde, la mesa estaba llena de muestras y de cubiletes de cata. Cristián ofreció un sillón á Etienne y se sentó á su lado. La joven pre-
vio que iba á entablarse una conversación molesta y,

para aplazarla el mayor tiempo posible, dijo con una volubilidad que la hacía más encantadora :

— Explícame la fabricación. Quiero contar al conde cómo se destilan estos licores que le gustan tanto... y á mí también.

— Te los voy á hacer probar extraordinarios, si quieres. Tenemos en un departamento especial antiguas muestras que han envejecido en botellas y que son admirables... Eso es lo que ofrecemos á los visitantes de categoría que vienen al establecimiento...

— ¡ Reyes y príncipes !... ¡ Potentados y millonarios ! Vamos á ver eso en seguida. Por el momento, explica y demuestra...

— Es más sencillo visitar y mirar...

Cristián llamó y se presentó el señor Moulin.

— ¿ Quiere usted, señor Moulin, darme las llaves de todas las bodegas ?

— Sí, señor, y si quiere usted que yo les acompañe, con mucho gusto...

— Gracias, dijo Cristián sonriendo. Conozco la casa tan bien como cualquiera... Yo serviré de guía á esta señora.

— Entonces le traeré á usted en seguida las llaves.

— Le seguimos á usted...

Todos se levantaron. En las paredes del despacho se veían los preciosos bocetos pintados por los maestros del anuncio para los diversos carteles de los licores Vernier : la linda *Verdad* de Mucha, que surge de una botella y se sonríe en su espejo, y la exquisita alegoría de Cheret para el *Royal-Vernier*. Etienne echó al pasar una mirada á aquellas verdaderas obras maestras en las que el arte más elegante sirve al comercio más próspero y le presta su brillo. Cristián abrió una puerta y pasaron á un vasto salón de paredes estuca-

das en el que estaban expuestos todos los productos de la fábrica en armarios de hierro preciosamente trabajados. Moulin se volvió á la oficina y los jóvenes se quedaron libres de ir y venir, mirar y hablar. Etiennette pasaba prontamente y como indiferente ya á lo que se ofrecía á su curiosidad, y recorría las salas de trabajo, en las que se veían, alineados junto á las paredes, los alambiques y los serpentines con sus tubos enroscados y sus depósitos redondos como gigantescas calabazas de acero y de cobre que elaboraban en sus vientres el secreto de los gustos y de los aromas. En el aire flotaban suaves fragancias de anís y de menta y el fuerte olor de la badiana. Pasaron á un taller en el que se refrescaban los líquidos en cubas sucesivas unidas por sifones de vidrio. Un raudal de licores corría lentamente hasta el último depósito en el que le detenía la máquina de embotellar y sellar. Las botellas salían prontas á ponerlas en cajas, de veinte en veinte. Pasaron después á una rotonda, especie de lujosa bodega circundada de bancos de bambú, como un quiosco, en la que había una vitrina central con todas las muestras de los productos de la casa y el cuadro de las recompensas obtenidas hacía treinta años en las exposiciones de todos los países del mundo. La cruz de la Legión de Honor, concedida á Vernier en 1889, hacía resaltar la nota roja de su cinta en medio del oro y la plata de las medallas.

— Aquí, dijo Cristián, es donde se recibe á los grandes visitantes. El rey de los Belgas y el rey de Grecia se han sentado ahí...

— ¿Sabes? Tus visitas reales no me impresionan. Yo valgo tanto como ellos.

— ¿No eres tú también una reina? dijo Cristián con una sonrisa que desagradó á Etiennette.

— Sigamos, dijo la joven secamente.

La Dhoriel encontraba á Cristián demasiado circunspecto y grave, y tenía prisa por acabar la visita. Adivinaba una amenaza en la actitud de su amante. Todavía no había intentado abrazarla ni le había dicho una palabra de ternura. Le miró de reojo y vió, sin embargo, que tenía la cara de los buenos días. Siguieron andando hasta que encontraron una verja. Cristián la abrió y se percibió un fuerte olor de alcohol. Estaban en las bodegas. Una larga serie de enormes barricas dejaba transpirar por sus poros el penetrante olor de los líquidos espirituosos. El suelo estaba enarenado. El silencio era completo. Por unos estrechos tragaluces, Etiennette vió que las bodegas se extendían á lo largo del Sena.

La joven se detuvo.

— ¿Aquí están los aguardientes?

— Como el olor lo indica.

— ¿De vuestra fabricación?

— Y los que nos mandan del Mediodía. Hay cientos de hectolitros de alcohol. Se podría hacer un ponche para un ejército.

— ¡ Si esto ardiera!...

— Se perdería mucho dinero.

— ¿Está asegurado?

— Las compañías piden muy caro. Nosotros somos nuestros propios aseguradores.

— Entonces hay que librarse del fuego...

— Nunca se entra aquí con luz y las verjas están siempre cerradas.

— Salgamos ¿quieres? dijo Etiennette con alguna impaciencia.

— ¿Por qué? Estamos bien aquí. Podemos sentarnos. Nadie vendrá á molestarnos.

— Me parece que este vapor de alcohol se me sube á cabeza.

— Hay personas á quienes esto emborracha, pero tú tienes la cabeza sólida...

— ¡ Oh! Yo no temo nada.

— ¿ Qué podrías temer á mi lado?

La joven le miró fijamente y como por desafío se sentó á su lado.

En el silencio se oyó un trueno como un eco lejano.

— He hecho mal de despedir el coche... El tiempo se echa á perder...

— Esperarás que mejore...

— Es que esto puede durar mucho...

— ¿ Lo sentirías?...

— Es preciso que vuelva á casa á una hora conveniente...

— ¿ Y si no volvieras?

— ¡ Ya sabes que es imposible!

— Si yo te hubiera ofrecido marcharte conmigo al fin del mundo hace seis meses...

— Hace seis meses [no existían muchas cosas que nos separan...

— Esas cosas nos separan porque queremos. Basta una palabra para reducir las á la nada. Pero esa palabra hay que decirla. ¿ Quieres?

La joven se levantó y dijo esforzándose por reír:

— Cristián, amigo mío, este sitio no es sano para nosotros. Tú empiezas á decir tonterías y yo no me siento dispuesta á hacerlas... ¡ Vámonos!...

Cristián la cogió por un brazo bastante rudamente, la hizo sentarse y dijo, muy pálido:

— Escúchame. Ha llegado la hora de hablar francamente. Aquí no puedes escaparte con subterfugios. Tengo en el bolsillo las llaves de la verja, nadie está

al alcance de la voz y no creo que tú te pusieras en ridículo llamando. Es, pues, preciso que nos expliquemos... Me estás haciendo el efecto de jugar conmigo un doble juego y sabré á qué atenerme antes de que te vayas. Si has creído que ibas á hacer comulgar con ruedas de molino á Cristián Vernier, angel mío, te has equivocado. Yo no soy el conde Steingel para creer en tus aires púdicos. Yo sé que eres la pérdida más completa de París, que abunda en ellas, sin embargo... Así pues, depón tus virginidades de guardarropía y ten el valor de tu opinión. ¿ Qué has resuelto en cuanto á mí? Sabes lo que te he propuesto. Vámonos á París los dos y planto á todos para seguirte.

Etiennette frunció los labios.

— ¡ Qué de prisa vas!...

— Voy como tú ibas en otro tiempo.

— Ya te he dicho que ese tiempo ha cambiado.

— No es el tiempo el que ha cambiado, sino tú...

Quando te interesaba tenías menos escrúpulos. ¿ Amas á Steingel?

— ¡ Vaya una pregunta!

— ¿ Le crees más rico que yo?

— No.

— ¿ Qué te detiene entonces?

— El cuidado de mi porvenir. Se va á casar conmigo.

— ¿ Y de qué te servirá? Él se rebajará sin levantarte. ¿ Crees que tu conde hará olvidar á Etiennette Dhoriel? En Lituania es posible, pero en París, jamás; y para ti no hay más que París. Tú no tienes más que una situación posible: el lujo, ni más que una razón de ser: el placer. Yo te aseguro lo uno y lo otro. ¿ Quieres?

La Dhoriel respondió con firmeza:

— ¡ No!

— Entonces ¿por qué has venido á buscarme á este país?

— Porque así me ha agradado.

— Sabías que tu presencia me crearía embarazos con mi familia y dificultades conmigo mismo... ¿Y sin embargo, has venido?

La joven se encogió de hombros.

— ¿He vacilado yo nunca ante un capricho?

Cristián prosiguió con voz sorda :

— ¿Sabes lo que se dice al rededor de mí? Que te has instalado en Dammarie para reanudar tus relaciones conmigo...

— Las reanudaría si quisiera, puesto que te ofreces...

— ¡Y tú me rechazas! ¡Ah! Soy muy cobarde y muy miserable al mendigar así tus favores...

La Dhoriel repuso con áspera insolencia :

— Es que no puedes pasarte sin mí... Te conozco, amigo mío. He puesto en ti mi sello y te he marcado con mi cifra. Lejos de mí no sabes qué hacerte. He conocido algunos así, que no han podido acostumbrarse á la separación. El hermoso Juliétti murió de con-sunción en Nápoles instituyéndome su heredera universal. ¡Pobre diablo! No puede una, sin embargo, hospitalizar á los dejados por cuenta de la galantería... Ya ves como te trato mejor que á los demás, puesto que te doy entrada en mi casa... Puedes venir cuando quieras...

— Y abandonaré mi mujer y mi padre para vivir como un parásito, sufriendo á tus amantes, que serán los dueños, como yo lo fui en otro tiempo... ¿Es esto lo que me ofreces?

— ¡No puedo hacer más por ti!

— ¡Y á esto vienen á parar los años de vida común, y para eso he hecho tantas locuras y estoy dispuesto á

hacerlas todavía más abominables!... Tenían razón los que decían que iba á mi perdición... No los he escuchado y heme aquí reducido á la desesperación ó al suicidio...

— ¡Bah! Me estás fastidiando con tus jeremiadas... Si tienes miedo de marchar conmigo, vuélvete con tu familia...

— ¿Para qué? Has arruinado de tal modo mi corazón, destruído mi inteligencia y apagado mi valor, que soy incapaz de todo esfuerzo para el bien. Si te dejo, vuelvo á mi vida monótona y me acecha la embriaguez... Dicen en mi casa que tienen dispuesto un remedio infalible que me curará de mi vicio y me impedirá caer en él; pero sé que se engañan, y aunque no se engañasen ¿querria yo la razón á ese precio? Si no pudiera beber y refugiarme en el olvido ¿qué recurso tendria contra la existencia? No me quedaria más resolución que levantarme la tapa de los sesos y tú lo sabes bien, pues leo el gozo en tus ojos... ¿Es, pues, verdad que me odias y que has jurado mi perdición porque te humillé abandonándote? No queria creerte implacable, pero tengo que rendirme á la evidencia, puesto que no niegas siquiera, puesto que dices que sí con la cabeza riéndote de tu crueldad y del éxito de tus cálculos. Porque me tienes ¿verdad? Me tienes á tus pies y puedes á tu antojo conservarme ó arrojarme, sin que yo pueda escaparme, tan envilecido me has puesto. ¿Es eso lo que piensas, mirándome con tus ojos diabólicos y riéndote de mi desastre, que es tu obra?

La Dhoriel no respondió, pero siguió riendo. Cristián continuó hablando sin dirigirse ya á Etiennette. Parecía haber olvidado que aquella mujer estaba allí y perdía poco á poco la conciencia de la realidad.

— ¡Esta es la obra de estas criaturas... Pasan por el mundo como una plaga. Todo lo que tocan está maldito. La miseria, la imbecilidad y la traición las siguen. ¿No sería hacer un servicio á la humanidad aplastarlas como á un bicho inmundado donde quiera que se las encontrase?

Etiennette frunció las cejas. Las extrañas frases de Cristián empezaban á desagradarla.

— ¿Qué está diciendo? ¿Acaso pierde la cabeza?

Cristián no pareció haberla oído y se puso á andar lentamente y á ir y venir delante de ella, siguiendo su pensamiento.

— Hay accidentes en la vida. Sucede que en un barco, durante un paseo, una mujer cae al agua y se ahoga... Se la encuentra después inflada y verde entre los juncos de la orilla y nada queda de la criatura de gracia y de belleza que encantaba todos los ojos... ¿Es esta la Etiennette que manejaba á los hombres con su blanco dedo? Sí, no existe... Ha habido un desperado enfurecido que la ha ahogado... ¡Ja, ja, ja!...

Cristián se detuvo delante de ella y la miró con expresión burlona.

La Dhoriel empezaba á tener miedo. Estaba sola con él y lejos de todo auxilio. Dueña de sí misma sin embargo, se preguntaba por qué medio podría hacerse oír si fuera necesario. Con mucha calma dijo:

— Vamos, Cristián, no nos eternicemos aquí... Abre esa verja...

— ¡Ah! Quieres dejarme... Pero yo no quiero. Bastante tiempo has mandado... Ahora me toca á mí...

— ¿Vas á tenerme aquí contra mi voluntad? ¿Prendes asustarme?

— ¡Oh! Ya sé que eres valiente, sobre todo cuando te crees la más fuerte... Pero aquí el más fuerte soy yo!

Aquí todo me obedece y mando hasta en la materia...

Etiennette trató de llevarsele.

— ¡Vamos! Este aire es malo para ti. Los vapores del alcohol se te suben á la cabeza.

— ¡El alcohol es la potencia de la casa Vernier!... Has sido muy audaz al venir á desafiarme hasta aquí...

Etiennette quiso apaciguarle para obtener por la persuasión lo que no alcanzaba con su autoridad, y se puso cariñosa é insinuante:

— Pues bien; querías llevarme contigo hace un momento... Te sigo... He querido probarte y veo que me amas sinceramente... Y yo, niño mimado, ¿te he negado algo alguna vez? Dame la llave de esa verja...

— ¡No! No salgo de aquí y tú te quedas conmigo... Me has enseñado á beber... ¿Quieres beber ahora conmigo?...

Cogió uno de los cubiletes de estaño que había en todas partes al alcance de la mano, y lo llenó de aguardiente.

— ¡Mira! Mira el claro líquido... ¿No percibes qué aroma?

Etiennette, cambiando de proyecto, cogió el cubilete y se dispuso á hacer beber á Cristián para escaparse cuando estuviera aniquilado por la embriaguez.

— ¡Bueno! dijo. ¡Bebamos!

Puso el cubilete delante de la nariz de Cristián, pero el joven le rechazó con repugnancia y dijo con sombría cólera:

— ¿En el cubilete? ¿Por qué no en un dedal? Eso es bueno para ti. Yo bebo en el mismo tonel.

Cristián se inclinó, apretó la espita entre los dientes y aspiró el alcohol á grandes tragos. La Dhoriel le miró fríamente y siguió en su cara los efectos espantosos de aquella absorción frenética. Cristián se puso

muy pálido, sus ojos vacilaron y su respiración se hizo anhelante, pero su boca siguió absorbiendo el líquido. El joven se levantó sin respiración como un nadador que sale del fondo de las aguas, dió un horrible suspiro y se retiró dejando abierta la espita, por la que salía un abundante arroyo que corría por las losas y serpenteaba por la verja para ir á perderse en el exterior. Cristián se sentó en una viga y dejó caer la cabeza sobre un hombro con expresión estúpida. La Dhoriel se aproximó y le habló dulcemente mientras le palpaba con las manos buscando las llaves. Pero el beodo la rechazó con dureza y la hizo chocar contra la pared. Etiennette se levantó de un salto con la cara descompuesta por la cólera y se arrojó sobre él.

— ¡Abre! ¡Abre en seguida! ¿Oyes? ¡Quiero marcharme!

— ¡No! Te quedas conmigo... ¡Nos iremos juntos!...

Etiennette no comprendió el sentido de estas palabras y creyó que le ofrecía todavía vivir con él.

— ¿Vivir contigo? Ya sabes que no cambio jamás mis resoluciones... ¿Vivir contigo ahora? ¡Jamás!

Cristián la cogió de un brazo, la sacudió y dijo mirándola con ojos terribles:

— ¡Vivir conmigo! No... ¡No se trata ya de eso! ¡Lo que ahora vas á hacer, Etiennette, es morir conmigo!

La joven tuvo esta vez tal miedo ante aquel borracho espantoso que la amenazaba de muerte, que se quedó inmóvil y muda. Cristián continuó con creciente agitación.

— Hablaba de deshacerme de tí, pero hay muchos modos de librar á la humanidad de un monstruo, de una criatura de muerte y rapiña. Se la puede ahogar en el río; estrangularla entre las manos ó abrasarla en el

fondo de una bodega... ¡Abrasarla! ¿Entiendes? ¡Hay aquí para hacer un enorme ponche! ¡Mira el torrente de alcohol que sigue corriendo! ¡Mira esos toneles llenos y esa cisterna hasta arriba!... ¡Un fósforo y todo se inflama!...

Cristián, con un terrible aire de ironía, cogió su caja de fósforos y Etiennette recobró la voz y el valor y se arrojó sobre los hierros de la verja gritando con todos sus pulmones:

— ¡Socorro!... ¡Á mí! ¡Socorro!

Cristián no se tomó siquiera el trabajo de arrancarla de la verja. Raspó un fósforo y le echó encendido al alcohol. En el instante una llama azul serpenteó hasta las faldas de Etiennette, que dando un rugido de dolor huyó hasta el fondo de la cueva y siguió dando roncós gritos como una fiera cogida en el lazo. El fuego ganaba las otras barricas y la cisterna y se elevaba como una cortina inflamada delante de la verja. Cristián, impasible, fué á sentarse en la viga como si no oyera ni viera nada. De repente el fuego ganó una barrica, que estalló con el ruido de un cañonazo, y miles de lenguas de fuego brotaron hacia la bóveda. Otra barrica estalló. Y todo desapareció entre el humo y las llamas.

... ..
 Dos meses después, Vertemousse, de vuelta de una cacería, se presentó en el club, y encontró á Clamirón, que le cogió de un brazo y se lo llevó á un saloncillo solitario.

— ¡Ah! Me alegro de encontrarte. Tú tienes cosas que contarme, pues estabas en Gourneville cuando ocurrió la desgracia.

— Querido amigo, te lo ruego, no renueves mis tristezas... Ese asunto me es atrozmente penoso.

Y además estoy obligado á la mayor discreción.

— ¿ Conmigo también? Tú te burlas. Anda, cuenta pronto. Yo era un hermano para Cristián y un padre para Etiennette! ¡ Qué pérdida para las malas costumbres! ¿ Es verdad que Cristián la achicharró deliberadamente?

Vertemousse bajó la voz.

— Sí. La atrajo á la fábrica, no se sabe cómo, y allí, en un acceso de alcoholismo furioso, prendió fuego al aguardiente y se abrasó con ella, como un nuevo Sardanápalo...

¿ Y no hubo medio de apagar el incendio?

— ¡ Oh! ¡ Si hubieras visto aquello! Volvíamos de Montereau en coche, con Vernier, su mujer y Raimundo...

— ¿ Qué casualidad!

— Cuando vimos en el horizonte una gran humareda, después resplandores, y por fin grandes chorros de chispas que trepaban por el cielo como los cohetes de unos fuegos artificiales... ¿ Qué es eso? nos preguntábamos, pero Vernier no se engañó mucho tiempo y exclamó « ¡ Fuego en la fábrica! » Echamos á correr á San Remigio. ¡ Ah, querido! Cuando llegamos, las bodegas, los talleres, todo era una hoguera. El alcohol, la abricotina, el ajenjo, todas las especialidades de la casa, corrían como un torrente hacia el Sena, que arrastraba los licores en vez de agua. Allí se ha visto el efecto que los licores de ese querido Vernier hacen en el organismo. El río estaba lleno de peces, por millares, reventados y con el vientre hacia arriba...

— ¿ Y sabía Vernier que su hijo estaba en la fábrica cuando la vió ardiendo?

— Lo supo enseguida por el director, que le anunció que la señora de Dammarie estaba con él...

Aquello fué un rayo de luz... Todos nos miramos...

— ¿ Pensasteis que Cristián había prendido fuego?

— Sí.

— Pues no me extraña, porque yo, de lejos, tuve la misma idea. Ya sabes qué suciamente se había conducido Etiennette con Cristián. Si ha visto claro el juego de su antigua amiga, teniendo un poco de alcohol en la cabeza, se ha entregado á una destrucción general...

— Puedes pensar los esfuerzos que se hicieron para apagar el incendio. Vinieron las bombas de Fontainebleau y de Melun, que estuvieron tres días echando agua en los escombros. El director se multiplicaba, y el ingeniero de la fábrica, un hombrecillo ridículo, se mostró heroico. Le arrancaron del fuego con el cabello y la barba quemados y empeñado todavía en llegar hasta Cristián...

— ¿ Se sabía en qué parte de la fábrica se hallaba?

— Los obreros le vieron dirigirse á las bodegas... Pero allí era donde el alcohol ardía con más fuerza...

— ¿ Se ha encontrado su cuerpo?

— No. Ni el de Cristián ni el de Etiennette. Las llamas lo han devorado y purificado todo.

— ¡ Hermosa cremación!

Los dos amigos se callaron un instante y después preguntó Clamirón:

— ¿ Y la mujer de Cristián, cómo tomó el suceso?

— Con una conmovedora resignación. No había sido muy feliz con nuestro noble amigo y no lo hubiera sido mucho más en el porvenir... Pero si no me engaño, tendrá un buen desquite cuando acabe el luto...

— ¡ Digo! ¡ No pierde el tiempo!

— ¡ Clamirón, mira lo que dices! Estás hablando de una mujer del género de tu madre, una de esas cristianas que devuelven bien por mal. La viuda de Cris-

tián es amada por un hombre de primer orden, el doctor Juan Angogne.

— ¿El hijo de aquel viejo cargante? ¿Y qué dice de eso Vernier?

— Dice que será una justa compensación de las desgracias de su nuera y una legítima recompensa de sus virtudes.

— ¿Y la suegra, la encantadora Emmelina?

— ¡Ah! querido, preparándose á dar un heredero á Vernier...

— ¿Qué me cuentas?

— Lo que oyes. Vernier estaba sumido en tal dolor, que su mujer ha hecho un esfuerzo para proveer la vacante...

— ¡Es amable por parte de Raimundo!... Francamente, Templier debía eso á Vernier...

— De modo que nuestro industrial, todo regenerado con sus esperanzas de paternidad, se ha dedicado de nuevo á los negocios y ha hecho reconstruir la fábrica con todos los adelantos modernos.

— ¡Ahí le tenemos, más vendedor de veneno que nunca!

— ¡Bah! ¿Qué quieres? Si no fuera él, sería otro. Puesto que la humanidad quiere beber aun á riesgo de caer en la locura y en el crimen...

— Es evidente, dijo Clamirón, que no se le puede poner á la fuerza un bozal... ¡Peor para ella! ¡Que beba y que reviente!

